

# CULTURA

16

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

ABRIL - SEPTIEMBRE

1959



# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO  
DOCTOR MAURICIO GUZMAN

SUB-SECRETARIO  
BR. JORGE LARDE Y LARIN

DIRECTOR DE LA REVISTA  
RICARDO MARTELL CAMINOS

ABRIL - SEPTIEMBRE  
3ª Avenida Norte N° 534  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

1959

Impreso en los Talleres del  
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA  
San Salvador, El Salvador, C. A.  
1 9 6 0

# INDICE

	PAGINA
El Régimen de los Motivos Superiores ..... Emilio O. Forrer.	7
Comentarios a “Estudio de la Historia”, de Arnoldo J. Toynbee ..... Julio Fausto Fernández.	15
Enseñanza de la Filosofía ..... Alejandro Escalante Dimas.	28
Aclarando la Postura de “Consideraciones sobre la Filosofía de la Historia”.. Roberto Lara Velado.	39
Joaquín Eufrasio Guzmán ..... Jorge Lardé y Larín.	46
La Cerámica Antigua de los Indígenas de El Salvador ..... F. de Ballore.	66
Los Testimonios Vegetales ..... Carlos Samayoa Chinchilla.	75
La Educación y la Cultura ..... Salvador Cañas.	80
Marco Tulio Cicerón ..... Alfonso María Landarech, S. J.	95

	PAGINA
La Crisis de la Crítica .....	103
R. Cansinos-Assens.	
De los Libros y de las Bibliotecas .....	114
Luis Gallegos Valdés.	
Washington Irving, el Primer Clásico Norteamericano .....	123
Ernesto de la Torre.	
“La Tierra de Alvargonzález” .....	128
Juan Antonio Ayala.	
Protesta sin Acritud .....	137
Hugo Lindo.	
Tránsito Serrano y Aventura del Arcipreste .....	144
José Sanz y Díaz.	
“Funeral Home” de Walter Bénéke .....	149
Alfonso Orantes.	
Poemas de Braulio Arenas .....	155
El Puente.—Bien Lúdico.—San José Maipo.—Ráfagas Blancas.—El Patio.— La Vida.—El Agua.—La Gran Vida.	
Poemas de Rafael Alfaro .....	159
1—Corazón. 2—Cansancio. 3—Reloj. 4—Ojos. 5—Barcarola. 6—Dolor Lumino- so. 7—Niño. 8—Día breve. 9—Desvelo. 10—Luz. 11—Sueño. 12—Grillo. 13—Pesimismo. 14—Eco. 15—Juego Serio. 16—Árbol. 17—Novios. 18—In- verso. 19—Noticia. 20—Ansia Plástica. 21—Estatua.	
Palenque .....	166
Raúl Leiva.	
Aguilar Chávez, Personaje de sus Propios Cuentos .....	169
Ramón Hernández Quintanilla.	
Alfredo Funes, su Taxi y el Estreno Agostino (Cuento) .....	173
Manuel Aguilar Chávez.	
Eran los Recuerdos (Cuento) .....	180
Ricardo Martell Caminos.	
Cartas Olvidadas (Cuento) .....	185
Alfredo Huertas.	
Notas Culturales .....	195
Exposición de Noé Canjura en París. Tres Pintores Hispanoamericanos.	
Bibliografía .....	200

## Colaboran en este Número

*Dr. EMILIO O. FORRER.*—Aleman. Salvadoreño por naturalización. Egresado de las universidades de Estrasburgo y Berlín donde estudió Egiptología, Asiriología, Historia Antigua y Filosofía. En 1917 hizo su doctorado con la disertación acerca de las provincias del Imperio Asírico. Por encargo de la Sociedad Oriental Alemana, publicó los textos de los Archivos de tabletas en escritura cuneiforme de Boghazkoi, Asia Menor. Exprofesor de Historia del Antiguo Oriente en la Universidad de Berlín. Excatedrático de Hetitología en el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago. Exdirector visitante en el Departamento Semítico de la Universidad de John Hopkins, Baltimore, Maryland. En 1949 fue nombrado profesor de Historia General en la Facultad de Humanidades de El Salvador. Es autor de sesentiséis publicaciones escritas en alemán, inglés, francés y español. Reside actualmente en San Salvador.

*ALEJANDRO ESCALANTE DIMAS.*—Abogado y escritor salvadoreño.

*JORGE LARDE Y LARIN.*—Historiador salvadoreño. Es Subsecretario de Cultura. Ha publicado las siguientes obras: “Arce en el Proceso de la Independencia”, “Origen Centroamericano de las Altas Culturas Precolombinas”, “Génesis del Volcán de Izalco”, “Orígenes de la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate”, premiada en 1948, con medalla de oro en el Concurso “José María Peralta Lagos”; “Orígenes del Convento de Santo Domingo de San Salvador”; “Paleontología Salvadoreña”, “Orígenes del Periodismo en El Salvador”, “Recopilación de Leyes Relativas a la Historia de los Municipios de El Salvador”, “Geología Salvadoreña”, “Guía Histórica de El Salvador”, “El Acta de Independencia de Centroamérica”, “Himnología Nacional de El Salvador”, “Monografía Histórica del Departamento de Santa Ana”, “José Simeón Cañas, Viroleño

- Ilustre”, “El Salvador: Historia de sus Pueblos, Villas y Ciudades”, “Ramón Belloso”, “Isidro Menéndez”, “La Estela de Tazumal”.
- LUIS GALLEGOS VALDES.**—Escritor salvadoreño. Ha publicado: “Tiro al Blanco” (Estudios críticos de Literatura), “Plaza Mayor” (Evocaciones).
- HUGO LINDO.**—Escritor y poeta salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Obras publicadas: “Poema Eucarístico”, “Guaro y Champaña” (Cuentos), “Libro de Horas”, “Antología del Cuento Moderno Centroamericano”, “Sinfonía del Límite”, “El Anzuelo de Dios” (Novela), “Trece Instantes”. Es Embajador de El Salvador en Colombia.
- ALFONSO ORANTES.**—Poeta y escritor guatemalteco. Ha hecho crítica literaria en diarios y revistas de Centroamérica. En 1935 publicó un libro de poemas: “Albórbola”. Actualmente es Colaborador Literario del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador.
- BRAULIO ARENAS.**—Nació en La Serena, 1913. Poeta y pintor surrealista, fundador del movimiento *Mandrágora*, hacia 1937, con Enrique Gómez Correa. Obras: “El Mundo y su doble”. Ed. Mandrágora, 1940; “La Mujer Mnemotécnica”, Ed. Mandrágora, 1941; “Luz Adjunta”, Ed. Tornasol, 1950; “La Simple Vista”, Ed. Donde los Poetas, 1951; “En el Océano de Nadie”, Ed. Le Grabuge, 1951; Ed. Mandrágora, 1955; “La Gran Vida”, Ed. Le grabuge, 1952; “El Pensamiento Transmitido”, Ed. Gradiva, 1952; “Discurso del Gran Poder”, Ed. Le grabuge; “Versión Definitiva”, Ed. Falansterio, 1956.
- RAFAEL ALFARO.**—Poeta español. Sacerdote salesiano.
- RAUL LEIVA.**—Poeta y escritor guatemalteco. Obras en verso; “Angustia”, México, 1942; “En el pecado”, Guatemala, 1943; “Sonetos de amor y muerte”, Guatemala, 1944; “Batres Montúfar y la poesía”, Guatemala, 1944; “Norah o el ángel”, Guatemala, 1946; “El Deseo”, México, 1947; “Mundo Indígena”, Guatemala, 1949; “Sueño de la Muerte”, Guatemala, 1950; “Oda a Guatemala”, Guatemala, 1953; “Danza para Cuahémoc”, México, 1955; “La Tierra de Caín” (en colaboración con Enrique González Rojo y Eduardo Lizalde), “Nunca el olvido”, “Aguila oscura”, México, 1959. En prosa: “Muerte y Poesía”, Guatemala, 1946; “Los sentidos y el Mundo”, Guatemala, 1952; “Antología de Federico García Lorca”, Guatemala, 1952; “Imagen de la poesía mejicana contemporánea”, México, 1959.
- MANUEL AGUILAR CHAVEZ.**—Periodista, Poeta y escritor salvadoreño, nació en San Salvador el 20 de marzo de 1913 y murió en la misma ciudad el 30 de noviembre de 1957. Había publicado un libro: “Un Viaje al Infierno Pasando por Pespire”. Después de su muerte el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura hizo una selección de sus mejores cuentos, y los ha publicado bajo el título de: “Puros Cuentos”.
- RAMON HERNANDEZ QUINTANILLA.**—Periodista y escritor salvadoreño.
- RICARDO MARTELL CAMINOS.**—Poeta y escritor salvadoreño. Ha publicado las siguientes obras: “A falta de pan...” (Teatro) San Salvador, 1946; “Media Luz” (Poesía), San Salvador, 1953; “Tres elegías a mi padre” (Poema), San Salvador, 1955. En preparación: “La otra cruz y otros relatos”. Vive en San Salvador.
- RAFAEL CANSINOS ASSENS.**—Escritor y crítico español de gran valía. Entre sus obras pueden destacarse: “Las Bellezas del Talmud”, “El Candelabro de los siete brazos”, “El divino fracaso”, “El movimiento V. P.”, “La Madona del Carrousel”, “Estética de la pena de muerte”, “El Amor en el Cantar de los Cantares”, “Los Judíos en Sefard”. Es traductor de Dostoiowski, Goethe, Andreiev, etc. Vive en Madrid dedicado a su labor literaria.



# El Régimen de los Motivos Superiores

Por el Dr. EMILIO O. FORRER

El conocimiento del hombre como ser social, es al menos tan antiguo como Aristóteles, quien lo llamó ente político, con igual significado; pero en griego, conforme a la derivación etimológica de la palabra *polis* (“ciudad y Estado”), el concepto del Estagirita expresa la capacidad del hombre para formar Estados, igual que las hormigas y las abejas.

En general, los filósofos se contentaban con esta explicación, que en Federico Nietzsche degeneró a la pretensión despectiva que el hombre es un animal de rebaño, para enfrentarlo al superhombre; hasta que el filósofo salvadoreño doctor Mauricio Guzmán, actual Ministro de Cultura de El Salvador, descendió al fondo de esta aparente debilidad del *hombre masa*, en su libro intitulado “La Política en la Ciudad del Hombre” —en contraste a aquella de la *civitas dei*, inaugurada por San Agustín—, y reconoció una verdad profunda dando a esta sociabilidad del

hombre la forma de una ley. Llamó a ésta la “ley de obediencia”, porque esta ley es idéntica con el “imperativo categorico” de Imanuel Kant (“debes”!); sin embargo, M. Guzmán no lo entiende como un imperativo, un mando, por supuesto, de Dios, sino como un afán intrínseco del hombre de subyugarse y obedecer a *motivos superiores*, es decir, superindividuales.

El importante progreso que se debe a M. Guzmán es la definición de este fenómeno incontestable como una *ley*. Hay que distinguir entre ley y regla, y es de sentir mucho que los físicos del siglo pasado no se dieron cuenta de que los fenómenos regulares de la física no son leyes, sino reglas. Porque la ley prescribe lo que debe hacerse, aunque muchas veces no se cumple tal contenido preceptivo; en tanto que la regla indica una relación regular entre hechos, que puede sufrir una excepción que obliga a buscar una forma más adecuada para la regla. Las leyes

presuponen libertad de acción; las reglas, no. Las llamadas leyes físicas no son leyes, sino reglas. A. Einstein siempre decía, que la Física solamente *describe* los hechos buscando sus reglas. En cambio, la "ley de obediencia" es realmente una ley, que indica lo que debe hacerse. Muchas veces no se cumple su imperativo, mas por ello la ley no ha de ser cambiada o variada, ni deja de ser ley.

Aunque estoy totalmente de acuerdo con este conocimiento de M. Guzmán en su esencia, tengo que confesar que su formulación como "ley de obediencia" no me gusta. Porque "obedecer" presupone un mando, y aunque es cierto que en la política interesa solamente que las órdenes de las autoridades sean obedecidas, el individuo mismo quiere, que su obediencia se considere voluntaria, y opina que esta voluntariedad de su obediencia es nada más que su propia afición a los *motivos superiores*, que las autoridades formulan a un propósito determinado. Es cierto que todos aquellos infelices, cuyo índice moral está por debajo del nivel que una cultura y civilización determinadas han de exigir, sentirán su adhesión a *motivos superiores* por no poderlo hacer a base de su propia iniciativa, como obediencia a un poder ajeno; pero un hombre demócrata, que moralmente está en el nivel de su Estado, obedece porque así le parece justo y corresponde a sus ideales. El no sigue una ley de obediencia, sino su propio afán en pro de los *motivos superiores*, con los cuales se identifica. Para él, la obediencia es solamente el cumplimiento de sus propios anhelos, de su propia afición o adición a los *motivos superiores*, a la cual los dirigentes dieron una forma definida, que merece su consentimiento. Llamaria yo, a la ley de obediencia, más bien "la devoción o adición a los *motivos superiores*". Esta le es innata al hombre y lo hace un ser político, o social, o sociable, y en general un ser humano en contraste a los

seres salvajes. Ella es una *idea* o un *ideal* de cuatro dimensiones, es decir, algo que no solamente reposa en las tres dimensiones del espacio, sino que se mueve, además, en la cuarta dimensión, el tiempo, siendo éste un elemento esencial de ella.<sup>1</sup> Ella es, pues, una idea del desarrollo en un *sentido* cierto, pero en una *forma* todavía no determinada. Precisa determinar su forma hasta que pueda ser ejecutada, y con esto se satisface la innata devoción a los *motivos superiores*, esto es, el contenido de la historia de la sociedad humana.

Este deseo, anhelo, afán, o voluntad al desarrollo de formas superiores que las del individuo, si distingue al hombre de los animales en general, pero con unas excepciones dignas de consideración. Así los monocelulares globulares viven una parte del año como individuos de una sola célula; pero de repente muchos de ellos convienen a formar un gran globo vacío, en cuya superficie exterior las células se diversifican en células ojos y células comilones, y en su superficie interior, en células parturas, que producen una gran masa de nuevas células; después de este acto de nacimiento y propagación de su especie, el globo estalla y se disuelve, las células se dispersan y viven como individuos monocelulares, hasta que se repite el mismo proceso. Tal procedimiento no es dable sin que todas las monocélulas tengan conciencia del mismo motivo superior, *super-individual*, que las compulsa a reunirse democráticamente para facilitar, por medio de la división de trabajo, la di-

1--Pensamiento e idea no son lo mismo; pero un pensamiento puede ser al mismo tiempo una idea, cuando el mismo tiene la fuerza motriz de una idea.

Matemáticamente dicho, una idea o un ideal es una "función compleja" con cuatro coordenadas que para cada "argumento" tiene varias soluciones posibles, de las cuales unas serán reales, otras imaginarias; en la vida real, estas últimas son juzgadas como fantásticas y falsas, mientras ellas en el mundo de la fantasía, de los sentimentatos y de la literatura pueden ser aceptadas. La lucha por la mejor de las posibles soluciones es el contenido de la vida real; hay casos, en los cuales la solución irreal o imaginaria es mejor que la real, por ejemplo en la cortesía.

versificación, que a su vez posibilita este inmenso parto de los nuevos monocelulares. En este caso, el *motivo superior* está claramente definido como el parto; porque, después, la sociedad de células se disuelve, no sirviéndoles ella para nada más.

Claro está, que tal fue el origen de los animales y plantas multicelulares en general, con la diferencia de que a éstos, principalmente a los que ya no viven en el agua, la sociedad, con su diversificación y división de trabajo, resultó tan útil, que fue retenida para siempre. La voluntad a la sociedad de células está, pues, en la base de todas las plantas y animales, incluso el hombre.

La naturaleza no tiene otro medio para inculcarle a cada individuo la voluntad de la sociedad que el de un gen especial, que forma parte de un cromosoma del núcleo celular. Cada gen es una gran molécula de cierto ácido nucléico y demuestra, mediante su fórmula química, que admite millones de variaciones, cada una con su propia idea: *la conciencia de tal gen es su idea*, y en nuestro caso, *el motivo superior*, el parto común.

Pasaron muchos millones de años hasta que un rayo cósmico produjo otro gen con la idea de la voluntad a la sociedad abierta de multicelulares, es decir: sin renunciar a la soledad del individuo, unirse para cooperar en una obra; por ejemplo, cuando las avispas se reúnen para la construcción de un panal. Una variación del mismo gen conduce a la colmena y al hormiguero, con su división de trabajo, cultura de hongos, etc. Semejante variación hizo del animal *homo sapiens* un ser social.

Consideración especial merece el perro por ser originalmente una especie de lobo, que solamente en tiempos recientes —hace 15.000 años, más o menos— obtuvo un gen de *motivo superior*, que le impulsa a reconocer la superioridad de su dueño humano y hacer de él —si se quiere— su dios, a quien

obedece, y para quien se sacrifica. La sociedad, que representa el *motivo superior*, es en este caso la convivencia con el hombre. Es casi seguro, que al principio, la superioridad del hombre consistía en la sociedad, combinación de su fuerza física con su espíritu sagaz e inventor. Superior en fuerzas le fueron al lobo también otros animales; pero el perro fue —antes de Aristóteles— el primero que reconoció el carácter social del hombre, es decir, que éste no usaba su fuerza y sagacidad exclusivamente para matar a otros individuos, fueran hombres o animales, sino que sabía organizar a éstos con y para un *motivo superior*, a una unidad superior. Es a esta capacidad del hombre, que el perro se sujetó. El perro no se da cuenta de la falibilidad y de las faltas del hombre; él tiene una confianza ciega en su dueño: la superioridad del hombre es para él, en cierto modo, un dogma.

De los hechos históricos, el doctor Mauricio Guzmán deriva explícitamente su pretensión de que la sociedad humana está basada en *dogmas* sociales que son: primero, el dogma de la fuerza; segundo, el dogma teocrático; tercero, el dogma de la soberanía del pueblo, y cuarto, el dogma de la razón. Hay, pues, una subida de los dogmas sociales, que poco a poco cambia el rumbo de los *motivos superiores* y sus manifestaciones reales. Quien quiere darse cuenta de estos cambios, que arrojan tanta luz sobre la historia y el presente, tiene que leer el libro del doctor Mauricio Guzmán.

A mí me interesa, aquí, el fondo filosófico y psicológico que está detrás de estos dogmas sociales y los hace funcionar.

El carácter social del hombre no es, pues, un sentimiento familiar, de rebaño, de asociación, o de debilidad, sino *la fe en los motivos superiores*. Hay algo religioso en su fondo, y me atrevo aún a pretender, que éstos son su religión a través de todos los tiempos pre-

religiosos —recuérdese que en latín *religio* significa “la conciencia moral”—, religiosos y “ateístas”. No se trata, sin embargo, de una fe, de creencias en la mera existencia de Dios, dioses, santos, espíritus, o ánimas, creencias que bien por sus mandamientos, bien por la responsabilidad ante ellos, han sido —en todo tiempo— ideas elevadoras de la moral del hombre. Sin duda lo que ha formado, de la especie *homo sapiens*, el ser humano, es el anhelo innato de dedicar sus fuerzas a *motivos superiores*, el cual le hace participar en un crecimiento sobre sí mismo y que se evidencia en la sociedad humana y sus obras. Esta fe no es solamente un estado del espíritu o del alma, sino un deseo inextinguible, una voluntad, y al fin, una actividad; solamente la actividad en tal sentido y la conciencia de haber hecho lo debido, satisface este anhelo instintivo de servir a los *motivos superiores* y da al hombre, por consiguiente, el sentimiento de haber cumplido su deber para con ellos.

Derivamos de este hecho, vivido por cada uno, que los *motivos superiores*, superindividuales, del hombre, se le manifiestan en su *conciencia moral*.

Pretendo que no es cierto que el hombre se distinga de los animales en general por su inteligencia, sino por su conciencia moral. Opino que la diferencia entre la inteligencia y la razón consiste en que la razón es la inteligencia empapada por la conciencia moral, de modo que, en tal sentido, podemos decir, que el hombre se distingue de los animales en general por su razón, es decir, *una inteligencia dirigida por motivos superiores*.

La conciencia moral, aunque no nos da mandatos determinados para siempre o para el momento actual, controla en cada instante nuestra actitud y dice sí, cuando respetamos los *motivos superiores*; y no, si no lo hacemos. La conciencia moral es comparable a la votación de un pueblo, que no da directrices determinadas, pero puede

decir sí o no a lo que su gobierno realiza. En el individuo, la conciencia moral significa una votación continua de la sociedad humana en el individuo, acerca de lo que éste quiere hacer.

Opino que el “Daimonion” de Sócrates, que le decía a éste, si debía ejecutar o no lo que se proponía, no era nada más que su conciencia moral, cuyo descubridor, pues, fue el propio Sócrates. Solamente que el nombre, que él le dio —primero ciertamente por broma— “Daimonion”, “el diablillo” en el pecho, significa precisamente lo contrario de su verdadero sentido; porque en realidad, la *conciencia moral*, en todos los tiempos y pueblos, fue el verdadero Dios. Ella es nuestro Dios, la instancia suprema contra cuyo juicio no hay apelación. Porque la *conciencia moral* es la conciencia de la fórmula desarrolladora del mundo.

Como queda dicho implícitamente, la conciencia comienza a actuar al mismo tiempo que una actividad se está planeando.

Sin embargo, es un hecho que la *conciencia moral* está latente o desarrollada en distintos grados, desde la nada hasta ser un instrumento finísimo. A esto se debe que muchos hombres entienden la votación de la conciencia moral solamente cuando ya es tarde: así, ellos incurrir en *culpa*, una culpa subjetiva. El reconocimiento tardío de la falta moral causa el *arrepentimiento* y conduce, para evitar en lo futuro *remordimientos*, a la fortificación de la voluntad de escuchar los *escrúpulos* de la conciencia.

Quienes poseen el alegado instrumento de precisión de la *conciencia moral*, no pueden ser seducidos, no incurrir en culpa, desconocen, por esta razón, el arrepentimiento. Ellos son verdaderos ángeles. Su camino a través de la vida moral es una línea recta, sin las desviaciones, ni los zigzagueos, ni las curvas complicadas de los caracteres menos bienaventurados.

En cambio, hay otros hombres, a

quienes falta la *conciencia moral* casi por completo o aun totalmente, y por esto pueden molestar, dañar, violar o matar a otros sin sentir escrúpulos ni remordimientos. Ellos no sienten, pues, una *culpa subjetiva*.

Sin embargo, a la sociedad humana, no le interesan mucho los sentimientos subjetivos del individuo o su falta; más bien ella está obligada a proteger a cada uno de sus miembros de buena voluntad contra el perjuicio que pudieran causarle los otros. Ella considera, pues, tal perjuicio como una *culpa objetiva* del hechor. Los pueblos más civilizados de la América antigua, los Aztecas y los Incas descartábanlos matándolos; esto fue sin duda el camino más efectivo y sencillo para obtener una sociedad limpia. Los Estados modernos, en cambio, crearon para este efecto códigos penales especificados, según los cuales los malhechores deben ser excluidos de la sociedad por medio de prisión, procedimiento que la protege contra estos individuos; o deben ser castigados de tal modo que, ellos mismos y gentes de semejanse índole, sean intimidados.

Lo que para la planta y el animal es la especie, que ha de ser conservada a toda costa, para la cultura y la civilización es su nivel, que ha de mantenerse como fuere posible. Esto es una cuestión, en cierto modo, de *honor*; porque el *honor* es la conservación del nivel cultural y moral de una persona. Por consiguiente, una nación que no cuida su nivel cultural y moral, pierde su honor.

Cada nación cuidadosa de su honor insiste en que sus ciudadanos cumplan con sus deberes; porque el *deber* es aquella actuación necesaria para la salvación del nivel cultural, incluso el moral; y además, en nuestros tiempos de innumerables productos del ingenio humano, del nivel de la civilización. Son los deberes, en los cuales se materializa lo que es menester hacer para

que los *motivos superiores* no sufran mengua. La falta al deber constituye una *culpa objetiva*. Deber es, pues, la tarea del ciudadano de mantener el nivel de la cultura y civilización alcanzada.

El cumplimiento de un deber presupone la posesión de los conocimientos necesarios y el uso de los mismos conforme a los postulados de la razón. El deber constituye una participación definida en la soberanía del género humano sobre el mundo, y entraña, por tal razón, al mismo tiempo, un *derecho*. Esto significa que el individuo que tiene cierto deber, es autorizado a hacer uso de sus conocimientos y los materiales respectivos en pro de los motivos superiores concernidos según su *propia razón*. Deber y derecho son cosas inseparables, como los polos de un imán. Derechos sin deberes y deberes sin derechos serían invenciones absurdas del género humano y justas causas de rebelión. Ambos son otorgados por los *motivos superiores* a través de sus representantes respectivos.

Ya que los deberes representan los menesteres *mínimos* del mantenimiento del nivel cultural, la sociedad necesita insistir en su debido cumplimiento e imponer, para este efecto, a los obligados, en vista de la debilidad y falibilidad del hombre, su *responsabilidad* respectiva. Deber, derecho y responsabilidad forman, pues, una trinidad inseparable.

La *responsabilidad* es la medida del cumplimiento del deber, cuya infracción se origina por la culpa subjetiva y objetiva. Siempre, para mantener el nivel cultural, la sociedad humana impone penas al que falta a su deber. El promedio del cumplimiento de sus deberes constituye el nivel moral de un hombre.

Este es el sistema de policía psíquica moral, por medio del cual los motivos superiores y con éstos la sociedad de todos los tiempos y tierras, mantiene

el nivel *actual* de su cultura y civilización.

A cada Estado corresponde, en un determinado tiempo, cierto nivel cultural, que obliga al Estado a mantenerlo exigiendo el nivel moral correspondiente de sus habitantes, garantizado por códigos penales que le quitan al culpable el derecho correlativo al deber violado, imposibilitándole el abuso de su inteligencia y soberanía personal para faltar a su deber.

La cultura y civilización de un Estado son sus motivos superiores, y el nivel de aquéllas depende de la historia y los factores que las formaron. Cada Estado tiene su propio *ritmo natural* del “progreso”, es decir, de llegar a realizaciones más perfectas de sus *motivos superiores*. Estos últimos pueden variar de nación a nación, y pueden, además, ser cambiados en cada uno de los campos culturales por sus *élites* y sus dirigentes. De estos depende también el ritmo deseado del progreso, como fue definido arriba. Cuanto más alto es el nivel de un Estado, tanto más deberes cívicos debe éste imponer a sus habitantes; y cuanto más rápido quiere hacer la velocidad de la subida cultural general, tanto más se acumulan los deberes, que él ha de exigir. Sin embargo, cada nación tiene un ritmo natural, que depende de su clima, su ambiente, y las dotaciones de sus habitantes. Exagerar la marcha del progreso significa sobrecargarlo y con ello quitarle su equilibrio y su felicidad.

Es una buena señal del amor a los motivos superiores, la ambición de las naciones de llegar al mismo nivel de las más progresistas, y esta ambición, con la consiguiente competencia, ha sido —sin ninguna duda— la fuente más fuerte de la extensión de la cultura y civilización sobre la Tierra. Sin embargo, cada vez que se acelera la marcha excediendo el ritmo natural de la nación respectiva, la nación se enferma y pierde su equilibrio natural, y con esto

su felicidad; y precisamente esta última le da a la ambición su sentido superior y es la medida de su justificación.

Muy pocos Estados pueden ser victoriosos en tal carrera. En realidad, ésta es la consecuencia de la vanidad de la gran masa del género humano; es, pues, una ambición en realidad vana y sin buen sentido. Una nación sólo debe proponerse lo que puede lograr con sus propias fuerzas; así permanece sana, aunque quizás en un nivel de civilización menos alto, lo que no excluye el fomento de una sólida cultura y una felicidad verdadera.

Ejemplos de una ambición nacional sana son los Mayas y los Toltecas con sus sucesores, los Pipiles y Aztecas. El espíritu de sus leyes y costumbres fue alentado por el firme propósito de sostener en lo alto la bandera de la cultura, que la conquista destruyó, sin poderla reconquistar, a pesar del Cristianismo. En el fondo, no tiene buen sentido querer conquistar la Luna antes de estar firmemente, es decir, en paz, en la tierra. Los *motivos superiores* no son superiores, si no están en equilibrio y armonía con el ambiente. El desasosiego que llena el mundo de hoy es la consecuencia de todas esas ambiciones vanas y desmedidas. Las vertiginosas conquistas de las ciencias, seguidas de las de la técnica, como la radio, televisión, motocicletas, carros, aviones, etc., trastornaron los pueblos. El afán de tener o hacer, es nocivo, si es desmedido. Este desequilibrio del mundo, con su ambición desmesurada, tiene su última fuente en *la desatención de las virtudes*, especialmente de la modestia.

Además del sistema policíaco psíquico arriba descrito, que sirve para evitar la desatención de los *motivos superiores*, hay un sistema positivo, también de carácter psíquico, y éste es el sistema de *las virtudes*. Las virtudes no son propiedades innatas, meramente individuales, como la inteligencia, la fuerza corporal, la sagacidad, la astucia, la de-

licadeza, la belleza, la sensibilidad, etc., sino *ideas reguladoras* de la convivencia humana en el sentido de los *motivos superiores*. Por tal razón, ellas son internacionales y valen en todos los tiempos y pueblos sin alterarse. *Las virtudes son la verdadera religión del género humano*. Lo reconocieron los pueblos del Norte, desde la China hasta los Romanos, ya en el tercer milenio antes de Cristo; mientras en el Sur de Eurasia, la afición a la personificación de las fuerzas naturales y culturales desvió la religión de las virtudes a aquella de dioses. El Cristianismo fue, al fin, un ensayo de sintetización de las dos clases de religión, el cual, sin embargo, no resistió los progresos del autoconocimiento del hombre, de la ciencia y la técnica.

Al principio he dicho que la adición o devoción a los *motivos superiores* es la idea del desarrollo del mundo en un sentido cierto, pero no determinado. Podemos llamar a las virtudes, *sub-ideas* de esta devoción a los *motivos superiores*, que rigen cada campo especial de los expresados motivos. Ellas dan la pauta en cada campo, dejando a la libertad del individuo, encontrar la forma determinada que se adapta mejor a las circunstancias del momento.

Los Romanos de la República se regían únicamente por las virtudes, con las que consiguieron su Imperio; pero las olvidaron ya en el Imperio. Entre los Chinos, las virtudes cayeron en olvido en los tiempos del feudalismo y fueron resucitadas, ya antes de que existieran los grandes filósofos griegos, por Confucio, quien reconoció que lo único que garantiza la buena convivencia de las gentes y pueblos, es la realización de las virtudes, cuya enseñanza debe ser el contenido más importante y noble de la educación. Los emperadores Chinos aceptaron este conocimiento y lo hicieron la religión del Estado; una religión en la cual el único dios es el "Cielo", como representante de todo

lo superior, en especial de los *motivos superiores*, que se manifiestan en las virtudes, que no son propiedades acabadas, sino voluntades subjetivas a desarrollarse en la dirección de los aludidos *motivos superiores*. Cada hombre normal tiene, por su devoción a éstos, el profundo anhelo de convertirse en un ciudadano perfecto, calidad que alcanza por medio de las virtudes. Considero que un *confucionismo* europeizado podría ser la mejor religión mundial del futuro; por ello recomiendo la resurrección de la "Virtus Romana".

No cabe aquí entrar en los detalles acerca del sistema de las virtudes, que merece un tratado especial. Baste enumerar unas al azar: bondad, valor, amor a la justicia, escrupulosidad, modestia, magnanimidad, discreción, castidad, honradez, sinceridad, dignidad, pudor, honor, piedad, imparcialidad, incorruptibilidad, sobriedad, generosidad, hidalguía, indulgencia, paciencia, moderación, etc.

¿Quién habla hoy de tales hermosuras del espíritu humano, como metas dignas de alcanzar? Debe hablarse de ellas para que vuelvan a convertirse en los ideales de la juventud.

Educar la juventud en las virtudes tropieza con la dificultad de que el crecimiento de la *glándula de la devoción a los motivos superiores*, al menos en algunas razas, no guarda relación con el desarrollo de la inteligencia, ante la realidad de que los adolescentes son, de cierta manera, más bien animales inteligentes que seres humanos. Que esto fue así ya en antiguos tiempos, se desprende del hecho de que las lenguas del Norte del Cáucaso distinguían, para la declinación de los sustantivos, primero seres vivos y seres sin vida, y segundo, entre los seres vivos, los dotados de razón y los que carecen de ella, contando a los niños entre estos últimos, junto a los animales.

Tengo la sospecha de que esta lentitud del desarrollo de la razón en rela-

ción al de la inteligencia, se debe a una influencia destructora del clima y otros factores; de modo que me parece una tarea de la investigación científica averiguar qué es lo que demora o destruye la razón.

Cuando los hombres logran reali-

zar estas virtudes, sobraría el sistema de policía psíquica arriba delineado, y la *conciencia moral* podría decir: sí, sí, sí... hasta la consumación de los siglos.

San Salvador, 1º de octubre de 1959.



# Comentarios a "Estudio de la Historia" de Arnoldo J. Toynbee

Por JULIO FAUSTO FERNANDEZ

Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de El Salvador, el día 19 de Mayo de 1959.

Cuando hace algún tiempo, el Ateneo de El Salvador me hizo el honor de solicitar mi colaboración en la obra cultural que le es propia, ofrecí gustoso dar una charla sobre la FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE TOYNBEE. Tenía ya olvidado el ofrecimiento cuando, hace apenas cinco días, el Secretario de la Institución me comunicó que estaba ya señalada la fecha en que debía dictar una plática sobre el tema aludido. No obstante estar plenamente consciente de mis propias limitaciones y del escaso tiempo de que por el momento dispongo, preparé apresuradamente mi intervención de esta noche, la cual, siento decirlo, no tendrá carácter de conferencia académica sino de charla de divulgación.

Me propongo hablar de la obra titulada "ESTUDIO DE LA HISTORIA" cuyo autor es Arnoldo J. Toynbee, académico de la Universidad de Londres y Director de Estudios del Real Instituto de Asuntos Internacionales de In-

glaterra. El autor publicó los primeros seis volúmenes de la edición original inglesa, entre 1934 y 1939, los restantes han aparecido a partir de 1954. La traducción española comenzó a ser publicada por la Editorial Emecé de Buenos Aires en 1950.

La obra ha sido calificada de monumental, tanto por los adversarios como por los adeptos de Toynbee y pretende ser, en esencia, un estudio de la génesis, grandeza y decadencia de las civilizaciones. Con una erudición histórica realmente pasmosa, el autor ha tomado como campo de investigación toda la historia humana en el curso de los últimos seis mil años, examinando minuciosamente todas las civilizaciones, en todos los rincones del mundo.

Antes de la segunda guerra mundial la crítica de la obra quedó circunscrita al ámbito académico sajón. Después de la guerra, la crítica se ha tornado polémica y ha pasado de las universidades sajonas al gran público intelectual de

todos los países cultos. Se ha examinado la obra de Toynbee bajo todos los aspectos: se ha estudiado su terminología convencional y enigmática, como escritura cifrada; se le ha reprochado a veces el excesivo bagaje erudito; se le ha objetado las extensas citas en latín, griego, francés, alemán y hasta en árabe; se han ponderado uno a uno los argumentos del autor y se ha discutido por los especialistas cada dato histórico. El resultado de esta ingente discusión no se puede precisar aún; sólo cabe decir que mientras unos elevan a Toynbee a la categoría de genio, otros le niegan los méritos más evidentes.

Toynbee declara paladinamente que ha nacido en la fe protestante y que no se ha convertido al catolicismo; ello no obstante, el maestro José Vasconcelos, filósofo católico, declaraba en 1953, en el Paraninfo de nuestra vieja Universidad hoy extinguida por el fuego, que entre los muchos libros importantes escritos en el siglo XX, la obra de mayor genialidad y alcance es, sin disputa, el "Estudio de la Historia", de Toynbee.

Leyendo cuidadosamente las páginas de la voluminosa obra, uno se pregunta a veces qué carácter tiene ese estudio desconcertante y atrayente a la vez: Es un tratado de Historia?, es un estudio de Sociología Comparada?, o es, acaso, un magistral curso de Filosofía de la Historia? De todo hay en ella.

Si por ciencia de Historia se entiende, como quiere Max Weber, "la explicación causal de los acontecimientos singulares importantes; importantes, en el sentido de que tienen una influencia en los destinos humanos", Toynbee es, sin disputa, un consumado historiador. Bastaría citar, en apoyo de esta afirmación, su análisis causal de la revolución económica, política y jurídica realizada en Atenas en tiempo de Solón.

Si la Sociología ha de ocuparse, según lo afirma el mismo autor alemán, de observar, en el campo de la dinámica social, ciertas uniformidades empíricas,

a fin de establecer modos típicos de acción de las fuerzas sociales, Toynbee es, también sin lugar a dudas, un sociólogo. Para convencerse de ello basta leer sus investigaciones sobre la acción del medio ambiente físico y del medio ambiente social en la génesis de las civilizaciones.

Pero es, acaso Toynbee, un filósofo? Ortega y Gasset en un curso libre dictado en el Instituto de Humanidades de Madrid, cuya reseña fue publicada en 1951, en "Cuadernos Americanos", niega al escritor inglés la calidad de filósofo y despectivamente lo califica de "hombre de fe que, segrega un misticismo pedagogo y predicador". La nombradía que entre nosotros tiene Ortega, me ha hecho dudar sobre la calidad filosófica de la obra de Toynbee, quien, ciertamente, no es filósofo de profesión. Pero si por Filosofía ha de entenderse el estudio de los fenómenos en sus aspectos más universales, con el fin de desentrañar las primeras causas de los mismos, no cabe duda, al menos a mi juicio, de que hay en la obra de Toynbee toda una Filosofía de la Historia, puesto que nadie como él ha estudiado en forma tan universal los fenómenos históricos, ni se ha planteado con tanto rigor y hondura el problema de la causa original de la génesis y declinación de las civilizaciones.

Antes de trazar el esquema de la obra, por lo menos de la parte de la misma ya traducida al castellano, es necesario precisar el sentido en que Toynbee usa la palabra "civilización". No sin antes advertir que la sola tarea de intentar un esquema semejante en el breve término de una charla es, de por sí, una empresa temeraria: no es posible resumir en pocas páginas una obra de tan rico y variado contenido.

Toynbee sostiene que para obtener una clara inteligencia de los fenómenos históricos, es necesario desbordar los marcos nacionalistas que hoy limitan los horizontes mentales de los historiadores europeos. Un Estado cualquiera,

por grande y poderoso que sea, no es, en sí mismo, un campo inteligible para el historiador. No se puede comprender, pongamos por caso, la historia de Inglaterra, sin tener en cuenta hechos que desbordan los límites territoriales, no ya de la Inglaterra misma, sino inclusive de todo el Imperio Británico en la época de su mayor expansión. La conversión de los ingleses al cristianismo, operada en el siglo VI; la implantación del sistema feudal en la Inglaterra del siglo XI; el Renacimiento del siglo XV; la Reforma y la expansión ultramarina, en el siglo XVI; la instauración del gobierno parlamentario responsable en el siglo XVII; la Revolución industrial en el último cuarto del siglo XVIII; son hechos que sólo pueden explicarse si se tiene en cuenta que la historia inglesa está enmarcada en un cuadro histórico más amplio, llamado Civilización Cristiana Occidental. Toynbee llega a la siguiente conclusión: "la historia nacional británica no es, nunca ha sido, y casi con total certeza nunca será, un campo inteligible de estudio aislado". Esta conclusión es generalizada por el autor, apoyándose en infinitas observaciones y en fuertes argumentos, al afirmar que para entender la historia se hace necesario superar el espíritu de nacionalidad, que "es un agrio fermento del vino nuevo de la Democracia en los viejos odres del trabalismo". Las civilizaciones son, según él, *los verdaderos campos inteligibles del estudio histórico*. Cada uno de estos campos se extiende en el espacio y en el tiempo hasta encontrarse con otros campos históricos, vale decir, con otras civilizaciones. Así vemos que a veces una civilización engendra a otra, y, con más frecuencia vemos a las civilizaciones chocar entre sí en el espacio.

Viendo las cosas desde un ángulo menos formal y abstracto, se percibe que Toynbee emplea la palabra civilización en un sentido semejante al significado que la antropología social da a la palabra cultura. El género socie-

dad abarca, según su opinión, dos grandes especies: las sociedades o culturas primitivas, cuyo número ya estudiado por la antropología social es, en términos generales, de unas seiscientas cincuenta; y las sociedades civilizadas o simplemente civilizaciones, que constituyen el objeto de estudio propio de la historia, cuyo número es más reducido que el de las primeras. Toynbee demuestra, en la mejor forma que es posible hacer la demostración, esto es, poniéndolo en práctica, que el método comparativo empleado por la antropología para el estudio de las sociedades primitivas, "de los pueblos que no tienen historia", es valedero para el estudio de las civilizaciones. Se funda en que los hechos históricos son, en cierto sentido, únicos, pero en otro sentido, comparables. Las civilizaciones son, por consiguiente, sociedades, pero dentro de cada una de estas sociedades se pueden distinguir grupos humanos menores o comunidades, tales como los estados ciudades o los estados nacionales.

Toynbee descubre veintiuna civilizaciones en la historia de la humanidad, algunas de las cuales no han surgido del seno de una civilización anterior, otras no han tenido civilizaciones filiales que surgieron del seno de ellas, unas han dejado de existir y otras coexisten en nuestros días. Su lista es la siguiente:

1. La civilización *Egipciaca*, que no nació de otra civilización anterior y cuyo origen se remonta a más de cuatro mil años antes de Cristo, surgida en el valle inferior del Nilo.

2. La civilización *Andina*, que tampoco surgió de otra, y que se desarrolló en la costa y mesetas andinas sudamericanas, a partir de los comienzos de nuestra Era.

3. La civilización *Sínica*, también sin parentesco anterior, y que surgió en el valle bajo del Río Amarillo, alrededor de mil quinientos años antes de Cristo.

4. La *Mitnoica*, que, igualmente, ca-

rece de parantesco anterior y cuyo comienzo hay que situarlo en las islas del Mar Egeo, unos tres mil años antes de Cristo.

5. La *Sumérica*, sin antecedente conocido, que se desarrolló en el valle del bajo Eufrates y el Tigris a partir de unos tres mil quinientos años antes de Cristo.

6. La *Maya*, que carece de parentesco anterior, y surgió en la selva tropical de Mesoamérica más de quinientos años antes de Cristo. De paso anotemos que Toynbee rinde un homenaje admirativo a la civilización maya por ser, dice, la única civilización pacífica que ha habido en el mundo: "El Primer Imperio de los mayas no pereció por violencia de ningún tipo, ni por revolución, ni por guerra" pues, "a decir verdad, esta sociedad parece haber sido insólitamente pacífica".

7. La *Yucateca*, hija de la civilización Maya, que se desarrolla en la Península de Yucatán, a partir, aproximadamente, del año seiscientos veintinueve de la Era Cristiana.

8. La *Mexicana*, surgida probablemente por un desplazamiento de la civilización Maya a la meseta de la Sierra Madre mexicana, y cuyo origen hay que buscarlo alrededor del siglo VII de la Era Cristiana.

9. La *Hitita*, que deriva de la civilización *Sumérica*, y surgió en la Península de Anatolia, unos mil quinientos años antes de Cristo.

10. La *Siriaca*, que procede de la civilización Minoica y que está emparentada con la Iránica y la Árbiga, cuyo origen hay que situarlo en Siria, más de mil cien años antes de Cristo.

11. La *Babilónica*, que es una transformación de la civilización *Sumérica* operada en el Irak más de mil quinientos años antes de Cristo.

12. La *Iránica*, filial de la civilización Siriaca y que más tarde se fundió con la Árbiga para formar la civilización Islámica; surgió en Anatolia e Irán, al-

rededor del siglo XII de la Era Cristiana.

13. La *Árbiga*, hija también de la civilización Siriaca y que, confundida con la Iránica desemboca en la civilización Islámica, surgió antes del siglo XIII de la Era Cristiana.

14. La civilización del *Extremo Oriente* (cuerpo principal), hija de la civilización Sínica, se desarrolla en China antes del año quinientos de la Era Cristiana.

15. La civilización del *Extremo Oriente* (Sección de Corea y Japón) que surgió mediante un desplazamiento geográfico de la civilización Sínica.

16. La civilización *Indica*, derivada de la *Sumérica*, que surgió en los valles del Indo y del Ganges, unos cuatro siglos antes de la Era Cristiana.

17. La *Hindú*, hija de la civilización Indica, se desarrolló en el Norte de la India, a partir de unos ochocientos años después de Cristo.

18. La *Helénica*, derivada de la civilización Minoica, que se desarrolla en las islas y costas del Mar Egeo, a partir de una fecha anterior al año de mil cien antes de Cristo. La civilización Helénica, que podría llamarse también greco-romana, engendró a la civilización Cristiana Occidental y a la civilización Cristiana Ortodoxa.

19. La civilización *Cristiana Ortodoxa* (cuerpo principal), surge en Anatolia, de la desintegración de la sociedad Helénica, alrededor de setecientos años después de Cristo.

20. La civilización *Cristiana Ortodoxa Rusa*, surge, a partir del siglo X de la Era Cristiana, por desplazamiento geográfico del Cuerpo Principal de la civilización Cristiana Ortodoxa.

21. La civilización *Cristiana Occidental*, hija de la Helénica, surge en Europa Occidental antes del año setecientos de la Era Cristiana.

Además de estas veintiuna civilizaciones logradas, Toynbee enumera tres civilizaciones "abortadas", que fueron incapaces de responder con acierto a la

incitación que pudo darles vida independiente, ellas son: la Cristiana del Extremo Occidente (Céltica irlandesa), la Cristiana del Extremo Oriente (nesioriana) y la Escandinava o Wikinga. Además, señala las siguientes civilizaciones “detenidas”, que se inmovilizaron a causa de la excesiva severidad de la incitación que les dio origen: la Polinesia, la Esquimal, la Nomádica, la Espartana y la de los Osmalíes.

Toynbee cierra su catálogo de las civilizaciones con las siguientes palabras: “Siete de ellas viven aún, las otras catorce se han extinguido y, por lo menos, tres de esas catorce —la Egipciaca, la Sumérica y la Minoica— se remontan hasta la aurora de la Historia”.

Toynbee sostiene que las diversas civilizaciones sólo son comparables entre sí, en virtud de que son *filosóficamente contemporáneas*. Su argumento es impresionante. Se apoya en los cálculos cronológicos de sir James Jeans, según los cuales, la edad del globo terrestre es de unos dos mil millones de años; la edad de la vida sobre la tierra es de unos trescientos millones de años; la edad de la especie humana de unos trescientos mil años; y la de las civilizaciones, apenas de seis mil años. Por otra parte, no sabemos cuántos miles de años más podrá vivir el hombre sobre la tierra. Situado en esta perspectiva infinita, Toynbee concluye: “Si asignamos a la antigüedad del hombre cerca de trescientos mil años, se hallará que la antigüedad de las civilizaciones, muy lejos de ser coetánea con la historia humana, cubrirá menos de dos por ciento de su lapso actual: menos de seis mil años entre trescientos mil. En esta escala temporal, las vidas de nuestras veintiuna civilizaciones —distribuidas sobre no más de tres generaciones de sociedades y concentradas en menos de una quincuagésima parte de la vida de la humanidad— deben ser consideradas, en un enfoque filosófico, como contemporáneas entre sí”.

La historia de la evolución del hombre sobre la tierra se puede comparar a los esfuerzos de alpinistas que escalan una montaña. Nosotros no vemos los orígenes ni el final, no vemos los oscuros precipicios desde donde la montaña emerge y tampoco vemos su cumbre, pero en la parte de la escarpa que podemos contemplar vemos, en un repecho, a un numeroso grupo de alpinistas, las sociedades primitivas, durmiendo un sueño de trescientos mil años; vemos, además, un pequeño grupo de veintiún alpinistas que se levantaron y siguieron el ascenso, de esos veintiuno, catorce han rodado ya al abismo y siete han continuado la penosa ascensión, uno de ellos, la Civilización Occidental, parece ir a la cumbre pero no sabemos si llegará a la cumbre o si perecerá en la empresa. Ninguna civilización, por alto que sea su grado de evolución histórica, puede justificar la pretensión de ser la consumadora de la historia humana.

Ninguna puede jactarse de que su propia historia coincidirá con la transformación del subhombre prehistórico, a través del hombre histórico, en el superhombre del futuro, “las posibilidades para una tal coincidencia en favor de una de las civilizaciones conocidas, no pueden ser muy grandes”, dice Toynbee. “La meta de los esfuerzos humanos —concluye— podrá alcanzarla tal vez dentro de millares o centenares de años a partir de hoy, alguna sociedad aún por nacer; o bien la raza humana podrá extinguirse sin que la meta haya sido alcanzada en absoluto”.

Al estudiar la génesis de las sociedades e indagar los factores que hacen de cada civilización “una empresa en marcha”, Toynbee desecha, en primer lugar, el factor racial, fundándose en que no hay una raza, ni tipo humano medio preciso, que haya acompañado los albores de toda civilización. Desecha después la influencia del medio ambiente físico como factor exclusivo de la génesis de una civilización, puesto que és-

tas, según la enumeración que acabamos de hacer, han surgido en medios ambientes geográficos de muy distinta naturaleza: unas veces en valles fluviales, otras en litorales marítimos y otras en mesetas y en selvas.

Cada uno de los factores señalados, el humano y el físico, es incapaz por sí solo de explicar el origen de una civilización, por eso Toynbee ensaya unirlos y descubre el secreto de la génesis en una interacción entre ambos factores. Observa que en la evolución de las civilizaciones, a un período de equilibrio o adaptación del grupo humano al medio ambiente o contorno, sigue, en forma rítmica, un desequilibrio o inadaptación. “Un examen de los grandes mitos en que está conservada la sabiduría de la raza humana sugiere la posibilidad de que el hombre alcance la civilización, no como resultado de una condición biológica o un contorno geográfico superiores, sino como respuesta a una incitación en una situación de dificultad especial que lo lleva a hacer un esfuerzo sin precedente hasta entonces.”

Durante el período de desequilibrio, el medio ambiente o factor externo, suscita una exigencia, reto o incitación, a la que el elemento humano o factor interno tiene que hacer frente mediante una réplica o respuesta que restablezca el equilibrio. Las seis civilizaciones originarias constituyen otras tantas respuestas victoriosas al reto del contorno físico, virgen todavía, puesto que, por hipótesis, no existe civilización antecedente. Así, las civilizaciones Egipcia y Sumérica constituyeron respuestas exitosas al reto o incitación de la sequía y de la inundación, de la ciénaga y de la maleza, en tanto que la civilización Maya fue la respuesta al reto de la exuberante selva tropical. El reto del medio ambiente geográfico dio origen a las primeras civilizaciones, y operó, por consiguiente, según Toynbee, un trastocamiento mayor que cualquiera de los que la humanidad haya experimen-

tado hasta el presente bajo la égida de las civilizaciones: el de “la transmutación del subhombre en hombre, cumplida en circunstancias de las que no poseemos registro alguno”. Cuando la civilización no es originaria sino derivada, el reto puede proceder del medio humano, del medio físico o bien del medio humano combinado con el medio físico. En estos casos, las incitaciones pueden ser de índole muy variada, por ejemplo: países en que la vida es difícil; territorios nuevos, todavía desconocidos para los grupos humanos que emigran a ellos, choques con otras civilizaciones, o bien presiones y penalidades internas que plantean nuevas exigencias a las sociedades.

Las incitaciones o retos del contorno, seguidas de respuestas exitosas de la sociedad de que se trate, explican, por consiguiente, la génesis y evolución de las civilizaciones. Incitación y respuesta son dos fuerzas que chocan entre sí e imprimen a la historia humana un movimiento rítmico pendular que, dice Toynbee, “ha sido ya señalado por no pocos observadores pertenecientes a distintas edades y a diversas sociedades, quienes concuerdan unánimemente en considerarlo como rasgo fundamental de la naturaleza del Universo”. Esta lucha rítmica ha sido designada con diversos nombres por Empédocles de Agrigento, por el Antiguo Testamento hebreo, por Murphy, por Spencer, por Bosanquet, por Goethe y por el General Smuts. “Estas dos fuerzas alternantes en el ritmo del universo, a las cuales Empédocles llama Amor y Odio, han sido también distinguidas —en forma por entero independiente de los procesos del pensamiento helénico— por observadores del mundo Sínico, quienes las han llamado *Yin* y *Yan*”. Toynbee prefiere usar la terminología china afirmando que “de los varios símbolos en que diferentes observadores de diversas sociedades han expresado la alternación entre una condición estática y una actitud dinámica en el ritmo

del universo, *Yin* y *Yan* son los más adecuados. Ellos expresan la medida del ritmo directamente y no mediante alguna metáfora derivada de la psicología, la mecánica o las matemáticas”.

Las civilizaciones, como lo prueba la Historia, se pueden desintegrar o hundir; y su crecimiento, mientras dura, puede ser denominada progreso, a condición de que no entendamos por tal, una *dirección* determinada. El progreso, al que Toynbee llama *crecimiento*, es un proceso acumulativo que tiene un doble carácter interno y externo. En el aspecto externo, el crecimiento se manifiesta en un progresivo y acumulativo dominio de la sociedad sobre el contorno o medio que lo rodea. En el aspecto interno, el crecimiento consiste en una progresiva y acumulativa autodeterminación de la sociedad; la civilización en desarrollo va siendo cada vez más capaz de determinar la dirección y el ámbito de sus actividades. En el pensamiento y en la acción de una civilización que progresa se produce, con frecuencia, un proceso concomitante de simplificación, en virtud del cual el interés de la sociedad se traslada de los aspectos más crudamente materiales a manifestaciones culturales menos tangibles, más teóricas, más abstractas o espirituales. Esta simplificación que significa un salto esencial de lo groseramente físico a lo delicadamente espiritual, es denominada “eterealización”, por Toynbee.

Por otra parte, Toynbee describe la función de las minorías creadoras en el seno de una civilización en crecimiento, en la forma siguiente: cuando se presenta una exigencia, reto o incitación del contorno, ciertos individuos mejor dotados, que constituyen la minoría creadora, se aíslan durante un tiempo de la sociedad y preparan en la soledad una réplica eficaz a la nueva exigencia; cuando teóricamente han encontrado una respuesta, vuelven al seno de la sociedad para ponerla en práctica, convirtiéndose en dirigentes.

Otro gran problema de la temática toynbiana es el del “ocaso de las civilizaciones”. El ocaso de una civilización no es inevitable, como si se tratase de un hundimiento mecánico; ni es un colapso orgánico que conduce a la muerte, como si se tratase de un organismo vivo; tampoco es una repetición cíclica que debe seguir su curso inevitable, como si se tratase de las cuatro estaciones. El colapso no se debe ni a la degeneración racial ni a la pérdida de dominio sobre el medio físico o sobre el medio social. El colapso ocurre siempre por un fallo de la autodeterminación. De ordinario, las civilizaciones no son asesinadas ni mueren de muerte natural, sino que se suicidan. Una civilización declina debido a su incapacidad para preparar réplicas eficaces a las nuevas incitaciones que se le presentan; esto es, debido a la pérdida de agilidad para hacer frente a las nuevas exigencias; debido, en una palabra, a un fracaso en su autodeterminación.

Cuando una sociedad va declinando, se operan en su seno los fenómenos que Toynbee llama “mecanización de la mimesis”, “rigidez de las instituciones” y “némesis de la capacidad creadora”. En virtud de la mecanización de la mimesis, la acción libre e inteligente de la minoría creadora que surgió en la época de crecimiento, es sustituida por la imitación servil, mecánica y automática del pasado. La minoría creadora se transforma, durante el proceso de desintegración, en simple minoría dominante que se sostiene por la fuerza. La rigidez de las instituciones es el producto de hábitos y costumbres que se han tornado anticuados. Este anquilosamiento impide encontrar respuestas eficaces a las nuevas incitaciones. “Cuando la mimesis está dirigida hacia adelante en dirección al futuro, se quiebra la corteza del uso y la sociedad está en moción dinámica, por un camino de cambio y crecimiento”. Pero cuando la sociedad está en desintegración, la

mimesis se torna rígida y la rutina predomina sobre el progreso.

En virtud de la némesis de la capacidad creadora, una civilización que durante su proceso de desarrollo encontró respuestas eficaces a todas las incitaciones, se lanza a una actividad cada vez mayor, de naturaleza cada vez más complicada, que acaba por acarrearle exigencias imposibles de ser superadas, lo cual da por resultado el hundimiento y la desintegración. Pero, en última instancia, la causa primaria del colapso es la pérdida del *poder creador* de la minoría dirigente.

El tipo normal de desintegración social es una división o cisma que consiste en la escisión de los miembros de la sociedad en tres grupos: una minoría dominante, un proletariado interno y un proletariado externo. Toynbee aclara que no toma la palabra proletariado en el sentido especializado y restringido, hoy corriente, "puesto en circulación por Marx, como uno de los términos que acuñó para transmitir los resultados de su estudio de la Historia". Proletariado significa, para Toynbee, "cualquier elemento o grupo social que de alguna manera está *en*, pero que no sea *de* una sociedad determinada, en una edad determinada de la historia". En otras palabras, proletariado es un grupo social que, fuera de su existencia física, no tiene otro interés en la civilización de que forma parte. El proletariado interno es, un grupo recalciante que ha dejado de seguir entusiásticamente el curso de la civilización y que no se considera como parte de la sociedad en cuyo seno vive. El proletariado externo está constituido por aquellas poblaciones que viven en torno a la periferia del ámbito geográfico de la sociedad y que en un tiempo recibieron el influjo creador de ésta, pero que, durante el proceso de desintegración, se convierten en bandas bárbaras incursionistas y agresoras de la civilización que declina.

La lucha entre la minoría dominante

y los proletariados interno y externo se desarrolla en espasmos alternativos de disturbios, recuperación y nuevos disturbios. En el penúltimo acto de esta lucha se opera una palingenesis o renacimiento: la minoría dominante tiene éxito en detener por algún tiempo la autodestrucción de la sociedad, imponiéndole la paz dentro de lo que Toynbee llama un Estado Universal, porque abarca el ámbito de toda una civilización. Pero dentro de ese Estado Universal, el proletariado crea una Iglesia Universal. Tal es el caso de la paz de Augusto en el Imperio Romano. Cosa semejante ocurre en las otras civilizaciones. Los disturbios finales ponen fin al Estado Universal de la minoría dominante, pero la Iglesia Universal del proletariado sobrevive, en ocasiones, para llegar a ser la crisálida de la que emerge una nueva civilización.

Como puede verse: "La desintegración no procede uniformemente, sino por la alternación de derrotas y reagrupaciones. Por ejemplo, el establecimiento de un Estado Universal constituye una reagrupación después de la derrota de unos tiempos revueltos, y la disolución de un Estado Universal constituye la derrota final. Como se encuentra que usualmente una reagrupación es seguida por una derrota en el curso de unos tiempos revueltos, y una derrota seguida por una reagrupación en el curso de un Estado Universal, el ritmo normal parece ser derrota - reagrupación - derrota - reagrupación - derrota - reagrupación - derrota tres compases y medio. Este esquema se ilustra con las historias de diferentes sociedades extintas, y después se aplica a la historia de nuestra Cristiandad Occidental con el fin de vislumbrar qué etapa de su desarrollo ha alcanzado nuestra sociedad".

Ya antes, Toynbee había sentado la tesis de que el parentesco entre una civilización originaria y otra derivada está constituida por el vínculo de una Iglesia Universal. El propio autor resume así su conclusión: "En todos los



casos de paternidad y filiación que hemos investigado, el vínculo social entre las dos civilizaciones ha sido una Iglesia Universal, creada por el proletariado interno de la sociedad más antigua, que ha servido luego como la crisálida dentro de la cual la sociedad más joven ha llegado a existir y cobrado forma gradualmente. En la paternidad de la sociedad Helénica respecto de la Cristiana Ortodoxa y la Occidental, ese papel fue desempeñado por la Iglesia Cristiana; en la paternidad de la sociedad Siríaca respecto de la Arábiga e Iránica, por el Islam; en la paternidad de la Indica respecto de la Hindú, lo desempeñó el Hinduísmo; en la paternidad de la Sínica respecto de la del Lejano Oriente, el Mahayana”.

El hecho de que algunas civilizaciones hayan dado lugar al nacimiento de otras, ha obligado a los grandes pensadores de la humanidad a preguntarse: ¿Qué ruta sigue la historia humana? Hay, al respecto, dos grandes respuestas que merecen ser examinadas detenidamente: por una parte, Aristóteles y Buda contestan que el curso de la Historia obedece a una ley impersonal de la naturaleza y constituye un proceso cíclico que se repite indefinidamente. La idea del “eterno retorno” repugna, o cuando menos carece de sentido para todo hombre educado dentro de los cánones de la civilización Cristiana Occidental, a menos que se trate de un hombre que ha renegado de la esencia espiritual de dicha civilización, como es el caso de Nietzsche. Pero la mera repugnancia, dice Toynbee, no es razón para no creerla. La creencia tradicional en el fuego del Infierno y en el triunfo final, también repugna a muchos, y, sin embargo, se sigue creyendo en estas ideas a través de las generaciones.

Por otra parte, el cristianismo y el zoroastrismo (cuando esta última religión no sufre una deformación nietzscheana) ven en la Historia, no un proceso mecánico ni cíclico, sino la ejecución progresiva y magistral de un plan divi-

no que se nos revela en forma fragmentaria a causa de que trasciende nuestros limitados poderes humanos de visión y comprensión pero que, sin embargo, es real.

Toynbee cree que no es necesario optar ni por la concepción indohelénica ni por la judeozoroastriana. Cabe, según él, una tercera solución: es posible que las dos concepciones no sean absolutamente irreconciliables. En tanto que las civilizaciones nacen y declinan y al declinar originan otras, alguna empresa incógnita puede estar progresando, y, dentro de un plan divino, el aprendizaje que llega a la humanidad a través de los sufrimientos causados por los fracasos de la civilización contemporánea, puede ser un medio soberano de progreso.

Toynbee demuestra ser un fino psicólogo al examinar los efectos que causa una civilización que se desintegra sobre las vidas personales de sus miembros, especialmente en lo que se refiere a la conducta personal, a la experiencia emotiva, a la filosofía de la vida y a la religión de cada individuo, que él estudia bajo el título de “cisma en el alma”. No me es posible dar noticia de cada uno de estos aspectos, pero quiero señalar brevemente los cuatro estilos de vida que, según nuestro autor, se descubren en el seno de toda civilización que se desintegra: el estilo violento del *futurismo*; el estilo violento del *arcaísmo*; el estilo de mansedumbre que nuestro autor llama de *renunciamiento* y el estilo, también de mansedumbre, que llama *transfiguración*.

El examen de estas cuatro clases de estilos desemboca en una teoría sobre la misión de los líderes sociales. Cuando la civilización va en crecimiento, el líder es un conquistador, en sentido figurado, que gana batallas sociales mediante respuestas victoriosas a las nuevas incitaciones. En las civilizaciones que declinan, el líder es un defensor, un salvador que ayuda a su pueblo a aferrarse a las conquistas logradas.

Cuando el defensor encarna la forma de vida llamada *futurismo*, se convierte en un salvador con espada que trata de impulsar violentamente a la sociedad en un avance estratégico hacia el futuro. El defensor que encarna un estilo de vida *arcaísta* es también un salvador con espada que intenta, mediante el empleo de la fuerza, obligar a la sociedad a una retirada estratégica hacia el pasado. Toynbee sostiene que ambas clases de líderes violentos fracasan siempre en definitiva, porque no se puede establecer un orden permanente basándose en la fuerza: "Todos los que tomaren la espada, a espada morirán".

Cuando el defensor encarna el estilo de vida de *renunciación*, que consiste en un renunciamiento pasivo a todos los valores, a todos los deseos, el salvador, a la postre, tiene que recurrir también a la espada para lograr algo. Únicamente cuando el salvador es un líder que encarna el estilo de vida de la mansedumbre y de la *transfiguración*, y es capaz de mostrar al pueblo el camino hacia otro mundo, hacia la realización activa de infinitos valores espirituales positivos, sólo entonces su acción es eficaz, pero entonces el líder pretende ser un dios encarnado en un hombre.

En casi todas las civilizaciones, Toynbee descubre un dios muriente que muere, precisamente, para dar vida a su pueblo. Pero, cómo conoceremos que se trata, no de un simulador, sino del auténtico Dios? Hay una clave para averiguarlo: muere el dios muriente por compulsión o libremente? Con generosidad o con amargura? Por amor o en desesperación? En suma, con qué espíritu va el dios muriente hacia su muerte? Sólo hay un salvador, sostiene Toynbee, que va libremente a la muerte con el espíritu de la absoluta mansedumbre, se llama Jesús de Nazaret. Al escoger en la hora de la crisis, la Cruz, en vez de la espada blandida por "doce legiones de ángeles", Jesús se aparta de

la línea convencional de acción seguida por los otros pretendidos salvadores cuya conducta hemos estudiado, dice Toynbee. "Qué es lo que inspira al salvador nazareno para escoger esta tremenda nueva salida? Podemos contestar a esta interrogación preguntando a nuestra vez qué es lo que lo distingue de aquellos otros salvadores que han contradicho sus propias pretensiones convirtiéndose en hombres de espada. La respuesta es que estos otros sabían que no eran más que hombres, mientras que Jesús fue un hombre que creía ser el Hijo de Dios. Concluiremos con el salmista que *la salvación pertenece al Señor* y que, sin ser en algún sentido divino, un pretendido salvador de la humanidad será siempre impotente para cumplir su misión?" Toynbee no retrocede ante la respuesta, y así dice: "... Hemos descubierto que es imposible evadir un Presente intolerable saltando hacia atrás o hacia adelante en la corriente del Tiempo, ni tratando de lograr un despego completo de la vida a costa de la aniquilación del Yo. Hemos logrado ya un atisbo de un estilo de vida alternativo que promete:

*"Dar luz a los que habitan en las tinieblas y en la sombra de la muerte, para encaminar nuestros pies por el sendero de la paz. (Lucas, I, 79).*

"Y esta feliz evasión de nuestras aflicciones hemos de encontrarla afiliándonos como ciudadanos de una *Civitas Dei* de la que es Rey Cristo crucificado. Esta manera de emprender nuestra partida de la Ciudad de Destrucción no es un acto de desidia; es una *retirada con arreglo a un plan*; y el plan —como la Pasión de Cristo lo proclama— no es salvarnos escapando de un peligroso y doloroso desconcierto mundano, sino hacernos de la iniciativa a fin de, a nuestro riesgo y ventura, salvar la Ciudad de Destrucción de su condenación, convirtiéndola a la Paz de Dios".

Tiempo es ya de que dejemos esta fatigosa exposición y volvamos a las grandes premisas de que parte Toyn-

bee. Recordemos su universo histórico de múltiples culturas. Es indudable que nuestro autor nos da una nueva y cósmica visión de la historia humana, cuya ambición es colmar el vacío que siente el hombre de hoy al presentir que está entrando a una nueva Edad, la cual exige que se dejen atrás los senderos circunscritos y limitados de un historicismo caduco. Toynbee es consciente de su papel en este sentido y así dice: "Tal como al final de la época que hemos dejado atrás, la obra de los historiadores terminó por conformarse al sistema industrial, y su visión fue captada y limitada por la idea de nacionalidad, así, en la nueva época en que hemos entrado, hallarán ellos probablemente su campo inteligible en algún paisaje donde no restrijan el horizonte a los límites de una sola nación, y adaptarán su método de trabajo actual a operaciones mentales de mayor escala". Ya hemos visto como denuncia la arrogancia patriótica y autosuficiente que se ha infiltrado en el ánimo de los historiadores europeos modernos, cuyos "Estados nacionales, desde los más grandes hasta los mínimos, proclamaron la misma pretensión de ser entidades duraderas, autosuficientes, e independientes del resto del mundo".

Toynbee combate, además del nacionalismo, lo que llama la tesis de la "continuidad de la Historia" que, según afirma, "es la más atractiva de todas las concepciones ideadas por analogía con la Ciencia Física Occidental Clásica por los historiadores occidentales". Según dicha tesis, "sólo hay una Civilización en singular y con C mayúscula". Dicho en otras palabras "la Civilización es una especie de sociedad que sólo tiene un representante, *ex hypothesi*, único en su tipo". Debajo de esta errónea interpretación de la Historia, Toynbee descubre una concepción subyacente a la que denomina, "tesis del proceso de crecimiento en línea recta". Según esta última tesis, toda la evolución histórica de la humanidad se reali-

zó en una sola línea ascendente que arranca desde nuestros antepasados prehumanos en el paleolítico y el neolítico, pasa por las civilizaciones ya extinguidas, y culmina con la Civilización Occidental. El máximo representante de esta tesis es Hegel, quien, con el énfasis que lo caracteriza, declara: "Europa es, absolutamente, el término de la Historia Universal".

La idea de que la Historia es un proceso de crecimiento en línea recta, engendra, a su vez, lo que Toynbee llama "la ilusión egocéntrica", surgida en las cabezas de los europeos a causa del agresivo poder de expansión de que estuvo dotada la Civilización Occidental durante todo el siglo pasado, gracias al cual llegó a coger "en sus mallas a toda generación viviente de la humanidad y a todas las tierras habitables y mares navegables de la superficie del planeta". Toynbee se encarga de precisar, sin embargo, que "el Occidente nunca ha llegado a ser coextensivo con el mundo entero en todos los planos de la vida social, y otras sociedades de la *misma especie*, nunca han dejado de existir en el mundo lado a lado con él".

Sin embargo, la ilusión egocéntrica, según la cual cada historiador considera "a su propia sociedad como la consumación de la Historia humana y como sinónima de Civilización a secas" no es, como pudiera creerse, patrimonio exclusivo de los europeos. Toynbee afirma que un censo completo de opiniones revelaría con certeza que en las actuales circunstancias del mundo, hay todavía un número igual al de los occidentales, de observadores cristianos ortodoxos, islámicos, hindúes y del Lejano Oriente dominados por la misma ilusión. También los griegos y los egipcios creyeron en su época, que en su propia Civilización culminaba la Historia de la Humanidad.

Para los sostenedores de la tesis unitaria de la Historia, los pueblos americanos precolombinos y los de algunas civilizaciones euroasiáticas ya extingui-

das, cuyas respectivas historias no pueden ser encajadas en la ruta del desarrollo lineal, constituyen verdaderos tropiezos; son, dice Toynbee, “algo así como árboles que caminan o como animales selváticos que infestaran el país en que nos ha tocado toparnos con ellos”. Sin embargo, los nacionalistas historiadores británicos no se andan con chiquitas y para obviar esa dificultad han inventado la teoría de la “difusión de la Historia”, que intenta reducir las “apariencias de pluralidad a una unidad subyacente originaria, haciendo derivar todas esas otras civilizaciones de la civilización egipciaca; y aplican este método de reducción, tanto a las civilizaciones precolombinas del Nuevo Mundo como a las civilizaciones no egipcias del Viejo Mundo”.

La teoría toynbiana de que las civilizaciones son los verdaderos campos inteligibles de estudio de la Historia, pone fin a las limitaciones nacionalistas, lo mismo que a las tesis de la continuidad de la historia y del proceso de crecimiento en línea recta, y a la ilusión egocéntrica. Toynbee reconoce de buen grado que la “intuición histórica” de Gobineau, al negar la existencia de una civilización única, es un antecedente de su obra. Señala también, en ese sentido, Spengler, quien, en su discutida obra “La Decadencia de Occidente”, se opone con ardor a la conocida división de la Historia en “antigua”, “media” y “moderna”, tachándola de insostenible universalización clasificativa impuesta desde Europa. Pero ha tocado a nuestro comentado autor inglés dar el tiro de gracia a tan absurdas teorías; “esta tesis”, dice Toynbee, de que la unificación presente del mundo sobre base occidental, es la consumación de un proceso continuado único que da razón del todo de la historia humana, sólo es posible gracias a una deformación violenta de los hechos históricos y de una limitación drástica del campo visual del historiador”.

Toynbee sostiene que la propaganda

ateísta, sostenida oficialmente por algunos estados contemporáneos, es una incitación a la civilización cristiana que, de ser respondida victoriosamente, puede dar lugar a nuevas formas de vida civilizada. A ese respecto, hace las siguientes consideraciones: “La campaña contra el cristianismo, que hoy constituye parte integral de la propaganda del socialismo marxista, es una incitación hecha a la actual generación de cristianos para que hagan un examen de conciencia y se lancen una vez más a la acción cristiana esencial que en los tiempos modernos han descuidado y hasta abandonado; y bien podríamos empezar por formularnos a nosotros mismos las escrutadoras preguntas del apóstata (Juliano):

*“Vamos a negar el hecho de que el éxito del ateísmo se debe sobre todo a su filantropía?... Todas esas son virtudes que nosotros debemos poner en práctica bona fide... No permitamos que competidores enemigos nos superasen en lo que es nuestro punto más fuerte abandonándonos a una desidia y a una indiferencia que constituyen no sólo una desgracia para nuestra religión, sino también una completa traición a ella”.*

*Necesitamos aprender del enemigo,* dice Ovidio; y, si nos tomamos a pecho las palabras de reproche que aquel noble adversario se dirigía a sí mismo, los cristianos de hoy aún podemos aprovechar el ataque marxista al cristianismo, así como, hace siete siglos, pudo aprovecharse el ataque pauliciano, en circunstancias comparables a éstas, gracias a la inspirada guía de San Francisco y de Santo Domingo. En esa eventualidad, podría suceder que la historia dictaminase que la reavivación de la conciencia social cristiana ha sido una de las grandes hazañas prácticas positivas de Carlos Marx; y, al hacer que los esfuerzos de Marx tuviesen ese resultado inesperado, la ironía de la historia no sería tan cruel como a primera vista podría parecer, pues sí es

justa nuestra tesis de que el socialismo marxista está condenado, *a priori*, a ser un socialismo *manqué*, debemos admitir que la única posibilidad, para Marx, de realizar su ideal de un mundo socializado, es la de sacudir de su inoportuna modorra a la primitiva caridad cristiana concedora del secreto capaz de hacer que el socialismo funcione como una de las instituciones terrestres de una *civitas Dei* supramundana y acelerarla en la senda abandonada”. Hasta aquí la cita.

Sin embargo Toynbee no intenta hacer, como Spengler, el horóscopo de la civilización occidental. Con un criterio netamente empírico pero también con

toda humildad, se limita a declarar: “la Historia Occidental se tornará visible en plenitud y en una perspectiva verdadera, solamente después que se haya extinguido la Sociedad Occidental; y este espectáculo —si es que ojos humanos lo contemplan alguna vez— queda reservado necesariamente para historiadores futuros... Por nuestra parte, debemos inevitablemente darnos por satisfechos con explorar la extensión temporal de la Sociedad Occidental solamente en la dirección de sus orígenes, y resignarnos a la ignorancia de su fin último”.

S. S., 26 de mayo de 1959.

# ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA

(Continuación)

Por el Dr. ALEJANDRO ESCALANTE DIMAS

## CAPITULO TERCERO

- I.—Precursores
- II.—Estoicismo
- III.—Epicureísmo:
  - a) Canónica
  - b) Ética
  - c) Mística

### I

Muerto Aristóteles y Platón, la filosofía griega pierde sus características de especulación metafísico-ontológica, y se orienta estrictamente por los alindamientos del eticismo. Hablando con propiedad, se puede decir que no obstante no separarse del todo de la investigación que nos brinda la ontología, ésta pasa siempre a ocupar un puesto de segundo orden. Después de una activa y fecunda producción filosófica, el pensamiento aletargado por una larga discontinuidad especulativa, cobra renuevos de un proyectarse que no es auténticamente original y creador, sino que se reduce a una labor de

simple exégesis. Sin embargo, es de lo más interesante para los estudiosos el terreno de la ética que da nuevas oportunidades y dicta normas, a las cuales el hombre debe ceñir su conducta.

Fenómenos parecidos, se han producido todo el tiempo cada vez que la metafísica ha cubierto campos insospechados del conocimiento, en los que parece que éste ha tocado a su fin. En ocasiones como esas, las cuestiones morales han pasado a ocupar el lugar preeminente. Así nos lo recuerdan después del apogeo de la cultura griega, las lagunas del Oscurantismo hasta llegar al Renacimiento y la Reforma; y de éstas, hasta el período de la Ilustración y la Revolución Francesa; y

de acá, hasta la Primera y Segunda Guerra Mundial, de cuyas consecuencias aún no se repone la humanidad.

Pues bien, la filosofía post-aristotélica cobra bríos y se vuelve floreciente durante los siglos comprendidos desde Sócrates, en el siglo IV antes de Cristo, hasta principios del siglo III de nuestra Era en el Imperio Romano. Esta cultura, del período Helenístico Romano, es de gran trascendencia por las repercusiones que habrá de tener en la civilización subsiguiente.

En esta doctrina predominan: poco interés por la metafísica, y suma preferencia por los asuntos éticos; concepción más realista de la vida y otro sentido de la verdad. Todo esto desemboca en el problema del sabio, es decir, en un modo de vivir autónomo, con tranquilidad y ponderación, que deben ser las notas predominantes en la existencia del hombre.

Llama espectacularmente la atención, el fenómeno histórico de que la doctrina estoica haya logrado primacía por una época de más de cinco siglos, por sobre la especulación aristotélico-platónica de enormes alcances, fenómeno que en apariencia, no tiene explicación alguna, pues no se comprende cómo aquella prodigiosa mentalidad griega, haya sido desplazada por una investigación que se reduce a una labor de comentario y de discursos. Indudablemente, la actitud filosófica que en sus orígenes asume el pensamiento griego, sufre modificaciones en este lapso: si en la época de Platón y Aristóteles, la filosofía llegó a ser una ciencia, un saber encaminado a explicar lo que las cosas son, para los post-aristotélicos aquel concepto llegó a significar cosa muy diversa. Para los últimos, el conocimiento filosófico estaba dirigido a perseguir un fin: la vida feliz. No se trata de suplantarse el entendimiento de Aristóteles por el de los estoicos o epicúreos, sino la de abandonar los cauces de la filosofía en cuanto a saber, para entregarse por derroteros que sirvan de fundamento en otra actividad, aplicada a la vida que no sea el influjo primordial de las ideas aristotélico-platónicas.

Este cambio de frente de la cultura

antigua, nos asombra a todos, pero su explicación la encontramos en la crisis histórica porque se atravesaba en aquellos tiempos. Ahora, ya no es el caso de resolver los problemas sociales y políticos con vista a aquella suprema creación de la cultura griega, cuya orientación privada, en las cuestiones religiosas, morales y síquicas que se habían vuelto difíciles propugnaba, por nuevos horizontes. La filosofía deja de ser tal, para convertirse en una fuerza de carácter netamente religioso. Se aparta de la verdad y se apresta a servir de aliciente, en el camino de la amargura, a las multitudes, que buscan una solución satisfactoria a sus problemáticos conflictos espirituales. Con este comportamiento, el hombre antiguo logra una superación temporal que se expulsa al plasmar las exigencias de su alma, en otras fuerzas humanas que le dan mayor vigor y estabilidad: el Cristianismo.

Como se recordará, Sócrates fue uno de los grandes hombres de la Antigua Grecia que con mayor acierto desarrollaron las doctrinas morales. La dirección de su pensamiento, encontró eco en sus continuadores los megáricos, los cínicos y los cirenaicos. Fueron Euclides y Antístenes, discípulos de aquél, quienes fundaron la Escuela Megárica y la Cínica respectivamente. Los cínicos llevan hasta sus extremos la doctrina socrática, al identificarla con la eudaimonía o felicidad. Ello implica por una parte, suficiencia de sí mismo; y por otra, supresión de necesidades. Su resultado, es una posición negativa ante los distintos problemas del individuo y frente al Estado. Su único valor estimativo es la tranquilidad, cuyos soportes son la independencia y la ausencia de exigencias materiales. La existencia se reduce al mínimun: allí termina la cultura y toda vinculación con la sociedad. Es famosa esta época: por las calles de las ciudades griegas pululaban los vagabundos, que presumían de hombres sobrios, pero que frecuentemente caían en el desaliño y el charlatanismo. La doctrina cínica tiene pocos partidarios, debido a su simplismo al desdeñar la verdad y

renunciar a todo bien que proporcionan las satisfacciones físicas perentorias. El cínico sólo vive bien en sociedad consigo mismo, lo demás consistente en riqueza, bienestar, placeres y altura del espíritu, no interesa. El amor en sus diversas manifestaciones y el placer que nos dan los sentidos, es lo más detestable; para ellos la conducta ascética es la única digna de vivirse. La patria y la familia es pura convención; y como estas instituciones no tienen una base natural, no son deseables y precisa sustituirlas por conceptos cosmopolitas. Con la doctrina cínica, surge el cosmopolitismo.

Paralelamente a la escuela de Antístenes y de su sucesor Diógenes, hace su aparición la escuela Cirenaica, fundada por Aristipo (nac. ap. 435 antes de J. C.) de Cirene. Esta última proclama el placer como el único y supremo bien. Su problema estriba en no dejarse dominar por él, puesto que el hombre al ser dueño de sí mismo, no debe dejarse arrastrar de pasiones insanas. Sobre todo, porque cuando el placer es exhaustivo, se torna en cosa repulsiva; y es necesario estar por encima de estas situaciones, acomodándose a todas ellas, ya dependan de la prosperidad o de la pobreza, de lo justo o injusto, de lo agradable o desagradable. Finalmente, el cirenaico tiene que aprender a ser moderado, a modo de gozar duraderamente de los goces escogidos. En esto, tanto los cínicos como los cirenaicos, tienen puntos de contacto, no obstante ser distintos sus vértices de partida. Y en cuanto a la imperturbabilidad del sabio, concuerdan toda esta clase de moralistas. El procedimiento empleado para alcanzar ese modo de vivir es secundario, ya provenga del ejercicio de la virtud ascética o del hedonismo que aconseja Epicuro.

Hemos traído a colación la cita de estas escuelas, por ser ellas las precursoras si bien se ve, de la filosofía estoica.

## II

Los “filósofos del pórtico” conocidos más generalmente por los estoicos, con Zenón a la cabeza, pertenecen al período

post-aristotélico y fundan su doctrina en el conocimiento de lo divino y de lo humano. Según ellos, las ideas se originan de la experiencia sensible, que llevan a nuestro ánimo la evidencia de la realidad de las cosas. Todo lo conciben como corporal, a excepción del espacio vacío, el tiempo y lo pensado. El más alto fin de la ética estoica consiste en “vivir conforme a la naturaleza”, lo cual significa que la virtud es la única dicha del hombre; que el placer es un mal, y que los bienes exteriores como la salud y la riqueza son indiferentes a la existencia. El estoicismo es una doctrina carente de interés por la irrealidad de su ética que a cada instante de la vida aspira a una mayor e impracticable perfección.

Zenón, el fundador del estoicismo (336-264 A. C.) nacido en Kitión Chipre, fue influenciado hasta cierto punto por Sócrates y Platón, de quienes tomó para fundamentar su doctrina los principios de firmeza de carácter y de confianza en sí mismo. De allí que, el optimismo que gobierna nuestra propia existencia, emana del principio de autarquía que rige el universo y el cual es perfectamente racional. No se concibe un orden maravilloso del Cosmos, sin que él abarque nuestro Globo terráqueo. En consecuencia, si toda desarmonía en el mundo es soslayada por lo ilógico y lo irracional, hay que desechar el concepto dualista de espíritu y cuerpo, sustentado por los platónicos. Para el estoico, la mente y el espíritu tenían su equivalente en la materia y cuerpo, interpretada la mente a su vez como energía. Siendo estas manifestaciones, dos aspectos de la misma cosa, lo activo y pasivo, a cuya mutua interacción se debe la multiplicidad de fenómenos, no se puede prescindir del hecho de que partiendo de lo simple a lo complejo se llega hasta una infinita sucesión de universos, los cuales a su vez, volviendo sobre sus pasos, tocan a su punto de partida. La fuerza de cohesión que atrae las distintas partes del universo, tienen su origen en la predicha interacción, que las une al destino y la providencia; y cuando los estoicos hablan de providencia se



refieren a la substancia corpórea que forma el todo de las cosas.

La filosofía estoica estudia la física, la lógica y la ética, pero la que tiene mayor interés para nosotros es la última. Por demás está decir que los estoicos son sensualistas, dado que las ideas se forman por las percepciones. Sin embargo, tiempo después este criterio fue modificado con la introducción de la teoría acerca de las ideas innatas. Su trascendencia ha sido de tal importancia, más de lo que pudiera creerse, que en la época del Renacimiento su influencia fue decisiva e imprescindible.

De esa concepción teleológico-panteísta del mundo, está inbuido el sentimiento religioso de los estoicos, y del cual se impregnan las clases populares de la infraestructura social; clase que para encontrar un arraigo a sus manifestaciones síquicas, se ven urgidas a refugiarse en la complicada y abstrusa interpretación alegórica, de los muchos dioses existentes. En esta filosofía, no sólo impera la idea de lo providencial de todas las cosas (entendida la providencia en la forma dicha), sino que va ligada a predicciones astrológicas y presagios recogidos del vulgo, ordenados empíricamente, pero que sirven de fundamento y explicación de las relaciones humanas y de su desenvolvimiento, que guarda estrecha conexión entre el destino del hombre y el universo. Es aquí, cuando el ser pensante, adquiere plena conciencia del verdadero significado de que las cosas están vinculadas si se quiere por una necesidad biológica, a un fin racional. Este desenvolverse que en Aristóteles, es progresivo y ascendente, siempre en línea vertical, se torna en Heráclito alternativamente circular.

De conformidad con la inspiración heraclidiana, la naturaleza está concebida en términos artísticos y de ahí que a uno de los elementos que generan la materia, se le denomine fuego artifice. La constante repetición cíclica del mundo y de las nebulosas, cierran los períodos del gran año y sobreviene una hecatombe que vuelve a su primitivo origen, para comenzar un nuevo ciclo, y así intermina-

blemente... Este pensamiento, es un abrevadero de la filosofía nietzschiana del eterno retorno.

Es evidente que el destino no se cambia; pero su variación puede depender de la actitud que se adopte frente a él. He aquí, la diferencia de la conducta del sabio y la del necio. Mientras la de éste es de impaciencia y protesta, la de aquél es de comprensión y adaptación alegre. El saber escoger el justo medio entre pasiones opuestas, según el concepto aristotélico y la imperturbabilidad de los estoicos, es el único y supremo bien de la virtud que debe profesar el sabio. La indiferencia ante el sufrimiento, acusa en la persona un perfecto dominio de sí mismo, que lo hace dueño de cualesquiera situaciones de la vida, ya que este dominio es el que mejor cuadra a las exigencias vitales de la naturaleza. Son las más justas y las que se adaptan más ampliamente a las leyes de la razón. Por eso el sabio, al llenar su cometido, se transforma en la virtud misma, en la más alta expresión de su conducta ejemplar, que él es capaz de realizar, de acuerdo con los dictados de la conciencia natural y universal. A la virtud estoica, se opone la concupiscencia que se halla reñida con la verdad; todo lo perfecto, es bueno; todo lo injusto, es malo. El vicio y la imperfección se identifican, así como se identifican la bondad y la virtud. Al sabio estoico, la vida le es indiferente: carece de pasiones y de este modo es rico y es feliz.

Esta concepción monista, de variadas proyecciones, es en el fondo la realidad una e indivisa, y cuyo significado es de que lo justo e injusto, lo bueno y lo malo, no son más que apariencias. Tal actitud explica la semejanza entre los estoicos y cínicos, quienes menospreciaban, al menos en principio, las virtudes que el hombre ha de poseer. Pero más significativo es el hecho de que los estoicos encontrasen un verdadero reposo y tranquilidad de espíritu, aspiración única del ser humano, en diferente modalidad de contemplar la existencia, o dicho en otras palabras, en una nueva concepción determinista de las cosas.

La influencia inmediata, socrática, se hizo sentir en los comienzos de la Era Cristiana: Epicteto (50-130 después de Jesucristo), fue de los principales sostenedores de la doctrina estoica. Ya para en ese entonces las aristas del materialismo filosófico, que caracterizaban al estoicismo, tendían a desaparecer, pues la explicación que se daba de la armonía entre las cosas se identificaba más con la razón que con la substancia primitiva del universo; sin embargo, dicho sistema continuaba siendo monista y determinista. Epicteto sostenía que la felicidad nuestra, depende de la energía y del estado de ánimo con que se sepan afrontar las contrariedades de la vida. "El sufrimiento, que consideramos un mal, no es sino un ejercicio mediante el cual alcanzamos el dominio de nosotros mismos, y, como tal, una disimulada merced". Lo anterior nos hace pensar en el problema del dualismo ético de lo justo y lo injusto, de lo bueno y lo malo, y de su posible conciliación con el monismo metafísico y el optimismo que de aquél se deriva de manera vital. No olvidemos que los estoicos sostuvieron que la distinción entre el bien y el mal, es subjetiva; y que siendo todos los hechos justos, sólo la reflexión es la única que nos lleva a establecer diferencias, catalogando algunos de ellos como injustos. "Mi criterio, mi opinión —decía en síntesis Epicteto—, es lo único que fija el concepto real de las cosas".

Hay cosas que están dentro del rol de nuestra influencia; y así también, hay otras que escapan a nuestro poder o arbitrio; algunas no nos pertenecen y algunas están fuera de nuestro alcance. De allí que para el estoico, el mundo exterior es amplio o estrecho, real o falso, esto es, depende de varios factores. Si bien es cierto que los conceptos creados al través de los sentidos, al igual que las imágenes pueden escapar a nuestra voluntad, no es menos cierto que los juicios formados con base en aquellas impresiones y sus efectos, dependen enteramente de nosotros.

La conducta pragmática del hombre

tiende a alcanzar lo que desea y a esquivar lo que le es desagradable; pero como el ambiente hace caso omiso de aquellas predilecciones, es preciso esforzarse en hallar lo útil y bueno en las cosas que están a nuestro alrededor. El estoico tiene que ejercitar una especial manera de adaptación que acople sus propias aspiraciones a la influencia que el mundo exterior ejerce sobre él. Su campo de acción se reduce a las pocas cosas que se hallan bajo su dominio. Tendrá que ser racional en acostumbrarse a aceptar lo que pueda proporcionarle alguna utilidad o contento y no un desengaño o disgusto, pues no debe desear lo inalcanzable. Su mayor virtud consiste en la indiferencia, la apatía ante las cosas que están remotas, actitud esta de impasibilidad que le facilita lo único grande de la vida: su tranquilidad.

Como la razón humana es parte integrante de la razón universal, forzosamente dependemos de la naturaleza; estamos en contacto con ella, y vivimos dentro de la misma. El destino del hombre está sometido a esta ley ineludible: *parere Deo libertas est*, obedecer a Dios es libertad. El no acatamiento a este precepto, es siempre inútil: la resistencia está demás. El hombre para hacerle frente a todas estas situaciones embarazosas de la existencia, necesita a la vez que soportar, renunciar, a modo de balancear sus necesidades vitales. El ejercicio de la *ataraxia* según los términos griegos, o sea la indiferencia, es lo único capaz de conducir al hombre por los caminos de la felicidad, aun en medio de los tormentos más grandes. Los bienes materiales o espirituales, son apetecibles, pero de entre ellos el de capital importancia, es la virtud que consiste en la recta razón, en el acondicionamiento de la mente con el orden que gobierna el mundo. Esto es el estoico. Sólo los hombres sensatos saben acatar esta fuerza del espíritu, con la mejor buena voluntad, porque así se aprende a cumplir con los deberes impuestos en todos los momentos y circunstancias de la existencia. Es permitido luchar por adquirir

riqueza, posición y triunfo, pero no es permitido asumir una actitud de intranquiedad ante tales situaciones, dicho en otras palabras, no debemos hacer depender nuestra tranquilidad de manera exclusiva de la obtención de esas cosas. Si se venera a Dios y se ama a nuestros semejantes, es porque son elementos componentes de la ciudad de Dios. El asomo de esta tendencia cosmopolita, débese en parte a la época en que vivieron los filósofos mencionados. Es necesario tener presente que el estoicismo nació en tiempos de Alejandro y llegó a florecer en los momentos en que el imperio romano se hallaba amenazado por los países del Norte. En esa época los pueblos civilizados ignoraban el sentido político de nacionalidad; y el cosmopolitismo era más que todo de carácter peculiarmente espiritual.

La conducta humana está determinada por la conducta de los demás; cuando nosotros apreciamos o amamos a nuestros semejantes, es no sólo por estar unidos en intereses y en tradiciones, sino más que todo porque nos hallamos unidos a ellos por una fuerza de simpatía, que nos permite conllevarnos pero sin quebranto de nuestra paz espiritual o libertad. Y sin embargo, el estoicismo nos dejó sin resolver una de sus contradicciones, esto es: que el supremo bien para el hombre coincida con su propia conveniencia; y que los hombres puedan estar unidos entre sí, dentro de una comunidad como criaturas de Dios.

De acuerdo con el monismo determinista de los estoicos la libertad del hombre, es tanto más ilusoria cuanto más se acentúa aquélla. La libertad se encuentra balanceada por la facultad de reprimir o moderar las inclinaciones del querer en correspondencia con las cosas atractivas. De allí que lo malo y lo bueno tengan su origen en el olvido que se hace de lo que depende o no de nosotros.

Ni siquiera el emperador romano Marco Aurelio (180) durante el apogeo de esta doctrina, escapó a su influencia. El vivió como todo un rey filósofo, según el sueño de Platón, desdeñaba las comodi-

dades y los placeres. El Emperador estoico, de cuna noble y de grandes cualidades, no desmintió nunca su fortaleza de espíritu. Para Marco Aurelio, la confraternidad humana, estaba llamada a ser un ideal que todo ciudadano debía poseer; y su grandeza de alma era tanta, que solía, refiriéndose a sus enemigos, exclamar: "El mejor modo de vengarse es no devolver mal por mal". Dijo además, que el hombre no debe intranquilizarse si nuestra vida no encuentra refugio en la inmortalidad. En fin, sus enseñanzas siempre son de actualidad, de interés y encuentran acogida en individuos de distintos temperamentos.

Marco Aurelio es de los que piensan que el hombre debe ser ciudadano del mundo y no de una simple comunidad. En la época de este emperador el cosmopolitismo ya era una doctrina política de grande importancia. Su semejanza con el cristianismo es bastante afín, pero son cosas muy diversas. Su diferencia está en que el cristianismo encuentra su fundamento en un solo origen paternal: todos somos hijos de Dios. En cambio, el cosmopolitismo encuentra sus raíces en un hecho histórico: la convivencia social de los hombres en ciudades o naciones.

En el estoicismo no encontramos ningún principio unitario parecido al de las susodichas doctrinas. El descansa exclusivamente en la naturaleza del hombre. Empero, ello no es suficiente y entonces el estoico concibe la superación social, como una fuerza latente y organizativa de la unidad política que se extiende más allá de las ciudades. Desde la época de Alejandro y durante el imperio romano, el cosmopolitismo adquirió tal trascendencia que los hombres llegaron a considerarse ciudadanos del mundo, inclusive el emperador Marco Aurelio. La polis perdió su importancia y la nueva manera de concebir la demarcación de sus límites, que determinarían su jurisdicción, llevó a los hombres a cometer graves errores. Ese divorcio, la falta de tradición histórica que no dejó pensar con precisión y claridad, impidió resolver los problemas político-sociales del imperio romano y produ-

jo su decadencia. Aquella incertidumbre e inconsistencia de nexos tradicionales, hicieron que la doctrina estoica y Marco Aurelio fracasaran completamente en las directrices del cosmopolitismo.

Finalmente, diremos que el estoicismo es pesimista: "sufre y abstente", es uno de sus principios inspiradores. Esto significa dentro de su filosofía que si la vida es dura y desesperada, cabe renunciar a ella. . . In illo tēpore, el estoicismo constituía una doctrina decepcionante, no sólo desechaba la idea de la inmortalidad del alma, sino que sostenía que la muerte conduce a la nada.

Esta doctrina, aun con lo bueno que pueda tener, por cuanto que enseña algunos caminos en la práctica acendrada de la virtud, no deja de ser una enseñanza inadecuada para espíritus que viven amargados por influencias materialistas y huérfanas de corrientes espirituales. Y sobre el particular, no es una acusación injusta, decir que al hombre atormentado, le queda una salida: el suicidio. Así lo pregona- ron prestigiosos estoicos suicidas.

Son tan vehementes, los propósitos realistas que persigue la filosofía estoica, que según ella, las cosas tienen su origen en una razón en acción, que sólo los actos del hombre deberá expresar: "El filósofo —dicen—, no tendrá otros afectos que los que concuerdan con la razón inmanente del mundo hasta identificarse él mismo con esta razón".

### III

a) La escuela de Epicuro tuvo su origen y desenvolvimiento en la misma época en que floreció el estoicismo. (341-270 a. de C.). Su fundador, originario de Gargeto en el territorio de Atenas, pasó su juventud en Samos, y organizó sus enseñanzas en un jardín en donde expuso su pensamiento filosófico y su ideal de vida. En materia pedagógica fue un innovador. Se le puede considerar como el primero que ensayó el sistema coeducativo, ya que a escucharlo acudían hombres y mujeres. Diógenes Laercio refiriéndose a él —dice— que escribió muchos libros

tanto que superó a todos en esto, pues sus volúmenes son hasta trescientos, con el siguiente título: "Estas son palabras de Epicuro". Su obra es conocida a través de las sentencias transcritas por el mencionado historiador, por sus cartas que versan sobre física, meteorología y moral y por la *Rerum Natura* de Lucrecio.

Este hombre de exquisita sensibilidad predicaba la moral del placer en términos como el siguiente: "No son las bebidas, ni el disfrute de las mujeres, ni los banquetes suntuosos lo que hacen la vida agradable, sino el pensamiento sabio que descubre las causas de todo deseo y de toda aversión y aleja las opiniones que turban a las almas". De allí que, no obstante encontrarse el sistema epicúreo en sus comienzos, influenciado por el atomismo y el hedonismo cirenaico, logró perfilarse como una doctrina propia superior a cualquier eclecticismo o amalgamamiento de ideas afines o dispersas. Los principios teóricos de su doctrina son amplios, ellos estudian la evidencia, además de la física y la ética. A esto se le denomina Canónica y se extiende hasta la lógica, la retórica, la teoría del conocimiento. Así: la pasión, es la evidencia del placer y del dolor; la sensación, es otra evidencia, y la visión directa o intuitiva, es la evidencia del conocimiento.

Para Epicuro, la evidencia se remonta hasta la causa, v. gr. la causa del placer es lo agradable; y, como esto constituye un segundo criterio de verdad, resulta que todas las sensaciones son verdaderas y los objetos se nos presentan ante la vista tales cuales son en realidad. Si decimos que una sensación es falsa, le negamos su validez, pues equivale a negar la percepción de las cosas; y no hay razón para poner en entredicho ese conocimiento pasivo que nos llega de fuera por medio de los sentidos, ya que no agregamos ni quitamos nada a esa influencia externa. Por tanto, es lógico advertir que el error no está en el fenómeno de la representación, sino en la apreciación o el juicio que de las cosas nos hacemos. Un objeto cuadrado visto a la distancia puede parecer redondo, pero esto no quiere decir

que haya equivocación, ésta existirá si se persiste en el error. Entonces, se ve claro que no hay contradicción en las representaciones, sino únicamente en los juicios que a ellas se agreguen. Es esencial en el proceso del conocimiento de Epicuro, la confianza en la percepción inmediata; y la desconfianza, en todo lo que implique raciocinio crítico.

Los epicureístas, tan combatidos en distintas formas por este dogmatismo sensorial, se han defendido refutando a otros filósofos, así: a Demócrito, por haber considerado el conocimiento sensible como un conocimiento ilegítimo; a Parménides, por haber negado la multiplicidad de las cosas; a Empédocles, por haber negado la realidad de las diferencias de naturaleza entre las cosas; a Sócrates, por haber dudado de nociones tan claras como la del hombre, por ejemplo, cuya definición busca; a Platón, por haber negado a las cosas sensibles la sustancialidad; a Estilpón, el megárico, por haber sostenido la vieja tesis erística de que nada se puede decir de nada; a los cirenaicos y Arcesilao, por no haber admitido que nuestras representaciones pudiesen conducirnos a las realidades. (Refutación de Plutarco, contra Colotes, *Historia a la Filosofía de Emile Brehier*, 3ª edición, Pág. 338).

Además de las evidencias del placer y la sensación está la prenoción, por medio de la cual nos formamos opiniones o ideas que descansan en anteriores experiencias. Ellas derivan de sensaciones precedentes, pero no son nunca el resultado de un razonamiento más o menos caprichoso. Diógenes Laercio, le llama percepción recta e implica un juicio de existencia evidente. La especulación epicúrea, en esto del conocimiento evidente, no sólo se conforma con lo sensorial, sino que trasciende a las cosas invisibles tales como el vacío, y los átomos hasta llegar al descubrimiento de la rica gama de los mundos. En apariencia no se encuentra unidad de doctrina o ilación de criterios en los diversos aspectos que informan la moral del placer y el pensamiento renovador de la física atomística, en cuanto que el primero para su construcción ra-

cional recurre a los sentidos; y el segundo, se aleja por decirlo así, de las impresiones inmediatas. ¿Cómo es posible, en tal situación, dilucidar la verdad? Sobre este particular, Sexto Empírico, dice: “La no-refutación es el lazo de consecuencia que une una opinión sobre algo invisible a lo que se presenta con evidencia. Por ejemplo, Epicuro afirma que existe el vacío, cosa invisible, y lo prueba mediante esta cosa evidente que es el movimiento, porque si no hay vacío tampoco debe haber movimiento, ya que el cuerpo en movimiento no tendría espacio en que desplazarse, si todo estuviese lleno”.

Para comprender a Epicuro, se debe insistir en tener siempre presente esa “visión de conjunto que permite oportunamente entender el detalle cuando se le ha captado bien y se guarda en la memoria el dibujo de conjunto de las cosas”.

Es aquí, en donde la última de las evidencias juega su más importante papel. La intuición espiritual y reflexiva, aprovechándose de esa “visión de conjunto”, sobrepasa el conocimiento sensorial y construye la dinámica del átomo.

Lo anterior, es una explicación de cómo la Canónica de Epicuro es fundamentalmente lógica en la consecución de la verdad.

b) La moral de Epicuro que es de lo más interesante, se funda en el placer como fuente de inspiración del hombre para tranquilidad de su alma. Se trata pues, de un elevado concepto de la virtud que la hace descansar no en los placeres orgiásticos, materiales y de duradera turbulencia, sino en una actitud espiritual, capaz de eliminar el dolor y de liberar al individuo de todo ligamen que lo encadene al tormento. El placer epicúreo pone en consonancia la salud corporal con la resistencia al dolor. De ahí, que el verdadero placer, el placer duradero, según el criterio hedonístico es eficaz cuando opera eliminando los dolores.

Haciendo a un lado las imputaciones calumniosas que se han hecho a Epicuro de que predicaba el relajamiento de las costumbres con la práctica de los placeres báquicos y de aquellarre, se encuentra en

su doctrina una profunda huella, bien definida que hace de su sistema una sabiduría práctica, alejada de toda idea especulativa, y que tiene como fin esencial dar a la existencia humana la felicidad serena y tranquila, ansiosamente buscada por el ser pensante desde que vino al mundo. La calma de ánimo y la luz interior del hombre son dos características esenciales e inseparables del epicureísmo que le dan originalidad. Aquella tranquilidad se consigue por la explicación razonable y científica que la teoría general del universo da de los fenómenos naturales. Esa teoría es el atomismo, única que destierra de la mente humana toda idea de temor y de desasosiego.

El fundamento de la física está en la sensación; en cambio, el de la moral se halla en las manifestaciones del alma. La moral tiene por objeto dar al hombre una vida feliz; sólo que ésta no es posible si no se basa en el placer. En consecuencia, quien sepa descubrir este principio y practicarlo con sabiduría, habrá descubierto el camino de la dicha. En otras palabras, eso quiere decir que el ideal del sabio, es perfecto y se cimenta en la naturaleza, porque siempre tiende a la consecución de un algo que no se posee, y ese algo es el placer. Ahora bien, la circunstancia de ir tras este afecto involucra permanencia y dado que cuando se llega a este goce y se vive en él, la voluntad se estabiliza, se convierte en una *voluptas in stabilitate*, se transforma en una total ausencia de dolor. De esta actitud a la prédica o práctica del ascetismo no hay más que un paso. El epicureísta, se ha vuelto semejante a “un dios entre los hombres, pues nada se asemeja menos a un ser mortal que aquél cuya vida, siendo buena, se desarrolla en medio de bienes inmortales”.

La filosofía epicureísta, es fecunda en ideas, además de haber fundado un valioso sistema de ética, lleva su investigación hasta el materialismo sistemático, cuyo precursor es Demócrito. La vida constructiva de Epicuro es todo un edificante ejemplo de honestidad, digna de los más encomiásticos elogios. Sus de-

tractores, entre quienes algunos han tergiversado su doctrina; y otros, lo han calumniado, no consiguieron ni conseguirán opacar su excelsa figura, siempre bien ponderada, intachable y cabal.

La directriz de su filosofía se orienta a escudriñar el empleo de los medios primordiales que conducen a la meta de la felicidad. Conseguir una vida dichosa, es el principal fin del hombre; y es hacia allá, a donde encamina sus esfuerzos.

La existencia sólo es agradable, cuando ha encontrado el placer y se ha sabido arraigar en él. Por eso, la virtud —deja— carece de valor por sí mismo, sólo lo tiene en cuanto nos proporciona una vida feliz. Y en la búsqueda de esa verdad, llegaba hasta a afirmar que “es mejor ser desgraciado con inteligencia que feliz sin ella”. El verdadero placer es el que existe de una manera total y permanente, durante el recorrido de nuestra vida. Esa placidez de ensueño nace con el hombre, lo acompaña al través de su estadía en la tierra y se trastrueca en una estela fulgurante de insospechadas enseñanzas cuando muere.

Según el epicureísmo el placer del espíritu estriba en la desconcertante y pasmosa tranquilidad del sabio, en el alto concepto que tiene de su fuerza anímica sobre la cual hace descansar el imperio de su alma, y en la potente empuñadura de su corazón para soslayar la adversa suerte.

Al pensar opuesto de muchos de sus adversarios que le imputaban a Epicuro la prédica de que el sumo bien del hombre consiste en el disfrute de la gula y el goce que proporciona la sensualidad, respondía el filósofo recomendando la sobriedad y la moderación, y se alababa de ser tan feliz como el mismo Zeus cuando paladeaba las delicias de un puñado de trigo y un poco de agua. Actitud esta, que desde luego no contradice los afanes y preocupaciones del sabio en cuanto lucha por proporcionararse una vida cómoda y confortable. La sabiduría no consiste en vivir triturado por las ruedas del simplismo escéptico, ni en el estado de abandono a que se somete el cínico.

Como la dicha consiste en la ausencia de dolor, necesariamente el sabio lo será cuando haya aprendido a esquivar aquella molestia considerada un mal. Esa es la sabiduría, la que evita todo lo desagradable. Los males no deben ser temidos, sino evitados: y, como entre ellos está la muerte, que actúa inexorablemente y es inevitable, debe ante todo aceptarse no como un mal; y en consecuencia, no debe ser temida, ya que no vivir no implica ningún mal. He aquí, resumido el pensamiento de Epicuro: Si existimos, no existe la muerte; y si ésta existe, no existimos nosotros, por lo cual no la sentiremos, pues es el final de toda sensación.

Para los epicureístas el hombre es dual; y tanto es así, que cuando éste muere el alma y el cuerpo que habían permanecido unidos por la agregación de átomos, se desintegran y desaparecen. Este hecho, no es más que un fenómeno, el cual implica la destrucción del cuerpo, pero que, según el decir de Robin en nada nos afecta, "pues el alma una vez salida del cuerpo, dejamos de sentir: la ilusión de una vida futura se desvanece".

La sensación es lo primordial en el conocimiento. Ella constituye la realidad misma. A este respecto, Epicuro expresa que los seres se proyectan a manera de imágenes en la atmósfera; y que de aquí pasan a los sentidos y luego al corazón en donde se produce el fenómeno de la sensación que viene a constituir la presencia real de los objetos o cosas.

c) En cuanto al aspecto místico, podemos decir que Epicuro tiene una concepción antropomórfica: su politeísmo está modelado conforme a la visual humana, pero de modo inmaterial. Los dioses pueblan el espacio que separa los mundos, y viven de modo inmutable y sereno, en absoluta felicidad que les veda inmiscuirse en las cosas de la humanidad.

A diferencia de los "filósofos del pórtico" que quieren despertar la fe y la confianza en las manifestaciones de la naturaleza; el epicureísmo vincula el destino del hombre al curso del universo, y presenta tal fenómeno como un hecho de inevitable acaecer, frente al cual la más

sabia actitud, es la ignorancia premeditada. Es con estas ideas que Epicuro emprende su lucha contra los prejuicios y la superstición religiosa. A partir de entonces, lo que tiene más categoría en la escala de los valores, es la ciencia, porque ella nos enseña la verdad y nos liberta del temor al castigo proveniente de seres sobrenaturales.

Si la salud del alma es plena —sostienen "los filósofos del jardín"—, la dicha colma nuestra vida. Vivimos amargados, en cambio, cuando el espíritu se envenena con temores infundados ante los fenómenos de la naturaleza (en un comienzo el rayo, el viento, las auroras y otras manifestaciones del cielo o de la tierra); con equívocas apreciaciones del placer y del sufrimiento (enfermedades, angustias y demás malestares corporales o psíquicos); con caprichosas interpretaciones que oscurecen la razón (temor al castigo de los dioses), en una palabra, somos desdichados cuando se envenena el alma con "opiniones huecas" según el decir de Epicuro. De esto se desprende que la lógica y la física son las llamadas a desprejuiciar al hombre, a revelar distintos campos de actividad y conocimiento que libran de la ignorancia y ponen en condiciones de forjar una moral sólida, en estrecha vivencia con las realidades del ambiente y que permite trazar una norma de conducta inspirada en los cánones de una ética sabia y positiva. Naturalmente, para llegar a este conocimiento, a este sistema de moral, se necesita fundamentarlo en los presupuestos de verdad consistentes en la sensación, la previsión y los afectos. Los dos primeros dan origen a la filosofía especulativa, y del último nace la filosofía práctica. El pensamiento nos conduce de esta manera a una concepción del universo acorde con aquellos presupuestos. Y en último grado, si el conocimiento emana de la sensación, ésta se traduce en la verdad de que todo cuando existe tiene forma corporal. La concepción del mundo viene a ser para los epicureístas, una concepción materialista, en el que todo se mueve de acuerdo con una eterna mecánica por el que las cosas se transforman

pero no se pierden ni destruyen. En el universo sólo hay cuerpo y vacío, éste es lo mismo que el espacio en donde no hay nada. Los epicureístas habían presentido la existencia de la ley de gravitación universal, lo mismo que la de las leyes del átomo ampliamente estudiadas por la física de nuestros días. (Conste que sus diferencias son fundamentales y hasta contradictorias). En cuanto al cuerpo —decían aquellos filósofos—, “es la realidad de la acción y de la reacción”. Los cuerpos se componen de átomos o cuerpos primeros como ellos les llamaban. Los átomos están impulsados de arriba a abajo en una constante caída que a veces sufre algunas desviaciones. Lucrecio llamó a este fenómeno clinamen. Es obedeciendo al ritmo de esta desviación que los seres y los mundos tienen su origen, pues los átomos se atraen y aglomeran. Las cosas, los seres, el hombre y la tierra toda se ha formado de esa compleja y eterna manifestación en que se mueven los átomos, es decir, como el producto de esa fuerza surgida del azar.

Sin embargo, los dioses son la excepción. Ellos están fuera de la realidad del mundo y por eso Epicuro los coloca en planos en los que solo se perfilan como siluetas, extrañas a los sentidos, y son los mismos que más tarde los teólogos cristianos denominaran cuerpos gloriosos. Siendo por consiguiente, de esta rara naturaleza, no hay razón para temerles.

En este subjetivismo epicureísta, tienen su inspiración algunas doctrinas filosóficas modernas, tales como las que conciben la fe no desde un ámbito intelectualista, sino de aquel que las hace depender de una actividad de orden moral

y voluntario: —o como apunta Foulquié— cuando sostiene que la fe, consiste menos en creer en algo, que en creer en alguien; se forma de fidelidad a una persona más que de la adhesión a un formulario dogmático.

El epicureísmo es el fiel reflejo de una época de crímenes y de terror en la que los pueblos anhelaban vivir en completa tranquilidad. El imperio de la tiranía, la inseguridad en el disfrute de la libertad, la constante amenaza de muerte y la terrífica incógnita de ultratumba que pesaba sobre las cabezas, indujeron a los hombres a refugiarse en una doctrina de taciturna consolación. He aquí, uno de los preceptos fundamentales en boga en aquel entonces: “;Renuncia a toda ambición, aléjate de la política, no te enamores de ninguna mujer, no aspire a constituir una familia, huye de la religión como de la peste!”

A esto se debe que alguien ha dicho que el epicureísmo es la más sombría de todas las especulaciones filosóficas europeas.

Finalmente, diremos que cuando Epicuro se refiere a la filosofía, se expresa en los términos siguientes: “Ni el joven dilate de filosofar ni el viejo de filosofar se fastidie: pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por viejo, solicitar la salud del alma. Y quien dice que no ha llegado el tiempo de filosofar, o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad o que ya se ha pasado”.

Epicuro ve, en el estudio de la filosofía, el más loable anhelo de superación y de aliento humanos.



# Aclarando la postura de “Consideraciones sobre la Filosofía de la Historia”

Por ROBERTO LARA VELADO

En el número 14 de la revista “Cultura”, correspondiente al semestre julio-diciembre del año 1958, aparece un artículo titulado “Una idea falsa de la Filosofía de la Historia”, escrito por el señor Carlos Sandoval, donde se ha tergiversado el contenido de mi trabajo “Consideraciones sobre la Filosofía de la Historia”, publicado con anterioridad por el Ministerio de Cultura. En vista de la seriedad de la revista en que aparece, me siento obligado a publicar el presente.

Para empezar, es necesario hacer una aclaración inicial. Con anterioridad a la obra que nos ocupa, fue escrita “Los ciclos históricos en la Evolución Humana”, un ensayo de interpretación histórica que será publicado este año, por “Ediciones Studium” de Madrid y Buenos Aires. Después fue escrito este folleto, con la idea de que sirviera de introducción a la otra obra y a un programa de trabajos del mismo tipo, de realización futura.

Resulta, pues, que el folleto comentado se reduce a consideraciones de carácter general, destinadas a hacer del conocimiento del público los principios fundamentales en que se basa mi interpretación histórica. Por esa razón no se han indicado las fuentes, pues lo único que se ha hecho es extraer, en forma concisa, los principios abstractos y generales que informan la otra obra, la cual va acompañada de una extensa bibliografía.

La idea central es la de la evolución social, pero no una evolución del tipo de la de Spencer y Darwin, materialista y determinista, sino una evolución más

de acuerdo con la naturaleza del hecho social, reconociendo la libertad humana y reduciendo el papel de las fuerzas de evolución al de meros estímulos, capaces de provocar la reacción de los grupos sociales, pero en manera alguna, fuerzas irresistibles. Como dice el notable escritor inglés, Arnold J. Toynbee, en su conocida obra "Estudio de la Historia" (Se encuentra en proceso de publicación por la "Emecé Editores, S. A." de Buenos Aires; está publicado hasta el tomo sexto inclusive), la palabra ley en Historia debe escribirse entre comillas, porque puede fallar ante la reacción libre de los grupos humanos.

Ahora bien, la idea central de la obra no ha sido discutida siquiera, en el trabajo suscrito por el señor Sandoval, quien se ha limitado a atacar algunos pasajes, cuyo texto copia sin cuidarse de transcribir todo aquello que, por guardar relación con ellos, pueda modificar su sentido.

El primer punto de discusión es aquella afirmación mía de que la Filosofía de la Historia es, a la vez, parte de la Filosofía y de la Historia. Sandoval dice que se trata de filosofía "estricto sensu" y trae a continuación una clasificación hecha por Francisco Larroyo de las partes de la Filosofía.

La clasificación de Larroyo es correcta; aún más, corresponde, salvo variantes, a la forma de dividir la Filosofía aceptada en todos los tratados elementales de la materia. Como dice el propio Sandoval, este es un problema de tipo escolar, pero se ha olvidado que, para estar a la altura del pensamiento social moderno, hace falta algo más que el estrecho criterio de un maestro de escuela.

Hay muchas maneras de que una disciplina sea parte de otra, no hace falta que podamos incluir la primera dentro de una clasificación de la segunda, que es el único modo como puede concebirlo el señor Sandoval; él mismo dice que la Filosofía del Derecho no es una rama del Derecho, como podría serlo el Derecho Administrativo, por ejemplo. Ahora bien, yo he dicho que la Filosofía de la Historia es parte de la Historia y no rama de la misma.

El propio señor Sandoval dice que la Filosofía de la Historia es "la consideración pensante de la historia". Parto de estas palabras para el razonamiento ulterior. Es indudable que la forma en que la historia se escribe, refleja la consideración pensante de quien la hace. El concepto que se puede llamar clásico de la Historia Universal, con sus Edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea o Post-moderna, corresponde a la concepción de los escritores de la etapa anterior a la nuestra. Si se aceptan las civilizaciones de Arnold J. Toynbee, o las culturas de Oswald Spengler, o los "tipos histórico-culturales" de Danilevski, no habrá Historia Universal; en cambio, habrá una pluralidad de historias, cada una de las cuales se referirá a cada una de las unidades que tales autores advierten. Si se parte de la concepción de Nicolás Berdiaeff, la historia se dividirá en tantos períodos como etapas culturales señala este escritor; y si, por otra parte, el criterio aceptado es el de los supersistemas culturales de Sorokin, las etapas históricas se estructurarán de acuerdo con las ideas centrales dominantes que constituyen el supersistema en cada una de ellas (Creo que, en vista de la poca extensión de la referencia que he hecho, no es necesario indi-

car los nombres de las obras de los autores citados y de las empresas que las editaron; pero, si el señor Sandoval se empeña, puedo hacerlo). Es innecesario continuar señalando más autores, con las referencias hechas basta.

Ahora bien, si la concepción del devenir histórico justifica la forma en que la historia se escribe, no es posible negar las importantes funciones que desempeña dentro del campo mismo de la historia. No es una rama de ella, si solamente se quiere hacer una clasificación destinada a los escolares. Pero es una parte de ella, si se quiere tener una visión de conjunto que abarque, a la vez, la exposición histórica y la fundamentación del criterio con que ha sido hecha. Si Sandoval se hubiera tomado la molestia de transcribir íntegros mis párrafos pertinentes, en vez de unas cuantas líneas elegidas “ad-hoc”, esto habría quedado de manifiesto para los lectores, sin necesidad de la anterior explicación. Toda la prolija enumeración de clasificaciones y conceptos, referentes a las ramas de la Filosofía, que Sandoval ha copiado de los autores que cita, no se discuten, simplemente no vienen al caso.

El segundo punto a tratar es algo que parece que quiere ser un juicio de conjunto sobre las bases de mi interpretación histórica. Afirma Sandoval que mi obra, “como todas las filosofías de la historia escritas por pensadores tomistas”, “es una interpretación de la historia basada en la concepción agustiniana”. Agrega: “La tesis de la Divina Providencia y de la libertad del hombre de acuerdo con la predestinación la encontramos por primera vez en la Civitas Dei”.

Como es universalmente sabido, aun cuando Sandoval parece ignorarlo, dentro de la doctrina ortodoxa de la Iglesia Católica, existen dos escuelas filosóficas, la agustiniana y la tomista, que solamente tienen de común los principios oficiales de la doctrina católica, pero que discrepan en cuanto a su desarrollo ulterior. La discrepancia gira en torno a la salvación del alma; oficialmente, la Iglesia sostiene que la salvación se opera por el concurso de la gracia divina y la libertad humana, sin que ninguno de ambos elementos pueda faltar; los agustinianos hacen hincapié en la libertad del hombre, mientras que los tomistas, en la gracia de Dios. Comprendo que éste es un problema teológico, extraño al campo de la Filosofía de la Historia, pero la confusión de conceptos del artículo del señor Sandoval, me ha obligado a referirme a él.

Es cierto que la tesis de la Divina Providencia y de la libertad humana aparecen en la obra “De Civitate Dei”, y no “Civitas Dei” como dice Sandoval, pero es falso que lo sea por primera vez. Estos principios han formado parte de la doctrina cristiana, desde sus inicios; los encontramos ya en San Pablo y en los escritores cristianos anteriores a San Agustín; lo que éste hizo fue exponer magistralmente los principios que aceptó al convertirse al Cristianismo y aplicarlos a su propia concepción de la historia.

En cuanto a la predestinación es un problema teológico, relacionado con la salvación del alma y la dispensa de la gracia divina y con la omnisciencia de

Dios al crear el alma que sabe que va o no a salvarse, que nada tiene que ver con la Filosofía de la Historia.

La interpretación histórica de San Agustín, contenida en la obra “De Civitate Dei”, fue formulada con una respuesta a los escritores paganos que consideraban las invasiones de los bárbaros como un castigo al Imperio Romano por el abandono de los dioses tradicionales y la aceptación del Cristianismo. Explica toda la Historia por la lucha entre el bien y el mal, entre la Ciudad de Dios y la ciudad del hombre; de aquí que las invasiones de los bárbaros sean un episodio de esta lucha, destinado a producir una nueva etapa en la marcha hacia el triunfo de la Ciudad de Dios.

En realidad, mi interpretación histórica no tiene de común con la de San Agustín, más que la aceptación plena y sin reservas de los principios que constituyen la doctrina oficial de la Iglesia Católica, pero en todo lo demás son diferentes. San Agustín no nos habla de evolución humana, ni de la existencia de un proceso evolutivo principal y varios secundarios, ni de etapas mayores o ciclos y períodos menores, ni, en una palabra, de todo aquello que constituye la característica propia de mi interpretación. Tampoco, yo he hablado de lucha entre el bien y el mal, ni de marcha hacia la Ciudad de Dios, me he limitado a apuntar que conceptúo la evolución humana como la realización planeada y dirigida por la Divina Providencia, a través de la libertad humana.

Es cierto que ambas interpretaciones históricas tienen un parentesco nacido de la aceptación de los principios generales de la doctrina católica, pero esto no es suficiente para identificarlas. Quien las confunda, procede como el occidental que oye por primera vez la música hindú o la china y, debido al desconocimiento que tiene de ellas, no puede ni siquiera distinguir las melodías tristes de las alegres.

Continúa diciendo el señor Sandoval que yo no menciono en toda mi obra a San Agustín, por lo que me hago aparecer como el creador de la teoría. Si no menciono a San Agustín es porque, como acabo de explicar, nuestras respectivas interpretaciones son diferentes; y lo que tienen de común no es originalmente ni de San Agustín ni mío, sino que es parte de la doctrina oficial de la Iglesia Católica. Verdaderamente, nunca me imaginé que pudiera existir una persona tan simple que tuviera la peregrina ocurrencia de que yo he querido hacerme pasar por creador de principios conocidísimos desde hace varios siglos y que, además, forman parte de la doctrina oficial de la religión que profesa la mayoría de los salvadoreños.

En la parte final del artículo comentado, Sandoval insiste en que todos los tratados de filosofía de la historia escritos por pensadores tomistas se basan en la interpretación de San Agustín; y agrega que la concepción agustiniana depende de la Teología de la Historia y que no es otra cosa que una historia de perfección y salvación.

Ya se ha dicho que, dentro del pensamiento católico, los agustinianos y los tomistas son dos escuelas diferentes, que discrepan entre sí. Pero hay algo más.

San Agustín formuló una interpretación histórica; Santo Tomás de Aquino escribió sobre Teología, Metafísica y otras ramas de la Filosofía, pero no sobre Filosofía de la Historia. Hay, pues, una concepción agustiniana de la historia, pero no existe ninguna concepción tomista de la misma.

La Filosofía de la Historia se ocupa del hacer humano, pero no en su totalidad, sino únicamente en cuanto hacer social; los individuos solamente interesan por el papel que juegan en la evolución social. La salvación del alma es un asunto eminentemente individual; se salvan las personas, pero no las naciones ni los grupos sociales de cualquier especie que sean; así lo ha entendido siempre la Iglesia Católica y no puede entenderse de otra manera. Hablar de una historia de salvación, dígalo quien lo diga, es un contrasentido.

En la manera que Sandoval enfoca el pensamiento católico, hay una total confusión de conceptos, inexcusable es quien aborda estos temas. No debemos olvidar que quienquiera que escriba sobre la manera de pensar de una religión, escuela o tendencia de cualquier clase, está obligado a conocerla, independientemente de que acepte o no sus conclusiones. Para escribir sobre el budismo, no hace falta ser budista, pero sí es indispensable tener una idea clara de la doctrina de Buda y del nirvana, así como conocer las diferencias existentes entre sus diversas ramas, sectas o escuelas, por ejemplo entre el budismo tántrico, el mahayánico y el hinayánico; de lo contrario, lo más aconsejable es que se abstenga de abordar el tema.

El señor Sandoval se refiere, además, a la clasificación usada por mí, de los seres del Universo, en tres órdenes o mundos: el humano, el vivo y el inanimado. La crítica diciendo que corresponde a la que se enseña a los alumnos de primaria por los textos de ciencias naturales F. T. D. La crítica me parece absurda, porque el hecho de que sea elemental no implica que sea falsa. Los conceptos elementales, que pueden considerarse del dominio público, no están vedados al escritor; si he usado esta clasificación es porque la considero correcta, lo que no es incompatible con el hecho de que sea elemental, y porque, además, es conducente a los fines del razonamiento contenido en mi obra.

Finalmente, afirma Sandoval que yo admito la existencia de una evolución al estilo darwiniano en el mundo inanimado, pero no en los otros dos. La afirmación es cierta, en sentido estricto, pero ha sido redactada en tal forma que produzca confusión en los lectores sobre el contenido exacto de mi pensamiento. Por ello, hago la aclaración siguiente:

I)—Admito en el orden inanimado, una evolución del tipo de la de Herbert Spencer.

II)—En el orden de la vida, no la considero suficientemente comprobada por la experiencia científica; por lo demás, no tiene relación directa con mi interpretación histórica, por lo que no es un problema que me interese abordar.

III)—En el orden humano, existe una evolución; es más, tal evolución es la base de mi interpretación histórica. Pero, contrariamente a la tesis de Spencer, no la considero como una mera extensión de la evolución cósmica, sino que,

tal como lo he dicho más arriba, hay entre ambas una diferencia fundamental de naturaleza. No obstante, creo que existe cierta similitud de morfología externa que nos permite aplicar, idealmente por supuesto, a la evolución humana las reglas formuladas por Spencer sobre la evolución cósmica, siempre que se haga la necesaria reserva respecto de la reacción libre del hombre.

Antes de terminar, quiero referirme a la obra de Karl Löwith, “El Sentido de la Historia”, que Sandoval cita para criticar mi trabajo, porque las palabras transcritas solamente podrán apreciarse en todo su valor, si se tiene un conocimiento general de la obra de que proceden. Tengo a la vista la edición hecha por Aguilar, S. A., en 1958; la cita de Sandoval se refiere a la edición de 1956, pero no creo que haya una diferencia de contenido suficiente para invalidar mis observaciones.

Como su subtítulo lo indica, la obra de Löwith tiene por objeto estudiar las implicaciones teológicas de la Filosofía de la Historia. Sigue el método de estudiar el pensamiento histórico de los más conocidos escritores sobre la materia, en un sentido cronológico inverso, o sea de los más modernos a los más antiguos.

Lo primero que llama la atención al analizar la obra de Löwith, es su tendencia a volver la espalda al pensamiento histórico contemporáneo. No hace la más mínima referencia a Northrop, a Kahler, a Weber, a Sorokin ni a Gonzague de Reynold. Apenas si en un par de notas, menciona a Nicolás Berdiaeff y a Christopher Dawson. Únicamente a Oswald Spengler y a Arnold J. Toynbee les dedica unos pocos párrafos en la introducción, totalmente insuficientes. De Toynbee dice que no es historiador empírico ni filósofo; sin embargo, los argumentos con que intenta combatirlo, no solamente no desvirtúan las conclusiones a que llega Toynbee, sino que carecen de la efectividad y altura científica de este último, quien, a mi juicio, es el más grande interpretador contemporáneo de la Historia y uno de los mejores con que ha contado la humanidad en todos los tiempos.

Löwith es quien ha acuñado la frase “historia de salvación”, que aplica a una serie de interpretaciones históricas y Filosofías de la Historia de contenido enteramente dispar. Para él, son por igual historias de salvación, las concepciones cristianas de San Agustín, Orosio y Bossuet, el idealismo de Hegel y el materialismo histórico de Karl Marx. De la tesis marxista dice que es una historia de salvación, en términos de economía política. Aunque parezca paradójico, el término historia de salvación está mejor empleado para designar el idealismo de Hegel y el materialismo histórico de Marx que para las interpretaciones católicas, porque los primeros hacen consistir la salvación en un fenómeno social, que suponen ocurrirá dentro de la Historia y como efecto del proceso histórico, el estado prusiano para Hegel y la sociedad comunista para Marx; mientras que para la tesis católica, la salvación es un asunto individual que, por ello, está fuera de la Historia.

Al comentar a San Agustín, Löwith califica la obra “De Civitate Dei”, de

interpretación dogmático-histórica del Cristianismo. Esta calificación carece de sentido; la dogmática es el conjunto de principios de una religión, que han de ser creídos por sus seguidores sin demostración y a los cuales han de adaptar todas sus obras. En consecuencia, la interpretación de San Agustín podrá ser calificada de interpretación de la historia conforme a la dogmática cristiana, o de defensa del Cristianismo por medio de la interpretación histórica, pero calificarla de interpretación dogmático-histórica del Cristianismo, como lo hace Löwith y lo copia Sandoval, no pasa de ser un disparate.

Lo que es importante señalar es que el término historia de salvación no tiene en Löwith el carácter despectivo con que Sandoval ha querido hacerlo aparecer, valiéndose de copiar habilidosamente unas pocas líneas del autor citado. Al tratar de la interpretación bíblica, Löwith se declara partidario de las ideas de O. Cullmann, que implican la aceptación del Cristianismo; en consecuencia, no desprecia la religión; en cambio se declara enemigo de la interpretación histórica.

Löwith clasifica las interpretaciones históricas que analiza, en historias de salvación e interpretaciones influidas por la irreligión del progreso continuo, como la de Voltaire; ambas le parecen inaceptables. En el epílogo de su obra llega a la conclusión de que únicamente puede aceptarse cualquiera de las dos alternativas extremas siguientes:

I)—O la tesis cristiana de la salvación, pero en ese caso habrá que considerar la historia como algo sin importancia, como un mero peregrinaje sin interpretación posible. Esta es la tesis que Löwith declara personalmente seguir.

II)—O la vieja tesis helénica de la interpretación cíclica fatalista, cuya versión moderna es el continuo retorno de Nietzsche.

La conclusión de Löwith no me parece aceptable; entre las dos proposiciones extremas de la alternativa, existe una proposición media: Aceptar la tesis cristiana y, a la vez, interpretar la historia científicamente, sabiendo de antemano que, así como las leyes de la naturaleza son los mandatos irrefragables de la Voluntad Divina, las tendencias históricas son la expresión de la Divina Providencia.

Para no citar más que el ejemplo más relevante, la interpretación histórica de Toynbee, que Löwith ataca pero no desvirtúa, constituye el más rotundo mentís a las conclusiones de "El Sentido de la Historia".

Creo haber aclarado suficientemente todos los puntos que abarcó la crítica de Sandoval, tal vez un poco tardíamente, pero la verdad es que hasta hace una semana, la leí por primera vez. No me resta más que decir, a modo de juicio de conjunto, que para criticar no basta con enunciar, de manera dogmática, una lista de pensamientos ajenos, hace falta un trabajo más personal.

San Salvador, 4 de Enero de 1960.

Héroes Nacionales

## JOAQUIN EUFRASIO GUZMAN

Por JORGE LARDE Y LARIN

El general de división don Joaquín Eufrasio Guzmán, declarado BENE-MERITO DE LA PATRIA por las Cámaras Legislativas de El Salvador, fue en nuestro país uno de los más notables ciudadanos del siglo pasado.

Nació el general Guzmán en la apacible ciudad de Cartago, de la provincia de Costa Rica y Reino de Guatemala, el 16 de julio de 1797, siendo hijo de don Manuel Antonio Guzmán y doña Fermina Ugalde. Bautizólo el padre Juan José Benito Bonilla.

Doña Fermina quedó viuda a muy temprana hora, y siendo sumamente pobre, nada seguro era el porvenir de su tierno hijo Joaquín Eufrasio.

Sin embargo, en 1808 ocurrió lo inesperado, pues a la ciudad de Cartago llegaron dos ricos comerciantes salvadoreños: Mateo Ibarra y Sebastián Melón.

Ibarra y Melón quedaron encantados de la natural inteligencia, viveza, perspicacia y urbanidad del niño Joaquín Eufrasio, a la sazón de once años, y

ofrecieron a doña Fermina, si ella consentía, en hacerse cargo de su educación, y llevarlo a la provincia de San Salvador donde harían de él un hombre de bien. Adivinó ella, con maternal intuición, el porvenir de su hijo, y en escritura otorgada el 2 de noviembre de 1808 (Protocolo de Cartago, tomo V, folio 357) aparece diciendo doña Fermina que: "por tanto, desde hoy les entrega a dicho su hijo, en las siguientes condiciones: 1º Desde esta ciudad a la de San Miguel o capital de Guatemala ha de ser conducido de cuenta y costo de Ibarra y Melón. 2º Que la otorgante les traspasa todo su derecho y autoridad y lo entrega en aprendizaje para que lo instruyan en su oficio de comerciante y lo sirvan como hijo, sin que por ningún pretexto pueda separarse de su lado hasta tener cumplidos 25 años de su edad, siempre que lo hallen a propósito para el ejercicio. 3º Queda al arbitrio de ellos arreglar la educación de Guzmán como tengan por





JOAQUIN EUFRASIO GUZMAN



conveniente, sin que por su servicio exija salario alguno, pues en esta parte harán voluntariamente lo que quieran para su felicidad. 4º Que ni la otorgante ni otro deudo reclamarán las ganancias o aumentos que le proporcionen, pues lo que adquiriera ha de estar al arbitrio absoluto de los retrominados para su aumento y atención de sus necesidades. 5º Que en todo el tiempo convenido han de dar alimento diario, ropa limpia y cama a Guzmán como si fuera suyo propio, y si enfermarse lo han de cuidar y proporcionarle curación y alimentos necesarios en su enfermedad y convalecencia”.

Con los señores Ibarra y Melón, el niño Joaquín Eufasio viajó por todos los centros mercantiles del Reino de Guatemala, adquiriendo los conocimientos imprescindibles para llegar a ser un gran comerciante y responder a los paternales esfuerzos de sus abnegados protectores y padres adoptivos.

A la edad de dieciocho años, en 1815, Guzmán tomó vecindad en la ciudad de San Miguel, el más importante mercado añilero del Reino de Guatemala, y dos años más tarde, en 1817, comenzó su asombrosa y brillante carrera pública, sirviendo indistintamente empleos municipales, cargos administrativos y políticos, diputaciones, comisiones dentro y fuera del país, destinos importantes en el Ejército Nacional y en distintas ocasiones la primera magistratura, con un amor y una lealtad inquebrantables hacia El Salvador.

A principios de abril de 1828, la ciudad de San Miguel fue ocupada por las fuerzas federales que comandaba el general Vicente Domínguez.

A raíz de ese suceso, Guzmán que se encontraba dedicado de lleno a su profesión comercial, tuvo que servir “a solicitud de la Municipalidad” migüeña, según sus propias palabras, “la Comandancia de armas de esta Plaza, cuando la ocupó el general Domínguez. En ello —agrega— se propuso aquel

cuerpo dar en mi mando una garantía a la población”.

En circunstancias tan difíciles y sin mezclarse en cosas públicas se encontraba el capitán Guzmán, cuando el general Domínguez iba a perpetrar un horrendo crimen: el asesinato del coronel ecuatoriano Rafael Merino.

Merino era natural de Guayaquil. Llegó a San Salvador en octubre de 1827 y reorganizó sus fuerzas armadas; pero a causa de frecuentes borracheras, durante su mando militar se perdieron las batallas de Santa Ana, Chalchuapa y Aculhuaca, con bajas considerables en vidas y material bélico; de ahí, que el gobierno del Vice-jefe Mariano Prado, no sólo prescindió de sus servicios, sino que lo embarcó en el puerto de La Libertad a bordo del bergantín chileno “Caupolicán”.

El velero chileno ancló en el puerto de La Unión, y de él, por órdenes de Domínguez, fue extraído Merino y conducido con esposas y escoltado hasta San Miguel.

“Me hallaba en esta ciudad —dice Guzmán—, cuando lo trajeron de La Unión, sin saber quien, ni de qué orden y lo único que supe fue que había entrado escoltado. Al día siguiente se trató de juzgarlo; y yo fui llamado para vocal del Consejo; tengo la satisfacción de que arreglando mi voto por mi conciencia, fue el único que tuvo para salvarle la vida”.

Merino fue fusilado, no siendo ni un prisionero de guerra ni un enemigo.

En junio de 1828, el general Francisco Morazán se movilizó de Choluteca hacia el oriente salvadoreño y se posesionó de El Sauce. Domínguez evacuó en seguida la plaza de San Miguel y Guzmán, según sus propias palabras, fue llamado por el general Morazán, quien le ofreció “distinciones, y la devolución de los intereses que sus tropas habían tomado en las inmediaciones del puerto de La Unión y en el camino de esta ciudad; yo que como vecino de San Miguel me hallaba libre de toda

responsabilidad, me presenté a él en la villa de Chapelrique, y cumpliendo aquél sus ofrecimientos me distinguió, agregándome a sus ayudantes y devolviéndome 12 cargas de efectos que el sargento Manuel Zúñiga me había tomado en el punto de Anchico. Le acompañé hasta San Antonio de Gualcho, y después de la capitulación, le pedí permiso para retirarme a mi casa, que me concedió, con muestras de afecto”.

De tal suerte, que el capitán Guzman se halló en la memorable batalla de Gualcho, el 6 de julio de 1828, una de las más memorables en los fastos de Centro América.

Alcanzada esta resonante victoria, Morazán retornó a Honduras; pero a principios de octubre del mismo año volvió al oriente salvadoreño al mando de un ejército más respetable.

Guzmán, que había trabado buena amistad con el famoso general, se incorporó en sus filas y así se halló presente, el día 9, en la capitulación de San Antonio, y el 23, en la entrada triunfal a la ciudad de San Salvador.

En los meses de noviembre y diciembre, don Mariano Prado y el general Francisco Morazán organizaron en Ahuachapán el “Ejército Aliado Protector de la Ley”. Guzmán fue incorporado en la cuarta división, y a principios de enero de 1829 las fuerzas aliadas marcharon rumbo a Guatemala.

Durante aquella memorable campaña, el capitán Guzmán peleó en el desastroso combate de Mixco (15 de febrero), en la memorable batalla de Las Charcas (15 de marzo), en el combate de Palín y sitio de Guatemala (9-13 de abril), dando pruebas indudables de su valor, disciplina y don de mando.

En las acciones de armas del 9 de abril de 1829, cuando las fuerzas del general Morazán tomaron las fortificaciones exteriores de la plaza de Guatemala, el capitán Guzmán fue herido.

El coronel Nicolás Raoul, en parte circunstanciado al gobierno salvadore-

ño sobre las ocurrencias de los días 7, 8, 9 y 10 de abril de 1829, dice:

“La cuarta división ocupó todas las bocas calles al frente de las trincheras enemigas, y fue la que sufrió todo el día 9 la pérdida más sensible, porque su ardor era indomable. La intención del General (Morazán) era que nuestras tropas no hiciesen fuego; pero el arrojo no pudo someterse a las reglas de la prudencia, y en este combate contrario a las disposiciones del General que fue sin fin como sin resultado, hemos tenido 4 muertos y 18 heridos, entre los últimos al teniente coronel Huevo, y al capitán Joaquín Guzmán con otros oficiales”.

El 14 de marzo de 1832, a las órdenes del general Francisco Morazán, el capitán Guzmán peleó en la batalla de Jocoro, que aquel prestigiado soldado ganó a los coroneles José Rosales y Gregorio Eustaquio Villaseñor.

Durante la infausta administración del Vice-Jefe don Joaquín de San Martín (1833-1834), el coronel Guzmán estuvo al servicio de las armas del Estado y, por lo tanto, se vio obligado a participar, a las órdenes del coronel José Dolores Castillo, en el ataque a las fuerzas federales del general Francisco Morazán en los propios reductos de San Salvador.

La sangrienta batalla del 23 de junio de 1834, fue desfavorable para las fuerzas que sostenían a San Martín, y Guzmán, como otros muchos soldados, se movilizaron derrotados hacia la región ultralempina salvadoreña.

El primero de septiembre de 1834, por Decreto del Senador Presidente Gregorio Salazar, fue expulsado del territorio del Estado por el término de dos años, no obstante que sus simpatías políticas eran en favor del general Morazán y que él, en la contienda civil de 1834, no había hecho más que cumplir con su deber de soldado pundonoroso, con su lealtad al gobierno.

En 1841 se encontraba en San Miguel, dedicado exclusivamente a sus

negocios, cuando la Asamblea Nacional Constituyente del Estado, con fecha 7 de enero de ese año, lo eligió tercer suplente al cargo de Jefe Provisional. Guzmán, deseando no inmiscuirse en asuntos políticos, renunció a esa elevada distinción.

El 19 de febrero de 1842 las fuerzas del general Francisco Morazán se dirigieron del puerto de La Unión a la ciudad de San Miguel, siendo gobernador del departamento de San Miguel el coronel Joaquín Eufasio Guzmán.

“Cuando el general Morazán —dice—, apareció en el puerto de La Unión el año de 842, era yo Gobernador de este Departamento, y mi deber me obligaba a dar cuenta, como lo hice, a mi Gobierno de aquel arribo, e igualmente al de Honduras para su inteligencia. En seguida marchó a esta Ciudad dicho general con todos los jefes, oficiales y comitiva que traía y los demás que de este departamento habían ido a unírsele. De San Alejo me escribió con el Sr. Manuel Zepeda, anunciándome venía a esta Ciudad. La guarnición que aquí había era muy corta. La que traía Morazán era superior, y lo era más, atendida la calidad de su jefe, y mucha parte de su oficialidad, habiendo entre ella y la tropa muchos salvadoreños. Debía, pues, evitar un choque que no podía tener resultado, cuando por otra parte sólo podía producir desgracias muy sensibles al Estado. El partido prudente que debía adoptarse, era el de evitarlo, y éste tomé yo, mandando retirarla como lo hice. En seguida deposité el mando en el Alcalde 1º y como simple particular permanecí tres días arreglando mi casa, y me retiré después a la villa de Chapeltique”.

El 11 de abril de 1842 se instaló en Chinandega la Convención Nacional de Centro América, formada por representantes de El Salvador, Honduras y Nicaragua. El coronel Joaquín Eufasio Guzmán fue uno de los cuatro delegados salvadoreños.

A este ilustre patriota debemos el si-

guiente juicio crítico sobre el general Francisco Morazán:

“El General Morazán tenía talento, amabilidad, algún trato del mundo y valor, y con estas cualidades, desde que se presentó en la escena pareció grande; su primer hecho militar que le dio a conocer fue el triunfo de Gualcho, a que sucedieron otros hasta la toma de Guatemala. El año de 32 tomó a San Salvador; el de 34 derrocó el Gobierno del mismo San Salvador; el de 38 dio muchos combates en Guatemala en que siempre ganó hasta celebrar un tratado con el general Carrera; el de 39 triunfó en el Espíritu Santo y en Perulapán; el de 40 volvió a tomar a Guatemala; pero no pudiéndola conservar se retiró a este Estado, en donde considerando que su permanencia en él, le atraería las armas de la misma Guatemala, Honduras y Nicaragua con todas las desgracias que eran consiguientes, tomó la resolución de expatriarse por él mismo al Sur, de donde de nuevo volvió a este Estado para hacerse de fuerzas con que regresó a Costa Rica; derrocó al Gobierno que allí había, que fue reemplazado en su persona por aquellos pueblos; regresaba ya para acá con fuerzas considerables cuando fue privado de la vida.

Ese hombre con las cualidades que ya he dicho le adornaban, pudo hacer grandes bienes a la República, pero la desconfianza en sí mismo en la parte política del mando, le obligó a entregar la administración de sus triunfos al partido que lo apoyaba, quien obrando con las pasiones de partido, a muy poco tiempo arruinaba su obra y lo precisaba a nuevos triunfos. Esta fue su desgracia y la de la República. Si él hubiera manejado por sí mismo las cosas públicas, éstas hubieran ido mejor, su fortuna se habría afirmado, y su partido no se hubiera perdido. Así es como una ligera falta en hombres de esta importancia, arruinan las obras más grandes que hacen, y frustra los bienes que deberían producir. Morazán

murió con la afección de todos los salvadoreños. Lejos de desmerecer los salvadoreños por el afecto que profesan a su héroe, aun después de muerto, ésta es una cualidad que debe recomendarlos”.

En agosto de 1844 Guzmán fue enviado a Nicaragua, con el cargo de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario, para que contribuyera a estrechar las buenas relaciones entre El Salvador y aquel hermano país; y el 4 de ese mismo mes, fue nombrado igualmente Delegado Suplente ante la Confederación Centroamericana.

El 29 de febrero de 1844 fue electo por las Cámaras Legislativas suplente de la Presidencia del Estado. Aun cuando Guzmán renunció la Vice-Presidencia, el 9 de marzo de ese año el Poder Legislativo acordó no aceptársela. Así, vióse colocado de lleno en el teatro de la política militante y de la historia, en la fórmula presidencial que encabezaba el general Francisco Malespín.

Gobernó, en concepto de Vice-Presidente, del 9 de mayo al 16 de julio de 1844.

Durante ese lapso, el Presidente general Francisco Malespín llevó la guerra a Guatemala, ocupando Jutiapa, las haciendas Quezada y El Sitio y algunos pueblos de Chiquimula. Esta guerra tuvo su origen en la invasión que acaudilló el general Manuel José Arce, con apoyo del gobierno guatemalteco, movimiento revolucionario que fracasó totalmente.

Gobernó nuevamente, en concepto de Vice-Presidente, del 25 de octubre de 1844 al 16 de febrero de 1845.

Durante este período administrativo, el Presidente general Francisco Malespín llevó la guerra a Nicaragua, aliándose con el gobierno de Honduras. Al frente del “Ejército unido protector de la paz”, a fines de noviembre de 1844 puso sitio a León, capital nicaragüense, defendida por las fuerzas del gran mariscal Casto Fonseca, general José Tri-

nidad Cabañas y coronel Gerardo Barrios. Después de obtener las victorias de Posoltega, Monte San Juan, Olla de la Juana y Subtiava, se rindió la plaza de León.

Mientras tanto, en El Salvador se hacía cada vez más ostensible la impopularidad de los Malespín y los pueblos clamaban por el derrocamiento de la hegemonía de Francisco y de sus hermanos Ignacio y Calixto. Tanto en San Vicente, como en San Salvador, Cojutepeque y Sonsonate hubo en 1844 conatos de insurrección y en San Miguel se produjo un movimiento similar en enero de 1845. Por eso los más respetables ciudadanos se acercaban al Vice-Presidente instándolo para que asumiera definitivamente el mando de la Nación, pues “los Malespines existentes en San Salvador —como apunta Guzmán— con sus demás jefes y oficiales durante la ausencia de su hermano Francisco, eran los únicos que mandaban el Estado, y que ellos por sí, y sin dar cuenta a nadie, disponían las marchas de tropas, exacciones, persecuciones, etc.” A tal grado de impotencia habían reducido al depositario del Poder Ejecutivo, que el Vice-Presidente, según sus propias palabras, “tenía que dormir fuera de su casa, temiendo ser presa en una noche de la tiranía de Calixto Malespín”.

He aquí como el coronel Guzmán relata el fausto suceso del 2 de febrero de 1845:

“Es igualmente cierto que el Sr. Luis Ayala, lo mismo que otros pocos patriotas llegaban con frecuencia a mi habitación a inclinarme a un pronunciamiento; pero todos hablaban en secreto y me decían: pronúnciese; hágalo; salve al Estado, y después se retiraban a sus casas a esperar que yo lo hiciera y sufriera el resultado si era malo; mas no me decían, yo acompañaré a Ud.; yo correré su suerte; moriremos juntos si es menester. La verdad sea dicha. El Sr. Luis Ayala abundaba en sentimientos por la libertad del Estado, lo mismo que los señores Yanuario Blanco y

Fermín Palacios; pero estos últimos decidieron mi ánimo más que nadie, porque no sólo me hablaron de que obrara, sino que para los primeros gastos militares me ofrecieron 4000 ps. Con esta palanca, visto el compromiso de San Miguel y calculando el regreso de Malespín triunfante, me decidí, y ahorrando en mi habitación con el auxilio de los señores Marcelo Ayala y Manuel López a Calixto Malespín y coronel Ciriaco Choto, en seguida me fui solo al cuartel, donde había 400 hombres, hechura de los tiranos, y les anuncié que en aquel momento expiraba el poder y mando de los Malespines, y lo ejercía yo plenamente como Gobernante Supremo del Estado, conforme a las instituciones del mismo. Este fue el momento del 2 de febrero, que debía decidir de la vida o de la muerte. Ahora si este hecho es cierto como lo es, y es público en el Estado y en toda la República, ¿quién es el autor del 2 de febrero? No quiero hablar más sobre este particular, porque nada pretendo de aquel glorioso suceso, sino que se conserve su fruto de paz y libertad que disfrutaban los pueblos, para que no sean degollados al capricho y al antojo de cualquier tirano. Todos los pueblos del Estado por medio de sus municipalidades, me dirigieron actas, muchas de ellas impresas en el "Regenerado". El mismo señor Luis Ayala redactó la del Cuerpo Municipal de San Salvador, y en ella se ve la misma expresión de gratitud hacia mi persona".

A raíz del movimiento revolucionario del 2 de febrero, el Vice-Presidente del Estado publicó la siguiente proclama:

*"El Vice-Presidente en Ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo del Estado de El Salvador, a sus habitantes.*

Compatriotas: deprimido el Gobierno por el comandante general Calixto Malespín en términos de desobedecer sus órdenes atropellando a los salvadoreños, oprimiendo y maltratando sus personas y arrebatándoles sus propie-

dades, y haciendo la guerra a los mismos pueblos, por sostenerse en su poderío absoluto, me resolví hoy a quitarle el mando de las armas, y reasumirlo yo. Así se ha verificado, y tanto este pueblo (*el de San Salvador*) como la tropa, están llenos de gozo por tal acontecimiento que les restituye su libertad y sus derechos.

Salvadoreños: ya tenéis Patria, pero para conservarla y no dejársela arrebatada es necesario todavía un esfuerzo. Cuando un pueblo quiere ser libre lo es, pero necesita para ello unirse y pronunciar su voluntad. Decid, pues, la vuestra ¿queréis ser gobernados por la Constitución y las leyes, o por la arbitrariedad? Yo no dudo de vuestra respuesta, y oigo que queréis libertad y leyes. Manifestadlo pues, expresad vuestros sentimientos, vuestra voluntad soberana será respetada y con vuestra cooperación el Gobierno que tenéis sabrá ejecutarla.

Yo os felicito, queridos compatriotas, y me felicito a mí mismo porque he sido el medio de que hayáis reconquistado vuestra libertad. En ello no creo que he hecho un favor, sino que he cumplido con mi obligación, y esto es lo que me satisface. Haced también vosotros vuestro deber: ayudad al Gobierno con vuestros brazos a defender la libertad recobrada, para tener después la seguridad y el gusto de no volverla a perder. Esto es todo lo que anhela, y por lo que está presto a sacrificar su propia vida, vuestro conciudadano y amigo.

*Joaquín E. Guzmán.*

San Salvador, febrero 2 de 1845".

Por su parte, los ediles y vecinos principales de la capital, en un Acta que suscribieron ese mismo día en Cabildo Abierto, expresaron entre otras cosas, que "el Sr. Joaquín E. Guzmán, Vicepresidente en actual servicio del Supremo Poder Ejecutivo del Estado, es acreedor al amor, confianza y grati-

tud de los salvadoreños, tanto por su acrisolada honradez, prudencia, moderación y dulzura, cuanto por el importante servicio que acaba de prestar al Estado, arrancando las armas de las manos que oprimían al pueblo para que éste respirase con libertad y pudiese usar del derecho que le es inherente de exponer sus quejas ante las Supremas Autoridades”, y que, por lo tanto, lo reconocían como la única autoridad suprema ejecutiva de El Salvador.

De todas las poblaciones del país llegaron actas de sincera adhesión para el régimen democrático que surgió el 2 de febrero y para el ínclito coronel Joaquín Eufasio Guzmán.

La noticia del pronunciamiento del Vice-Presidente fue recibida por el general Francisco Malespín cuando, prisionero voluntario de Eros y de Baco, era testigo ocular de los escombros humeantes de la bella ciudad de León.

Inmediatamente, Malespín ordenó a sus Jefes, oficiales y tropa el regreso al territorio salvadoreño. A bordo de las goletas “Constitución”, “Carolina” y “Agustina” desembarcaron en el puerto de La Unión, y tan pronto como pisaron tierra, marchó contra San Miguel, a las órdenes de 300 soldados, el general de brigada Ramón Bellosó.

Mientras tanto, el Vice-Presidente Guzmán confió al general Trinidad Cabañas el mando de una división, compuesta de 700 plazas, para que redujera a la obediencia a los soldados que retornaban a la Patria.

Dice Guzmán que le encargó al general Cabañas “el mando de la división que tenía formada para ir a encontrar a Malespín, a su regreso de León, con instrucciones de que ante todas cosas hiciese penetrar en la división que traía Bellosó los papeles públicos que acreditaban la opinión de todo el Estado contra Malespín, y que dirigiese a Bellosó el decreto del Gobierno que encargaba al mismo Bellosó el mando de la división que traía y de la demás fuerza que hubiese quedado a Males-

pín; que no diese ataque hasta haber practicado estas diligencias, y que Bellosó se negase a reconocer el Gobierno del Estado, fijándole término para su respuesta. Esta conducta de parte mía era necesaria, era indispensable, y me era obligatoria, porque las fuerzas de Bellosó y Malespín se componían de salvadoreños, que debía yo conservar, cuyas vidas debía yo economizar; pero el Sr. Cabañas envidioso sin duda de las glorias que sobre él había adquirido Bellosó, y celoso de que este General salvadoreño se salvase junto con sus compañeros, que sólo forzados de la necesidad podían haber estado peleando por Malespín, de nada menos pensó que de darle aviso alguno. Lejos de eso, procuró sorprenderlo de noche, y el simple fue sorprendido por el otro, que es infinitamente más avisado, y se dejó derrotar en Quelepa 700 hombres que traía, por 300 que llevaba Bellosó, y regresó a San Vicente solo y con la carga de papeles para que no los vieran los salvadoreños de Bellosó, la fuerza de éste se deshiciera y él dejara de considerarse necesario. Los restos de nuestra fuerza que escaparon de la derrota, se reunieron por sí mismos y fueron a rehacerse en Cojutepeque.

La batalla de Quelepa, el 14 de febrero de 1845, puso en graves aprietos a la administración del Vice-Presidente coronel Joaquín Eufasio Guzmán.

“La noticia de este desastre —dice Guzmán—, la recibí preparándome para asistir a la instalación del Cuerpo Legislativo. Ella no me desalentó, porque sabía que en la lucha estaba apoyado por todo el pueblo salvadoreño. Reservé tan desagradable suceso; dí mis disposiciones para levantar una nueva fuerza, y al tercer día deposité el mando, me puse a su cabeza y marché con ella, a encontrar las fuerzas triunfantes de Bellosó”.

En efecto: el 16 de febrero de 1845 se hizo cargo del Poder Ejecutivo el Senador Fermín Palacios y el día siguiente Guzmán marchó al frente del



ejército salvadoreño, rumbo a San Vicente.

“Salí de San Salvador —dice— con 300 hombres, bien armados y provisionados y ya en San Vicente, tenía cerca de 2000 de todas armas; pero como toda era tropa colecticia del momento a pesar de su decisión, no me inspiraba toda confianza en el momento de un choque con tropa aguerrida como la de Beloso. Mi pérdida era probable si yo lo atacó en la altura de Montero, que había tomado, y como he dicho antes, yo debía procurar conservar la misma fuerza que se me presentaba como enemiga, pues toda era salvadoreña. Debía deshacerla, no a balazos, sino haciéndole ver su temeridad y conocer su deber. Presenté pues, toda mi fuerza a la de Beloso, que no dejó de sorprenderse al ver su número tan grande respecto del suyo, y mandé comisionados que le manifestasen el estado de las cosas y la necesidad de que cediesen, ofreciéndoles que de ello no se les seguiría mal alguno. No lo conseguí; pero los más avisados conocieron la imposibilidad de arrollarme, y aunque lo hubieran intentado, no lo habrían conseguido, porque en el llano que yo ocupaba, era fuerte y era de esperarse que la tropa del mismo Beloso, le hubiera sañado el cuerpo en el momento del ataque. Mi cálculo se efectuó. En la noche, Beloso tuvo muchas deserciones y se vio en la necesidad de retirarse, y cuando llegó a esta ciudad (San Miguel) su fuerza estaba casi disuelta, que ni con el refuerzo que trajo Malespín de Nicaragua y Honduras, se atrevió éste a hacerme frente, y tuvo que retirarse al mismo Honduras. Así reparé por mí mismo el descalabro que el Sr. Cabañas nos causó en Quelepa, y que nos había puesto en el borde del abismo”.

El 1º de marzo de 1845, la Municipalidad de San Miguel felicitó al Vice-Presidente Guzmán y díjole entre otras cosas:

“Usted levantó el estandarte de la

Ley en el momento mismo en que debía recibir el golpe mortal, el pueblo respiró, las cadenas se hicieron pedazos a los pies de la víctima: y brilló un día de honor y de gloria para los salvadoreños. ¡Día feliz, y de eterno recuerdo en los anales de la libertad!

¡Loor eterno al caudillo del pueblo, el discreto conquistador de sus derechos!”

El 14 de abril de 1845, Guzmán tomó nuevamente posesión del Poder Ejecutivo y sus conatos se dirigieron a concertar una paz duradera con los Estados de Honduras, que apoyaba los proyectos revolucionarios del depuesto Presidente general Francisco Malespín, y de Nicaragua.

El 19 de mayo de 1845 se expidió el siguiente decreto:

“La Cámara de Senadores del Estado de El Salvador.

#### CONSIDERANDO:

1º Que así como es un deber sagrado de los representantes del pueblo hacer frente a la tiranía y aterrar a los tiranos con el rayo de la Ley, así también les incumbe manifestar la gratitud pública a los patriotas esclarecidos por sus virtudes y servicios relevantes; y 2º Que el Vicepresidente, coronel Joaquín E. Guzmán, se ha hecho acreedor a la estimación respetuosa de sus ciudadanos, por una acción noble y llena de civismo y valor republicano, presentándose ante bayonetas amenazadoras con riesgo inminente de su vida a restablecer los derechos sagrados del Pueblo y el imperio de la Ley, hollados atrevidamente por los tiranos militares.

#### DECRETA:

Art. 1º—Se declara Benemérito de la Patria al Vicepresidente Joaquín Eufrazio Guzmán.

Art. 2º—Se refiere al mismo Guzmán el empleo de General de división del Ejército del Estado.

Art. 3º.—Usará sobre el pecho una medalla de oro del diámetro de medio peso, pendiente de un lazo de los colores nacionales: en el anverso tendrá esculpido el busto de la Libertad con este mote: *El Pueblo libre el dos de febrero de 1845*, y en el reverso esta leyenda rodeada de laureles: *Al Benemérito Ciudadano Joaquín Eufrasio Guzmán*.

Dado en el salón de sesiones del Senado, a 19 de mayo de 1845.

*Gregorio Mejía*, S. P.—*José María Castro*, S. Srio.—*Juan Balver*, S. Secretario.

Sala de sesiones de la Cámara de Diputados.—S. Salvador, Mayo 30 de 1845.—Al Poder Ejecutivo.—*Anselmo Pais*, D. P.—*Francisco Zaldívar*, D. Secretario.—*Ignacio Ramírez*, D. Secretario.

Por tanto: Ejecútese. Lo tendrá entendido el Srio. general del despacho, y dispondrá se imprima, publique y circule.—S. Salvador, Mayo 31 de 1845.—*Joaquín E. Guzmán*.—Al Sr. Licenciado Francisco Dueñas.

Y lo comunico a Ud. para su inteligencia y fines consiguientes.—D.U.L.—S. Salvador, Mayo 31 de 1845.—*Dueñas*".

No obstante la política pacifista del Vice-Presidente, el general Trinidad Cabañas y el coronel Gerardo Barrios —yerno del general Guzmán—, a las órdenes del grueso del ejército salvadoreño, planeaban en el oriente la invasión al territorio hondureño, con el propósito de derrocar de su hegemonía al general Santos Guardiola, heredero político del ex-sacristán de Cantarranas general Francisco Ferrera.

Desde el cuartel general de San Antonio del Sauce, sin autorización del Gobierno y en abierta rebeldía, Cabañas inició la invasión del territorio hondureño, en los precisos momentos en que tenían efecto conferencias de paz.

"Así es —dice el general Guzmán— como se verificó la invasión a Honduras tan deseada de Cabañas. ¿Y cuál fue el resultado? Que llevando dos días

de ventaja en la marcha nuestras fuerzas a las del general Guardiola, éste llegó a Comayagua dos días antes, y con 400 hombres derrotó 1.500 nuestros que llevó Cabañas".

Esta calamitosa derrota tuvo efecto el 2 de junio de 1845 y a raíz de ella quedaron en Comayagua 500 muertos y prisioneros, mil fusiles, todo el parque, 200 bestias y la correspondencia oficial en manos del enemigo.

El día 7 de ese mismo mes, el general Indalecio Cordero, a las órdenes de una pequeña fuerza, fue atacado en Santa Rosa por fuerzas superiores de Honduras, logrando derrotarlas en acción heroica.

A este triunfo siguió la derrota de los salvadoreños en Sensenti, el 10 de junio. Los hondureños, en esta ocasión, inmolaron inhumanamente a todos los heridos salvadoreños que habían quedado fuera de combate en Comayagua y Santa Rosa.

El general Francisco Ferrera, presidente de Honduras, se envalentonó con estos triunfos, y dispuso llevar la guerra al suelo salvadoreño.

El 7 de agosto de 1845 el Vice-Presidente Guzmán depositó nuevamente el mando supremo en el Senador Fermín Palacios y se puso al frente de nuestro Ejército, en vista de que las fuerzas armadas de Honduras se movilizaban por el oriente y septentrión. Guzmán confió la vanguardia de sus efectivos a los generales Nicolás Angulo e Indalecio Cordero.

El 14 de agosto el general Cordero fue derrotado por el general Manuel Quijano en la acción de Monterredondo, cerca de Comalapa (departamento de Chalatenango).

El día siguiente, el general Angulo, después de dos horas y media de sangrienta lucha, derrotó en la hacienda del Obrajuelo, cerca de San Miguel, a 900 hombres que dirigía el general Santos Guardiola. Esta gran victoria militar aseguró el régimen de libertad alcanzado con la revolución del 2 de

febrero. El prestigio del Vice-Presidente Guzmán se afianzó aún más.

El 23 de septiembre el Vice-Presidente asumió nuevamente el mando supremo y el 27 de noviembre se firmó el Tratado de Sensenti o Tratado de Paz entre El Salvador y Honduras, que puso término a la pesadilla de la guerra fratricida promovida originalmente por los elementos más reaccionarios del cachurequismo centroamericano.

El 1º de febrero de 1846 el general Guzmán depositó el mando en el Senador Fermín Palacios, pues en tal fecha expiró su mandato constitucional.

A fines de la citada Administración, el General Guzmán fue candidato a la Presidencia de El Salvador para el período 1846-1848, en oposición del licenciado don Doroteo Vasconcelos.

La Constitución de 1841 prohibía la reelección: los partidarios de Guzmán sostenían que, de salir electo su candidato, no se podía hablar de reelección, pues en 1844 había sido electo Vice-Presidente y no Presidente; los partidarios de Vasconcelos opinaban de manera contraria, diciendo que esa interpretación era antojadiza y violatoria de la prohibición constitucional de que una persona no ejerciera el mando en dos períodos consecutivos. Puestos de acuerdo los partidos en pugna, se postuló a la Presidencia y ganó las elecciones sin oposición el doctor Eugenio Aguilar, quien nombró al general Guzmán jefe de las armas nacionales.

Este se retiró luego a la vida privada, a atender sus múltiples negocios; pero los pueblos siempre tenían presente al Benemérito de la Patria.

El 22 de junio de 1851 el general Guzmán fue electo diputado suplente por San Miguel, ante el Congreso Constituyente Centroamericano.

El 29 de enero de 1852 las Cámaras Legislativas lo eligieron designado a la Presidencia del Estado. El 7 de febrero del año siguiente también fue honrado con igual distinción, y esto prueba el alto concepto que se tenía de su per-

sona y el permanente recuerdo de sus patrióticos servicios.

El 21 de febrero de 1854, el gobierno que presidía el coronel José María San Martín, nombró al Héroe del 2 de Febrero gobernador del departamento de San Miguel. Guzmán ya había desempeñado, anteriormente este cargo, con verdadero acierto y esmero.

Gracias al orden, a la disciplina, al trabajo y a la constancia, el general Guzmán era uno de los comerciantes más prósperos del país y uno de los hombres más entendidos en cuestiones mercantiles. Por eso, el Presidente San Martín, con fecha 22 de julio de 1854, integró la Comisión encargada de redactar el proyecto del Código Mercantil con las siguientes personas: general Joaquín Eufrasio Guzmán y licenciados José María Silva y Angel Quirós. Este proyecto fue remitido al Gobierno el 10 de febrero de 1855.

El 4 de febrero de 1856 suscribió una contrata con el Gobierno, por medio de la cual se encargó de construir, en el paso Urbina, un puente de hierro sobre el río San Miguel.

El 25 de enero de 1858 fueron electos Presidente y Vice-Presidente del Estado para el período 1858-1860 los señores Miguel Santín del Castillo y general Joaquín Eufrasio Guzmán, ambos ricos comerciantes del oriente del país e identificados con la causa de la democracia.

A principios de 1859 era insostenible la situación política del Presidente don Miguel Santín del Castillo. Este, por debilidad de carácter, había dado mucha preeminencia a elementos destacados del conservatismo y echándose en brazos de la cleresía.

La élite del partido liberal que lo había llevado al Poder no estaba contenta con esta conducta pública y decidió que lo más conveniente para la República era que don Miguel Santín del Castillo depositara el mando supremo en el Vice-Presidente y Bene-

mérito de la Patria general Joaquín Eufrasio Guzmán.

El 11 de enero de 1859, las Juntas Preparatorias de las Cámaras de Senadores y de Diputados, dirigieron una Excitativa a este ilustre personaje, formulada en los siguientes términos:

“San Salvador, Enero 11 de 1859.—Al Benemérito Señor General Don Joaquín Eufrasio Guzmán.—Señor.

Los infrascritos individuos de las Juntas preparatorias de las Cámaras de Senadores y de Diputados, habiéndose reunido a deliberar con el fin de escoger un medio eficaz para cortar las dificultades administrativas en que se halla el Estado y puedan acarrear un conflicto que dé por resultado la anarquía con todos los horrores y desastres inseparables a ella: no han encontrado otra tabla de salvación, otra persona que reúna todas las condiciones de responsabilidad, buen concepto público, autoridad legal, energía, prudencia y sagacidad, que el Benemérito Vice-Presidente General Don Joaquín Eufrasio Guzmán. En tal concepto han determinado, por medio de persona segura e interesada en el progreso del país, remitirle la presente excitativa, suplicándole encarecidamente que sin pérdida de momento vuele el Benemérito General Guzmán a esta Capital a cooperar con todos los hombres influyentes y empeñados en el mantenimiento del orden, a salvar al Estado poniendo la máquina gubernamental en el carril de la ley y de la conveniencia pública.

Los infrascritos que están íntimamente convencidos del acendrado patriotismo que anima al Benemérito General Guzmán, confían en que trepidará un instante, haciendo cualquier sacrificio de sus intereses, en acudir sin demora al llamamiento de los hombres de orden, que esperan de las relevantes cualidades del Señor Vice-Presidente del Estado, la salvación de esta Patria tan dignamente apreciada y tan expuesta hoy a un trastorno.

Con sentimientos de la más distingui-

da consideración, tienen el honor los infrascritos Representantes del Pueblo Salvadoreño, de suscribirse del Benemérito General Vice-Presidente, muy atentos y deferentes servidores.

Gerardo Barrios, Presidente de la Junta de Senadores.—Mariano Hernández, Senador.—Ignacio Gómez, Senador.—José María Peralta, Senador-Secretario.—Ignacio Pérez Vice-Presidente de la Junta.—Juan Antonio Fuentes.—Hermógenes Rodríguez.—Juan Rodezno.—José Mariano Dorantes.—Manuel Gallardo.—Tomás Cisneros.—Rosa Rodríguez, Secretario de la Junta de Diputados.—Manuel Cáceres, Secretario de la Junta de Diputados.—José María Carazo, Pro-Secretario.—Yanuario Blanco.

El 15 de enero de 1859, la GACETA DE EL SALVADOR, en su sección “Parte Oficial”, publicó lo siguiente:

#### “LLAMAMIENTO AL SEÑOR VICE-PRESIDENTE DEL ESTADO

Hallándose con su salud muy deteriorada el Sr. Presidente del Estado Don Miguel Santín, se sirvió acordar el 13 del actual que se haga cargo del Poder Ejecutivo el Sr. Vice-Presidente Benemérito General Don Joaquín Eufrasio Guzmán. En consecuencia, salió el 14 una comitiva compuesta de los Señores D. Francisco Escolán, D. F. Quirós y dos oficiales, conduciendo la comunicación respectiva para ponerla en manos del Sr. Vice-Presidente, que se halla en San Miguel. El 11 había ido el Sr. Coronel Don Manuel Estéves a presentar al mismo Sr. Guzmán la *Excitativa* de los dignos individuos que componen las Juntas Preparatorias de la Cámara de Senadores y de la de Diputados. Nos lisonjamos, por tanto, con la esperanza de que muy pronto llegará a esta capital aquel Benemérito Ciudadano”.

El 18 de enero del citado año hizo su ingreso a San Salvador el general Guzmán y la GACETA DE EL SALVADOR informó así de ese suceso:

**“EL VICE-PRESIDENTE DEL  
ESTADO BENEMERITO  
GENERAL DON JOAQUIN  
EUFRASIO GUZMAN**

Ayer a las ocho de la mañana llegó a esta capital el Sr. Vice-Presidente del Estado, acompañado de los Señores Don Florentín Souza, Don Pedro Gotay, Don José Molina, Don Mariano Morillo y los Señores Comisionados que condujeron, ya la *Excitativa* de los Señores Senadores y Diputados que el 11 estaban en Juntas preparatorias, ya el Acuerdo que el 13 dictó el Señor Presidente Don Miguel Santín, llamando a aquel alto funcionario a ejercer el Poder Ejecutivo. Los señores Ministros del Gobierno, muchos Senadores, Diputados y empleados de categoría, y una parte lucida del vecindario, salieron a encontrar al héroe del 2 de Febrero de 845, que libertó a la sociedad del régimen arbitrario que oprimía al país. Cual cumplía con un hombre de tantos antecedentes, fue saludado el Benemérito General Guzmán con estrepitosas vivas, nacidas de la gratitud de un pueblo que recuerda los importantes servicios prestados cuando ejerció el poder hace catorce años, espera en la actual crisis, que con su patriotismo a toda prueba, su energía y prudencia acreditadas, preservará a El Salvador de los trastornos que las malas pasiones están empeñadas en llevar a cabo. En el intento de mantener el orden, será asistido y ayudado el Señor Guzmán, por todos los propietarios del Estado; por los hombres de luces, con muy pocas excepciones; y apoyado por las masas que detestan la anarquía, que no ha mucho tiempo las devoraba, sacrificándoles sin piedad sus intereses más queridos.

La guarnición con la música marcial y las milicias de esta Capital salieron hasta Concepción a encontrar al Señor Vice-Presidente y lo acompañaron hasta la casa del Señor General Barrios, de

quien como se sabe, es padre político, y en ella se hospedó”.

Santín del Castillo estuvo al frente de los negocios públicos hasta el 19 de enero de 1859, fecha en que emitió el siguiente Acuerdo:

“San Salvador, Enero 19 de 1859.— En cumplimiento del acuerdo dictado el 13 del corriente, llamando al Vice-Presidente al ejercicio del Poder Ejecutivo; y estando presente este alto funcionario, el Presidente acuerda: designar el mando ahora mismo, dándole posesión del Poder. (Rubricado). El Ministro de Gobernación. *Quirós*”.

He aquí el texto del discurso que pronunció el general Guzmán el 20 de enero del mencionado año, en el acto solemne de la apertura de sesiones de las Cámaras Legislativas:

“Señores Representantes:

Llamado el día 11 del actual, por muchos de los dignos Diputados y Senadores aquí presentes, para que viniese a prestarles mi débil cooperación en la ardua empresa de conjurar los peligros que pasiones innobles habían acumulado alrededor del Poder Público; no vacilé un instante en abandonar mi familia, mis intereses y mi quietud, y volé impelido por el amor al orden y a la paz, bases sólidas en que estriba la felicidad de esta Patria por quien en todo tiempo he hecho sacrificios, y estoy dispuesto a hacer nuevos; volé, repito, a unir mis patrióticos esfuerzos a los de tantos hombres generosos e influyentes empeñados en mantener la incolumidad de nuestro país y de nuestras inestimables instituciones.

Ya venía por la hacienda de Umaña cuando tuve la honra de recibir la Comisión enviada por el Gobierno, conduciendo la comunicación comprensiva del acuerdo de 13 del actual, llamándome el Sr. Presidente del Estado al ejercicio del Poder Ejecutivo.

Antier arribé a esta Capital y ayer tomé posesión del mando supremo. Ahora como en otra época lo ejerceré

procurando la utilidad general y la represión de los perversos.

Ocioso sería advertiros que no puedo dar cuenta de los trabajos de la administración, no habiendo habido tiempo para imponerme, ni superficialmente, del curso de los asuntos: esa tarea la evacuarán a su tiempo y cual corresponde, en sus respectivos ramos los Señores Ministros.

Por tanto, esta vez me ceñiré tan solo a congratularme sinceramente con vosotros, ora por vuestra reunión en coyuntura tan oportuna para salvar al Estado, ora por las circunstancias recomendables que concurren en vosotros. Ellas me hacen esperar que con circunspección, tino y sabiduría lograréis superar las dificultades, que por desgracia han surgido tan inopinadamente; y que pondréis la máquina gubernamental, sobre los resortes más adecuados para que todo conspire a la marcha feliz y segura del Estado, hacia a su verdadera prosperidad y bienestar.

No concluiré, empero, sin protestaros con la mayor franqueza, que por mi parte no será ahorrado ningún medio, ningún sacrificio a fin de obtener esos anhelados objetos.

Cuento para ello con vuestro ilustrado y eficaz auxilio: con la ayuda de todos los hombres de orden, animados, como están, por el más puro patriotismo; y sobre todo con la mano omnipotente de la Divina Providencia, que parece quiso probarnos en esta ocasión, con la amenaza de riesgos inminentes, conduciéndonos en seguida a tan venturoso término, sin que se haya turbado la paz, ni trastornado el orden, bienes que, lo repito, son indispensables para el reposo público, y conciliación de nuestras instituciones.

Comenzad, pues, dignos Representantes del pueblo heroico de El Salvador, vuestras delicadas deliberaciones: que sean guiadas, por miras elevadas de conveniencia pública: que no influyan en vuestros ánimos, ningunas ideas mezquinas ni apasionadas que envile-

cerían vuestra alta misión: y que únicamente tengáis por blanco, asegurar la dicha de vuestros comitentes y de su posteridad”.

El doctor don Manuel Gallardo, Presidente de la Asamblea General, contestó en los siguientes términos el discurso anterior:

“Señor Vice-Presidente.

Cuando los individuos que componían las Juntas preparatorias de esta Asamblea, recordando vuestros gloriosos antecedentes, os excitaron para que vinieseis a contribuir al sostenimiento del orden público, momentánea pero seriamente amenazado, no pudieron comprender ni todo el alcance de aquel paso, ni toda la importancia de vuestra presencia en medio del conflicto. Al desenlace de los acontecimientos estaba reservado el demostrar, cuán justificadas eran las esperanzas que los Representantes concibieron y fundaron en vuestro patriotismo, en aquellos momentos de ansiedad, en que la paz, ese bien inestimable, al cual todos los otros bienes sociales se hallan subordinados, estuvo a punto de alterarse; por cuanto vuestra intervención no sólo ha venido a alejar el peligro en que estaba puesto el sosiego público, sino también a asentar este sobre sus verdaderas bases y de una manera, que me complace en creer definitiva. ¡Resultado feliz, que prueba una vez más el bello y benéfico influjo de la razón y del buen sentido en la resolución de las cuestiones más graves; y las marcadas tendencias del pueblo salvadoreño al orden y a la regularidad!

Por eso, Señor Vice-Presidente, vuestra voz ha sido escuchada con doble placer en este recinto: porque sois a la vez el término legal de las cuestiones que tan profundamente han agitado los ánimos en esta ocasión y la persona que inaugura los trabajos legislativos del presente año.

Señor Vice-Presidente: la Asamblea está contenta de vos y satisfecha de vuestra conducta leal, patriótica y ge-

nerosa; y yo en su nombre, os doy las gracias debidas a la prontitud con que habeis respondido a su solemne llamamiento.

No es menos digna de vuestra consideración y alabanza la conducta del Jefe del Estado que ha resignado el Poder Supremo en vuestras manos: el hombre que en momentos dados sabe sobreponerse a los consejos del amor propio, posponiéndolos al bien común, merece elevarse por sobre el nivel de sus conciudadanos, y éstos están obligados a rendir el homenaje debido a su virtud.

Señor Vice-Presidente: la Asamblea va a comenzar hoy sus trabajos legislativos. Después de implorar el favor del Padre de las luces, cuenta con vuestra cooperación y las indicaciones de vuestra ilustrada experiencia. Procurádselas, y procuradle también la independencia y libertad que necesita en sus deliberaciones, y la ayudareis así a cumplir los solemnes votos que ha expresado en este santuario de la ley. He dicho”.

Ese mismo día, 20 de enero de 1859, el Vice-Presidente Guzmán hizo circular la siguiente Proclama:

“El Vice-Presidente de la República en Ejercicio del S. P. E. a los habitantes de El Salvador.

Ayer tomé posesión del Supremo Poder Ejecutivo en virtud de llamamiento que me hizo el Señor Presidente, y a consecuencia del mal estado en que se halla la salud de este alto funcionario.

Bien manifiesta es la aversión que tengo a este delicado puesto, y si en la ocasión actual me he prestado con voluntad a servirlo, es únicamente por el interés de asegurar la paz del Estado, el mismo que otra vez me ha movido, y el de contribuir al alivio de las penalidades de un amigo, de un deudo y de un ciudadano que merece nuestras consideraciones.

En el ejercicio del Poder, es de mi primer propósito conservar la seguridad de las personas y propiedades y poner en práctica todos los elementos con que

pueda contar el Gobierno para hacer el bien de los pueblos. Estériles serían sin embargo, todos mis esfuerzos, si no contase con la eficaz cooperación de las personas ilustradas y patriotas que son tan interesadas como yo para conseguir aquel objeto. El Gobierno puede compararse con el motor de una gran máquina que da el primer impulso; pero que para llenar su acción necesita la relación y movimiento de todas sus piezas que le son anexas. Mi intención pues, es hacer el bien, y mis esperanzas no serán fallidas si, como espero, todos los salvadoreños me rodean, e ilustran con sus consejos.

*Compatriotas:* No es la ambición, ni el brillo del Poder el que ha podido moverme para estar colocado en el lugar que ocupo. Conozco por experiencia las amarguras que produce, y es únicamente el noble deseo de procurar la felicidad pública el que guía a mi corazón y mi conducta. Confiad en mi antiguo patriotismo, y en el respeto a las instituciones que en tantos años cree haber acreditado vuestro viejo soldado y amigo. San Salvador, Enero 20 de 1859. *Joaquín E. Guzmán.*

En un editorial de la GACETA DE EL SALVADOR, intitulado “Actualidad” y publicado el 29 de enero de 1859 se hacen las siguientes consideraciones:

“Después de la agitación habida durante un mes, en ciertas regiones de nuestra sociedad: agitación que amenazaba con un trastorno inminente del orden; hemos vuelto a la calma y parece que la inquietud de los ánimos va desapareciendo por momentos. Dos sucesos han dado este apetecido resultado. El uno fue la aparición al frente del Ejecutivo el 19 del presente del experimentado y prudente patriota Benemérito General Don Joaquín Eufrazio Guzmán Vice-Presidente del Estado; y el otro la apertura de las sesiones del Cuerpo Legislativo el día siguiente.

La confianza que inspira a todos los partidos el temple rígido a la par que imparcial del Señor Guzmán: su firme-

za acreditada, unida a su serenidad en la tormenta: el predominio que tiene en sus pasiones, que las subordina a lo que exige el interés público, no teniendo ambición de mando y si la muy noble y elevada de hacer el bien; son circunstancias que han influido poderosamente, en hacer cesar la exaltación febril, que estaba a punto de que los partidos se lanzasen a las vías de hecho.

Por otra parte, la respetabilidad de las Cámaras, compuestas de hombres de orden, propietarios interesados en el adelanto del país, decididos a preservarlo de toda colisión, de todo trastorno y que no han vacilado en aplicar remedio oportuno a males trascendentales, que todos veían venir no muy lejos: males que cortaron de raíz con entereza; es otro motivo incuestionable, que ha influido para acarrear la quietud de los espíritus. Las Cámaras Legislativas han demostrado esta vez a un mismo tiempo, tino, benignidad y resolución, aun dictando alguna declaratoria a primera vista, severa; pero téngase presente lo que ha dicho un poeta historiador del siglo XVI:

*"Clemente es y piadoso el que sin miedo,  
Por escapar el brazo corta el dedo".*

Ellas han salvado al cuerpo social, con el sufrimiento transitorio de unos pocos individuos: apartaron de sobre la cabeza de aquel la espada de Democles que pendía de un hilo.

El desinterés y el acendrado patriotismo del Vice-Presidente, volando con sacrificio de sus intereses a salvar la situación; y la cooperación discreta y firme de las Cámaras, nos han dado en el drama peligroso que atravesamos, el desenlace más feliz: está conjurada la tormenta y ya tenemos un horizonte despejado y bonancible. ¡Gloria a las Cámaras y al Benemérito Vice-Presidente! ¡aquellas y este han merecido bien de la Patria!

La GACETA DE EL SALVADOR,

en su edición de 2 de febrero de 1859, evocó el movimiento revolucionario verificado en igual día y mes del año de 1845, en los términos siguientes:

"Hoy es el XIV aniversario del día fausto en que el actual Vice-Presidente del Estado General Guzmán, se hizo merecedor de que el Cuerpo Legislativo le declarase Benemérito de la Patria, por haberla libertado de la oprobiosa opresión en que yacía. Si hacemos ahora reminiscencias de ese acontecimiento, digno siempre de remembranza, no es por quemar incienso al que está encargado del Poder Público, no es porque nos guíe una baja adulación. No: es porque llama altamente la atención la singular coincidencia de que el mismo hombre en época análoga (15 días de diferencia), a los 14 años viniese al llamamiento de la Patria con tan buen éxito, dejando sus intereses y hogar, como otro Cincinato, a salvar al país de los incalculables males que le amenazaban con la anarquía, que estaba empeñado en desencadenar aquel a quien el voto popular había colocado en el solio para que mantuviese la tranquilidad y el orden: fatal frenesía de la ambición que se escuda con la Constitución y las leyes mismas, establecidas para reprimirla".

El 12 de febrero de 1859 fueron clausuradas las sesiones de las Cámaras Legislativas y el discurso de estilo estuvo a cargo del Presidente de la Asamblea General doctor Manuel Gallardo, discurso que fue contestado por el Vice-Presidente General Guzmán en los siguientes términos:

"Señor Presidente de la Asamblea general:

Con la mayor satisfacción he escuchado la relación que hacéis de los importantes trabajos del Cuerpo Legislativo en el presente año, y la justa y merecida apreciación que hacéis de ellos.

Sin descender a la lisonja, que es impropia de mi carácter, y que no debe emplearse jamás en este santo recinto,



puedo asegurarnos a la faz de la República, que será muy marcada la época presente por la sabiduría y tino del soberano para emitir y decretar reformas a nuestra Carta fundamental, en el sentido que las reclamaba la opinión pública, pronunciada hace algunos años, y un tanto reprimida por pequeñas ambiciones, que al fin han tenido que ceder frente a frente de los intereses generales.

No es de menos importancia para la administración gubernamental, la ley que define las atribuciones del Poder Ejecutivo, en la parte que tiene relación con lo administrativo y las facultades del Supremo Tribunal de Justicia. La falta de claridad y de desarrollo de la constitución, sobre esta materia, ha producido en tiempos anteriores, pero recientes, conflictos para la sociedad, por el choque entre dos Poderes supremos, arrogándose facultades que entre sí se negaban.

Puedo asegurarnos, Señor Presidente, que el deslinde de las atribuciones de los dos Poderes, ha desterrado un semillero de discusiones, afianzando la paz de la República; con cuyo motivo rebozo en complacencia.

Igualmente aprecio en su debido mérito, el decreto facultando a la Corte de Justicia para recoger los títulos a los letrados que haciendo un abuso de su útil profesión de defensores del honor, la vida y la propiedad, atacan a la sociedad en sus intereses más caros y la corrompen y precipitan.

La parte sensata y honrada del pueblo salvadoreño, pedía un remedio contra este cáncer, y desde luego me congratulo porque el Cuerpo Legislativo reunido en este período, haya sido el que recogiese el honor de haber puesto término a un mal de tanta gravedad.

¡Señor Presidente de la Asamblea general!, no han sido muchas, es verdad, las resoluciones legislativas de este augusto Cuerpo en los pocos días de su reunión, pero debo confesar con lealtad, que serán inmensas en sus resul-

tados, porque han puesto a la República en el camino del progreso arrancándola del estado precario y transitorio en que se hallaba.

Estaba reservado a una Asamblea de hombres de propiedad, experiencia y luces, satisfacer la ansiedad pública asegurando un orden de cosas firme, seguro y estable sin lastimar nuestras instituciones.

Demos todos gracias al Altísimo por el tino y sabiduría que inspiró a los Representantes, y esto en momentos en que se presagiaba un desconcierto general, por las desgraciadas ocurrencias que en esta misma época tuvieron lugar en el Gobierno, y que todos saben.

A pesar de tan graves dificultades, no sólo no se perturbó el orden y la paz, sino que en medio del trueno sordo y lúgubre precursor de la revolución, apareció el soberano conjurando la tempestad con su prudencia, y dictando un nuevo modo de ser de la República. Tal es y ha sido en todas los tiempos el poder que ejercen las almas de los hombres honrados, poseídos del verdadero patriotismo, capaces siempre de transformaciones ventajosas.

¡Señores Representantes! Hoy cerráis vuestras sesiones para descender de la alta tribuna en donde fuisteis colocados por el voto del pueblo, para volver al hogar doméstico a confundiros en la masa de vuestros compatriotas. Sin embargo lleváis vuestra conciencia satisfecha y tranquila, por haber llenado de vuestra misión de una manera laudable, al nivel de vuestro patriotismo y sanas intenciones.

Cada uno de vosotros puede decir con noble orgullo: *he podido cooperar al mantenimiento de la paz de la República y al aumento de su bienestar.*

¡Dignos Representantes! Mucho os debe la patria, y ella será agradecida, lo mismo que lo soy yo por toda la confianza que me habéis dispensado confiéndome facultades amplias para procurar el bien, de las que haré un uso conveniente a la República.

A pesar de todo, si durante vuestra ausencia ocurriese algún negocio grave en el Gobierno, recurriré a vuestra ayuda convocándoos extraordinariamente para poner en vuestras diestras manos la suerte del Estado:

#### HE DICHO”.

Restablecida la paz, el general Guzmán dispuso retirarse nuevamente a la vida privada y así el 16 de febrero de 1859 depositó el mando supremo en el Senador José María Peralta, dirigiéndose a San Miguel acompañado de su yerno el general de división Gerardo Barrios.

Allá se hallaban estos dos ilustres patriotas, cuando el 4 de marzo hubo un intento de asesinato contra el general Eusebio Bracamonte alentado por los corifeos del partido conservador.

Don José María Peralta, en tan difíciles circunstancias, acordó llamar al ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo al designado para ello general de división Gerardo Barrios. Este se hizo cargo de las riendas del Poder el 12 de marzo del mismo año, inaugurando para El Salvador un gobierno liberal y progresista, que iba a terminar con el sitio de San Salvador, en octubre de 1863, puesto por los ejércitos cachurecos de Guatemala.

Durante el Gobierno barrista, el general Guzmán desempeñó el cargo de Gobernador Político y Militar del Departamento de San Miguel. Durante este período la Metrópoli Oriental se benefició grandemente con obras de progreso emprendidas y llevadas a cabo por el Héroe del 2 de Febrero.

A raíz de los sucesos de 1863, el general Guzmán tuvo que emigrar, para no retornar a la Patria sino hasta 1871, con motivo del triunfo de la Revolución Liberal que acaudilló el general Santiago González.

Apacibles fueron los últimos años de la vida de este egregio soldado.

En sus años mozos, hubo una hija con doña Paula Salda: doña Adelaida

Guzmán, que en 1844 esposó con el entonces coronel Gerardo Barrios. Padre amoroso, acompañó a su hija en su doble tragedia: la de no haber tenido descendencia y la de su viudez en plena florescencia emocional.

Con doña María Martorrell, su esposa, hubo el general Guzmán una fecunda descendencia, siendo el más ilustre de sus hijos el sabio doctor David J. Guzmán.

El general Guzmán falleció en San Miguel el 3 de octubre de 1875, rodeado del amor y del respeto de sus conciudadanos, pues durante su vida fue un ejemplo de virtudes republicanas y un experto guía de la Patria en horas difíciles.

El Gobierno tributó los más altos honores al Héroe del 2 de Febrero.

Su féretro fue conducido al cementerio en hombros de los más distinguidos ciudadanos de la República y sobre su tumba se depositaron con igual afecto las coronas y las lágrimas de todo un pueblo. El licenciado y general Miguel Brioso y el gran orador doctor Francisco E. Galindo, miembros del Gabinete de Gobierno, pronunciaron ante los restos mortales del Benemérito de la Patria sendas oraciones fúnebres.

El Dario Oficial, tomo 1º, Nº 107, de 22 de mayo de 1875, reproduce esas piezas literarias con la siguiente introducción:

“En honor a la memoria del Benemérito General Don JOAQUIN EUFRASIO GUZMAN, reproducimos los siguientes discursos fúnebres que fueron pronunciados en San Miguel por los Señores Licenciado Don Miguel Brioso, Ministro de Relaciones Exteriores y Doctor Don Francisco E. Galindo, Sub-Secretario de Hacienda y Guerra.

Hondo es el pesar que nos ha causado la noticia del fallecimiento de tan ilustre patriota; pero su memoria vivirá con gratitud entre los buenos hijos del Salvador. Reciba la distinguida familia del difunto y nuestro buen amigo

el Señor Dr. Don David Guzmán el pé-  
same más sentido.

L. R.”

### “ORACION FUNEBRE

Pronunciada por el  
Señor Ministro de Relaciones del  
Supremo Gobierno Lic. y General  
Don Miguel Brioso

EN LA TUMBA  
del Benemérito General

DON JOAQUIN EUFRASIO  
GUZMAN

Un Ciudadano ilustre, el sincero  
amigo del pueblo, el soldado republi-  
cano y sin ostentación, uno de los  
patricios Migueleños, ha muerto: el Be-  
nemérito General Don Joaquín Eu-  
frasio Guzmán.

La Patria cumple hoy el triste pero  
sagrado deber de hacer honra á sus  
mortales restos, depositando en su tum-  
ba una lágrima como elocuente testi-  
monio de su dolor, y una corona de  
ciprés que simboliza su duelo.

No nos proponemos aquí hacer la  
biografía del ilustre finado, tarea árdua  
y difícil: la historia imparcial registra-  
rá su nombre con caracteres indelebles  
como á uno de sus mejores hijos.

Baste al asunto conmemorar tan solo  
los hechos más salientes de su vida, en  
que se distinguió por su inquebranta-  
ble energía, por su constante pruden-  
cia, por su valor; y sobre todo, por su  
acrisolado patriotismo.

El General Guzmán nació en Julio  
de 1797—Educado en los principios de  
la escuela republicana, trabajó con en-  
tusiasmo por la independencia de la  
Patria, saludando el 15 de Setiembre  
de 1821, con la efusión de una alma  
joven, patriótica y ardiente.

Más tarde, y en la labor de gestación  
social que se operaba en las Secciones  
Centro-Americanas, siguió las huestes

del inmortal caudillo, formó parte de  
la hermosa y valiente falange que capi-  
taneaba el genio de la guerra, MORA-  
ZAN. El año de 1829 como Tesorero  
del ejército con el grado de Capitán  
penetró á la plaza de Guatemala con  
las fuerzas que llevaban por lema:  
UNION Y LIBERTAD.

Enrolado ya en las filas federales,  
como Teniente Coronel asistió á las  
memorables jornadas de Mixco, las  
Charcas, y á otros hechos de armas en  
que siempre acreditó las dotes que de-  
ben distinguir á un verdadero Jefe:  
valor, prudencia, lealtad y honradez.

Amante de la verdadera autonomía  
de El Salvador concurrió al sitio de  
la Capital durante muchos días, y en  
1834, se batió heroicamente en los cam-  
pos de Jocoro.

Llega el 2 de Febrero de 1845 y  
Guzmán como Vice-Presidente derroca  
la impopular administración del Gene-  
ral Malespín: el Congreso sanciona  
aquel movimiento y le confiere como  
recompensa los títulos de General de  
División y Benemérito de la Patria.  
Son altamente honoríficos para el Ge-  
neral Guzmán los conceptos de aquel  
acto de los Delegados de la Nación, y  
esa resolución por sí sola bastaría para  
echar los sólidos fundamentos de una  
alta reputación: ella forma uno de sus  
mejores timbres.

En 1858 fué llamado á ejercer la Pre-  
sidencia de la República, y en ese pe-  
ríodo de transición y de crisis, el Señor  
Guzmán demostró como siempre su  
buen juicio, su moderación y su espíri-  
tu conciliador. Después fué nombrado  
Gobernador y Comandante General del  
Departamento de San Miguel hasta en  
1863 en que emigró de la República á  
consecuencia de la revolución hecha á  
la administración del infortunado Ge-  
neral Presidente Barrios.

Como negociante el Señor Guzmán  
abrazó un gran círculo comercial den-  
tro y fuera de la República, demon-  
strando un vasto espíritu de empresa y una  
alta concepción financiera: fué el que

edificó los primeros puentes de hierro de la República, y coadyuvó en la realización de otras obras de interés general.

Cariñoso padre, amigo fiel, excelente esposo é íntegro Ciudadano, Guzmán deja un hondo vacío difícil de llenar para su familia, para sus amigos y para la sociedad en general.

Breve es el paso del hombre por la tierra: la muerte le abre las puertas de la eternidad: son sus obras el monumento imperecedero de su memoria.

Guzmán ha muerto, pero su nombre ocupará un puesto culminante EN EL GRAN LIBRO DE LA PATRIA.

San Miguel, Mayo 4 de 1875".

"Señores:

Esta solemnidad fúnebre tiene la noble significación de religiosa y de patriótica.

Hemos venido como cristianos á honrar las cenizas del hombre justo cuya alma ha vuelto al seno de la Divinidad, y hemos venido también como Ciudadanos á tributar un homenaje de patriótico respeto al ilustre republicano que acaba de dejar un vacío difícil de llenarse en las filas de la Libertad... ¡El General Joaquín Eufrasio Guzmán ha muerto!... Empieza ahora á gozar de una inmortalidad doblemente gloriosa: la de los buenos al lado del Eterno y la de los hombres célebres en los cielos de la Historia...

Sobre ese enlutado féretro cuya sola vista entristece nuestras almas, vierten lágrimas de fuego la Virtud, la Libertad y la Patria; esa sublime trinidad de los Héroes, esa trinidad sublime de los mártires... Sí, lloran sobre el ataúd donde yace el valiente guerrero de 1829, que envuelto en el pabellón de las glorias nacionales, volaba á la victoria en pos del héroe de Gualcho en aquella célebre campaña, hecha en nombre de la libertad de los Estados contra la centralización administrativa, de la igualdad democrática contra los

restos de la aristocracia colonial, y de la emancipación del pensamiento contra la teocracia invasora; en aquella campaña gloriosísima en fin en que se decidió al estruendo de las armas y entre el humo de la pólvora que Centro-América debía ser definitivamente republicana, libre y civilizada.

La Virtud, la Libertad y la Patria lloran sobre el cadáver frío del valiente Magistrado que en 1845, teniendo en frente al terrible lancero de Omoa que llevaba consigo la tempestad y con ella la muerte y el estrago, osó rescatar la Constitución y la Libertad y las leyes, mientras que el que las había conculcado, al frente de sus legiones indomables, imponía á sangre y fuego la ley del vencido á León de Nicaragua.

Este ha sido un día de duelo nacional, y por eso el cañón no ha cesado de elevar al cielo su voz atronadora como una oración sublime que del corazón de la Patria sube al trono de la Divinidad, por el egregio Ciudadano que acaba de pasar los linderos de la vida.

Aquel cerebro donde ardían ideas generosas, aquel corazón donde había un altar para Dios, la Humanidad y la República, están ahora secos por el aliento fatídico de la muerte.

¡Ya se apagaron aquellos ojos donde brillaba el fuego santo del patriota al lado de la luz de la bondad que busca al desgraciado para aliviarlo!... ¡Está cerrada para siempre aquella boca que alentaba á los libres y donde siempre había palabras de amor, de conciliación y de dulzura!... Ya no se mueven aquellas manos que empuñaban la espada en defensa de la más justa de las causas, que llevaron con gloria el bastón presidencial en épocas difíciles y que estaban prontos para dar un pan al menesteroso! ¡Se cerraron aquellos oídos que oyeron las dianas de la victoria y en donde sólo sonaba grata la música de la Verdad!... ¡Joaquín Eufrasio Guzmán ha muerto!... Y su cadáver va á ser dentro de pocos minutos

depositado para siempre en el seno de esta tierra sagrada de nuestros mayores que él fertilizó con su sangre para que produjese la Libertad y el Bien...

Justo, y muy justo es el dolor que se pinta en todos los semblantes... La ley de la muerte es inflexible, y también Guzmán tuvo que someterse á ella... Y allí en ese cementerio va á reposar aquel á quien se llamaba Libertador y Benemérito de la Patria, bajo una humilde losa que quizá nunca levante la mano de la gratitud nacional.

Una tumba y una cruz serán el único monumento que se alce á su memoria... ¡Pero qué importa!...

¡El vivirá en la Historia y en el corazón de los Salvadoreños!...

Oremos por el alma del que fue Joaquín Eufrasio Guzmán!

*Francisco E. Galindo.*

San Miguel, Mayo 4 de 1875".

No ha sido indiferente la gratitud nacional para el Héroe del 2 de Febrero: San Miguel ha dado a uno de sus más hermosos paseos públicos el nombre de Parque Guzmán, en honor a tan esclarecido ciudadano.

En la tumba que guarda las cenizas

de este Benemérito de la Patria y las de su esposa, Ana Martorrel de Guzmán, grabada en mármol, se lee la siguiente inscripción:

BUSQUE UN LUGAR DE REPOSO  
Y DEJE MI MORADA EN LA MAN-  
SION DEL SEÑOR.

BENEMERITO GENERAL JOA-  
QUIN E. GUZMAN. NACIO EL 16  
DE JULIO DE 1797. MURIO EL 3  
DE MAYO DE 1875.

1829. MIXCO - CHARCAS - PALIN.  
1832. SITIO DE SAN SALVADOR.

1834. CAMPO DE JOCORO. 1844.  
2 DE FEBRERO DE 1845, 1858.

ANA MARTORELL DE GUZMAN.  
NACIO EL 11 DE JULIO DE 1811.  
MURIO EL 24 DE JUNIO DE 1873.  
RECUERDO DE SUS HIJOS.

La Patria algún día colocará, en esa tumba venerable, elevada quizá a la categoría de monumento nacional de la República, este epitafio extraído de la historia que impulsó el Benemérito de la Patria general Joaquín Eufrasio Guzmán:

¡LOOR ETERNO AL CAUDILLO  
DEL PUEBLO, AL DISCRETO RES-  
TAURADOR DE SUS DERECHOS!

Diciembre de 1959.

# La Cerámica Antigua de los Indígenas de El Salvador

(AMERICA CENTRAL)

Por F. DE BALLORE

Traducido del francés por el Dr. FRANCISCO GUTIERREZ.

Cuando un pueblo no ha dejado como huellas de su existencia, ni monumentos arquitectónicos, ni anales escritos o geroglíficos; cuando su civilización ha sido aniquilada de un golpe por un conquistador tan implacable como lo fueron los españoles en América durante la décimasexta centuria, y no ha legado ni los poéticos recuerdos que piadosamente conserva, y trasmite la tradición oral a las sucesivas generaciones, máxime tratándose de pueblos perseguidos por entre sus bosques, diezmados cruelmente, y reducidos en fin a penosísima esclavitud, se hace sobremanera difícil evocar el pasado, para arrancar de él siquiera en parte, los secretos perdidos para siempre, de su historia y sus costumbres. En este caso, triste por demás, se encuentran los indígenas de El Salvador, en la América Central; borrados del rol de las naciones por el célebre lugarteniente de Cortés, don Pedro de Alvarado, quien, después de recorrer con sus huestes aguerridas el territorio de Guatemala, como devastador torrente, detuvo al fin su victoriosa marcha y sus conquistas, al sur del río Lempa, llamado así en recuerdo de un cacique indomable y heroico, cuya tenaz resistencia al conquistador constituye un alto honor para la raza que desde entonces no tiene otra historia que la de su decadencia.

Cuatro siglos nos separan de aquellos acontecimientos y no tenemos ya, para recorrer un tanto el velo que nos oculta el pasado de los indígenas salvadoreños o cuscatlecos, sino raros objetos de cerámica y algunas estatuitas que aunque no denotan un delicado sentimiento artístico, revelan al menos cierto talento de imitación del cual puede juzgarse destituidos a sus degeneradores descendientes.

En el siglo XV el poderoso imperio mexicano, que era a la vez teocrático y militar, había extendido sus dominios meridionales hasta comprender en ellos al Salvador y aun a Nicaragua; pero no encontró en estas regiones, ninguna civilización autónoma y rival que destruir o transformar, como aconteciera en Yucatán, Guatemala

y Honduras. En vano se buscarían en el territorio cuscatleco restos de suntuosas poblaciones ni de aquellos gigantescos monumentos que a pesar de las injurias del tiempo, y de la indiferencia e incuria con que se les mantiene abandonados, a la sombra de la exuberante vegetación tropical, despiertan aún la entusiasta admiración del viajero, en Palenque, Lorillard City, Copán, etc. En dos puntos, sin embargo, se notan vestigios reveladores de la existencia de poblaciones importantes; cerca de Tecoluca, en el flanco occidental del magnífico volcán de San Vicente o Chinchontepic, que se eleva majestuosamente a 2,099 metros, sobre una pintoresca llanura que va a morir al Pacífico por el sur, y que está bañada por el Lempa; y en una vastísima hondonada, poco distante del pueblo indígena de Panchimalco en donde los últimos contrafuertes de la cadena costera procedente de Guatemala, vienen a sumergirse en el océano.

Pocos, muy pocos datos han suministrado hasta hoy las ruinas que acabamos de mencionar; y no podía ser de otra manera: los indios las guardan recelosos, en la creencia de que el europeo no puede buscar en ellas sino tesoros, y aun conservan sus espíritus un tradicional recuerdo del codicioso rigor con que los conquistadores buscaban los metales preciosos, empleando para su descubrimiento los medios más crueles. En Colombia, los indios de Bogotá, no han permitido nunca ni a los europeos ni a los criollos, investigar el paradero de los tesoros escondidos por Sacrezazipa; jamás se han encontrado ni las huellas de los que se han arriesgado en tan temeraria empresa.

Las ruinas de Tecoluca, que hemos visitado, consisten en restos de muros y *enlosados de fonolita* que cubren una gran extensión, y en las cuales desgraciadamente, ha sido imposible hacer excavaciones. Hace unos cuarenta años, sin embargo, el cura de San Vicente encontró una escultura en fonolita, que representaba en tamaño natural, un puma o león americano, de muy bella factura. En el fondo de la barranca de Panchimalco, puede observarse, aunque medio oculto por una vegetación secular, un alto relieve, enorme cinceladura, en la roca viva, de 15 metros de alto y que representa una divinidad o un guerrero.<sup>1</sup> Y eso es todo lo que El Salvador posee de antiguos monumentos, no siendo, en nuestro concepto, posible esperar nuevos hallazgos de este género.<sup>2</sup> Esta escasez de ruinas, muestra muy claramente la poca importancia de esta antigua provincia del vasto imperio mexicano, a despecho de su indiscutible fertilidad, mucho mayor que la de muchas de las otras conquistas de los poderosos aztecas. Pudiera preguntarse: ¿por qué El Salvador no vio desarrollarse en su suelo feracísimo, una civilización autónoma comparable a la de los otros países vecinos como Guatemala, Yucatán y Honduras? Cercano al mar, es un país relativamente bajo, la fiebre amarilla es en él endémica;<sup>3</sup> los temblores y terremotos hacen además frecuentes y terribles destrozos, como pueden comprobarlo las catorce ruinas sufridas por la capital española en los cuatro siglos incompletamente transcurridos desde su fundación. Si se tiene a la vista un mapa de estas comarcas se observará que las antiguas civilizaciones, escalonadas desde México hasta Costa Rica y estudiadas ya por los americanistas contemporáneos, se habían desarrollado en los parajes elevados que

1—No dejará de causar extrañeza la situación que el autor asigna al famoso ídolo o guerrero en cuestión, pues es bien sabido que la barranca en donde realmente se encuentra dicha escultura, está situada a la derecha del camino que de Olocuilta conduce a Talpa y muy cerca de este último pueblo. (*Nota del T.*)

2—En el año de 1888 el Dr. Santiago I. Barberena, visitó y describió una gruta notable desde muchos puntos de vista: nos referimos a la "gruta de Corinto" así llamada por estar próxima al pueblo del mismo nombre en el departamento de Morazán; mide 50 metros de largo por 30 de alto en su punto medio, y doce de profundidad; estando literalmente cubierta de inscripciones indígenas en su interior, cuya interpretación arrojaría sin duda mucha luz en los oscuros fastos de los pueblos autóctonos de El Salvador. Hay en el Occidente de la República otros puntos que bien pudieran, debidamente estudiados, constituir también otras tantas fuentes de noticias para el esclarecimiento de nuestra Historia precolombina; de lo que carecemos en realidad, es de estímulos para alentar esta clase de estudios. (*Nota del T.*)

3—No es cierto que la fiebre amarilla sea endémica en nuestro territorio, aunque sí lo es que ha habido, en distintas épocas, epidemias de tan terrible azote, que han diezmando la población; la última de ellas se presentó después de un intervalo de diez años, más o menos en 1894 y, desapareció definitivamente de la República en febrero de 1902 en que se registró el último caso. El número total de víctimas que causó en esos ocho años fue de 1.116. (*Nota del Traductor.*)

gozan de un clima fresco y salubre y de un suelo relativamente estable. Pero los españoles, forzados por la necesidad de estar próximos al mar, se veían obligados a arrostrar los efectos de aquellos terribles flagelos, y se establecieron casi exclusivamente a lo largo de las costas.

No quedan pues, como materia de estudio sino algunos raros objetos que los indígenas extraen de los sepulcros antiguos y que guardan cautelosamente para venderlos a los aficionados que encuentran. Estos objetos son vasijas y estatuitas hechas de lava. Se ignora si los cadáveres eran o no momificados en esta región, como en el Perú y Colombia. Es dudoso, además que esos mismos objetos, fueran fabricados por estos indios con oro como los que existen en las ricas colecciones encontradas en Chiriquí y el istmo de Panamá.

Vamos a describir sumariamente los ejemplares salvadoreños que hemos podido obtener procurando exponer las observaciones de carácter histórico o etnográfico que su estudio nos sugiera.

La figura N<sup>o</sup> 1 representa un vaso de tierra roja: existen varios de este género, adornados con cabezas o personajes en actitudes grotescas y es muy válida la creencia de que servían en el país para la conservación del famoso bálsamo del Perú; este vulnerario tan apreciado antes en Europa, y cuyo empleo no ha desaparecido todavía, conservando siempre un precio elevado se llama del Perú<sup>4</sup>



Fig. 1

por un error geográfico, intencional, propagado y mantenido adrede por los españoles que quisieron mantener el monopolio del precioso artículo, ocultando su verdadero origen. Se extrae el bálsamo exclusivamente del *miroxylum pubescens* que crece en abundancia en los bosques de la cadena costera de El Salvador, y era en extremo apreciado por los mexicanos, cuyas costumbres guerreras, semejantes a las de sus conquistadores, hacían de él un artículo de primera necesidad y constituía una valiosa ofrenda o tributo, razón por la cual se le encerraba en vasijas bien trabajadas y artísticamente adornadas. Los españoles conservaron esta costumbre, pero lo transportaban clandestinamente al Perú para exportarlo en seguida por el istmo de Darién y Nombre de Dios, librándolo así de la codicia de los piratas. No creemos probable ni con mucho, la opinión emitida por algunos, según la cual los españoles hubieran llevado su disimulo, al extremo de importar del Perú vasos de origen aymara para encerrar el producto en cuestión; una práctica tan complicada hubiera sido al fin conocida en Europa, por lo cual consideramos tales vasos tan salvadoreños como el producto que contienen y de una antigüedad incontestable, y tanto más si se atiende al hecho significativo de que en El Salvador, la única región en que se habla todavía un idioma nahuatl o mexicano, aunque un poco alterado, es la Costa del Bálsamo.

La doble vasija (fig. 2) hecha de tierra negra lustrosa es un modelo o tipo que se encuentra con bastante frecuencia y que presenta la particularidad de que, al dejar escapar el líquido que contiene por el pequeño orificio de la derecha, produce un sonido más o menos musical. Se las adornaba de muy variadas maneras y hemos visto una cubierta de *greca*. Algunos les asignan origen peruano, sin aducir prueba alguna, estando, al contrario, bien averiguado que no hubo nunca relaciones de nin-

<sup>4</sup>—El producto en cuestión no es sólo *vulnerario* como lo llama el autor: tiene todas las propiedades de los *balsámicos* y en esta categoría obra con mayor eficacia que los medicamentos similares, según Blondel; el aprecio que de él hacen en Europa, lejos de disminuir, aumenta más y más, pues a las propiedades apuntadas, renne otras muy importantes que hacen de él un precioso específico en Dermatología. (Nota del T.).



guna clase entre estos países tan distantes. El conocimiento y uso de las *grecas* por parte de estos indígenas ha hecho suponer asimismo relaciones entre ellos y los pobladores de las márgenes del Mediterráneo, lo que es inadmisibile. Estas coincidencias prueban simplemente la unidad del espíritu humano a través de los tiempos y de las más remotas distancias.

Frecuentemente se encuentran también vasijas del tipo que representa la fig. 3, caricatura de algún obeso personaje.

No dejará de causar admiración la elegante factura de la vasija N° 4, cuyos tres pies figuran tantas cabezas de coyote o lobo mexicano, las cuales han sido erróneamente considerados como cabezas de perro, refiriendo en consecuencia su fabricación a una época posterior a la conquista, lo cual no es verosímil: ¿cómo no suponer que el pobre artista no hubiera dejado de imprimir en su obra todo el horror que con justicia causaba en todos los indios aquellos animales importados por sus despiadados conquistadores, casi con el exclusivo objeto de darles caza cuando medio desnudos, se refugiaban en sus vírgenes selvas en busca de su libertad perdida? Por otra parte, los perros traídos en aquella época por los españoles, eran mastines de hocico mucho más ancho y de aspecto más acorde con la ferocidad que los distinguía, y que los hacía tan terribles para el pobre



Fig. 2

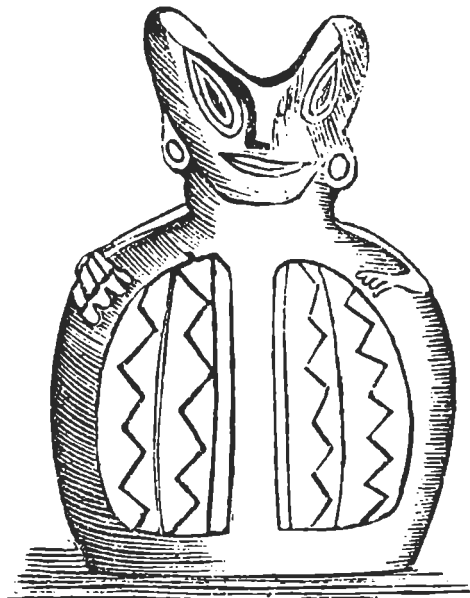


Fig. 3

indígena cuyas carnes desgarraba con furor. Aunque sólo estas observaciones bastarían para probar que la fabricación del objeto que nos ocupa es anterior a la conquista, no está demás notar que después de este acontecimiento los indígenas abandonaron casi por completo sus locales industrias, forzados como estaban a trabajar en lo sucesivo casi sólo en provecho de sus desalmados amos.

La vasija N° 5, ha provocado las mismas disquisiciones que la anterior, si la figura que lo adorna es un gallo, no cabría duda de que fuera posterior a la conquista, pero puede a la vez representar cualquiera de las numerosas gallináceas propias de esta región.

La figura N° 6, es la reproducción de un fragmento de vaso en forma de una cabeza, cuyo *tatuaje* bien caracterizado, merece la mayor atención, por ser esta práctica casi totalmente desconocida en la América Central lo que indica a primera vista que tal costumbre existió al principio y desapareció después, o

que su recuerdo persistió en el espíritu de algunos indígenas emigrantes que procedieron de la América Septentrional, en donde el *tatuaje* era muy usado.

Las figuras 7 y 8, representan ostensiblemente cabezas humanas cubiertas con la piel de un muerto. Era un signo de honor entre los sacerdotes mexicanos, cubrirse la cara con tales despojos después de sus cruentos sacrificios, conservando aquella lúgubre máscara hasta que caía por sí misma a consecuencia de su descomposición. Los dos agujeros que aparecen en la frente de la segunda sugieren, desde luego, que para la práctica de tan horrible costumbre, servía también la piel de los enemigos muertos en el campo de batalla, pues es bien sabido que los sacrificios humanos se ejecutaban abriendo el pecho de la víctima con un cuchillo de obsidiana para arrancarle el corazón, o aserrándole el cuello, pero nunca se le daban golpes en la frente.

La segunda manera de practicar los sacrificios puede explicarnos satisfactoriamente el objeto de la figura 9. Es una pieza de pórfido admirablemente pulida, dispuesta por cortes convenientes en forma de U, y de dimensiones calculadas para colocar en ella el cuello de la víctima, el cual era separado del tronco aserrándolo con un cuchillo también de obsidiana; es cosa averiguada que estos objetos eran aplicados a los mismos usos entre los caribes de las Antillas, y hasta hoy no se había señalado dicha costumbre entre los aborígenes del continente.

El elegante vaso de la fig. 10 está formado de cuatro cocos reunidos por una doble tubuladura y comunicados entre sí. Como es bien sabido el cocotero estaba muy poco diseminado en América antes de la conquista Española y sólo existía en las costas del Pacífico; de modo que la existencia de esta vasija constituye un poderoso argumento en favor de la opinión de Candolle, quien sostenía que el cocotero, procedente, sin duda, del extremo oriente, precedió a los españoles en América, ya sea por el transporte de sus bien protegidas nueces, por corrientes marinas, o por cualesquiera otros medios de traslación.

La fig. 11, puede representar un sacerdote en actitud boudhica o un dios panzudo, tallado en diorita artística y bellamente pulida.

La cabeza cincelada en basalto, figura 12 y otras similares, servían de candelero, y se fijaban en ellas fragmentos de maderas resinosas.

La estatua informe, de la figura 13 hecha en basalto es un modelo bastante frecuente y clásico, por decirlo así, en Centro América; representa un personaje en actitud de orar y las hay de todas dimensiones, desde algunas pulgadas hasta 7 u 8 metros.

Digna de especial mención nos parece el pequeño vaso de la fig. 14. A diario leemos sapientísimas disertaciones acerca del descubrimiento de la América por navegantes europeos anteriores a Colón: según algunos, los fenicios visitaron estas tierras; los escandinavos las colonizaron en su parte norte, y aun el mismo Santo Tomás y algunos monjes irlandeses comenzarían a evangelizarlo; además, es bien sabido que Moctezuma no se hubiera sometido tan fácilmente a Cortés, si los sacerdotes mexicanos no hubieran estado desde hacía largo tiempo obsesionados por una antigua profecía, según la cual, su imperio sería destruido por hombres barbudos que vendrían por el lado donde sale el sol. Este tipo de hombres barbudos era totalmente desconocido en América pues sus aborígenes nunca ven crecer en sus rostros sino muy raros pelos y eso a una edad muy avanzada. Si este vaso fuera anterior a la conquista, sería una prueba material, incontrovertible de la llegada de los europeos a estas comarcas, antes del siglo 16 y de que este acontecimiento fue tan sensacional que se transmitió de las costas del Atlántico a las del Pacífico.

Se encuentran con frecuencia objetos huecos de tierra cocida, representativos de personas o de animales de varias especies, casi siempre contienen una bolita libre en el interior y llevan agujeros en número de cuatro regularmente. Su objeto o destino es desconocido, aunque hay opiniones que los creen destinados a algunas prácticas

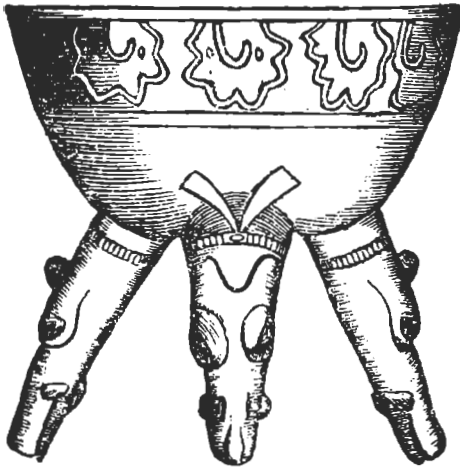


Fig. 4

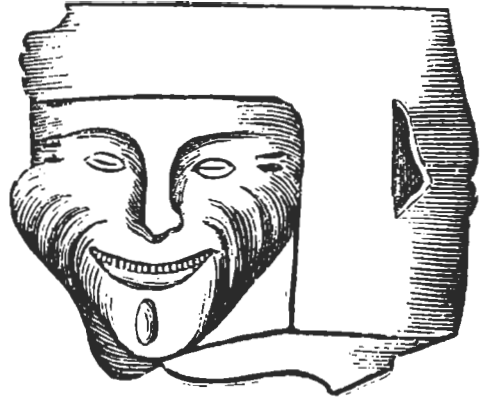


Fig. 7

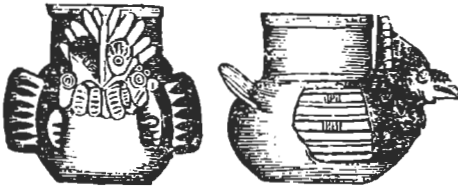


Fig. 5

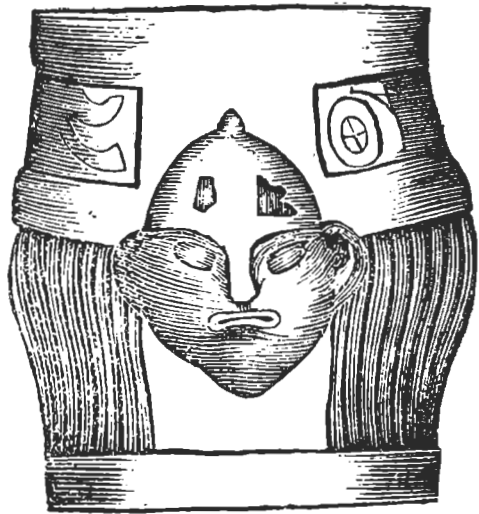


Fig. 8

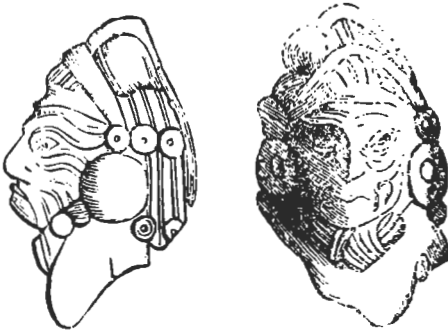


Fig. 6

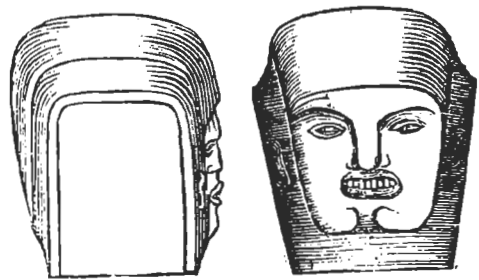


Fig. 9

religiosas. Desde luego no podrían ser juguetes de niños, porque no se explicaría el que los indígenas hubieran dejado de usarlos ya que es bien conocida la tenaz resistencia que han presentado siempre a abandonar sus costumbres domésticas que han resistido a todas las vicisitudes históricas. Todos estos objetos de loza están cubiertos de un barniz especial, lo que indica la posesión de una técnica cerámica bastante avanzada. La regularidad de las formas de algunos de ellos, supone el uso de torno de alfarero, y las hay que presentan una artística factura reveladora de cierto talento imitativo de que no dan pruebas los indios contemporáneos.

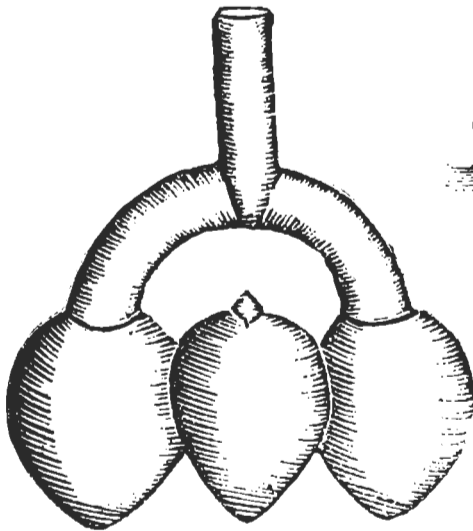


Fig. 10

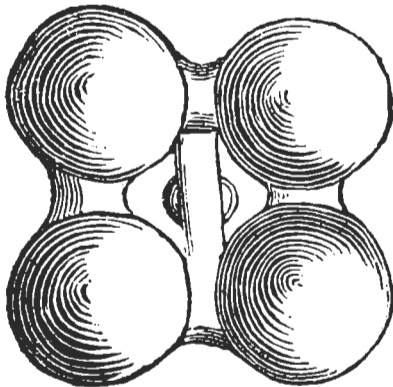


Fig. 11

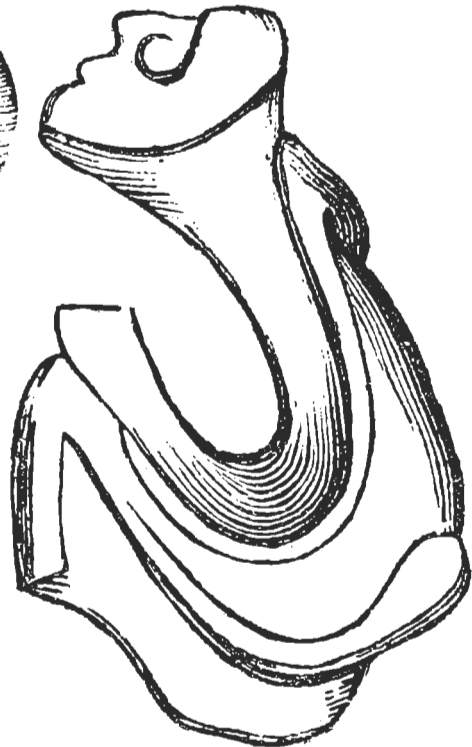


Fig. 12

El análisis químico o microscópico ha permitido encontrar en la tierra empleada en su fabricación, todos los elementos de las lavas o de las cenizas volcánicas de El Salvador, prueba evidentiísima de que estos objetos son realmente salvadoreños y no peruanos, como con tanta insistencia se ha pretendido, a pesar de no encontrarse tales productos en el país de los incas. Al principio del siglo XVI todas estas poblaciones habían alcanzado la edad de la piedra pulida, y el uso del cobre apenas era conocido entre los pueblos rojos de la América Septentrional.<sup>5</sup> En El Salvador, como en el resto de la América Central, es común encontrar puntas de flechas, cuchillos y otros objetos hábilmente tallados, hechos de obsidiana y el uso de ellos se conservaba hace veinte

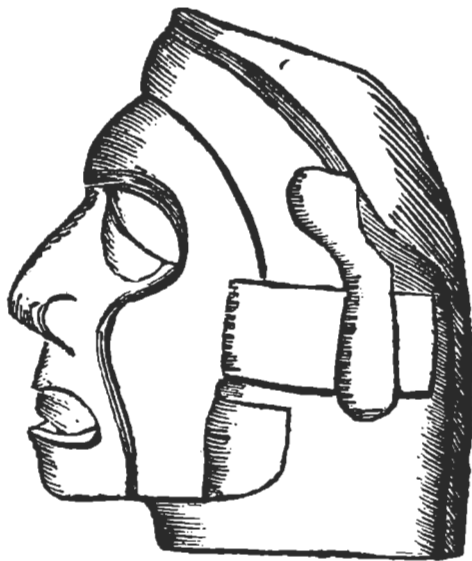


Fig. 13

años entre los indígenas de las más remotas provincias de Honduras. Se encuentran también hachas de pórfido bien pulimentadas, de cuyo uso no hay nada de particular que decir; pero sí llama la atención cierta costumbre que aún subsiste: en Esquipulas, Guatemala, cerca de la frontera hondureña, existe un templo célebre en donde se adora a un Cristo negro, El Señor de Esquipulas; cuyo renombre atrae a su templo millares de peregrinos, a veces de muy distantes comarcas, como México y aun de Colombia. Esta ardiente devoción de los indígenas es debida indudablemente al color de la imagen, color semejante al de ellos mismos, y que les hace ver en ella a su propio Salvador, pues no concebían tener el mismo redentor que sus crueles opresores de piel blanca que tan duramente les hacían sentir su inferioridad; y desde que los españoles se valieron de aquel subterfugio, para evangelizarlos con mejor éxito, se dirigen en filas interminables, en una época fija, por estrechos senderos entonando tristes canciones, a depositar sus ofrendas a los pies del Cristo en quien tienen cifradas sus vagas esperanzas de una vida mejor; mas como no disponen sino de lo necesario para su pobre subsistencia, aquellas ofrendas, material expresión de su fe sencilla, consisten en pequeñas hachas de serpentina pulimentada, de las cuales tienen fábricas especiales para ese objeto y han acumulado ya considerable número de ellas, detrás

5—Es extraño que el autor, al llegar a este punto, incurra en un error tan de bulto respecto al estado de adelanto que habían alcanzado estos pueblos en el siglo XV, ya que es indudable, y de ello hay muchos testimonios, que el uso de los metales, (el cobre, por ejemplo) no era exclusivo de los pueblos rojos: véase si no en *El Dorado* del Dr. Liborio Zerda, el siguiente párrafo: "En la edad de bronce, dice Bory de S. Vicent, habían llegado los hombres al punto en que los aventureros europeos del siglo XV encontraron a los pueblos sometidos a la dominación de Montezuma y de los Incas". Además, según el Ldo. Chavero (T. 19 de *México a través de los Siglos*) estos pueblos pasaron sin transición, de la edad de la piedra pulida a la del cobre, metal que, por su brillante aspecto y abundancia en el territorio, pues se encontraba en estado nativo y en fragmentos de regular tamaño, debió atraer poderosamente su atención y despertar su deseo de buscarle aplicaciones: "Empleáronlo para hachas, cinceles y otros instrumentos y después que aprendieron a fundirlo, lo usaron para objetos de ornato, idolillos y relieves. Llamaban la atención unas agujas de cobre que hay en el museo, y un disco con el sol grabado, que fue traído del rumbo de Zapotlán". Este metal fue llamado por los nahuas, *Tepuztli*, que significa: *cosa que se quiebra como el palo*.

El mismo Hernán Cortés sacó gran provecho de la habilidosa aptitud de los indios para el trabajo de este metal. Bernal Díaz del Castillo, en la pág. 172, cap. 147, de su obra, dice: "Envió a decir (Cortés) a todos los pueblos, nuestros amigos que estaban cerca de Tezcucó, que en cada pueblo hiciesen 8.000 casquillos de cobre según otros que les mandaban por muestra que eran de Castilla... Lo cual trajeron para el tiempo que se les mandó que fueron más de 10.000 casquillos mejor que los de Castilla.—(Nota del Traductor).

del altar del santo. Hachuelas tan diminutas como éstas, e incapaces de ser utilizadas para fines distintos, se encuentran en otros muchos pueblos de la tierra, lo que naturalmente lleva a suponer que también estaban destinadas a ofrendas religiosas como entre los indios de América, prueba palmaria de que tan singulares costumbres surgieron espontánea e independientemente en el espíritu de los pobladores de las regiones más distantes, y nuevo argumento, a la vez científico y de observación, en favor de la unidad de la raza humana, tan combatida por ciertos antropólogos.

Y nótese además, para concluir, que el examen de unos pocos objetos recogidos por viajeros observadores, basta para plantear los más elevados problemas etnográficos, y acaso para encaminarnos a su resolución.



Fig. 14

# LOS TESTIMONIOS VEGETALES

Por CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

Diversas son las tesis sustentadas hasta la fecha respecto al posible origen del hombre americano. Se principiaron a formular durante las primeras décadas que siguieron al descubrimiento y conquista de las nuevas tierras, y a pesar de los siglos transcurridos desde aquel magno acontecimiento, ellas continúan formulándose gracias al diario avance de las ideas. Algunas de esas tesis sostienen que el hombre y las civilizaciones iniciales del Nuevo Mundo son autóctonas, es decir, que surgieron como una espontánea manifestación de su propio cuerpo y espíritu. Otras, por el contrario, tratan de demostrar que la población encontrada en su suelo por los descubridores y exploradores de los siglos XV y XVI desciende de razas procedentes de extrañas latitudes.

El primer grupo de esas tesis afirma que el poblamiento de América tuvo lugar en tiempos muy arcaicos, los cuales corresponderían, más o menos, con la aparición del género humano en el resto del planeta. En el esfuerzo de encontrar una explicación satisfactoria para el enigma, los teólogos llegaron hasta relacionar a nuestros indígenas con los descendientes del legendario Cam, hijo del patriarca Noé.

El segundo grupo, sin ubicar en época tan remota y vaga la aparición del hombre en el Nuevo Mundo, sostiene que sus elementos iniciales de población llegaron hasta ese hemisferio después de la aparición de la estirpe humana en la tierra, en un estado de innegable atraso y barbarie. Sustentadora de esta última tesis es la agrupación conocida y aceptada con el nombre de "Escuela Norte-

americana”, por contar ella con muchos partidarios en los círculos científicos de la Federación Norteamericana.

De acuerdo con las ideas sustentadas por esa agrupación, el arribo de los primeros pobladores de América podría fijarse con bastante posterioridad a la aparición del “homo sapiens”, en otras comarcas del mundo, o sea cinco o seis milenios antes de la edad en que, como es generalmente sabido, las tierras del norte americano fueron invadidas consecutivamente por varias muchedumbres asiáticas. Pero si el índice cultural de esas muchedumbres era tan bajo como ellos afirman, lógico es suponer que las altas expresiones de cultura que los europeos encontraron a la hora del descubrimiento, eran, fuera de duda, el producto de su propia y meritoria evolución. El ilustre etnólogo Daniel G. Briton dice lo siguiente, en corroboración de esa teoría: “Afirmo que hasta ahora no se conoce un solo dialecto, un producto artístico, una institución, un mito o un mito religioso, una planta o un animal, un instrumento, un arma o un símbolo usado en la época del descubrimiento de América, que haya sido importado de Asia o de cualquiera otra parte del Viejo Mundo”.

Al citar las anteriores palabras de Briton obligado es recordar que la mayor parte de los puntos sostenidos por la “Escuela Norteamericana”, ya figuraban varios siglos atrás en la curiosa obra intitulada “Historia Natural y Moral de las Indias”, en la cual su autor, el Padre José de Acosta, afirma que la existencia del hombre en tierras americanas debe considerarse como una consecuencia natural de la expansión del género humano sobre la faz del globo terráqueo.

Y por último, hay un tercer grupo partidario de la hipótesis que sostiene la posibilidad de que el Mundo de Colón haya sido la cuna de la humanidad, pero esa tesis, defendida con ahinco no hace muchos años por el ilustre doctor Florentino Ameghino, se encuentra en la actualidad casi olvidada, sobre todo en lo tocante a la creencia de que el hombre hizo su primera aparición en determinado sitio del continente americano.

En lo que al parecer no caben muchas dudas es en el hecho de que, una vez que las costas y valles de América principiaron a poblarse, sus habitantes quedaron aislados del resto de la humanidad y que, por consiguiente, la evolución alcanzada por dichos habitantes fue un producto original obtenido por sus propios medios. Con el correr de los milenios, en algunas zonas, de acuerdo con las condiciones geográficas de las mismas, esa evolución se definió con altas expresiones de avance no sólo en la cerámica, en los textiles, en la metalurgia y en el buen aprovechamiento de las tierras laborables, sino aun en las artes y en las ciencias, como aconteció con los mayas, los aztecas, y los representantes de las culturas andinas.

Las razones en que se apoya la creencia de que las civilizaciones aborígenes proceden de su propio suelo abundan. Una de ellas, tal vez la más difundida, es aquella que sostiene que todas las plantas cultivadas por los indígenas americanos en la época del descubrimiento eran de origen netamente americano.

Pero si se acepta que determinados elementos de cultura, como son las



ideas religiosas, el dominio del fuego, la experiencia agrícola, la domesticación de los animales, las semillas, los útiles de labranza, etc., etc., fueron traídos por las hordas migratorias procedentes de Asia, no se explicaría fácilmente que las plantas cultivadas por los descendientes de los hombres y mujeres que integraron esas hordas no fueran las mismas que cultivaron sus antepasados, en sus tierras natales, pues como se sabe, tanto el trigo, como el arroz, la caña de azúcar, la avena, el lino y otras plantas eran totalmente desconocidas en América con anterioridad al descubrimiento, pudiendo afirmarse, en cambio, que el maíz, el achiote, la yuca, la papa o patata, el tabaco y otras plantas cultivadas por los antiguos indios son, seguramente originarias del Nuevo Mundo.

Estas conjeturas que el maestro Salvador Canal Frau llama con propiedad el testimonio de las plantas cultivadas podrían constituir un seguro indicio respecto a los orígenes del "Homo Sapiens Americanus" pero, debido a posteriores investigaciones sobre la materia, ese mudo testimonio ha perdido algún valimiento en los últimos años porque los botánicos han llegado a establecer de manera segura que no todas las plantas cultivadas por nuestros aborígenes son nativas del Nuevo Mundo, aun cuando hagan falta noticias ciertas respecto a la época en que algunas de ellas fueron aclimatadas e incorporadas a los renglones de su economía agrícola.

La historia de los orígenes de las culturas, en las cuales siempre juegan papel muy importante los esfuerzos desplegados por el hombre para crear y mejorar la agricultura —base de todo desarrollo y progreso—, es indudablemente mucho más antigua que la historia desentrañada gracias al examen de las capas terrestres, los monumentos arqueológicos, las tumbas y las inscripciones, ya que, al tratar de profundizar en ella, los restos o indicios a seguir resultan más confusos e indeterminados, por el hecho de que tales indicios se basan, la mayor parte de las veces, en la evolución seguida por los vegetales a través de las edades.

Uno de los métodos seguidos por los botánicos para fijar la región o regiones de origen de las plantas cultivadas es el de observar la presencia local de cierta planta en su estado salvaje, o en su defecto, en la presencia de sus afines más próximos. Otro es el de la inversión, en cuyo caso se obliga a la planta cultivada a volver a su estado silvestre, con objeto de estudiar sus reacciones y posibilidades en el medio en que se supone hizo su primera aparición.

Por medio de estos y otros métodos se ha llegado a establecer que, en épocas muy remotas existieron centros mundiales comunes en los que se originaron las formas de las plantas cultivadas. Los principales centros mundiales fueron cinco: Sudoeste y Sudeste de Asia, costas del Mar Mediterráneo, Abisinia, y algunas comarcas montañosas de México, Centro América y Perú, todos ellos asientos de una agricultura primitiva.

Por el examen y clasificación de los mismos centros y de sus cultivos se ha llegado a la conclusión de que ciertas plantas son indudablemente originarias del Nuevo Mundo. Entre las que por sus utilidades y excelencias se con-

virtieron pronto en valiosos aportes para la economía mundial se podrían señalar como más importantes las siguientes:

**EL MAIZ:** (*Zea mays*) gramínea perteneciente a la zona de las altas culturas. Tallo grueso y cañoso, de 1 a 3 metros de altura. Hojas lanceoladas, planas y filosas. Es indígena de la América tropical. Se supone que viene del teosinte o *Euchlaena Mexicana*. El gran almirante Cristóbal Colón fue el hombre que primero llevó sus primeros granos a Europa. Los colonizadores aprendieron bien pronto sus usos y cultivo. Está tan ligado este precioso grano a las altas culturas que, ahí donde algún día se logre localizar el paraje de su domesticación, ahí se encontrará el punto de partida de las civilizaciones americanas. No se sabe aún a punto fijo si procede de Meso-América o de la región Paraguay-Bolivia.

**EL TABACO:** vocablo caribe (*Nicotiana tabacum*) de la familia de las solanáceas, raíz fibrosa, hojas alternas, lanceoladas y glutinosas. El humo de sus hojas contiene varios elementos, entre los cuales están la lutidina, la parvolina, la picolina, la piridina, y el alcaloide conocido con el nombre de nicotina. Es antiespasmódico, cardiopresor y nauseoso. De poca utilidad en la medicina, es, sin embargo, muy usado para fumarlo o masticarlo.

**EL MANI, MANIA O CACAHUETE:** (*Arachis hypoagea*) se le supone originario del Brasil, entre otras razones, porque sus parientes silvestres abundan en la zona comprendida entre Bahía y Río de Janeiro. Restos prehistóricos del cacahuete se han encontrado en varias sepulturas de México y El Perú, por lo cual se supone que llegó al área de las altas culturas en época muy temprana.

**LA QUINUA:** (*Chenopodium quinoa*) de gran importancia en las altiplanicies de la Cordillera de Los Andes. Es planta cultígena, pero hasta ahora no se conocen sus familiares silvestres. Muy utilizada en Chile para elaborar chicha.

**PATATA O PAPA:** (*Solanum*) procede de las mesetas y faldas andinas. Sus especies son muy numerosas, según puede comprobarse por las áreas de cultivo actual. Su uso está difundido por todo el mundo pues ese tubérculo figura con provecho lo mismo en la mesa del hombre rico que en la del pobre.

**AGUACATE O PALTA:** (*Persea americana*) árbol de la familia de las lauráceas de 8 a 10 metros de altura y follaje siempre verde. Su fruto, en forma esférica o de pera, tiene en su interior una carne blanda, casi mantecosa, que es una verdadera providencia por su calidad nutritiva y delicado gusto.

**ACHIOTE:** (*Bixa orellana*) árbol o arbusto de cuyas semillas se extrae una parte roja que los antiguos aborígenes usaban para embijarse o para teñir sus prendas suntuarias y que hoy se emplea como condimento y colorante de ciertos guisos.

**LA YUCA O MANDIOCA:** árbol de la familia de las euforbiáceas, muy común, tanto en las regiones templadas como en las bajas y calurosas. Flores dispuestas en penacho, raíces grandes y carnosas de las cuales se extrae harina, almidón y tapioca. Se supone que es originario de las selvas del Brasil. Desde

tiempos muy remotos se le cultiva y reproduce por estaca, por haber perdido la capacidad de reproducirse por semilla. Por sus orígenes y dispersión se cree que fue domesticado por las culturas medias o amazónicas.

**EL CACAO:** (*Theobroma cacao*) de la familia de las esterculiáceas. Arbol de tronco liso y hojas abundantes. Produce frutos que contienen de 20 a 40 almendras carnosas y fragantes, con las cuales se prepara la famosa bebida que se conoce con el nombre de chocolate. Sus almendras, muy apreciadas en la época pre-hispánica, sirvieron de moneda a mayas y aztecas.

**FRIJOLÉS, FRIJOLAS O POROTOS:** (*Phaseolus*) muy americanos, forman desde edad muy lejana parte importante de la dieta del hombre aborigen, con varias especies de las cuales el frijol común (*P. Vulgaris*) es una de ellas. En los conchales de las costas peruanas y chilenas se han encontrado restos de la variedad "Canavalia", domesticada desde hace mucho tiempo, pero se desconoce a cabalidad su taxonomía y su zona de origen en el Continente.

**CHICO ZAPOTE:** (*Achras sapota*) árbol que crece en las regiones cálidas de México y Centro América. Al sangrar su corteza se obtiene una gomorresina que después de ser cocida sirve para emplastos adhesivos, barnices, aislantes, y sobre todo, para la elaboración de la goma llamada chicle, la cual se consume en pastillas cubiertas con azúcar aromatizada.

**CALABAZAS:** la mayor parte de las calabazas del género *cucurbita*, así como el güisquil o chayote, el zapallo, el ayote, algunas variedades de algodón, el tomate, que procede probablemente de las mesetas mexicanas, la batata, camote o papa dulce, y por último el cocotero (*Cocos mucífera*), palmera cuyos orígenes son todavía dudosos, pues si bien es cierto que muchos botánicos la consideran oriunda de América, en cambio otros afirman que su procedencia debe buscarse en alguna de las islas que integran los archipiélagos de Oceanía.

Por lo anteriormente expuesto, es lógico conjeturar que el testimonio de las plantas cultivadas no favorece mucho la tesis que sostiene la posibilidad de que las culturas americanas tengan un origen exclusivamente autóctono, ya que lo más probable es que algunas de las plantas cultivadas por sus aborígenes desde épocas prehistóricas hayan llegado a las playas y mesetas del Nuevo Mundo antes de su descubrimiento y conquista por los europeos en 1492.

#### BIBLIOGRAFIA:

- "ARCHAIC CULTURE HORIZONS IN THE VALLEY OF MEXICO" — Kroeber-Berkeley 1925.
- "ESTUDIOS SOBRE EL ORIGEN DE LAS PLANTAS CULTIVADAS" — Por Nicolás J. Vavilov. Versión española. Ediciones Acme Agency.
- "LAS CIVILIZACIONES PREHISPANICAS DE AMERICA" — Por el Doctor Salvador Canals Frau.
- "EARLY MAN IN THE NEW WORLD" — Maccowan Kenneth — New York 1950.

# LA EDUCACION Y LA CULTURA

Por SALVADOR CAÑAS

*1º—La Humanidad ha llegado al deslinde de las fuerzas tanto negativas como positivas. 2º—En tanto las segundas, representadas por la Educación y la Cultura, no se intensifiquen y se amplíen, la paz en el mundo no se realizará. 3º—Las guerras significan el retroceso hacia las épocas de barbarie. 4º—La ciencia, hoy y mañana, debe estar al servicio del progreso y bienestar de los pueblos. 5º—El hombre cumplirá con sus destinos superiores, siempre que acreciente la vida en sus múltiples manifestaciones. 6º—El General Dwight D. Eisenhower, Estadista visionario, ha trazado los caminos para establecer y consolidar ese bien inapreciable: la paz.*

## I

La Humanidad, a través de sus procesos graduales de desenvolvimiento, ha sufrido crisis tremendas provocadas por dos fuerzas pugnaces: las negativas y las positivas. Las primeras se contraen a las tiranías del instinto, de la apetencia, de la ambición, de la pasión, del cálculo. Las segundas se refieren al poder y eficacia de los principios de bien, de justicia, de libertad, de equidad, de derecho, de democracia. En estos últimos tiempos hemos visto, desventuradamente, sobreponerse las primeras a las segundas. Si se juzga con criterio simplista y materialista este

hecho, se opinaría que las leyes evolutivas así lo imponen. No surgiría, en este caso, ninguna reacción. Sin embargo, la Humanidad ha llegado al deslinde de aquellas dos fuerzas. Este es el punto trascendental que marca la decadencia de una época aberrante, cavernícola y destructora, y el florecimiento de una nueva donde los derechos del hombre, la interdependencia, el amor a la vida, el respeto a las instituciones, el acatamiento a las normas de convivialidad, sean realidades hermosas. Desde los comienzos de los siglos la lucha ha existido por hacer prevalecer el instinto sobre la inteligencia, la materia sobre el espíritu. En las etapas primitivas

se enseñorearon la crueldad y la barbarie, y en las modernas, éstas se refinaron al grado de aniquilar ciudades enteras en pocas horas. Pero las hecatombes no deben volver a conturbar al mundo y a desolar partes del mismo.

No obstante los síntomas y manifestaciones que presagian el estallido de una tercera conflagración mundial —las armas nucleares han alcanzado un adelanto sorprendentemente destructivo— trabajan los hombres soñadores, en lo particular, y las organizaciones pacíficas, en lo general, para encauzar a los pueblos por senderos de rehabilitación moral y espiritual, de ajuste económico y social, de prácticas políticas edificantes. Las fuerzas positivas no se han replegado, en ningún momento, antes bien aumentan su potencialidad e influencia. Aun en países bélicos se esfuerzan aquella clase de hombres e instituciones, para evitar una tercera guerra, pese a intereses de diversa índole. Es otra la filosofía y otra la sensibilidad ejercitadas en la solución de los problemas que confronta la Humanidad. Es la filosofía que estudia, aprecia y sitúa al hombre, como elemento propulsor de corrientes creadoras y no destructoras, de nuevas formas de vida y no de retrogradación y muerte. Las dos filosofías antagónicas —la espiritualista y la materialista— están en choque en estos tiempos, sosteniendo, como verdaderos y concluyentes, sus propios sistemas. Son dos enfoques distintos de los fenómenos en los cuales intervienen la vida y la naturaleza y los cuales deciden los destinos humanos.

El Presidente de los Estados Unidos, General Dwight D. Eisenhower, ha penetrado hondamente en las causas del actual desasosiego, amenazas y peligros, y por tanto señala medios y procedimientos para exterminarlos. Estos se hallan cimentados en el conocimiento de los hombres; de la índole de las situaciones creadas por éstos, ya en lo económico, ya en lo social, ya en lo político; de la percepción aguda de futuros sucesos que tocan a las puertas del mundo democrático con frenético afán. Se encuentran cimentados en las experien-

cias extraídas, tamizadas y acumuladas, de la época en que enfrentó las peripecias de la segunda guerra mundial y ahora que en dos períodos presidenciales ha encarado los problemas de su propia Nación, relacionados con los del orbe. Este conocimiento y esta experiencia le impulsaron a pensar de la siguiente manera: “La seguridad no puede conseguirse sólo con las armas, por muy destructivas que resulten y por cuantiosa que sea su acumulación”. Ellas aniquilan, pero no construyen. La seguridad se obtiene, indiscutiblemente, por la ideología formada y desarrollada al calor de doctrinas humanísticas y en virtud de una sensibilidad superior. Extendiéndonos más en el pensamiento del Presidente Eisenhower, exponremos que tal seguridad la establecerían generaciones preparadas de antemano para la paz y no para la guerra, para el trabajo y no para la holganza. Esto implica, desde luego, la revisión y cambio de las bases filosóficas de la Educación.

El segundo pensamiento del Presidente Eisenhower, tomado del discurso que él pronunciara en la Universidad de Baylor (Waco, Texas), cuando le fue entregado el Título de Doctor en Derecho “Honoris Causa”, es el siguiente: “Es de importancia vital que mantengamos los medios por lo que la asistencia cultural y económica sea más importante para el poderío, estabilidad y solidaridad del mundo libre, que las medidas puramente militares”. Este es la continuación lógica del primero por cuanto recomienda la preponderancia de los valores de la cultura y el poder de una economía organizada, en la preservación y afianzamiento de la paz en el mundo. La ciencia, que en los diferentes campos ha avanzado asombrosamente, es la llamada a resolver las distintas cuestiones graves que hoy abruma a los pueblos civilizados. No es la violencia, en ninguna de sus formas, la que indicará los caminos a seguir para la conquista “del poderío, la estabilidad y solidaridad del mundo libre... —La Economía, planificada y funcional, es el otro factor determinante para el logro de la paz. Por esta razón, a los estadistas, sociólogos, políti-

cos y pensadores, se agregan los economistas, en la lucha por realizar ese gran ideal. Porque la empresa no sólo se concreta a formar conciencia pacifista, por medio de la difusión de principios elevados, sino que se esfuerza por la solución de los problemas atingentes a la economía de cada país. La libertad, la democracia, la justicia, no son factibles en países subdesarrollados.

El Presidente Eisenhower, "hombre cargado de destino", expresa una verdad merecedora de tomarse en cuenta: "Es catimar centavos en este terreno, únicamente puede llevarnos a un costo y riesgo extraordinariamente mayores". Así como en su propio país no se niegan ni se reducen las cantidades de dinero destinadas a la educación, a la cultura, al progreso y al bien social, así también no deben restringirse, cuando se trata de los mismos fines, en los otros que no cuentan con un desenvolvimiento económico prepotente. En la reunión de la Comisión Económica para América Latina, celebrada en el mes de agosto del corriente año en Buenos Aires, Argentina, se plantearon cuestiones de innegable importancia para la vida, desarrollo, prosperidad y seguridad de los países americanos. Si no todas las conclusiones fueron favorables, algunas ofrecen ventajas para la estabilidad de las mismas. El Gobierno de los Estados Unidos, las instituciones y hombres de sapiencia y visión, se habrán convencido, después de haberse verificado dicha reunión, que es de extrema necesidad el apoyo económico para estos países de América, a fin de incrementar sus actividades comerciales, industriales, agrícolas, culturales y educativas. Ha de atenderse el parecer del Presidente Eisenhower en este sentido, para evitar en el futuro "el costo y riesgo extraordinariamente mayores".

## II

Quisimos referirnos primero a las tres verdades básicas contenidas en el discurso del ilustre Presidente de EE. U.U., para tratar después las afirmaciones hechas por

él en tan memorable oportunidad. La inversión del orden no afecta el fondo ideológico de lo transcrito. Dijo: "Las grandes universidades norteamericanas deben contribuir a proveer a las naciones libres de Centros de Educación moderna, en una iniciativa dinámica". En otro renglón expresó: "Esa tarea constituiría un potente pilar de poderío libre en el mundo que en la época pasada y aun chas naciones, aunque sus culturas son antiguas y ricas en valor humano, no poseen los recursos para diseminar la necesaria educación entre sus pueblos. Pero pueden utilizar prudentemente una ayuda que respete sus tradiciones y costumbres". Expresa una fe inquebrantable en la Educación y la Cultura, como bases para la paz en el mundo libre, en la petición que formula a las Universidades de Norteamérica, con el objeto de que ayuden "a las naciones libres en la fundación de Centros de Educación moderna". A las presentes generaciones y a las que vienen detrás en el Continente Americano, se les debe formar otra mentalidad y otra sensibilidad, para alejarlas de las guerras. Las generaciones belicistas, deberán ser sustituidas por generaciones trabajadoras y creadoras. Hay naciones en el mundo que en la época pasada y aun en la actual, hicieron de la guerra una ciencia. Pero, a medida que los postulados humanísticos se imponen y extienden, tal concepción y práctica están condenadas a desaparecer. Al prestar la ayuda económica y técnica de parte de las Universidades norteamericanas, al establecimiento de Centros de Educación moderna, en otras naciones libres, respetando sus tradiciones de cultura, avanzarían éstas grandemente en la superación y defensa de la libertad, soberanía e instituciones democráticas.

Precisamente, el educador moderno, quien tiene en estos momentos gravísimas responsabilidades de forjador y conductor de conciencias, poseerá, aparte de los conocimientos indispensables sobre las Ciencias de la Educación, los imprescindibles sobre las ciencias políticas, sociales, económicas y filosóficas. Deberá conocer

y penetrar la psicología de la situación actual del mundo, para ubicarse con las mayores seguridades de éxito en el desarrollo de una labor educativa de largos alcances. Sabrá, por ejemplo, hacia dónde se encaminan los pueblos en el minuto presente; qué fuerzas los mueven, buenas o malas, ventajosas o desventajosas; qué planos de ideas y de acción deben conquistarse y cuáles rechazarse; qué fundamentos de la filosofía educativa, como de la filosofía político-social, deben conservarse, o modificarse, o repudiarse por anacrónicos e impropios; qué elementos contribuyen a la formación de un mejor estado de cosas colectivo y quiénes se esfuerzan por que advengan dictaduras y esclavitud. El educador, por consiguiente, debe estar enterado de estos aspectos, para ser el arquitecto de nacionalidades.

El educador moderno, frente a los problemas de América, deberá preparar a las nuevas generaciones en la práctica de los deberes y derechos cívicos; deberá compenetrarlas de la trascendencia de los principios permanentes, como producto de una ideología elevada; les planteará las cuestiones sociales y les hablará de las posibles soluciones; las inclinará al estudio y a la libre discusión. Una generación debe ser ayudada en el desenvolvimiento, amplio y certero, de su propio pensamiento, de su propia alma y psicología. Ha habido generaciones que lucharon por salvarse a sí mismas. Contribuyeron con su capacidad y entereza al engrandecimiento de América. Triunfaron unas, sucumbieron otras. En el momento histórico del mundo y del Continente, precisan generaciones completas, de sentido heroico del sacrificio, para que prevalezca un estado de cosas donde la convivialidad humana sea un hecho y el respeto a las instituciones democráticas un deber categórico. Hubo, por otra parte, generaciones inmoladas antes de gozar el florecimiento de sus ideales y esfuerzos. Debe insistirse, para establecer firmemente la paz, en la tarea de educar a las actuales generaciones sobre otras bases y en la

de re-educar a las anteriores hasta donde esto sea posible.

Los maestros, indudablemente, tienen en esta hora de interrogaciones al porvenir, una misión impostergable: luchar por el entendimiento, la concordia y la solidaridad entre los hombres y los pueblos. Y no puede ser otra la misión tratándose de maestros, porque siempre están en alto por la esencia ético-filosófica de su ministerio. Pero esto no significa, desde luego, actitud dogmática e inasible, sino, al contrario, actitud de comprensión y fraternidad.

Ante las serias cuestiones planteadas en estos momentos, los maestros no deben permanecer al margen. ¿Adoptarán, egoísta o temerosamente, una posición de frialdad o de indiferencia? —¿No querrán intervenir en esta palingenesia de alcances inimaginables?— Son los llamados a formar y encauzar los valores y las fuerzas decisivos en el porvenir de América. Para ser los elementos eficientes en tal programación y realización de los postulados de cultura y educación, es preciso que se unan estrechamente para conquistar, dentro de los términos lógicos de su faena de forjadores y guías, el mejoramiento económico, social, político y por ende el mejoramiento intelectual, moral y espiritual de los pueblos. Porque la tarea de los maestros, hoy día, es la de democratizar la escuela. Qué preparación, qué experiencia y visión exige semejante tarea! Vividas las realidades, asistido al choque de sistemas filosóficos, educativos, sociales, económicos y políticos, porque su estructura fuera deleznable o arcaica, aquéllos estudiarán la organización y funcionamiento de la escuela democrática. Pensarán sobre qué nuevas bases de la filosofía de la educación se fundamentará dicha escuela; qué métodos se emplearán para destruir en las generaciones presentes el germen de las guerras; qué nuevos cauces se abrirán en la psicología de las colectividades para evitar la formación de complejos regresivos; cómo se forjará otra mentalidad a fin de que los

pueblos solucionen sus conflictos sin desgarrarse en contiendas pavorosas.

Entre los hombres que en estos momentos trazan los planes para asegurar la paz en el mundo, están los maestros. Verdad es que los estadistas, los sociólogos, los economistas y los políticos, sufren desvelos por establecerla y garantizarla. También los maestros, a sus conocimientos específicos, sumarán los de éstos en su esencial vigencia, empeñándose en obra de tal naturaleza. Por esta razón deben ser elementos militantes. Colaborarán en la realización de los ideales democráticos, validos de la educación y la cultura. Se alcanzará la plenitud de las instituciones en América, siempre que los maestros se compenetren, día a día, de sus nuevas responsabilidades en el proceso de expansión y poder en todas las latitudes de una democracia superada. Los maestros fomentarán y orientarán los ejercicios democráticos y cívicos, cumpliendo así con los principios de la docencia social.

Se planificará y alentará, por otra parte, la misión de los maestros, porque, debido a la fuerza inmanente de los hechos actuales, esta misión ejerce influencia incontestable en la obra organizativa de los pueblos. Deben trascender los maestros, por esta causa, el aula. No solamente deben preocuparse por realizar las tres finalidades conocidas, clásicas se podría decir, sino que se interesarán por estas otras no menos importantes: la económica, la social y la estética. Porque el alumno se encuentra, sin querer, ante fenómenos colectivos, cuya raigambre y resonancia son de índole económica. Los maestros, en este caso, tienen el deber de explicárselos, aunque sea en sus lineamientos generales. Lo mismo ocurriría si se tratara de fenómenos sociales. Y en cuanto a la actividad estética se desarrollará con la atención que educativamente reclama. Se tratará de formar al hombre integral, para que enfoque, sienta, mentalice y actúe, conforme a las exigencias de un mundo que debe ser de paz, de armonía y trabajo. En la obra de organización de

las fuerzas democráticas en América, los maestros participarán en forma activa, sincera e ilustrada. Son elementos en función social, indiscutiblemente. Son beligerantes. Los errores y pecados de los pueblos son de ellos también, así como los provechos y avances. ¿De dónde la preocupación de los maestros por democratizar la escuela? —Porque contribuyen amorosa, técnica y heroicamente, a la culminación de los destinos del Continente Americano. Pero, ¿cómo democratizar la escuela? — Como paso preliminar deben discutirse los planes de estudio, no solamente en lo meramente metodológico, sino en los fundamentos filosóficos. Se unificarían los criterios educativos, para que la acción sea eficaz, congruente y conformadora. Es vasta la obra, pero a las nuevas generaciones —como imperativo de las presentes circunstancias históricas— debe formárseles otra mentalidad y otra sensibilidad, en una palabra, se les formará otra actitud frente a los hombres, frente a la vida y frente a la naturaleza. A las generaciones escépticas o desviadas, debe sustituirse por generaciones optimistas, rectilíneas y llenas de fe y amor. Cómo? —Cambiando las bases filosóficas de la educación. América cuenta con un considerable número de maestros capaces de iniciar esta enorme tarea.

### III

Insistiendo en la ampliación del pensamiento del presidente Eisenhower, quien opina que la educación y la cultura son los baluartes de la paz en el mundo, expondremos lo siguiente: el educador no desconocerá tampoco, que en tiempos pasados, hubo en América grupos de gente inquieta, de capacidad y voluntad envidiables, cuya presencia se hizo sentir, como fuerza de construcción y de orientación, así como ahora en las promociones recientes se perfilan otros que colaboran en la resolución de los grandes problemas. Si acaso estos grupos no forman una élite, o intrínsecamente, una generación, la culpa no es de ellos, sino de una escuela libresca, autómatas, sin definidas directri-



ces espirituales, morales, cívicas y mentales. La falta de conductores no les permite realizar su destino al ritmo de la vida colectiva. Habiendo confiado mucho en sus poderes y actitudes, se lanzaron a las luchas políticas y sociales, sin haber elaborado con el conocimiento exacto el programa a desarrollar. Una familia de ideólogos y combatientes, cumplida su misión histórica, deberá ser superada por otra, para no perder la solución de continuidad en el pensamiento y en la acción.

Están planteados ante la conciencia de América, en relación con el dolor y frenesí del mundo, delicados problemas en el orden económico, social, político, educativo y cultural, que no pueden ni deben eludirse por la dinámica de los actuales acontecimientos. Esta dinámica encierra la vida del espíritu y la vida de las instituciones libres. América definió ya su posición en todos los campos, principalmente en el democrático. Opina, a propósito, Germán Arciniegas: "Con libertad y democracia se puede ir a la injusticia y a la injusticia se ha ido muchas veces. Por esto hay que superar esta etapa de la democracia, no para aniquilarla, sino para superarla de veras". Se le debe superar, incuestionablemente, haciéndola más justa, más evolucionada, más humana. Estos pueblos de América están jóvenes, por tanto son proclives a la desorganización. Pero ya empiezan a comprender que el conocimiento esclarece; que la idea ilumina y redime; que la acción destruye y construye.

En la misma escala de conceptos se convendrá en que la democracia es un sistema de raigambre secular; que ha sufrido y sufre eclipses desalentadores; que ha tendido y tiende hacia la universalidad; que las dos últimas guerras demostraron que ninguno de los totalitarismos —tanto el de izquierda como el de derecha, puede sustentarse en América por ser contrarios a los pueblos nacidos para la libertad; que la democracia necesita del conocimiento y visión de los técnico-políticos. Respalda estos criterios un párrafo de un estudio del mismo pensador co-

lombiano, Germán Arciniegas: "También la democracia es en nosotros un viejo hecho histórico. Nosotros no tenemos, como los europeos, la tradición de monarcas bellamente vestidos. Desde que nos dimos las manos aquí, americanos, europeos y africanos, lo hicimos como gentes del pueblo. En realidad, aquí no vinieron a poblarnos condes ni marqueses, ni príncipes de ninguna parte. Fue, la muchedumbre del pueblo la que llenó las carabelas. Como si hubiesen venido los Pérez y los Martínez de España. Y nuestro mundo fue el de los Pérez y de los Martínez. Si alguien venía con muchos títulos de cortesano, para hacer de gobernador, la verdad es que la selva le tragaba a él y a sus títulos, y quienes surgían en el fragor de la lucha, eran los soldados que se hacían capitanes por la sola fuerza de su humanidad agresiva y triunfadora. Pero, en el fondo, lo que quedó vivo, lo que se mezcló en la vida de los pueblos, lo que sirvió para el cruce de las razas, fue esa gente del estado llano o del plebeyo, los auténticos comuneros de Castilla, de los llanos y llanuras de Castilla. Por eso nosotros hemos crecido y prosperado en estado de franca democracia". Por lo expuesto en el párrafo transcrito, jamás las doctrinas exóticas se arraigarán y extenderán por tierras de América. Hemos vivido y viviremos "en estado de franca democracia". Ciertamente, "éstas son las tierras de los Pérez y de los Martínez", porque fue la muchedumbre del pueblo la que llenó las carabelas". ¿Cuál entonces la base para el surgimiento de supremacías pseudo-aristocráticas si etnológicamente no las hay, puesto que "ni condes ni marqueses, ni príncipes de ninguna parte, vinieron a poblarnos". Es absurda en estos pueblos de América la práctica de doctrinas de superioridad racial, de dominios absolutistas, de poderes providenciales, así como es absurda la teoría totalitaria, sea comunista, o fascista, o falangista. Las dos últimas conflagraciones mundiales desarrollaron más, en estos pueblos, el sentimiento democrático.

Están planteados —decíamos— algunos problemas que reclaman meditación honda: 1º) ¿Por qué se considera rezagada la etapa democrática en América? 2º) ¿Cómo renovarla y re-vitalizarla entonces? 3º) ¿Cuál sistema económico conviene para el desarrollo y preponderancia de la democracia? 4º) ¿Cómo establecer la justicia social sin caer en lo improcedente y torpe? 5º) Ante la posibilidad de una tercera guerra, ¿qué actitud adoptar? 6º) ¿Qué organización y orientación deberá dársele a la escuela para asegurar la vida de la democracia en las nuevas generaciones? Estos problemas requieren del educador moderno una ilustración de fondo, experiencia bien aprovechada, certeza en el examen apreciativo, penetración de las circunstancias, don de ubicuidad. En torno a estas cuestiones, para el hombre y para los pueblos, el educador debe tener una posición concreta frente a ellos. Dichas cuestiones se vinculan con los principios de democracia, libertad, justicia, derecho, educación, cultura. ¿Por qué la democracia es un engaño en varios países americanos? Porque ha faltado, en grado sensible, mayor preocupación y mayor sistematización de la enseñanza democrática. El presidente Eisenhower piensa que la educación y la cultura son los medios poderosos para alejar las guerras y establecer la paz. Pide, por esta razón, a las grandes Universidades norteamericanas su apoyo decidido a fin de fundar, en estas naciones, Centros de Educación moderna.

Cuál la posición del educador frente a las otras verdades? La libertad es permanente, cuando se basa en normas éticas, filosóficas y cívicas, profundamente asimiladas y vividas; cuando es realidad en la conciencia individual y en la conciencia colectiva. La libertad es tangible y no hipotética, si tiene fundamento económico-social. Es preciso formar —ya se deja expresado— otra mentalidad y otra sensibilidad en las nuevas generaciones, para que este principio de la vida de los hombres y de los pueblos, se desarrolle plenamente. ¿Y cuál la actitud del educa-

dor frente a la justicia? Debe señalar el camino científico, experimentado, para su realización. La justicia, a estas horas, no es una cosa abstracta y romántica. Las ciencias —Economía, Sociología y Política— como la Filosofía y la Educación— han avanzado tanto, que no queda tiempo para la divagación y la sensiblería. ¿Cómo establecer entonces la justicia? ¿Cómo solidificarla y desenvolverla con éxito? Las mismas ciencias enumeradas contestan estas preguntas. Se estudiarán, además, las condiciones ambientales que rodean a los pueblos: económicas, sociales, educativas, alimenticias; de trabajo, de vivienda, de salubridad, etc. En cuanto a los postulados —derecho, equidad, cultura, etc.— el educador mantendrá frente a ellos su posición de hombre capaz y de conciencia, para ser, meritoriamente, forjador y conductor de juventudes.

Ahora bien, en otro ángulo de estimación, se expondrá lo siguiente: el educador ha de colaborar en el sentido de que estos pueblos oigan la voz de su Destino. Como organismos colectivos se encuentran sujetos a las leyes de selección, por consiguiente superarán sus métodos de vida institucional. Está la razón del afán por abandonar formas anticuadas en lo mental, en lo social, en lo educativo; en lo estatal. Deben estar seguros de sí mismos. Sabrán qué camino tomar; cómo resolver de la mejor manera posible sus conflictos internos; cómo fortalecer la libertad y la democracia. El educador tomará parte en la obra de destruir o aminorar el drama de su formación. Comprenderá que el drama lo crean y aumentan los individuos impacientes e impulsivos. El desenvolvimiento integral de América depende, en gran parte, de la calidad de sus educadores. Ellos trabajarán, asimismo, dentro y fuera del aula, con el objeto de que la paz advenga y florezca en todos los ámbitos.

#### IV

Después de exponer los anteriores conceptos e ideas en torno a la misión del educador, en estos momentos de crisis

espiritual, continuaremos las glosas a las dos últimas afirmaciones hechas por el presidente Eisenhower, en su discurso pronunciado en la Universidad de Baylor (Waco-Texas). Expresa en una de ellas: "El mundo libre sería más fuerte si existieran instituciones adecuadas de ciencias y técnicas modernas en zonas donde el afán de conocimientos y la capacidad de usarlos no están satisfechas, porque las facilidades educativas frecuentemente no son iguales a las necesidades existentes". Este sería, sin duda ninguna, uno de los medios para lograr la paz, o sea la fundación de "instituciones adecuadas de ciencias y técnicas modernas", donde no estén establecidas. En la primera afirmación, el Presidente de la gran Nación del Norte, sugiere a las Universidades norteamericanas "contribuir a proveer a las naciones libres de Centros de Educación moderna, en una iniciativa dinámica". Propugna el ilustre Mandatario por la superación de la enseñanza en estos países, porque el atraso en este campo es una de las causas de la indigencia, de la incuria y de la insensibilidad para sentir los problemas. Los centros de alta docencia, como los centros donde se difunden conocimientos sobre técnicas modernas, capacitan al hombre y a los pueblos, no sólo para bastarse a sí mismos competentemente, sino para colaborar en el desarrollo progresivo de sus correspondientes colectividades. Además, la estabilidad política, social y económica de las mismas estarán aseguradas, así como la paz en el mundo. Si las grandes Universidades estadounidenses escucharan el llamado oportuno que les hace el presidente Eisenhower, las otras naciones libres se encontrarían aptas para elevar los niveles de su mentalidad y espiritualidad. Enfática y convencidamente debe declararse que la educación y la cultura son los fundamentos de la paz.

Dice al final el mandatario de los Estados Unidos: "Creo firmemente que si algunas o todas nuestras grandes universidades, apoyadas fuertemente por fundaciones privadas que existen en gran nú-

mero en nuestro país y animadas por el celo y entusiasmo de los norteamericanos instruidos, se dedicasen a esta misión, las perspectivas de un mundo próspero y pacífico quedarían muy realizadas". Esta afirmación es el complemento de la precedente. Todas revelan el propósito de que aquellas magnas instituciones estén, no sólo en función irradiante en cuanto a educación y cultura, sino que presten una valiosa ayuda económica a fin de establecer Centros de Educación en las naciones libres. A mayor adelanto de las ciencias y técnicas modernas, mayor prosperidad y seguridad adquirirán esas naciones. No debe negarse el poder de la técnica en todas las actividades y manifestaciones de la vida. El de las ciencias está reconocido desde tiempos remotos. Lo malo, en el uso preferente del primero, sería la anulación del espíritu. Pero, en este caso, está bien definido y deslindado su papel. El progreso no se explica sin la técnica. La improvisación y el empirismo no prevalecen ahora. ¿A qué límites ha llegado la ciencia en sus investigaciones, descubrimientos y conquistas?— ¿A qué planos de éxito lleva la técnica en las labores de carácter intelectual, artístico, educativo, como en el industrial, agrícola y comercial?— La época moderna se singulariza por el empleo de esta disciplina, siempre que la facultad creadora del hombre se mantenga inalterable. La técnica es un auxiliar de esta facultad. "Las perspectivas de un mundo próspero y pacífico quedarían muy rezagadas", si la sugerencia del presidente Eisenhower se convirtiera en realidad. Los estudios elementales, medios y superiores, planificados con el conocimiento moderno de las Ciencias de la Educación y apoyados suficientemente en lo económico, contribuirían a la evolución de los países que sueñan y trabajan por un destino mejor, pero que carecen de los recursos necesarios.

## V

Aunque son ahora más inminentes las amenazas y peligros de una tercera gue-

rra, también los esfuerzos por consolidar la paz en el mundo se encienden cada día. El ejemplo que brinda el Presidente Eisenhower con su pensamiento, y actitud, es aleccionador en estos momentos convulsos. A la pregunta formulada en la Encuesta y Convocatoria Continental de si “responden a humanas necesidades y a un estado de conciencia continental las directrices del gobernante norteamericano y si son inobjetables sus básicas conclusiones?”, se ha de contestar que están de acuerdo con las urgencias vitales de las naciones libres. El Mandatario de los Estados Unidos al trazarlas demostró capacidad de estadista y visión de los destinos humanos. Los últimos acontecimientos, reveladores del avance de la ciencia en la Rusia Soviética, lo indujeron a hacer declaraciones importantes y contundentes para tranquilizar a su propia Nación y al mundo. No existe ninguna contradicción entre sus conceptos y actitudes de ayer y los actuales. En el fondo es auténticamente pacifista, en la doctrina y en la acción, pero situado en el plano de las responsabilidades asumidas como Gobernante de un país que decide la paz total, tiene que ejercer su autoridad y tomar las medidas defensivas, evitando así una catástrofe terrífica. Porque la paz no solamente se predica, sino que se defiende a toda costa. Este es el caso presente. No hay, por tanto, contradicción ni incongruencia alguna en sus posiciones.

“El estado de conciencia continental “es propicio al desarrollo de esas directrices”. Los conflictos surgidos después de las dos guerras lo han madurado de tal manera que la alternativa única es la de luchar por una era de paz fecunda. Son dos concepciones distintas, dos sistemas estatales y dos mundos diferentes, enfrentados el uno al otro, para lograr la victoria de su propia filosofía política y métodos de influencia en el orbe. El sistema democrático, cuya secularidad y predominio son patentes, se mantiene, extiende y modifica sus bases, estructura y proyecciones hacia el porvenir de estos pueblos, porque son otras las ne-

cesidades y problemas. “Con libertad y democracia se puede ir a la injusticia” —opina Germán Arciniegas. La persistencia de los desajustes económicos y sociales, la aceptación por algunos intelectuales y grupos de las doctrinas materialistas, el analfabetismo, la insalubridad y el hambre, son causas, entre otras, que deben ser destruidas pronto, para que el sistema democrático se consolide en todas partes. Una democracia, con raíces socialistas sería el ideal de la época. Una democracia, sobre las bases de una economía organizada, en vista de los múltiples apremios de estos pueblos de América, constituiría un baluarte para las nacionalidades. La educación y la cultura, paralelamente, culminarían en sus funciones redentoras. Los sistemas totalitarios —el de izquierda y el de derecha— los cuales representan y ejercen dictadura, encontrarían en aquél una fuerza contrarrestante, en la medida de su ideología y procedimientos de avanzada.

Los centros de alta docencia prepararían a los técnico-políticos, a quienes se ha aludido en otro párrafo. Serían el fruto de las disciplinas superiores. En los cargos elevados de un Gobierno, como en la dirección de masas, se les necesita. En algunos países de América los hay y a ello se debe, en gran parte, el progreso alcanzado en todas las esferas —economía, política, social, laboral, educativa, etc.— Los técnico-políticos no se forjan en ambiente de escasa cultura y de poco ejercicio cívico. El demagogo se inhibe él mismo en cuanto aparece y actúa alguno de estos hombres capacitados especialmente. Cuando hace el llamamiento el Presidente Eisenhower a las grandes Universidades de Estados Unidos con el objeto de que ayuden a las naciones libres, fundándoles Centros de Educación moderna, donde las juventudes se preparen en ciencias y técnicas, lo guían varios ideales, siendo uno de ellos la formación de los técnico-políticos. Del cometido que éstos desempeñen en el campo de los negocios públicos, o en la conducción de pueblos, depende la garantía de la paz, porque los cono-

cimientos, principios éticos y sensibilidad los animarán y decidirán.

En estos últimos tiempos, ante los problemas presentados a la conciencia continental, se ha intensificado la participación de los intelectuales en el debate público, en la planificación y realización de las obras de provecho colectivo. Hubo una época, en ciertos países de América, en la cual aquéllos estaban proscritos, o al menos ocupaban segundos planos. Se encerraron los intelectuales en su "torre de marfil", como quería Montaigne, desatendiéndose de las palpitantes cuestiones de sus respectivos países y del mundo. Expedito quedaba el camino para los mediocres y audaces. Comprendían, por fin, su función social-política, y a ésta dedican sus mejores energías mentales y espirituales. La obra por ellos efectuada, o en proceso de verificación, no es ni será sectarista, demagógica, unilateral, sino de alientos supremos para bien de los pueblos del Continente, de pulso universal, cuando se posean las aptitudes extraordinarias. Además, los intelectuales dotados de intuición y de super-sensibilidad, contemplan a lo lejos y sienten en demasía, los acontecimientos por suceder, capacitándolos estas facultades para elaborar programas y proyectos de incalculable beneficio. El Conde de Keiserling los considera constructores y conductores del alma de las colectividades —Rabindranath Tagore, en la India; Miguel de Unamuno, en España, entre otros —por tanto su presencia, en los escenarios donde se ventilan los ingentes problemas, es de importancia y decisión inflexible. Esta es la hora de los intelectuales.

La segunda interrogación a contestar es la siguiente: "¿Resultaría útil y de efectiva colaboración a los nobles motivos exaltados, la Encuesta comprendida en el Concurso, que se promueve y realmente y el cual sólo persigue impulsar y dirigir hacia transformadoras realizaciones los luminosos postulados emitidos en la cardinal exposición de Waco-Texas?"— El "estado de conciencia continental" exige el planteamiento, la conclusión, las discusiones y recomendaciones

asequibles, sobre las cuestiones surgidas en la postguerra y ante las amenazas de una tercera conflagración. Es interesante la Encuesta en torno a las afirmaciones hechas por el Presidente Eisenhower, en el discurso pronunciado en la Universidad de Baylor, (Waco-Texas), porque definirá el pensamiento y la posición de América, por medio de sus calificados representantes. Esta definición es insoslayable. En algunos países del Continente existen tendencias confusionistas en cuanto a doctrinas filosóficas y político-sociales, en otros hay marasmo degenerativo y en los más se agitan ideales de superación. Lo importante, desde luego, es saber qué opinan, qué sienten y qué sugieren, en estos momentos históricos, los pueblos americanos. Porque éstos no pueden permanecer indiferentes, cuando la encrucijada se abre para ellos también. Se encuentran, si no entrabados entre las dos corrientes —la democrática y la totalitaria— por lo menos son presa de zozobras y de intranquilidades, en tanto no se aclare la situación caótica. Estos pueblos tienen el deber de contribuir al equilibrio, a la estabilidad y al progreso de las instituciones libres.

Se ha escrito mucho últimamente sobre la irresponsabilidad de los intelectuales en las horas difíciles para sus países. Se les acusa de incumplimiento de sus deberes, ya por cobardía, ya por convencionalismo. Las razones, en algunos casos, han sido irrefutables; en otras están desvirtuadas por la pasión política o partidista. Algo sí es notorio: a los intelectuales se les reclama hoy una intervención directa, resuelta, en la solución de los problemas relacionados con el bienestar de los pueblos. Ahora se les ofrece una oportunidad para manifestarse como elementos militantes. Expondrán sus pareceres y opiniones con sinceridad, honestidad y claridad. "Los luminosos postulados emitidos en la cardinal exposición de Waco, Texas, no se convertirán en transformadoras realizaciones", si los intelectuales invitados a participar en dicha Encuesta, se mostrasen remisos. La responsabilidad científica, o docente, o ar-

tística, o literaria, se complementa con la responsabilidad social y política. Esto conviene repetirlo. La acción de los intelectuales, para que sea decisiva en el ánimo de los pueblos, no debe obedecer nunca a consignas de grupo, porque negaría la alteza de sus propósitos.

Las dos guerras mundiales —decíamos— destrozaron las verdades que de generación en generación habían sido transmitidas sutil y sistemáticamente. De las trincheras regresaron los hombres escépticos, amargados. Creían en esas verdades. La fe, la voluntad y el optimismo, los tornaron responsables, pero, ¿y después de esas dos hecatombes apocalípticas?— Fueron los “robots”. Los muñecos mecánicos que en todas las latitudes y rumbos andan, o saltan, o sucumben, según la dirección impresa por los dictadores. Existe, sin embargo, un renacer espiritual milagroso, un volver a los cauces olvidados, para que la Humanidad se reconstruya. También serán generaciones enteras las sacrificadas ante este ideal. Las guerras forman una super-estructura. Las armas se modernizan más. Pero los ilusos, al mismo tiempo, se proliferan y activan. Valerosos luchan por evitar una tercera matanza en lo que “no habrá vencedores ni vencidos”— tan arrasadora será.

La ciencia evoluciona para bien o para mal de la Humanidad. Inventos inauditos facilitan la vida; hacen accesibles los enigmas de la naturaleza; permiten conocer los mundos siderales y sus leyes; transforman al hombre, hoy más que nunca, en un legítimo rey de la creación. Pero la ciencia destruye, aniquila, cuando está al servicio de las fuerzas satánicas. En este caso no existe el idealismo, sino la vesania, el crimen. En el primero sí porque acrecienta la bonanza, prolonga el don de vivir a plenitud, fundamenta la obra presente y futura. Aunque sea paradójico expresarlo: el científico que estudia, investiga y realiza labor benefactora para los otros, es un romántico en el concepto prístino del vocablo. Este no codicia estímulos, aplausos, honores, riquezas. Se entrega a su trabajo trascendiéndose a sí

mismo. Es un Einstein. A este sabio le importaba la ciencia en función humana.

El ya citado Conde Keiserling, expresa: “Desde el punto de vista político estamos en la era nacionalista, pero, desde el punto de vista del espíritu, estamos en la era más universalista de la historia”— Negar las conquistas materiales, necesarias para la comodidad y el confort del hombre, sería necio. Negar las ventajas de la organización económica, sería absurdo. Negar los descubrimientos científicos, sería ignorancia inexcusable. El verdadero arte moderno alcanza expresiones eternas; en el campo filosófico, los artistas o pesquisas, o sistemas, irradian luces de perennidad; la formación de un clima elevado para el hombre, requiere capacidades excepcionales; los valores de la cultura, después de resistir la iconoclastia de quienes nunca los comprendieron y apreciaron, hoy se alzan incommovibles. Otros vigías de la Humanidad, entre ellos Bertrand Russell y Tomás Mann, se empeñaron por guiar a los demás. La era del espíritu, o sea la universalista, renace, no obstante los nacionalismos inhibitorios.

En los países de América debe cultivarse el nacionalismo, pero enalteciéndolo con el influjo de las corrientes venidas de los siglos. El nacionalismo exacerbado estrecha la visión y agota las fuentes inspiradoras. El pensamiento del Presidente Eisenhower, como los objetivos de los propulsores de la Encuesta, son los de despertar en el Continente las aspiraciones universalistas. El concepto y el sentimiento de la paz se adentran en el espíritu y en la mente del hombre y de los pueblos, cuando se han sobrepasado aquellos nacionalismos. Tampoco se pretende, al externarse estos criterios, relegar la Patria en aras de ideales nubosos. Estériles los esfuerzos de los dirigentes visionarios, mientras no se acometa esta realidad tremenda: “Tenemos cincuentacuatro millones de adultos analfabetos y más de catorce millones de niños sin escuela”. Las tareas, presentes y futuras, entre otras, serán las de destruir esta realidad. Debe

tomarse como lema en la empresa por consolidar la paz, estas palabras que a guisa de título figuran en la Convocatoria: "Para que la cultura llene su misión, ha de ser atendida y organizada".

## VI

A lo largo de este trabajo se han señalado algunos procedimientos, para "convertir en culminante realidad", los sueños y aspiraciones de hombres que, como el presidente Eisenhower, luchan por la paz en el mundo. Pero tal como lo piden los organizadores de la Encuesta, concretaremos ciertas normas:

1ª—Convendría que las grandes Universidades norteamericanas, así como lo sugiere el primer mandatario de los Estados Unidos, ayuden a la formación de centros de educación moderna en las naciones libres. El establecimiento de estos centros es un imperativo para bien de la democracia y de la paz en América. Porque no puede hablarse de avance y afirmación de la personalidad colectiva en tanto la enseñanza superior no goce de un fuerte apoyo económico. El pensamiento y el espíritu aherrojados, o simplemente dirigidos, como ocurre lamentablemente en los regímenes dictatoriales, no están, por circunstancias penosas, en función rectora ni creadora. Menos puede pensarse, de existir estas condiciones, en la formación de una juventud que mañana sea el bastión de la libertad, de la justicia, de la cultura y la democracia.

América espera mucho de sus nuevas generaciones si éstas se preparan tanto en lo profesional, en lo social y espiritual, como en lo filosófico: Necesitan conocer la génesis, desarrollo y término del destino de los pueblos, para continuar la obra de adelanto desde donde la dejaron las precedentes, o destruir lo falso o rezagado en virtud de las nuevas ideas, conceptos y doctrinas. Pero ellas no podrán corregir lo malo, para levantar la obra gallarda, si antes no se capacitan en ambientes de libertad y en el ejercicio de responsabilidades y deberes para con la cultura, el civismo, el derecho y la justi-

cia, estimados estos valores en su estricto sentido, es decir, libres de demagogias y de estridencias. Las Universidades, como laboratorios de hombres ilustrados y dinámicos, son las guadoras en la resolución de los problemas colectivos, siempre que se mantengan, por su esencia misma, en el plano sereno del estudio y de su carácter jerárquico. Así las han entendido y ayudado a su funcionamiento mentalidades eximias del Continente, como Alfredo Calgcaño, Francisco Romero, Luis Reissig, Juan Mantovani, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Roberto Agramonte, Jorge Mañach, Raúl Roa, Jesús Silva Herzog, Roberto Brenes Mesén, Sarbelio Navarrete. *La fundación de nuevos Centros de Educación, en las naciones libres, patrocinados por las Altas Instituciones Docentes de los Estados Unidos, sería un medio efectivo para realizar los ideales de paz y democracia.*

2ª—Los países de América han llegado a un límite de su evolución que necesitan, para ser gobernados con sabiduría y entereza, de la presencia y la acción de los técnico-políticos. Además de la vocación, éstos deberán prepararse de acuerdo con las severas disciplinas inherentes a las Ciencias del Estado. Los problemas de sus respectivos países, como los internacionales, únicamente esta clase de hombres puede resolverlos. Las Universidades donde se imparta enseñanza superior moderna, serán los centros donde se formarán estos dirigentes. La capacidad de conducir a los pueblos con rectitud y competencia, el poder de una visión lúcida, se respaldan con la técnica aprendida de aquellas disciplinas. *La educación superior sitúa con ventaja a los técnico-políticos frente a los conflictos y problemas de sus propios países y frente a los del mundo.*

3ª—La democracia con la base en la justicia social, es posible en países donde los conductores ideológicos y los conductores políticos, se forman en centros educativos, cuyos fundamentos y organización se remueven según los avances de la técnica pedagógica, de la ciencia en general y de los mismos problemas surgidos

en el mundo. Por esta razón se debe propender por un cambio sustancial de los principios filosóficos de la Educación, porque sólo así se estructurará otra escuela y por consiguiente se forjará otro hombre. Para conquistar definitivamente la paz es preciso preparar generaciones que amen la vida, el trabajo, el progreso, el bienestar, porque su mentalidad será otra. Cuando el presidente Eisenhower hace hincapié en la Educación y la Cultura, es por el convencimiento absoluto que tiene de su eficacia en la cruzada por evitar las guerras en lo venidero. *Cuando dice que las grandes Universidades norteamericanas, deben contribuir a la fundación de Centros de Educación moderna, en las naciones libres, es porque el concepto moderno implica aquel cambio de los principios filosóficos, tan necesario hoy más que nunca.*

4ª—La paz no será nunca un hecho, en tanto existan, en algunos países del Continente, sistemas democráticos poco desarrollados. Las dictaduras se incuban y prosperan por esta causa. ¿Cuál fue la lucha de los gloriosos pensadores y patriotas del siglo pasado, en América, después de los movimientos de Independencia? —Porque se logró la Independencia política, mas no la del pensamiento y la del espíritu. Pruebas de esta verdad histórica son las mismas dictaduras y los resabios colonialistas, que aún no desaparecen. Los nombres de un José de la Luz y Caballero, Félix Varela, Enrique José Varona, Juan Montalvo, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Pedro José Varela, y de otros tantos varones, quedaron grabados para siempre en la conciencia de América. Ellos deben servir de guías a los combatientes de ahora en la superación de la democracia. En los países donde agobian los desniveles económico-sociales, el analfabetismo, la desnutrición, etc., no podrá realizarse una democracia de esta naturaleza. *Hacia el establecimiento y solidez de ésta deben tender los esfuerzos de los gobernantes y pueblos, para que la paz sea verdad resplandeciente y no un mito.*

5ª—La organización económica en los países de América, se impone como urgencia inaplazable. Economías de carácter feudalista, propician, no sólo el pauperismo, la inmoralidad y el crimen, sino que, lógicamente, la desintegración, la inopia y el descenso. Pero en esta hora en que las necesidades colectivas se multiplican, en que el progreso es una ley biológica de los pueblos y en que las técnicas se modernizan, la economía, además de estar científicamente organizada, debe ser funcional. Los métodos y doctrinas totalitarios se introducen y expanden donde privan economías de aquel tipo. Tanto la democracia, la justicia, como la paz —ideales erguidos en las mentes de los hombres soñadores— no serán verdad en el Continente, si las condiciones de vida de los muchos son deplorables; si el capital no se utiliza para incrementar la industria, la agricultura, el comercio, es decir, si no se emplea para explotar las fuentes de producción; si se prefieren los procedimientos rutinarios a los científicos en las empresas donde se invierte y aumenta aquél, y por consiguiente no mejora la situación de los trabajadores. Axiomáticamente debe expresarse: *la economía organizada y funcional de los pueblos es una garantía, entre otras cosas, de la paz que tanto se anhela.*

6ª—Deben ensancharse las relaciones internacionales entre los países hermanos de América, empleando otros procedimientos y técnicas. La Diplomacia, a partir de la segunda guerra, ha variado en cuanto a sus normas y finalidades, en busca de una mayor solidaridad, de un mejor apoyo mutuo y de una comprensión amplia entre gobiernos y pueblos. Los convenios, tratados o pactos, llenados los requisitos legales, son fructíferos para esos mismos gobiernos y pueblos, si aquellas condiciones se llevan a términos prácticos. Los sueños de Unión Continental, por los cuales lucharon tantos ilusos, pueden algún día realizarse si las relaciones entre los países afines se tornan más cordiales y estrechas en virtud de otras técnicas y procedimientos, como se deja apuntado. El aislacionismo no se concibe,



cuando las distancias se acortaron por las rutas aéreas y la compenetración entre aquéllos es la consecuencia lógica. En conclusión, la paz se logrará si los vínculos internacionales se anudan más entre los países americanos, *empleando otros procedimientos y técnicas. Hacia la solidaridad del Continente se deben dirigir las aptitudes de los hombres y los pueblos en este momento histórico en que las dos fuerzas, las negativas y las positivas, están frente a frente en batalla por la supremacía en el mundo.*

## VII

Conviene que las naciones grandes, entre ellas los Estados Unidos, tomen en cuenta a las pequeñas en todos los aspectos y actividades. El exponer este criterio no es para pedirles protección, porque esto sería degradante. Las naciones de América, extensas o no, ricas o pobres, integran una sola familia, porque los orígenes son comunes, las necesidades iguales, las virtudes y defectos parecidos, las aspiraciones unánimes. Existen, como es natural, algunas distancias surgidas en el proceso de desenvolvimiento, pero éstas, cada día, tienden a ser menos sensibles en razón de los problemas planteados por el mismo proceso y por la dinámica de los sucesos mundiales. Las naciones pequeñas urgen del estímulo y apoyo de las grandes, en el campo económico, científico, técnico y cultural, para lograr el desarrollo que las equipare y nivele. Verdad es, por ejemplo, y justo es reconocerlo, que los Estados Unidos brindan ayuda a aquéllas, sin embargo sería de importancia aumentarla. América es un Continente promisorio, y sin ningún alarde debe proclamarse el Continente del porvenir. Abundan razones para pensar de este modo. ¿Por qué entonces no prestarle el respaldo económico que ha menester para avanzar más? La fortaleza y defensa de la democracia y de la paz serán factibles, siempre que las naciones grandes comprendan y se decidan a cumplir con este deber en vista de los problemas aparecidos últimamente en el mundo. "La conciencia con-

tinental", por otra parte, así lo exige en estos momentos.

## VIII

Como corolario a lo expuesto en la anterior conclusión, se expresará, en concreto, que mientras la clase trabajadora, incluyendo a los campesinos, no mejore sus condiciones, mediante salarios justos, la democracia estará herida en su raíz y la paz será una fantasía. No sólo debe haber sentido humano, sino una buena organización, basada en las leyes, en las relaciones entre patronos y trabajadores. En algunos países de América, no en todos, se ha legislado avanzadamente de tal manera que la situación se balancea y resuelve. Esto es un punto capital. A pesar de ello no se atiende este aspecto en ciertos lugares del Continente, lo cual provoca conflictos innumerables. Las necesidades materiales de un lado, la capacitación del obrero de otro, no permiten los desajustes económicos y por consiguiente planos inferiores de vida. Esa capacitación comprende, aparte el dominio de la técnica de un oficio, la adquisición de otros conocimientos, ideas y principios, que lo apoyen para desplazarse ventajosamente en las áreas cívica y político-social. Otro tanto se diría del campesino. Además de hacerle conocer los métodos modernos de cultivo, se le preparará la mente por medio de una instrucción adecuada. En América debe existir la preocupación por mejorar integralmente a la clase trabajadora, porque, caso contrario, todo lo que se exponga al respecto, será demagogia y en nada contribuirá a la causa de la democracia y de la paz. Los técnico-políticos tienen, a estas horas, labores absorbentes en este campo. Los problemas de esta índole se solucionan científicamente. La superación colectiva será una realidad en el Continente, cuando los niveles económicos, morales, espirituales e intelectuales, se hayan elevado.

## IX

Después de las consideraciones y con-

clusiones expuestas en este trabajo, que-  
remos añadir, finalmente, algunos breves  
conceptos como remate a la tesis sos-  
tenida.

El hombre, como entidad biológica,  
psicológica, espiritual, mental y social,  
es el eje en torno al cual se mueven las  
instituciones de toda índole, sistemas po-  
lítico-sociales, organizaciones económicas  
e ideologías de diversa naturaleza y di-  
rección. Acaso no sólo se mueven, sino  
que él los produce, estructura y desen-  
vuelve en la dimensión del tiempo y de  
la historia. Entonces? Es el hombre el  
que preocupa e inquieta. Los biólogos,  
los psicólogos, los filósofos, los educa-  
dores, le dedican energía y capacidades  
para descubrirlo, o mejor dicho, re-des-  
cubrirlo, porque la vorágine de las gue-  
rras lo perdió lamentablemente. Mientras  
permanezca ignorado en sus virtudes re-  
levantes, ¿qué hacer en favor de él mismo,  
de los pueblos, y en los planos superiores,  
qué puede construirse para librar a la  
Humanidad de las rachas de barbarie?

La ciencia, la educación, la ética y la  
filosofía, tienen, en este instante, dos ta-  
reas de magnitud: *formar al hombre de  
las nuevas generaciones en sus potencia-  
lidades magníficas y reconstruir al actual,  
hasta donde se pueda, para convertirlo en  
elemento propulsor y sano.* La filosofía  
espiritualista, por ejemplo, asentada sobre  
bases seguras, ha afirmado y afirma que  
el hombre es el centro de las victorias y  
fracasos, de las bondades y maldades, de  
las elevaciones y descensos, a lo largo  
de los siglos. Esta verdad no puede con-  
trovertirse. La filosofía materialista, pese  
a la unilateralidad de sus dogmas y siste-  
mas, no destruye los fundamentos de la

primera. "Superar la materia", opina el  
filósofo argentino Francisco Romero, o  
"sublimar la materia", como otros expo-  
nen, convergen en sus estudios, indaga-  
ciones y reflexiones en un punto único:  
*el espíritu es la fuerza generatriz e in-  
mortal.*

Las religiones contribuyen también a  
que el hombre se re-encuentre en esta  
crisis. Las de sólidos cimientos filosófi-  
cos ayudan más en esta obra de reper-  
cusión humana. Los conflictos interiores  
vividos por aquél lo impelen a buscar las  
verdades eternas, para enaltecerse con su  
influjo. No se habla, desde luego, de  
determinada religión, sino de las religio-  
nes con buen acopio de principios y en-  
señanzas, capaces de levantar al hombre  
a la cima de la comprensión. Náufrago  
éste en la época de la post guerra, debido  
al desengaño y al escepticismo sufridos  
implacablemente, aquéllas le ofrecen uno  
de los asideros salvadores. Ahora, sobre  
todo, varias religiones revisan sus bases  
filosóficas, para servir mejor los intereses  
del espíritu y ser operantes en el campo  
de las necesidades colectivas.

Volveremos al principio de estas medi-  
taciones: el hombre debe ser la preocu-  
pación constante de biólogos, filósofos y  
educadores, porque él construye la rea-  
lidad creadora, en todos sus aspectos,  
de las actividades antes mencionadas.  
El Presidente Eisenhower, al sugerir a las  
grandes universidades norteamericanas y  
a otras instituciones, la fundación, en  
las naciones libres, de Centros de Edu-  
cación moderna, lo hace con el propósito  
de que se forme el hombre o se recons-  
truya para bien de la democracia y de  
la paz en el mundo.

# MARCO TULIO CICERON

Por ALFONSO Ma. LANDARECH, S. J.

El día 7 de diciembre de 1958, se cumplía el bimilenio de la muerte de Cicerón.

En una mesa redonda habida en la YSEB, Televisión, canales 6 y 8, para celebrar este acontecimiento, nos preguntaba el Dr. Marco Tulio Magaña si aquí habían traído las revistas alguna referencia o se habían conmemorado de alguna otra manera los 2,000 años de la muerte del gran orador del Lacio. A esta pregunta tuvimos que responder que, hasta esa fecha, no creíamos que había salido nada como homenaje de revistas o corporaciones del Istmo al gran Cicerón.

Una atenta invitación hecha por el Director de esta revista, CULTURA, Sr. Ricardo Martel Caminos, para una colaboración con el tema que encabeza estas líneas, ha dado ocasión al artículo que ofrecemos a nuestros lectores.

La muerte de Cicerón fue verdaderamente trágica. Al ser asesinado César, el 15 de marzo de 44 a. de J. C.,

Cicerón aplaude la desaparición del dictador; pero Antonio pretende suceder a César. Entonces es cuando Cicerón lucha denodadamente contra él y pronuncia las *Filípicas*, así llamadas por semejanza con las de Demóstenes contra Filipo, rey de Macedonia.

Cicerón se hallaba ya en el mar para huir a Macedonia, cuando se le ocurrió volverse a su finca de Cayeta. Apenas desembarcado allí, le asaltaron los sicarios de Antonio, y el tribuno Herenio le cortó la cabeza y la mano con que escribiera las *Filípicas*. Fulvia, mujer de Antonio, en otro tiempo esposa de Clodio, le atravesó con una aguja la lengua, si hemos de creer a Plutarco en sus *Vidas paralelas*. La cabeza y las manos fueron expuestas en la tribuna de las arengas, donde él había dominado a aquel pueblo dominador del mundo.

## LA PERSONA

Pocas figuras tan representativas de

una raza y de una época habrá habido en la Historia, como la del gran orador latino, Cicerón, que, si en el orden político une su actividad a todos los sucesos de su tiempo, en el literario representa la plenitud del genio romano, entonces en su apogeo.

Nace en Arpino, pequeña ciudad del Lacio, el 3 de enero del año 106 a. de J. C., de una familia ecuestre.

Su padre de su mismo nombre, es un caballero culto que con la preocupación de formar bien a sus hijos, llevó a los dos, Marco Tulio y Quinto, a Roma, a casa de su tío, el famoso jurisconsulto C. Aculeo, poniéndolos bajo la dirección de los mejores maestros. Arquias, el poeta griego a quien había de defender después, les inició en la lengua y literatura helénicas. Dos grandes oradores, Licinio Craso y Marco Antonio, les sirvieron de guías para las prácticas del Foro, y dos eminentes abogados, P. y Q. Mucio Escévola, el augur y el pontífice, fueron sus maestros en la ciencia de las leyes. El famoso gramático y filósofo estoico L. Elio Estilón tuvo la dicha de contarles también entre sus discípulos.

Desde joven mostró gran afición a la oratoria y le gustaba frecuentar el foro para escuchar a los mejores oradores y aprender el arte de litigar.

Un acontecimiento histórico interrumpió los estudios del gran orador: la Guerra Social llamó a las armas a toda la juventud, y Cicerón, de 19 años apenas, tuvo que empuñar las armas a las órdenes de Cneo Pompeyo Estrabón y en compañía del hijo de éste, el que había de ser luego el gran Pompeyo. En la guerra mitridática, Cicerón permanece al margen y aprovecha la oportunidad para recibir sus lecciones de muchos sabios griegos que esa ocasión había traído a Roma. Así acabaron de moldear su formación: Fedro, el epicúreo, Filón de Larisa, el académico, que ejerció gran influencia en su formación oratoria, y el estoico Diodoto, al que alojó en su propia casa.

Cicerón tenía entonces 25 años y era hora ya de lanzarse al foro. Sus primeras armas las hizo luchando con el más primer ensayo en su primera victoria, la Hortensio, después su amigo y émulo. Tenía que defender a P. Quincio y este primer ensayo es su primer victoria, la cual viene a cimentar su fama de gran orador que al año siguiente, con el resonante triunfo de Roscio Amerino, llega a acrecentarse más.

El ideal de todo latino, como ahora sería el viaje a Europa o Estados Unidos, en un hispanoamericano, consistía en su ida a Grecia, que era, además de su sueño dorado, el complemento obligado para la buena educación de la juventud romana. En Grecia y Asia Menor permaneció Cicerón dos años, que aprovechó para ejercitarse con los mejores oradores.

En Atenas contrajo la amistad más íntima y duradera de toda su vida, la del culto y generoso caballero Tito Pomponio Atico, a la vez que oyó las lecciones del filósofo epicúreo Cnón, del académico Antíoco, del retórico Demetrio de Creta, y luego, sobre todo, de Molón que enseñaba en Rodas, llegando a hablar el griego como si fuera su propia lengua.

Muerto Sila, Cicerón regresó a Roma, el año 77, ya repuesto de su salud quebrantada. Allí corrigió sus defectos de pronunciación y acción, con Roscio y con Esopo, los dos grandes actores que le hicieron adquirir el dominio del gesto y la elegancia de la declamación, cualidad que tanto había de admirar en el gran orador.

En esa época se casó con Terencia, mujer de carácter desabrido y que no habría de hacerle feliz.

## EL POLITICO

Ya tenía 30 años y era hora de lanzarse a la política. De triunfo en triunfo, va escalando todos los cargos públicos, hasta llegar al consulado, durante el cual se le condecoró con el título

de "Padre de la Patria" por haberla librado de la conjuración de Catilina.

Primero logra ser nombrado cuestor en Lylibea (Sicilia) llegando a ser tan exitosa su administración que fue nombrado por los sicilianos para llevar su voz al acusar las infamias de Verres. Fue tan avasalladora la elocuencia de Cicerón, que el acusado Verres tuvo que desterrarse voluntariamente antes de que terminara la causa.

Al principio se inclinó hacia Pompeyo, quien le hizo edil y luego le elevó a la Pretura. Reconciliado con el Patriado, al que había antes combatido, y habiendo acrecentado su fortuna con diversos legados y ganacias, podía ahora poner la mira más alta, pues el ejercicio justo, legal y honrado de la Pretura había aumentado su prestigio.

El 64 debían elegirse los procónsules para el año siguiente, y Cicerón lanzó su candidatura. El triunfo no era fácil, pues entre sus competidores figuraban el hijo de su maestro Marco Antonio, el prestigioso patricio Sulpicio Galba y el intrigante y peligroso Catilina. Cicerón, el *homo novus* como se le llamaba, propuso hábilmente la unión entre la aristocracia y los caballeros ecuestres, para que los mejores ciudadanos, los *optimos*, pudieran ocupar todos los puestos.

Sus valientes ataques contra la demagogia de Catilina le hicieron alcanzar el más rotundo de los triunfos. El demagogo fue derrotado y Antonio y Cicerón elegidos cónsules. Su consulado señala la culminación de la figura política de Cicerón, que, al deshacer la conjuración de Catilina, mereció el apelativo de "Padre de la Patria".

Después, la situación política se agravó, porque César, Pompeyo y Craso, de común acuerdo, querían anular a Cicerón. Valiéndose para ello de Clodio, otro demagogo como Catilina, que tenía además asuntos personales contra Cicerón, logró alejarle de Roma. Durante su ausencia, la quinta de Cicerón fue saqueada, su casa, demolida, y el

solar, consagrado a la diosa de la libertad. Durante esta ausencia, un amigo de Cicerón, Milón, combatió a Clodio en la Vía Apia, dando ocasión a uno de los mejores discursos que pronunciara Cicerón. El acusador de Milón le imputaba que había sido él el que había atacado a Clodio en la Vía Apia. Si Cicerón se hubiera reducido a sostener que no le atacó, tendríamos una refutación defensiva; pero no se contentó con sólo eso, sino que afirmó, razonando hábilmente su afirmación, que fue Clodio el que atacó a Milón en aquel encuentro, que Cicerón quiere hacer aparecer como fortuito, con lo que nos dio una magistral refutación ofensiva.

El discurso Pro Milone no ha llegado a nosotros en la forma como fue pronunciado. Cicerón estaba moralmente obligado a defender a su amigo por la muerte de Clodio, realizada por su banda, y que le vino a desembarazar de un implacable rival; pero Pompeyo, cónsul único a la sazón, después de ver a la República libre de Clodio, quiso también librarla de Milón, y rodeó al tribunal que había de juzgarle de tan imponente aparato militar, que Cicerón se intimidó y no se atrevió a defenderle abiertamente. Milón se refugió en Marsella, y cuando recibió escrito el discurso que Cicerón preparó en su defensa, dijo humorísticamente: "Si hubiese hablado tan bien como escribe, no comería yo hoy este pescado tan delicioso".

Los cónsules del año 57, Espinter y Metelo, pidieron y obtuvieron la vuelta del exilado, que tuvo, al regresar a Roma, un recibimiento apoteósico y fue indemnizado por los perjuicios sufridos. Entonces se dedicó de lleno a sus tareas oratorias. Por entonces Cicerón fue nombrado augur, pero su situación política tomó mal cariz con el encuentro de Bovila y subsiguiente muerte de Clodio por la banda de Milón, lo que inutilizó a éste para pretender el consulado y echó por tierra todos los planes políticos de Cicerón. Acaso

por esto aceptó un cargo que le obligaba a salir de Roma y así el año 51 abandonaba otra vez la ciudad de Los Césares al ser nombrado Procónsul en Cilicia. Como en todos sus cargos anteriores, Cicerón se ganó el amor y el respeto de sus gobernados por su equidad y desinterés.

El interés personal y las solicitudes de sus íntimos y familiares, después de la rotura entre Pompeyo y César, aconsejaban a Cicerón la aproximación al vencedor de las Galias, que hacía, además, cuanto podía por atraerse a su partido al gran tribuno; pero la actitud facciosa de César, que se apoyaba en la adhesión personal de sus soldados para imponerse a todos, era un peligro para la República, en tanto que las circunstancias habían hecho de Pompeyo el defensor de la legalidad republicana y de los derechos del Senado. Cicerón, representante de esta legalidad, tenía que ponerse a su lado, aunque para eso tuviera que olvidar muchas cosas.

Al estallar la guerra civil entre César y Pompeyo, se pone al lado de este último, pero éste es vencido en Farsalia. César trata de ganarse a Cicerón y lo consigue; pero dándose cuenta Cicerón de que se le toleraba, pero que no se le estimaba, se retiró a Túsculo, donde, ajeno a la política, se dedicó a la literatura, escribiendo allí "Las disputas Tusculanas" (Tusculanae disputationes). Allí sufrió, en febrero del 45, un duro golpe familiar con la muerte de la más querida de sus hijas, Tulliola. Esto, unido a que, después de haberse divorciado de su esposa Terencia, mujer insoportable, hubo de hacerlo también de Publilia, la segunda, le sumió en la mayor de las tristezas.

El asesinato de César, el 15 de marzo de 44, le hizo reaccionar, lanzándose de nuevo a la política, con un vigor y una energía que no tuvo en años anteriores. Nada más valiente que su implacable lucha contra Antonio, que sin ningún talento político, ni la más ele-

mental honradez, pretendía ocupar el puesto de César. Cicerón lucha denodadamente contra él pronunciando las Filípicas. Estas fueron la condena moral del soldado sin escrúpulos, contra el que también surgió un nuevo factor: Octavio, sobrino e hijo adoptivo de César, que solicitaba el apoyo de Cicerón para reclamar su herencia. Octavio se apoyó en Cicerón, mientras lo necesitó, y cuando no le convino, lo abandonó a las venganzas de sus enemigos. Después de la guerra de Módena, se formó el segundo triunvirato, y la alianza entre los nuevos amos del Estado se selló con la sangre de sus respectivos enemigos. Antonio tenía ya elegida su víctima. Las listas de proscripción del 43 se encabezaron con el nombre del hermano de Lépido, del tío de Antonio y de Cicerón, al que, ni el lugarteniente de César, ni su vengativa esposa, Fulvia, podrían perdonar el haberles cubierto de baldón eterno con las Filípicas.

Cicerón estaba en Túsculo con su hermano Quinto cuando le llegó la noticia de su condena. Ambos hermanos embarcaron para Macedonia, pero con la precipitación no habían llevado recursos suficientes. Quinto, después de abrazar a Cicerón por última vez, fue traicionado y juntamente con su hijo cayó en poder de los sicarios de Antonio y fueron asesinados.

Cicerón pudo embarcar, pero el mal tiempo le obligó a volver a tierra. Se dirigió a Formia, pero aquel puerto no era seguro y tuvo que marchar en seguida. Al poco tiempo llegó la patrulla mandada por el centurión Herenio y el tribuno militar Popilio Lenas, un miserable a quien Cicerón había defendido de una acusación de parricidio, y, dícese también, que un liberto de Cicerón, llamado Filólogo, educado e instruido por él, indicó a los esbirros por dónde había ido la litera en que llevaban al gran orador. Este, al verse descubierto, sacó la cabeza fuera de la litera y Herenio le asestó el golpe mortal.

Murió Cicerón a los 64 años, y su



MARCO TULIO CICERON





cabeza fue llevada a Antonio, que la hizo poner en las Rostras.

Políticamente, Cicerón, a pesar de ciertas fluctuaciones, debidas más bien a la fuerza de las circunstancias, supo mantener las dos directrices de su ideal político: conciliación de la aristocracia y burguesía y defensa tenaz de la autoridad del Senado y de las instituciones republicanas.

Personalmente fue un excelente ciudadano y un ejemplar padre de familia. Aunque reunió una buena fortuna, honradamente adquirida con su trabajo, con las donaciones de clientes agradecidos y con legados familiares, las circunstancias políticas y las dilapidaciones de su esposa Terencia, le pusieron a veces en situaciones angustiosas.

## EL ORADOR

En Cicerón literato podríamos distinguir estos aspectos: a) el orador, b) el escritor y retórico, c) el filósofo y didáctico, y d) el epistológrafo.

Cuando Cicerón llegó al Foro, estaban en su apogeo Marco Antonio y Licinio Craso, juntamente con Hortensio, que lo llenaban todo por completo con su oratoria de estilo asiático, rotundo y cuajado de adornos, pero falto de verdadero nervio y vigor dialéctico. Cicerón llevaba un bagaje cultural muy superior a todos ellos, dominaba la técnica de los literatos y oradores griegos (había traducido los discursos de Pro Corona, de Demóstenes y Esquines, las obras de Jenofonte y los Diálogos de Platón), manejaba la dialéctica o arte de argumentar con un talento claro y convincente, unido al arte de mover las voluntades y llevar a sus oyentes a sus convicciones; todo ello junto con una facundia y un arte de hablar que bien se pudiera aplicar a su persona la definición que daban los antiguos del orador: "Vir bonus, arte dicendi peritus".

De los discursos de Cicerón, ordena-

dos más o menos cronológicamente, nos quedan, con mayor o menor extensión, unos 56 y los títulos y temas de unos 30 más. Se pueden agrupar en dos series: forenses y políticos. Nos vamos a limitar a dar una breve noticia de los más destacados de cada grupo.

Ya hablamos de Pro Quintio, de asunto de usurpación de tierras y en el que obtuvo su primer triunfo resonante sobre Hortensio, abogado de la parte contraria. A éste siguió el de Pro Sexto Roscio Amerino, en que su valiente acometida contra Crisógono, liberto y favorito de Sila, por su calumniosa acusación de parricidio contra Roscio, a quien había despojado de sus bienes, dió gran notoriedad al joven tribuno, que levantaba su voz contra la tiranía imperante; el Pro Fonteio, en defensa de un pretor acusado de concusión; el Pro Cecina, sobre tema de derecho hereditario; Pro L. Murena, cónsul romano acusado de intriga y soborno, uno de sus más hábiles discursos, aunque no de los más convincentes; el de Pro Archia poeta, autor griego, maestro suyo, a quien se quería privar del derecho cívico por acusársele de haber usurpado el derecho de ciudadanía, y en el que figura un bellissimo elogio de la poesía; el Pro Marcelo, una de sus obras maestras, en súplica para que César permitiera volver del destierro a su antiguo adversario; Pro Ligario, que indujo a César a romper la sentencia de muerte contra él, la cual había ya sido firmada.

Prescindiendo de otros muchos, tendríamos que destacar Las Verrinas, en las que, llevando la voz de los sicilianos contra el cruel Lucio Verres, le acusó de toda clase de torpezas y concusiones. Sólo la primera de Las Verrinas llegó a pronunciarse, porque Verres, adivinando lo que le espetaba, se fugó, por lo que Cicerón hubo de publicar las dos *actio*. La segunda está compuesta por los 5 discursos que la huida de Verres le impidió pronunciar, dejándole así marcado con el sello de

infamia con que ha pasado a la posteridad.

Si los discursos forenses han quedado como modelos del género, aún les superan, si cabe, los discursos políticos, a través de los cuales podemos reconstruir el período más agitado de la historia de Roma.

Los más célebres son: Pro Lege Manilia. Cicerón pedía en este discurso la concesión de poderes dictatoriales para Pompeyo y el mando supremo de los ejércitos. El senador Quinto Cátulo y Hortensio impugnaron esta súplica que concedía plenos poderes a un militar que pudiera convertirse en un ambicioso al contar con todos los recursos de la República. Se ha dudado de la sinceridad de Cicerón al defender ideas tan contrarias a su sentir republicano; pero las circunstancias, como lo expone en este discurso, exigían de él esta actitud. La proposición fue aprobada.

Durante su consulado pronunció también otro de los más notables discursos: Pro lege agraria. El tribuno P. Servilio Rullo había propuesto que se nombrase un comité de diez individuos que, durante diez años, pudiese repartir libremente las tierras del Estado, entre los necesitados. La idea era buena, pues hubiese alejado de Roma a todos los vagos y maleantes, convirtiendo inmensas regiones, de estériles, en productivas; pero Servilio se había incluido a sí mismo y a sus amigos en la comisión, creando a su favor una dictadura económica. Cicerón atacó la ley por ahí, en tres discursos: el primero, ante el Senado; pero de este discurso no se conserva más que el final; los otros dos, ante el pueblo. Rullo se vio obligado a retirar el proyecto de ley agraria.

Entre los discursos políticos más famosos están: Las Catilinas, contra Catilina; y las Filípicas, contra Marco Antonio.

Las Catilinas son 4 y el exordio ex abrupto de la primera "Hasta cuándo Catilina abusarás de nuestra pacien-

cia..." ha quedado consagrado como modelo del género. Se ha censurado a Cicerón el que por conseguir un efecto oratorio y político completo, dejó avanzar la conjuración, hasta conseguir lo que pudiéramos llamar la situación teatral. Pero esta acusación está ahora fuera de valor, pues nos consta que Cicerón estuvo en guardia desde el primer momento y con el alma en vilo. Pero la verdad de sus sospechas de la conjuración tardaron en evidenciarse, y cuando tuvo pruebas suficientes, la desfachatez de Catilina de presentarse ante el Senado y el cónsul, mientras los tenía acordonados con su guardia para asesinarlos, acabó por rebasar su indignación y comenzó con ese arranque tan oratorio y tan natural. Cicerón, apoyándose en las órdenes del Senado utilizó medios de urgencia que exigía el caso y usó de mano dura contra Catilina.

Modernamente se ha querido rehabilitar a Catilina, alegando que como no tenemos más testimonios que los de sus adversarios, se le ha juzgado injustamente.

Esta es la tesis de Trotsky, el famoso revolucionario ruso, en su libro "Mi Vida", publicada actualmente en España, en el libro de D. Angel María Pascual que trata de presentarle como un espíritu que ansiaba renovar la caduca sociedad burguesa romana.

Partiendo de que Catilina no fue ningún redentor de pueblo que quisiera elevarlo de su miseria, sino el patricio aristócrata ambicioso e insaciable que se apoyaba para su demagogia en la desesperación de las masas, a fin de hacer de ellas su pedestal e instrumento de sus venganzas, los crímenes de su vida privada son inexcusables y bastaría para probarlos la feroz muerte que cuando era partidario del autoritario Sila hizo dar a Mario Gratidiano, negándole toda posibilidad de vindicación.

El último grupo de sus discursos políticos lo constituyen las 14 Filípicas

contra Marco Antonio, llamadas así por la semejanza de las que pronunció Demóstenes contra el rey Filipo de Macedonia.

Jamás se irguió Cicerón con más auténtica oratoria como la que muestra en esta serie para inutilizar al lugarteniente de César, inmoral, ambicioso y sin talento, que aspiraba a dominar la República. Cuando llegó a Roma la noticia de habersele vencido a Antonio, Cicerón fue aclamado por el pueblo como el verdadero triunfador de él.

Para la posteridad las Filípicas, que marcaron para siempre a Antonio y a su mujer Fulvia, con el sello de la indignación del gran orador, tienen la nota emotiva de haber acarreado la muerte de éste.

Antes hablábamos del discurso Pro Milone, uno de los más perfectos que salieron de su pluma; y digo de su pluma, porque ya indicamos que no se conserva en la forma en que fuera pronunciado.

## CICERON Y DEMOSTENES

Con ocasión de celebrarse el bimilenio de su muerte, se nos hizo entonces en la Televisión esta pregunta: ¿Quién cree que es más orador, Demóstenes o Cicerón?

Para esto habría que distinguir, como lo hicimos entonces, entre *elocuencia*, que es la oratoria natural y la *oratoria* propiamente dicha, que es un arte, el arte de persuadir por medio de la palabra y mover las voluntades al fin que se pretende.

Como todo arte, supone un conjunto de reglas que tienen su fundamento en el fin y en todos los elementos que entran en juego para conseguirlo. El conocimiento reflejo y la fácil y certera aplicación de estas reglas es lo que añade a la *oratoria* a la *elocuencia* que es el don natural de persuadir.

El medio o instrumento de este arte es la palabra hablada; por eso llamaban los latinos al orador, *orator*, y los

griegos, *retor*, que quiere decir el que habla. La elocución, pues, le es del todo punto indispensable.

El orador, el que habla con objeto de persuadir, pone simultáneamente en juego todas sus facultades. Su discurso es la resultante de tres elementos: el que tiende a instruir o argumentar, llamado *dialéctica*; el que tiende a agradar, *poética*; y el que tiende a conmovir, *patética*. Del manejo de estos tres elementos dependerá el resultado del discurso. Naturalmente que el primero, de la prueba, que ocupa la parte principal de la pieza oratoria, o sea la confirmación, es el principal. Pero el orador no habla como podría argumentar un profesor o un filósofo en la clase, de una manera, por decirlo así puramente cerebral, su tendencia práctica y la complejidad de su auditorio le obligan al orador a proceder con inteligencia en la selección y desarrollo de los argumentos, prefiriendo los que, dado el fin que se propone y la clase de auditorio con que cuenta, resultan más asequibles y decisivos para arrastrar al auditorio y no precisamente los que en sí son más fuertes e irrefutables. Y, encima, a evitar el aburrimiento o la falta de atención de los oyentes. A esto viene el elemento poético que abarca desde la natural conformación del lenguaje, hasta el resalte de la frase feliz y que hiera, desde la palabra halagadora del oído, hasta la figura o imagen que se graba en la imaginación. Y, por fin, es de suma importancia el elemento dinámico, porque la oratoria es lógica candente. Por eso no es suficiente sugerir una convicción cualquiera; es indispensable una convicción sostenida y caldeada por el afecto. Este elemento es tan importante que muchas veces es él el que decide el éxito de la elocuencia oratoria.

Esto supuesto, atendidos en su conjunto todos estos elementos artísticos que entran en juego en la oratoria, pudiéramos decir que los dos son muy *elocuentes*, superando quizá en natura-

leza el griego, pero en el elemento que hemos llamado artístico y de recursos oratorios, tendríamos que dar la palma al gran orador del Lacio.

### CICERON ESCRITOR

Entre los escritos de Cicerón se encuentran de tres clases: de didáctica e historia oratoria, filosóficos y epistolares.

Sobre los primeros centraremos la atención en tres libros: *De oratore*, en forma de diálogo, en que se hace un estudio sobre las cualidades, disciplinas y formación del orador; el *Brutus sive de claris oratoribus*, verdadera historia de la oratoria romana; y el *Orator ad M. Brutum*, verdadero testamento oratorio de Cicerón, según Teuffel, en que traza la figura del orador ideal, que ha de ser ante todo un pensador y un hombre de vasta cultura, especialmente filosófica, y en la que concede la mayor importancia a la elocución, preferencia naturalista en tan maravilloso artífice de la palabra.

En cuanto a las didácticas, habría que resaltar las *Tusculanae disputationes*, escritas en la época más dolorosa de su vida; *De natura deorum*, en que cada uno de los interlocutores va exponiendo su teoría sobre la materia, sin tomar Cicerón una preferencia por ninguna; *De officiis*, dedicado a su hijo, que examina las cuestiones de lo honesto, lo útil y las relaciones entre uno y otro; *Cato Maior sive de Senectute*, diálogo en que trata de probar que la vejez no tiene nada de temible. El protagonista es Catón el Censor y los razonamientos son muy ingeniosos.

Pero las dos obras más importantes de este grupo son: *De República* y *De Legibus*. En la primera se presenta como tipo perfecto de gobierno la antigua constitución romana, en que ve felizmente enlazadas las formas aristocrática, republicana y monárquica. El tratado *De Legibus* es la exaltación de las leyes romanas.

Las cuatro colecciones de cartas de Cicerón forman un conjunto de 36 libros en total, de un valor literario e histórico inapreciable, modelos de su género, por su sencillez y naturalidad. 16 libros van dirigidos a sus familiares, 16 a Atica, 3 a Quito, 2 a Bruto, 90 dirigidas por otros personajes a Cicerón.

Resumiendo, diríamos que este gran político, orador y escritor ha cultivado casi todos los géneros en prosa, y en todas sus obras puede ponerse por modelo.

En él podrían distinguirse estas cualidades: a) una erudición pasmosa, cualidad, según testimonio propio, indispensable en el buen orador y que la muestra en el conocimiento de la ciencia de su época; b) el amor patrio, junto con el amor de familia y de amistad; c) el conocimiento del corazón humano y el dominio de los recursos psicológicos para ganárselo a su causa; d) el arte de la palabra en que sería muy difícil encontrar otro igual. Su estilo, ya periódico, ya cortado, ya sobrio, ya florido, es siempre de una maravillosa armonía.

San Salvador, 7 diciembre 1959.

# LA CRISIS DE LA CRITICA

Por R. CANSINOS-ASSENS

Es interesante comprobar cómo desde mediados del siglo XIX hasta la fecha, ha evolucionado la crítica literaria siguiendo el general proceso evolutivo del espíritu humano.

En el académico siglo XVIII, la crítica era dogmática y pronunciaba sus juicios ateniéndose a la Gramática y la Preceptiva retórica. No concebía lo bello ni lo sublime sino manifestándose dentro del marco de esas reglas, repitiendo situaciones y efectos, ya utilizados por los clásicos.

El crítico, ante la obra de arte, era como un severo magistrado de ceño fruncido que con toda frialdad, consulta su Código y emite su fallo; el artista venía a estar en la situación de un reo, que ocupa el banquillo o de un escolar que ha de responder exactamente a un cuestionario, para graduarse.

Los románticos, con su emotividad impulsiva, abrieron brecha en esas reglas consagradas y demostraron que fuera de ellas podían existir lo bello y lo sublime.

El dogmatismo retórico era un vestigio del dogmatismo religioso y no podía subsistir en una época en que ya habían triunfado el libre examen y los Derechos del hombre.

El romanticismo que acabó por imponer un nuevo concepto del arte, fundado no en las reglas, sino en la emoción, tuvo también por consecuencia el surgir de una nueva crítica, que ya no podía juzgar apoyándose en ningún código retórico, objetivo, sino en la subjetiva reacción sentimental ante la obra de arte.

El crítico dejó de ser un gramático o un retórico, para ser simplemente un hombre, dotado de sensibilidad artística, que le permitiese sorprender el secreto de la obra de arte, explicarla como un fenómeno natural y hacer con ella lo que el botánico hace por ejemplo con la flor, a la que pone un nombre científico.

El crítico era como un creador de segundo orden, cuyo trabajo empezaba luego que el artista, el verdadero creador, daba por terminado el suyo; era como

la consciencia y aun la subconsciencia del artista; investigaba las leyes íntimas que habían presidido el delirio lúcido de la creación, inquiría todas las intenciones capaces de esconderse en la envoltura material de la obra, los elementos psíquicos, ambientales y étnicos que habían contribuido a engendrarla, cambiándose en alma y sangre de su creador. No aplicaba a la obra leyes generales, sino que la consideraba como algo personal, único en cada caso, como único y personal era su autor. Su actitud ante éste, no era ya la de un fiscal o un dómine, de antemano prevenido contra él, sino la de un amigo, dispuesto desde luego a la indulgencia y sobre todo, la de un hombre que quiere comprender y sabe que eso sólo es posible, merced al don de la simpatía.

Una falta gramatical, una torpeza de expresión no eran nada ante la belleza de un pensamiento o el poder de una emoción. El crítico era un lector selecto y bien intencionado, que aspiraba a impresionarse con emociones de belleza y compartir reflejamente el goce del creador.

Surgieron así esos críticos de espíritu generoso y amplio, como Sainte-Beuve, Taine, etc. tan distintos de aquellos antecesores suyos, que se acercaban a la obra de arte como a un acto de osadía casi delictiva, con una intención premeditada de percibir lo feo y gozar el placer masoquista de descubrirlo y revelarlo. Cierto que esos críticos de casaca y peluca, empeñados en mantener unos privilegios que ya habían perdido el clero y la nobleza, seguían resistiéndose a dejar su férula de dómines, como también su caja de rapé, donde creían guardar el secreto de lo bello y sublime. Pero ya nadie les hacía caso ni se fijaba en ellos como no fuera para reírse de sus figuras estrafalarias, semejantes a las de los doctores de Molière.

El crítico en el siglo XIX tenía que ser un hombre sensible y comprensivo, es decir, un artista, la crítica se había elevado a la categoría de obra de arte. Para juzgar a un Shakespeare había que ser un Hugo. Y para juzgar a un Hugo, había

que ser por lo menos un Musset, tener una posibilidad huguesca.

En el siglo XIX, la verdadera crítica la hacen los poetas, es decir, los creadores, que son los que mejor pueden comprender y sentir, la obra del colega. Así fue siempre en el fondo y no hay nada tan instructivo y ejemplar como oír a Platón interpretar a Homero o a Goethe desentrañar a Byron. Pero hasta el siglo XIX no se impone esa crítica, cuya clave es la afinidad de temperamento y que actúa como una ideal cámara de los pares.

En el siglo XIX y en el XX, los críticos son también creadores —poetas, novelistas, dramaturgos— y funden en una misma personalidad ambos atributos. Ejercen la crítica y la sufren y no aspiran por lo tanto, a ninguna situación de privilegio. En realidad, puede decirse que se ha abolido la investidura solemne del crítico profesional, arcaica ya como la peluca y la toga del magistrado. La crítica se ejerce en un plano de igualdad recíproca, y es por ello comprensiva y cortés y, en términos generales, cordial.

La casta de los Zoilos parece haberse acabado para siempre. Y los artistas pueden cantar victoria.

\* \* \*

Los términos se han subvertido de tal modo, que si antes era el crítico el que infundía miedo al artista, ahora es el artista el que intimida al crítico, pues ha encontrado éste una palabra terrible para invalidar su juicio, cuando le es adverso. La de incomprensivo, que es el epíteto más injurioso en una época en que se aspira a comprenderlo todo. No hay crítico que quiera cargar con el remoque de —hombre que no comprende— *Monsieur qui ne comprend pas*— y pasar por un Mr. Homais. Hay que comprender el fenómeno artístico, por nuevo y raro que parezca, no mostrar extrañeza ni indignación. Hay que aceptarlo todo como se aceptan los fenómenos naturales y lo único que se le permite al crítico, es tratar de explicar la génesis y el sentido de la obra de arte, absteniéndose de formular

juicios que, aplicados a ella, serían tan impertinentes como aplicados a cualquier fenómeno de la naturaleza.

A la crítica dogmática, valorativa, sucede una crítica descriptiva, informativa que se limita a exponer objetivamente lo que en la obra de arte se contiene. El crítico pasa revista al libro del poeta o el novelista como a un paisaje, y anota los accidentes que en él observa, como la orografía o las planicies, los prados o ríos de un trozo de geografía. La crítica de un libro viene a ser como la exposición de las impresiones de un viaje. El crítico ya no aplica reglas ni principios, no impone su autoridad, y si expresa algún juicio, lo hace desde un punto de vista puramente subjetivo, saliéndose del terreno dogmático, para situarse en el más modesto de lo opinable. El fallo sobre la obra de arte se remite al lector que, en esa época de subjetivismo, es el supremo juez.

La crítica comprensiva no tiene más medios de pronunciarse sobre el valor que concede a las obras de los autores, que los indirectos de la selección y el silencio. El silencio es un modo de sufragio, que adquiere categoría de fallo expresivo. El crítico no habla de aquello que no le interesa, que no impresiona gratamente su sensibilidad. Y el solo hecho de fijar su atención en una obra, ya es una suerte de homenaje al autor. Pero aparte el silencio absoluto, emplea el crítico otros silencios relativos, que el lector debe *saber interpretar* y que el autor siempre interpreta. La reticencia, sospecha a veces de insidia, la ironía, tiene un gran valor estimativo en esa crítica comedida y cortés. Hay que saber leer al crítico, valorizar sus reticencias y reservas mentales, y adivinar sus ironías al través de la aparente inocencia de su léxico. Pero ese es un arte difícil, no sólo para el lector, sino para el propio autor, que a veces no sabe distinguir bien si la crítica de su obra es un ditirambo o un vejamen y si debe dar gracias al crítico a enojarse con él, no siendo raro el caso de que haga ambas cosas, primero la una y la otra después, como reacción de una com-

presión tardía. De donde resulta que el crítico más circunspecto corre riesgo de parecer un Zoilo.

Esta crítica antiformalista, sin reglas ni principios dogmáticos, es en ocasiones, más temible que la otra, pues al examinar la obra de arte como una creación subjetiva, no genérica, por fuerza ha de ejercerse sobre la propia subjetividad del artista, tomando así un inevitable sesgo personal. Es en suma al hombre, al que se juzga, induciendo sus valores psíquicos y morales, de los exponentes estéticos de su obra. Al criticar ésta, es la sensibilidad, la pobreza o riqueza espiritual del autor, sus tendencias y en una palabra, su visión de la vida, su filosofía personal lo que se valora. El crítico hace psicología y al diseccionar la obra, disecciona la psiquis misma de su autor. Ya no dice si la obra peca contra esta o la otra regla artística, si es deficiente por este o el otro concepto, sino hasta qué punto es exponente de un alma grande o vulgar, y reveladora de ideas y sentimientos nobles o mezquinos. Es el alma del autor la que queda al desnudo en esa forma de crítica, que al examinar una obra de arte, da por sentado su valor estético y no investiga detalles de técnica, sino indicios reveladores de un fondo psíquico, más o menos rico en valores humanos.

Ya se comprende que tal modalidad de crítica no puede menos de herir la sensibilidad, ya de por sí tan irritable del artista. Y así es en verdad. La antigua pugna entre artista y crítico más bien se exagera que se atenúa, en esa modalidad de la crítica que hemos llamado descriptiva. La crítica dogmática era tajante, pedantesca, agresiva; pero franca, explícita, demasiado explícita; el autor sabía a qué atenerse con ella y podía replicar a sus ataques violentos en forma igualmente airada. Pero ¿qué hacer con esta otra crítica comprensiva, comedida y ecuánime?... ¿Cómo indignarse contra ella, corriendo el riesgo de parecer incomprensivo?... Sólo cabía el desdén, la indiferencia y esa era la actitud del autor ante el crítico que no se le mostraba incondicional. Y el crítico a su vez

le correspondía con la misma indiferencia, se encogía de hombros y nada más. A veces, el autor dejaba de enviarle sus libros al crítico o éste dejaba de hablar de ellos y la cosa no pasaba de ahí. El autor se daba importancia, se atribuía el lujo de tener un Zóilo y se desquitaba de esas incomprensiones con las apologías de sus admiradores incondicionales.

El crítico por su parte, no podía defenderse, porque, a partir del romanticismo, le faltaba una base dogmática, en qué apoyar sus dictámenes, ya que la antigua retórica había perdido su vigencia, y se había proclamado la independencia subjetiva del autor. Pero bajo el imperio de ese subjetivismo, la Crítica halló medio de hacer valer sus fueros antiguos, cuando un hombre de ciencia, el célebre Lombroso, emitió su sensacional teoría de la concomitancia del genio con la locura y la morbosidad sintomática discernible en la obra de arte. Entonces surgió la crítica que enjuiciaba las obras con un criterio médico-legal y la Patología vino a sustituir a la caducada Retórica. La Crítica encontró una base dogmática para sus juicios subjetivos, y analizó la obra de arte como un documento, como un gráfico de la curva mental del autor. Sobre esa base, el crítico representativo de la época finisecular, el famoso Max Nordau, analizó las obras de poetas y novelistas como Flaubert, Zola, Verlaine, Mallarmé y Maeterlink, descubriendo en ellas síndromes y complejos morbosos, que diagnosticaba con suprema autoridad de médico en ejercicio. Esa crítica científica encontró numerosos secuaces y por un momento el antiguo dómine fue sustituido por el médico o el que presumía de tal. Por el método inductivo, se descubría en la obra de arte, síntomas indudables que permitían diagnosticar en el autor una parálisis progresiva, una degeneración cerebral, etc., etc. El crítico se vengaba así del desdén del artista y lo mandaba al manicomio o al hospital. Fue esa la gran batalla entre críticos y autores, que se atacaban mutuamente con una virulencia a la que debemos páginas magistrales en el género de la diatriba y

el insulto personal. Y hay que decir que la batalla la ganaron los artistas, pues tenían todo su derecho al negarles el suyo a esos intrusos en el reino del arte, y enviarlos a las clínicas, a tomar pulsos y analizar orinas.

La crítica dogmática perdió otra vez la batalla, al pretender aplicar la Patología en el dominio de la Estética, como si la Venus de Milo por ejemplo, perdiera algo de su belleza por adolecer del bazo o del hígado, siempre que no padeciese de escoliosis. Los críticos sensatos se abstuvieron bien pronto de extender diagnósticos y la Crítica volvió a contenerse dentro de los límites de la psicología y la Estética. Falta de una base dogmática otra vez, creó valores estéticos, de un alcance superior a los de las antiguas preceptivas, en el grado en que la Estética es superior a la Retórica, estableció categorías estéticas, tomadas de la filosofía y con arreglo a ellas, juzgó las obras de arte, sometiéndolas a una escala de valores universales. Tal fue la Crítica de los Brandes y los Croce. Pero esa crítica de altura sólo podía ejercerse con los artistas de altura, con las grandes figuras y dejaba en el olvido a la mayoría de los autores que no alcanzan esa talla ingente. Aparte que tampoco sus dogmas pueden aspirar a un valor absoluto y universalmente acatado. Siempre el subjetivismo del crítico ha de influir en esa estimativa.

Resulta pues, que en los comienzos del siglo actual, la Crítica está en crisis de desorientación, pues ha perdido la brújula de los antiguos dogmas. En el fondo participa de la crisis universal de principios. Dividido el mundo de las ideas en bandos y tendencias distintas, también la Crítica se hace partidista y tendenciosa. Quiere poner la creación estética al servicio de los valores que proclama. La Crítica es tradicionalista o revolucionaria. Esta última juzga el valor de las obras de arte por su contenido social, por su audacia renovadora. Pero es reaccionario en el terreno estético, ante las audacias puramente técnicas o de fondo artístico. Para ella, una obra perfecta estéticamente no significa nada, como no encierre un con-



tenido social. Crítica semejante no puede satisfacer a los artistas, siempre opuestos a toda finalidad utilitaria, a toda limitación de la libérrima facultad creadora. A esas pretensiones de la Crítica tendenciosa, ya a fines de siglo, los artistas han respondido con el lema del *arte por el arte*.

El resultado de todo esto es que la Crítica anda desorientada y los artistas también. Críticos y autores se dividen en grupos con sus respectivos programas y tendencias, que responden a sus modos de ver el arte, personales y relativos. Falta un principio absoluto a qué atenerse. La crítica ha reconocido su incapacidad para hacerce científica, y pronunciar fallos inapelables. Se ha equivocado tantas veces! Y los artistas por su parte, han perdido la fe en ella. El artista moderno, escribe o pinta para el público y prescinde de la Crítica, sustituyéndola por la publicidad y la propaganda. Y en cuanto al público, obedeciendo al general anhelo moderno de emancipación individualista, recaba el derecho de juzgar por sí mismo, sin tener en cuenta las opiniones emprendidas de los críticos, que ya no tienen validez en un mundo que se ha salido de los antiguos cauces académicos. La opinión del crítico no tiene hoy más valor que el puramente personal y su influjo sobre el público depende de la autoridad que hayan podido granjearle su penetración y su ecuanimidad. Pasaron ya los tiempos en que el crítico clamaba alto como desde una tribuna o una cátedra —a veces como desde un Sinaí— y confería títulos de genio o de medianía, cuando no de incapacidad absoluta. Hoy por más que fuerce la voz, apenas si nadie le oye y menos le hace caso y consciente de ello, se expresa en un tono modesto, insinuante. Los artistas han hecho tantas veces y con tanto éxito la caricatura del crítico, que éste tiene ya hasta rubor de llamarse así. No quiere que pueda comparársele al eunuco envidioso y resentido, que, incapaz de dejar encinta a las Musas, se desquita poniendo defectos a los frutos del creador fecundo. Es hoy muy corriente que el crítico decline el título de

tal, como algo ofensivo y alegue modestamente que él no es más que un dilettante. El tipo de crítico arrogante, lleno de ínfulas, que hacía un sacerdocio —como él decía— de la Crítica, y adoptaba una actitud solemne y cejijunta ante la obra de arte, que estaba llamado a juzgar y se ensañaba con ella y con su autor cuando no respondían a su criterio estético o a su gusto personal, ha desaparecido casi por completo como el del dómine de palmeta y el mediquillo de empaque doctoral, que redactaba sus recetas en latín, y emitía pronósticos infalibles según las reglas, enojándose cuando la naturaleza salvaba a sus enfermos desahuciados. Ese tipo de crítico tenía que desaparecer, ya que ante la obra de arte se encuentra hoy todavía más desarmado que el médico moderno, que por lo menos para el diagnóstico cuenta con medios científicos, radiografía, análisis, etc. que por ese lado hacen de la Medicina una ciencia. El crítico ante la obra de arte, no cuenta con otro reactivo ni medio exploratorio, que el de su sensibilidad o su buen gusto. Está forzosamente influido por su temperamento, su formación espiritual o mundana, hasta por sus complejos y desde luego, por las corrientes de su época. Se halla al mismo nivel que el artista y el público y sólo puede encontrar eco en sus afines. Ningún título le cubre con un penacho imponente ni lo hace indiscutible en un tiempo en que todo hasta lo más sagrado, es materia de discusión. La publicidad por otra parte lo desborda, y apaga sus juicios en una oleada de reclamos, que a los ojos del público asumen categoría de crítica. Sucede a veces que en el mismo periódico o revista en que el crítico emite un juicio adverso sobre una obra, aparece al día siguiente la gacetilla retribuida que lo rectifica o al revés. El público no sabe a qué atenerse y falto de una autoridad superior que pudiera acatar, ese público del sufragio democrático, se arroga el derecho de juzgar por sí mismo, según su gusto personal, que no es siempre el buen gusto. De todo lo cual resulta la inutilidad de la Crítica, en su función magistral

de iluminar al artista y encauzar la opinión, suponiendo que fuese apta para ello. Pero ¿lo es acaso? Evidentemente, no. Sin remontarnos a épocas remotas, en los tiempos recientes, se ha mostrado miope, incomprensiva ante las nuevas modalidades de arte que han surgido en literatura y pintura; ante el cubismo y el surrealismo, como antes lo fue ante el romanticismo y el modernismo y el realismo zolesco, negándose a aceptar valores que después se han impuesto. La Crítica ante toda innovación se muestra tan incomprensiva como el vulgo, igualmente desorientada y herida en sus hábitos intelectuales y sensitivos. Se opone como una rémora a todo progreso evolutivo del arte, es retardataria y conservadora y sólo reacciona favorablemente después que la innovación ha triunfado e impuesto un nuevo gusto o una moda. Toda crítica, aun la más avanzada, tiene siempre algo de académico y pedantesco; no puede olvidar sus orígenes ni se aviene a deponer su antigua actitud de superioridad ante el artista, su orgullo intelectual para el creador espontáneo y en cierto grado inconsciente. El crítico va a la zaga del artista y por ahí falla su función presunta de corifeo y guía.

Cierto que hay que distinguir entre la crítica actual, impresionista, que se hace al día, en revistas y diarios, de esa otra crítica posterior, reflexiva, que *se hace en el libro*, por hombres documentados, que estudian el fenómeno estético aplicándole el análisis y el método más o menos científico. Pero esa crítica *a posteriori*, no puede ser sino explicativa, descriptiva y no puede impresionar a los públicos con el sensacionalismo de la otra. Es la crítica militante, periodística, la que formula los primeros juicios y por lo tanto puede influir más directamente en la opinión. Y esa crítica, apasionada, y generalmente regresiva, carece naturalmente de valor sólido y es contra ella contra la que se revuelven con razón los artistas. Esa Crítica es en general, incompetente y sólo en raras ocasiones, se acredita de perspicaz. Esa Crítica es la que agrava el divorcio entre el artista y el crítico.

Ahora bien; ocurre el fenómeno paradójico de que esa Crítica sea la que en el fondo interesa más al artista, por ser actual, y adelantarse a los estudios de verdadera crítica que después vendrán. El autor tiene prisa en esta época de prisa y desea verse comprendido y consagrado desde el primer momento. No le basta con el favor del público, puesto que lo alcance, pues el éxito puede lograrse por medios bastardos, sin ninguna relación con el arte y para su desgracia, el artista necesita todavía de ese intermediario del crítico que con su autoridad tradicional lo consagre y lo unja como ungía el sacerdote a los antiguos monarcas. (Por algo se ha hablado del sacerdocio de la Crítica). A un autor de éxito popular, pero no consagrado por el crítico, le faltará siempre algo, será un advenidizo, un intruso en la ciudad del arte. No tendrá legitimidad. El artista lo siente así y de ahí que, pese a todo su orgullo, corra detrás del crítico y trate de conquistárselo por todos los medios, aun apelando al soborno unas veces por el halago y otras por medios más efectivos. "Usted es el único que puede comprenderme... el único cuyo juicio me interesa... yo no le pido a usted un elogio... yo le pido un juicio imparcial... le agradeceré incluso que me dé un palo..." Así pordiose el artista la atención del Crítico sobre su obra, sin perjuicio de indignarse luego, si efectivamente el crítico le da ese palo que pedía. Entonces pondrá cara fosca, invalidará al crítico, lo tildará de incomprensivo, le aplicará esos epítetos de megaterio, saurio, etc. tan pintorescos como inofensivos. Pero en el fondo, se sentirá tan hueco, porque al fin el crítico habló de él, aunque mal y todo es preferible al silencio. El silencio es el peor enemigo del artista, peor que el crítico más atrabiliario, pues apaga su voz y lo estrangula. Una crítica adversa, por enconada que sea, llama la atención sobre él, lo pone en tela de discusión y en último término, le permite el lujo de decir que tiene un Zoi-lo. Y a veces, la antipatía de un crítico determinado le granjea las simpatías de los enemigos de ese crítico, que por darle

un disgusto, se crearán en el caso de darle un gusto a él y elogiarlo. De igual manera, el elogio de un crítico granjea los ataques de otros que son sus enemigos, o simplemente quieren alardear de originales. Fórmense así verdaderas consultas de críticos, análogas a las de médicos, en que el artista puede recoger toda una colección de juicios antagónicos, y reírse así de la sabiduría de los galenos de la Crítica —“Ya ve usted... el uno dice que el hígado... el otro que el corazón... y este otro que soy un modelo de buena salud...”

El artista novel es naturalmente el que más corre detrás de los críticos, porque es el más desorientado respecto a sí mismo y a su obra y el que tiene más prisa por que lo diagnostiquen. El autor joven tiene en estos tiempos, colegas de su edad que lo celebran en esas revistas que ellos mismos fundan y fácilmente reúne un surtido bastante copioso de elogios ditirámicos. Pero esos compañeros y coetáneos suyos no tienen autoridad para él, y en su fuero interno por más que disimule, siente el ansia irresistible de que alguien ajeno a su *coterie*, alguien que no sea simplemente poeta y se empenache de crítico confirme los elogios de sus compañeros y le dé —como se decía antes— el espaldarazo. Hoy no se dice así; pero no por ello se desea menos ese espaldarazo. Y es notable que los mismos artistas que en un raptó de iconoclastia juvenil anularon, mataron al crítico dogmático, de aire de dómine o pontífice, sientan ahora su nostalgia y traten de resucitarlo. Como los primeros hombres que según Freud, mataron al padre autoritario y luego lo echaron de menos, así esos artistas echan de menos al crítico despótico, pero paternal. Ellos solos andan desorientados, porque no se reconocen unos a otros superioridad. Necesitan al crítico, así, al Crítico, y cuanto más severo, dogmático y tajante, mejor. Si sus juicios les son favorables, estarán consagrados y sí adversos, ya tendrán un motivo para lamentarse de incomprensión y darse aire de víctimas generosas y magnánimas, que no guardan encono. Todo

antes que hundirse en esa trivialidad de la crítica camaraderil, que no consagra cuando elogia y cuando ataca, resultan sus golpes más ofensivos y dolorosos. Y así, aun a los más halagados, se les oye clamar en tono plañidero, desolado —“No hay Crítica... Hace falta un Crítico... No se puede hacer nada sin crítica...”

Hace falta un crítico —dicen— pero se sobreentiende— Un crítico que pegue a los demás y nos mime a nosotros, un crítico a nuestra medida, un león que para nosotros sea un faldero, porque en otro caso, no nos valdría de nada... y tendríamos que sacrificarlo otra vez... —Y van por ahí a la busca de un crítico, como a la busca de un médico de urgencia... Querrían resucitar ahora a esa casta de críticos, rudos, inciviles como los Balbuena, Bobadilla y Clarines del siglo pasado, que trataban a los escritores como a delincuentes o alienados y cuyo primer gesto ante la obra de arte era de malhumor como ante una visita inoportuna... críticos que parecían aspirar a no tener nada sobre que ejercer la crítica, según el modo como trataban a los autores... Pero esa raza de críticos, sobre la que triunfó por suerte esa otra de los Valera y la Pardo Bazán que coexistió con ella y a la que sucedió la de los Canedos, González Blanco y Fernández Almagro será muy difícil que resucite... Ningún escritor de talento querrá asumir el antipático papel de censor, y cargar con el odio de los autores maltratados y la hipócrita gratitud de los elogiados, que siempre estiman no lo han sido suficientemente. La posición del crítico, que convive socialmente con sus criticados a los que diariamente ve y trata no puede ser más espinosa, pues la vanidad de los autores es infinita, tanto como su irritabilidad. Cada uno de ellos aspira a la categoría de genio y no se contenta con apreciaciones intermedias. Aspiran al todo. Si le concedéis el don de la ternura, de la delicadeza, exigen además que le reconozcáis el del vigor y la energía. Y si le concedéis la fuerza patética, reclaman aún que los proclaméis humoristas, y se enojan por lo que le negáis, más que

se satisfacen por lo que les concedéis. Divididos además entre sí por la rivalidad inevitable, siéntense indirectamente ofendidos cuando el crítico imparcial elogia de buena fe al compañero que les hace sombra, cual si el elogio que el crítico le tributa, le fuera robado a él. Así, el crítico se granjea enemistades unas veces por atacar a uno y otras por elogiar a otro. Malas caras, distracciones premeditadas y a veces francas retiradas de saludo suelen ser el premio de su ingrata labor. Y por más que haga, no puede evitar la nota de parcial, arbitrario e injusto. Y su presencia es acogida en todas partes como la de un fiscal y hasta la de un verdugo. Su famoso escalpelo toma las proporciones ideales de un hacha.

De ahí que el escritor de talento y conciencia que sería el más indicado para ejercer la crítica se abstenga cada vez más de mezclarse como elemento moderador, en esa lucha enconada que sostienen entre sí los artistas. Y si su temperamento lo lleva a la Crítica, procura apartarse de lo actual y aplicar su ingenio y su saber al estudio de escritores ya muertos o exóticos, alejados de él en el tiempo o el espacio. Estudia un autor o un grupo de autores, ya consagrados por la fama y que de rechazo pueden dársela a él y no se aviene a arriesgar su tiempo y su nombre, juzgando a escritores noveles, y haciendo pronósticos, que luego puede desmentir la labor ulterior de aquéllos. Porque —y ésta es una cosa que olvidan los autores— el crítico que juzga a un novel, es como un jugador que apunta a una carta que puede fallarle. Hay una solidaridad forzosa entre autor y crítico, y ambos se juegan la fama en el mismo naípe. Si el autor saludado por el crítico con entusiasmo en sus comienzos, se hunde después en el fracaso, la labor del crítico corre la misma suerte que su obra. El crítico tiene mancomunidad de intereses con el autor y se hunde en el olvido o se hace con él inmortal. Luego que el crítico ha elogiado una vez a un artista, ha comprometido ya su reputación y su deseo natural será que aquél responda a sus pronósticos, y sen-

tirá tanto como él que su obra ulterior no confirme la buena impresión de los principios. El crítico hace al autor y el autor al crítico. El crítico con sus artículos llama la atención sobre el autor y éste, cuando su obra se impone, llama la atención del público sobre el crítico, pues una personalidad interesante, despierta el interés por cuanto se haya dicho de ella. La emoción estética producida por la obra, trata de hacerse consciente y completarse en forma de saber erudito. Ligadas están como las de dos mellizos, las suertes del crítico y el autor, y es absurdo que esos hermanos riñan entre sí. Y sin embargo así es. El crítico que supo adivinar al genio, vivirá eternamente con él y compartirá su gloria, y el crítico negativo y miope expiará eternamente su error y su torpeza, en forma de bochorno y escarnio. Pero los artistas, siempre descontentos del crítico, olvidan esa circunstancia y ven en el crítico un émulo, y hasta un enemigo, cuando no les es absolutamente incondicional. Tiene que ser así, por la obligación esencial en que está el crítico de señalar defectos, y rectificar direcciones equivocadas, que rebajan la calidad de la obra. El autor rara vez tiene la ecuanimidad suficiente para comprender y aceptar las indicaciones del crítico, que lo obligan a un esfuerzo penoso y generalmente opta por ver en ellas la expresión de una envidia, impotente para la creación y que rebajando la ajena, se toma su desquite. Error manifiesto, que todos ven, menos el artista y sus amigos incondicionales; y éstos agravan todavía más la suspicacia del autor, haciéndole ver insidias y reticencias aun en los elogios del crítico. Más de una vez se da el caso de que el autor haya acogido bien y aun agradecido la crítica y luego reaccione contra ella, por instigación de sus amigos oficiosos y capciosos. —“No te has fijado bien... creías que era un elogio, y es un varapalo... Ése crítico es un maquiavelo...” Y el autor se cree obligado a retirar el saludo al crítico insidioso, cuando no a mandar los padrinos. Aunque también se da el caso de que el crítico, herido en

lo personal por un autor que ha elogiado, reaccione contra él, desdiciéndose de lo que antes dijo, desmintiéndose de sus primeros juicios y achacándolos a su benevolencia excesiva.

Hay siempre una guerra latente o una paz armada entre autor y crítico, que puede romperse en cualquier momento, y en la que el crítico, por su condición de primer atacante, hace siempre el papel menos simpático. El público sigue con interés esas polémicas entre autor y crítico y suele darle la razón al primero entre otras cosas porque aparece siempre como la víctima y además porque en último término el crítico es un entrometido. ¿Quién lo llama a él a interponerse entre autor y público y criticar la obra ajena, que es tanto como criticar la ajena conducta? Y el público, formado por personas que no pueden tolerar que nadie se inmiscuya en sus actos, se indignan contra ese censor de obras, rebajándolo a la categoría de un chismoso vulgar, difamador y maldiciente. Sólo los enemigos del autor hacen causa común en ese caso con el crítico, olvidándose de que también es su enemigo, por creer absurdamente que la gloria que el criticado pierde, aumenta la suya. Esos escándalos literarios son la delicia de la galería, y en general, es el crítico motejado de Zoilo, eunuco y bilioso, el que hace el gasto de la risa. Y si pierde la ecuanimidad y despliega un ingenio mordaz y sapiente, tanto peor para él. . . La gente acaba por sentir piedad del autor y decir hipócritamente: “—Pero qué saña, qué crueldad...” No pasan a reconocerle al crítico motivaciones nobles, objetivas, en la defensa de lo que estima el buen arte que con pleno derecho considera patrimonio común de todos. Y clama en último término: “—Pero ¿es que ese hombre se cree que el arte es cosa suya?” Y los que diariamente sin título alguno, lo critican todo, niéganle al crítico el derecho a ejercer su actividad esencial.

De todo ello resulta que sólo un temperamento combativo, polémico, el menos indicado para ejercer la Crítica, sería el que quisiese asumir papel tan arriesgado.

De ahí que la Crítica profesional, militante, venga a parar en manos subalternas, apasionadas o acomodaticias, impulsivas o venales y en todo caso, faltas de autoridad. Los escritores de talento y conciencia, se apartan de esa crítica al día y buscan, como hemos dicho, su campo de acción en la literatura inactual o exótica. Tal es entre nosotros, la actitud de *Azorín*, que sólo por excepción, ha hablado en sus artículos de escritores vivos, contemporáneos, guardando la tinta de su estilográfica para escribir sobre tumbas gloriosas.

En general, la alta crítica contemporánea, se desplaza hacia la biografía, siempre de autores muertos y ya consagrados, que pueden estudiarse como lunas muertas, y se prestan a juicios irrefutables. El crítico se convierte en un psicólogo o un erudito, en un historiador y no en un cronista de lo actual. De igual modo que el médico de altura, da de lado a la consulta diaria, para convertirse en un investigador, en un biólogo, el crítico de vuelo se transforma en un esteta, en un investigador de las leyes del fenómeno artístico en general. El artista joven busca en vano al crítico competente y sagaz, que pudiera revelarlo a sí mismo, situarlo en la escala de los valores estéticos, decirle la buena ventura de su porvenir, trazarle el camino, aunque él no hubiera de seguirlo. Se encuentra desamparado, desorientado y tiene que contentarse con esa critiquilla de los compañeros, que no le merece ninguna autoridad, porque ellos están tan necesitados como él de un crítico de talla, de talla intelectual y aun temporal, porque el tiempo, la experiencia, son tan necesarias al crítico como al galeno.

El *escritor* joven no tiene otro sitio adónde llevar su obra para el registro literario que esas revistas juveniles, donde otros jóvenes como él, asumen el papel de los antiguos patriarcas, y acogen al expósito, según su caprichoso humor juvenil, que se rige, no por principios, sino por simpatías o antipatías no razonadas.

Para ser bien recibido allí, es menester pertenecer al grupo o capilla de que

la revista es órgano, profesar determinado credo estético y reconocer un jefe como en los partidos políticos. Hay que hacer acto de humildad y someterse a una férula, mucho más dura y exigente que la de los antiguos críticos. Cosa a que el orgullo de los mejores se resiste. Trágica situación la del artista joven en nuestros tiempos! No encuentra quien debidamente lo consagre!

Pero aun suponiendo que surgiera un crítico dispuesto a asumir el peligroso papel de valorar ingenios, tampoco su voz tendría la eficacia de antaño, atendida la dispersión de la atención pública en nuestros tiempos, de especialización y aun sindicación gremial. Por un fenómeno notable, paradójico, en esta época de tanta intercomunicación entre los hombres, de radio y aun televisión, que parecerían incrementar hasta el summum el trato y familiaridad entre ellos, vuelve precisamente a producirse ese aislamiento e incomunicación propios de la Edad Media. No hay una voz que se haga oír, no ya en todo el mundo, sino en toda Europa. La atomización de los distintos sectores sociales es tal que se han dislocado los antiguos lazos y articulaciones. Artista, crítico y público van cada uno por su lado, sin coordinación. La publicidad, como hemos dicho, sustituye a la crítica; el público juzga por sí mismo, a su manera impulsiva y la obra de arte no constituye como antaño, un fenómeno social tan destacado como para absorber la atención de la masa, atraída por otros intereses y otros problemas. El arte, la literatura, salvo contados casos de excepcional transcendencia, va siendo el patrimonio, la cosa de los literatos y al par, por espíritu profesional y corporativo, de los universitarios, de los profesores y aspirantes a serlo. Los gobiernos contribuyen a esta polarización fomentando esa literatura semi-oficial con subvenciones y premios y obstaculizando la otra literatura libre, espontánea, falta de protección como no se la proporcionen los propios recursos del artista. La literatura viene a quedar en manos del literato rico por su casa o del universitario.

Las probabilidades de que el genio surja y se revele en esas condiciones son cada vez más exiguas. El escritor genial que siempre luchó con dificultades para imponerse, por su disparidad con el medio, ha de sostener ahora una lucha doblemente titánica, si no pertenece al número de los literatos diplomados y no puede permitirse el lujo de ser su propio editor y propagandista.

Cuanto a la Crítica valorativa, dogmática que consagraba con su elogio y hasta con su ataque, pasa a la jurisdicción de los profesores y queda reducida a materia de pura erudición. El epígrafe mismo de Crítica desaparece en esas revistas universitarias, y es sustituido por el de *Bibliografía*, bajo el cual se recogen indistintamente todas las publicaciones literarias, subrayadas por unas cuantas líneas de mera información. En esas secciones, que vienen a ser fosas comunes de la gloria, reúnese todo indistintamente y con una codicia erudita de datos que llega hasta lo microscópico. El lector se admira de ver allí juntos tantos poetas, tantos novelistas, cuyos nombres no trascienden al público. Hojeando esas revistas, se tiene la impresión de un florecimiento literario maravilloso. Pero bien pronto se advierte que esa es la exuberancia de la mediocridad, y un pulular entomológico. Ninguna personalidad vigorosa se destaca de toda esa turbamulta de literatos, que por otra parte no pasan de ser promesas, futuribles de grandes hombres, brotes incipientes de un desarrollo problemático. Y esas informaciones sin crítica, no satisfacen ni al lector ni al literato. Este último sigue clamando por una crítica valorativa, aunque fuere destemplada y bronca, que viniera a sacarlo de ese limbo anodino, incluso para lanzarlo a un infierno candente. Porque no hay cosa peor que ese estado sin pena ni gloria, en que el escritor no puede quejarse de olvido ni desdén y sin embargo no logra destacarse por encima de una notoriedad uniforme. Y con su archivo de recortes alentadores y laudatorios, sigue tan desconocido como antes, sin llegar a las masas.

Llegar a las masas ;He ahí una cosa que cada día se hace más difícil para el escritor, en un mundo que cada vez tiende más a la especialización de una parte y de otra a la intervención estatal. La literatura se va convirtiendo en asunto exclusivo de los literatos. Los premios oficiales con que se pretende estimular la aparición del genio, no hacen sino obstaculizarla; pues todo lo oficial viene cortapisado por la medianía burocrática y es tradicionalmente enemigo de lo genial, de lo descolante y libérrimo. Los premios oficiales crean una literatura oficial y no hay que esperar que sirvan de estímulo a la aparición de obras extraordinarias, singulares y reveladoras. El escritor genial sólo puede darse en un medio libre, que le permita gritar a los cuatro vientos su clamor generalmente disconforme, innovador, revolucionario. Y la tentación de los premios oficiales apaga los tonos de esa voz hipotética. La medianía se impone como un patrón general. Será muy difícil ya volver a aquellos tiempos de fines de siglo pasado y comienzos del presente en que la literatura llegaba a las masas, directamente y las estremecía y las hacía tomar parte en

los debates de la Crítica. La opinión pública, cuyo surgir fue el gran fenómeno del siglo XVIII, va desapareciendo de la literatura como de la política. Preocupaciones sociales, económicas, científicas, distraen de la preocupación literaria y artística, en general. Ya no hay, ni entre los escritores ni los críticos, una voz tan fuerte y poderosa que se haga oír de todo el mundo. El escritor no toca temas universales sino que acota sectores de psicología individual o de grupos restringidos. Y el Crítico por modo análogo, reduce su voz y se consagra a la monografía, a los estudios particulares de tipo erudito, sobre autores famosos o sobre temas de sus obras, igualmente famosas. La alta crítica se desentiende cada vez más de lo actual, de lo incipiente e inmaduro y aguarda a que el escritor alcance talla suficiente para fijarse en él. Y entre tanto, el escritor sigue a ciegas su camino, falto de ese entrenador que guía y alecciona al deportista. El crítico viejo estilo, exigente, autoritario, con inevitables matices de Zoilo y Aristarco, ha muerto para siempre. Enhorabuena! Pero los escritores que contribuyeron a matarlo, más de una vez lo echan de menos...

# De los Libros y de las Bibliotecas

Por LUIS GALLEGOS VALDES

La Semana de las Bibliotecas, patrocinada por el Ministerio de Cultura y por la Asociación de Bibliotecarios de El Salvador, tiene especial significado. Estamos en la víspera del 14 de abril, Día Panamericano. En estos salones del Círculo Militar, vemos, en despliegue de libros y banderas, a las diversas Repúblicas hispano-americanas, juntamente con España, Francia y Alemania, que a ellas han querido asociarse. De ahí la presencia de estos "stands", en los que puede apreciarse la producción poética y literaria de esos países, cuyas Embajadas han prestado para el efecto su valiosa colaboración. Así, esperámoslo, esta Semana de las Bibliotecas ha de continuar siendo un verdadero ciclo cultural, en el que se planteen, en primer lugar, los problemas relativos a la misión de la Biblioteca Nacional, como difusora y renovadora de la actividad espiritual del país; como colaboradora eficaz de la escuela, del instituto y del liceo; y como complemento eficiente de la Universidad.

En segundo lugar, la Semana del Bibliotecario será la ocasión propicia para que quienes ejercen la noble y callada profesión de bibliotecarios dejen oír su voz, acostumbrada al diálogo con los libros de diversas épocas y países; será la oportunidad de plantear los problemas de su delicada especialidad, que requiere determinadas cualidades morales e intelectuales.

Todos tenemos idea más o menos cabal de lo que es o debe ser un bibliotecario, quien atiende y cuida ese santuario del espíritu, como se ha definido a la biblioteca. Se ha dicho que los bibliotecarios ideales suelen serlo las mujeres.



Efectivamente, ellas, por su sociabilidad, tacto, don de gentes, son elementos susceptibles de tratar con las más diversas gentes que, cada una guiada por un particular interés, se acercan a las bibliotecas en demanda de un dato, en busca de un libro, o deseosas de tranquilidad, silencio y ambiente grato y espiritualmente reconfortante. Quienes han vivido o visitado los Estados Unidos del Norte saben muy bien que allí hay en cada ciudad pequeña, en cada pueblo, una biblioteca pública, donde, por lo general, siempre una amable bibliotecaria atiende a los lectores. No nos referimos a las suntuosas bibliotecas de las grandes ciudades, modelos de organización y de información puestas rigurosamente al día. La medida cultural de un pueblo la da la actividad que despliegan las bibliotecas públicas, abiertas la mayor parte del día, al objeto de servir, lo más eficientemente posible, a los miembros de una comunidad, por pequeña y alejada que esté de los grandes centros urbanos.

Con todo, no olvidaremos, por afán de exaltar al libro y a las bibliotecas en un plano idealista, el grave problema del analfabetismo de nuestros países latinoamericanos, problema que por fortuna en el nuestro ha sido encarado ya, y, si no resuelto, va en camino de serlo a plazo no muy lejano; ni enamorados de la alta cultura, como de un ideal inalcanzable en este momento histórico, que nos ha tocado vivir, olvidaremos un solo instante, lo que ocurre en la mayor parte de la América Latina: pueblos cuyo índice de educación primaria es a veces alarmantemente bajo. Nos vanagloriamos de poseer una universidad; pero la realidad es que, en tanto la educación primaria no alcance un nivel más favorable, no podremos sentirnos satisfechos, pues la cultura entre nosotros será privilegio de una élite intelectual. Este cuadro, no por doloroso, debe paralizar nuestra acción contra la ignorancia y el analfabetismo.

En esos centros receptores de lo mejor que han soñado, pensado o actuado los hombres, los bibliotecarios son los encargados de velar por la conservación del libro, y por que éste llegue al lector. La vida actual impone tales deberes, que la mayoría de la gente no tiene tiempo para tomar un libro después de realizar sus obligaciones y duras tareas. El trabajo diario, aplasta, en la mayoría de las gentes, la curiosidad intelectual por algo más que no sea la rápida lectura de los diarios. Además, la radio y ahora la televisión han invadido los hogares en los que raros son aquéllos entre nosotros donde el libro tenga un sitio preferente.

No es que nos opongamos al uso de esos inventos, tan necesarios al sano esparcimiento del espíritu y diversión lícita; mas es asimismo legítimo prever, como lo han manifestado escritores de países culturalmente más adelantados que los nuestros, que de seguir por esta vía del menor esfuerzo consistente en el culto exagerado a la imagen, en poco tiempo la juventud acabará por entontecerse, a causa de no ejercitar la noble función de la lectura, pero de la lectura que enriquece el espíritu, no de la que únicamente lo distrae. Pero aun ésta corre el riesgo de perderse con la competencia atractiva y poderosa que le hacen la televisión y el cine. Porque, en efecto, podemos enterarnos de una novela o de un

drama asistiendo a una función cinematográfica, donde, en dos horas, podremos conocer *Guerra y Paz* de Tolstoi, *Rojo y Negro* de Stendhal, *Los Hermanos Karamosovi* de Dostoyevski, fuera de obras del teatro universal como *Otelo*, *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, actualizadas por la versión cinematográfica. “Sin embargo” podría objetarse, “el cine, al dar a conocer esas joyas de la literatura universal, realiza arte verdadero y de elevada calidad”. De acuerdo; mas, si se insiste, se ve cómo no basta haber visto actuar a tal o cual actor de polifacética personalidad, o a tal o cual hermosa o linda actriz para penetrar en el contenido, a menudo profundo, de las obras maestras. El cine es sin disputa un colaborador (recreador maravilloso a veces), de los géneros épico y dramático; pero esto no satisfará nunca a ciertos espíritus exigentes, que quieren conquistar el secreto de esas obras, a través de su estudio demorado y hondo.

Dentro de la abrumadora cantidad de libros que se publican en el mundo, las bibliotecas públicas seleccionan aquellas obras que vienen a llenar una laguna en determinada rama científica, filosófica, técnica o artística. No es por tanto función suya reunir, acumular, ordenar, coleccionar simplemente, sino clasificar, establecer las fuentes de información bibliográfica. Toda una disciplina referente al libro ha surgido a la que se ha dado el nombre de bibliotecología. Así tenemos una nueva profesión: la de bibliógrafo, que si bien ya existía, ha tomado en estos últimos tiempos mucha importancia, dados el adelanto y magnitud del libro en nuestra civilización.

“Hasta hace poco menos de veinte años” —escribe el bibliógrafo argentino Domingo Bounocore—, “las disciplinas relativas al libro, especialmente la bibliografía y la biblioteconomía, no habían sido objeto de ningún interés especulativo por parte de nuestros estudiosos. La literatura de la especialidad —salvo rarísimas excepciones— no registraba trabajos dignos de mérito, siendo, por lo tanto, escasísima la contribución argentina al progreso de estas técnicas. Los bibliotecarios, por otra parte, carentes de formación profesional en la mayoría de los casos, se desempeñaban en sus tareas rutinariamente y sin inquietudes para dar jerarquía y significación cultural al noble oficio. Hoy el horizonte ofrece perspectivas más optimistas y se advierte una saludable reacción en el sentido de perfeccionar métodos de catalogación y sistemas de clasificación de libros, como así también un estado de conciencia profesional de mayor responsabilidad en los funcionarios que tienen a su cargo los archivos y bibliotecas. Al bibliotecario de antaño —mero cuidador de volúmenes— ha seguido el técnico experto en todos los procesos del libro y el referencista no menos diestro en las tareas de guía y asesoramiento del lector”.<sup>1</sup>

A los anteriores párrafos del predicho bibliógrafo argentino, conviene añadir este otro de Ortega y Gasset:

“El libro-máquina se propone mantener fuera del hombre, sin lastrar su energía mental y, sin embargo, a su permanente disposición, las noticias necesarias sobre uno u otro orden del pragmatismo humano.

Los nuevos diccionarios enciclopédicos tienden y deben tender aún más a ser grandes máquinas del pragmatismo general humano donde todo el mundo —ya que... las diferencias de nivel cultural resultan, en definitiva, muy secundarias o imperceptibles— pueda hallar datos precisos sobre las “importancias” de la vida. A mi juicio, tenemos que acostumbrarnos todos a manejar más asiduamente obras de esta índole. Muchas veces, por no tener tiempo ni humor de estudiar un “asunto”, grande o chico, en un tratado especial, renunciamos a un mínimo de datos precisos sobre él. Esto es un error, y a la larga, más grave de lo que parece”.

A poco que uno se descuide corre el riesgo de quedarse en corto tiempo atrásado en la materia de su preferencia o especialidad si no dispone de la bibliografía reciente. Mas, lo paradójico del caso es que, para mantenernos al día en cualquier ciencia o arte, hemos menester de numerosos libros, para leerlos o para consultarlos, pero el solo hecho de consultar cualquier bibliografía lleva tiempo y requiere atención y esfuerzo.

A fin de que se aprecie la importancia de ello, piénsese en que en El Salvador no se ha podido escribir una historia de nuestra literatura hasta que la Biblioteca Nacional no proporcionó la bibliografía salvadoreña, ahora en curso de impresión si no estamos equivocados. Ese trabajo, constituye la herramienta indispensable para abordar nuestra literatura. Esta, no obstante pertenecer a un país pequeño, no deja de presentar ciertos problemas bibliográficos y biográficos al investigador. Con la aparición de dicha bibliografía, no pocos salvadoreños sabrán que en El Salvador se ha escrito y publicado mucho; que siempre ha habido gente estudiosa, que ha ido dejando en libros, artículos de revistas, folletos, curiosas y a veces importantes noticias, que, con el tiempo, se han convertido en datos inestimables para el conocimiento de nuestra historia cultural. Además, con la actividad cada día mayor de la Editorial del Ministerio de Cultura, que ha publicado ya más de doscientos títulos, verdadero record para los cuatro años que lleva de fundada, la bibliografía nacional se acrecienta de día en día. Si antes nos quejábamos, con razón, por la escasez de obras de autores salvadoreños, hoy en día podemos afirmar que El Salvador es uno de los países americanos a la vanguardia en movimiento editorial. Cuando conocí en México, en 1956, a Germán Arciniegas, me dijo: “El Salvador me es más que nada conocido por la labor editorial del Ministerio de Cultura”. Empero, el mismo Arciniegas señaló, cuando estuvo aquí invitado por dicho Ministerio a dar unas conferencias, que las obras de la Editorial de Cultura deben darse a conocer con mayor amplitud en el ámbito de nuestra lengua. Sin embargo, es preciso subrayar que, según nos ha manifestado el Jefe de la Editorial, don Ricardo Trigueros de León, se reciben constantemente comentarios, notas, artículos elogiosos de diversas partes de América; en cambio, es triste ver cómo en el país nadie comenta los libros aparecidos, ya sea para alabarlos o para vituperarlos, lo cual parece denotar en el lector salvadoreño indiferencia para lo propio. Aun los mismos intelectuales, en opinión suya, raras veces

comentan esos libros, lo que está indicando: o bien que en El Salvador los intelectuales no gustan de leer obras nacionales, o que aquí es todavía difícil crear interés bibliográfico en torno a lo publicado, por falta precisamente de conocimientos en esta nueva disciplina, a la que muchos habían considerado hasta ahora como secundaria. Ello se presta por lo demás a diversas consideraciones sobre si se lee o no en nuestro país. Un librero amigo, cuando lo interrogábamos al respecto, nos expresó que aquí se lee poco y que el libro que se vende es únicamente el de texto, cada cierto tiempo. Con todo, hace unos años, otro librero, en interrogatorio que le hicimos con motivo de la Feria del Libro en San Miguel, nos contestó que la gente del campo sólo compraba obras de agricultura, como es natural, y que el público ciudadano continuaba prefiriendo a Dumas, ciertos libros de hechicería, novenas, y también a Víctor Hugo. ¡Pobres de nuestros autores! pensamos entonces nosotros. Y sin embargo, no todo se presta al pesimismo. Hace dos años, una editorial madrileña de tipo popular, hizo una buena tirada del libro de Arturo Ambrogi *Sensaciones de la China y el Japón* con el sugestivo título de *Saigón*, aprovechando la coyuntura de los sucesos del Viet Nam. Y así, el autor de *El Libro del Trópico* llegó a miles de manos españolas en forma de libro-mosca y gracias a haber visitado y sobre todo escrito a principios de este siglo acerca de un lejano puerto oriental situado frente al Mar de la China. Esto se presta a nuevas reflexiones sobre el destino de los libros que acá se publican: hay que difundirlos lo más que se pueda; pero —estimamos nosotros— ya no únicamente en plan cultural, sino publicitario. De no ser así nuestros libros no serán leídos sino por una reducida minoría en cada país de habla hispana, cuando el destino de los libros es que se lancen a voleo, como hace el buen sembrador en el Evangelio. Si no existen en la América hispánica lectores, hay que crearlos por los medios habilísimos, geniales a veces, del aparato publicitario. A la larga —¿y por qué no a la corta?— los libros que se publiquen y difundan como lo hacen los editores particulares, con el fin de proteger su industria, serán leídos dentro de un circuito internacional.

Volviendo a la misión de la Biblioteca Nacional, ésta no debe sólo coleccionar y ordenar libros; sino preparar a sus bibliotecarios para que cumplan eficientemente su cometido. Hace tiempo que la nuestra cuenta con una biblioteca circulante por medio de la cual los lectores que carecen de tiempo para asistir a sus salas, se benefician con el libro prestado a domicilio. Hace tiempo también que nuestra Biblioteca Nacional, merced a su Director, don Baudilio Torres, emprendió la tarea de clasificar nuevamente sus libros conforme método adecuado. Esta clasificación necesita de un equipo bien capacitado de bibliotecarios, y esta preparación el propio señor Torres la dio a sus colaboradores en pláticas o en cursillos. A iniciativa suya celebróse durante tres años el Seminario del Libro que tan buenos resultados tuvo. Conferencias de intelectuales salvadoreños y extranjeros ha auspiciado también la Biblioteca Nacional. La colección de la revista de la Biblioteca Nacional, aparecida bajo la responsabilidad de don Baudilio

Torres, no sólo es útil, como debe serlo esta clase de publicaciones, sino de selecto contenido y tipográficamente hermosa. No queremos cerrar este párrafo, sin las figuras de algunos de los directores de nuestra Biblioteca Nacional, cuyos retratos, realizados por nuestro pintor Miguel Ortiz Villacorta, cuelgan de sus muros presidiendo el salón principal. Yo recuerdo muy bien —y muchos antiguos lectores lo recordarán— a don Francisco Gavidía, con su característico pergeño —melena, bigotes lacios—, sumido en sus libros y papeles, mientras los reflejos de la lámpara de su escritorio, van detallando los movimientos pausados o nerviosos de sus manos, que ya se posan sobre las páginas de un infolio, de un códice o de un apollado manuscrito colonial, o bien se alzan cansadas para quitarse los anteojos, terminada la hora, cuando los lectores —maestros, estudiantes, curiosos— van desfilando hacia afuera. Ocupaba entonces la Biblioteca Nacional un ala de la Universidad, frente a la Catedral y estando la puerta de entrada, si mal no recuerdo, frente al Palacio Nacional. Más tarde, ya siendo el director Arturo Ambrogi, pasó al tercer piso del Teatro Nacional, donde hoy se halla la Radiodifusora Nacional YSS, y allí estuvo durante varios años. Fue entonces cuando comenzamos a visitarla nosotros, primero tímidamente, más tarde con la confianza que da el sentirse entre personas que se dedican al placer de la lectura. Yo recordaré siempre, con emoción y cariño, esa época de mi iniciación como lector de la Biblioteca, a la que debo —lo confieso con gratitud— parte de mi formación. He sido a lo largo de muchos años lector asiduo de la Biblioteca Nacional. Los conciertos de la Radio Nacional, amenizaban nuestras lecturas por la noche; a veces era el quinteto de cuerdas del maestro Francisco López, el que nos ofrecía vales lánguidos, acordes a veces con ciertos poemas líricos; o bien alegres marchas, que nos levantaban el ánimo después de pasar varias horas enfrascados en las terribles *Memorias de la Casa Muerta*, de Dostoievski. Nuestra voracidad de lectores encontró muchas veces en los anaqueles de nuestra Biblioteca Nacional el libro —inabarcable en las librerías— de un escritor de nuestra admiración, y el cual, más que leer, devorábamos con la vista como si nos lo fueran a quitar, privándonos del gusto de conocerlo por entero. ¡Con qué emoción recorríamos las páginas de los autores preferidos! Hostigados por la implacable aguja del reloj, capataz despiadado que nos obligaba a pasar las páginas de prisa, sobre todo en el último cuarto de hora de la sesión de lectura, hubiéramos querido detener al tiempo; no obstante, muchas veces nos robamos cinco minutos más leyendo de pie, gracias a la benevolencia de Raúl Flores, celador del salón de lectura; bibliotecario de vocación y lector fervoroso también. Arturo Ambrogi asomaba a veces por ahí, de paso hacia su despacho, al que nos acercábamos otras a solicitarle autorización para llevar prestados unos libros. Las horas pasaban lentas o rápidas, según fuera el estado de nuestro ánimo, el libro que estábamos leyendo, o el tiempo que hacía. Uno era el temple del lector a la mañana y otro por la noche, bajo la luz eléctrica suavizada por las pantallas. De mañana las impresiones recibidas a través de las páginas eran frescas, inmediatas, claras; en cambio, después de cena, cuya sobremesa sacrificábamos de cuando en cuando con tal de ir a la Biblioteca a leer un

rato antes de ir a una fiesta o de dar una vuelta por los parques, la sensibilidad, un tanto embotada por los afanes del día, ya no recibía tan fielmente el sentido de las frases. En veces los caracteres empezaban a hacer guiños, a danzar ante nuestros ojos. Un fragmento de música venía a confundirnos con el trozo de una descripción. Era entonces cuando, haciendo a un lado el libro, nuestra vista vagaba por la sala, fijándose ya en este o en aquel lector. Frente a las largas mesas barnizadas de oscuro, estaban los habituales de siempre, aquellos para quienes la Biblioteca Nacional era una prolongación de su casa; cuya presencia muda y grave infundía respeto y que se trocaban en guardianes severos al ver entrar a un lector desconocido.

Mas he de poner término a estas divagaciones subjetivas, por las que pido excusas; otros puntos asoman en el tema, que se desliza ya hacia el final. Acaba de morir un poeta, amigo admirado nuestro, Salomón de la Selva, que en su libro *Ilustre Familia*, poema de los siete tratados, trae el elogio de las bibliotecas públicas:

“En Ithaca se me hizo fija la afición a las bibliotecas, una pasión que no hallo cómo explicar para que la entienda quien nunca la ha tenido. Por una parte, es el gozo de dar al azar con un libro impresionante y dejarse llevar por él a otro libro y a otros, sin que tenga fin esa secuencia ni haya tiempo en una vida para seguirla como uno quisiera, cosa diferente de la bibliofilia, que es ambición de poseer, en codiciosa rivalidad con todo el mundo, ediciones raras que más valen mientras menos se han manoseado, siendo valiosísimos aquellos ejemplares que guardan sus pliegos sin cortar, apreciándose esa doncellez más por su ancianidad que por su frescura. Tampoco tomo en cuenta el empleo de una biblioteca con propósito utilitario. No. La pasión bibliotecaria lo mueve a uno por el solo placer de ver los libros bien numerados en las estanterías, todos en coro, y cada volumen individualmente, llamativos. Por el olor de los libros en uso constante, que es de humanidad, diferente del de las librerías, que huelen a dinero. Por la luz que allí brilla, pareja y sin ruido. Por el recogimiento que se impone en todos los que entran, al sólo entrar, por lo que caminan con mansedumbre y ponen cara de intensidad o de absorción mientras leen. En tal ambiente, que es común a todas las bibliotecas del mundo, mi sér se ensancha y recónditamente canta: *Vere locus iste sanctus est!* Y la divinidad que allí reside me arrastra indefectiblemente a los clásicos así como, no importa en qué ciudad, en qué iglesia, ante cuál altar, no hay devoción religiosa para mí que no me lleve con dulzura a los pies de la Dulzura misma, que es la Virgen. De modo que si esto bastara para ser escritor, yo lo fuera en grado de excelencia.”

Otros escritores, por el contrario, han ido tejiendo su vida intelectual y emotiva desde un núcleo inicial de libros, que han llegado a transformarse en toda una biblioteca. Es el caso de D. Marcelino Menéndez Pelayo, de quien escribe su hermano Don Enrique:

“Amaba a Dios sobre todas las cosas y al libro como a sí mismo.

Mostró lo primero en los que escribió; lo segundo, en los que tuvo. Sin duda, para él, como en cada hombre hay un libro, en cada libro había un prójimo. Como a prójimos los trataba y quería que se los tratase, y golpe o herida recibidos por ellos como dados a sí mismo los sentía, y aún los vengara si pudiera.

Lejos de ser bibliopirata, era un tirano conservador, que se creía obligado a velar por los volúmenes de todo el mundo. Juzgaba, por la pesadumbre que a él hubiera producido la pérdida o sustracción de alguno de los suyos, lo que los demás coleccionistas sentirían en trance semejante.

Otra cosa le espantaba aún más, y al modo con que un honrado padre más quiere ver muerto a un hijo que verle sin honor, este padre universal de los libros hubiera preferido perder definitiva e irremisiblemente un ejemplar cualquiera a verle regresar a casa manchado o inutilizado, que son las dos formas que suele adoptar el deshonor en los libros. Porque de otra tercera, que alguna vez padecen también, no quería ni oír hablar: de la que resulta de cortar las hojas a dedo, técnica usada ya solamente por algunas tribus salvajes.

Por todo ello no podía sufrir en calma que nadie prestase un libro. Y eso que si hubo hombre pródigo de los suyos, fue él; pero en casita, a dos varas, lo más, del estante solariego y en paraje donde el lector pudiera ser convenientemente vigilado.”<sup>2</sup>

También es el caso de Anatole France, hijo de librero, criado a orillas del Sena y adormecido desde niño por el olor de los libros, a tal grado que puede decirse que vivió en olor de biblioteca. En las páginas de la literatura universal, creo que pocas serán tan sutiles como las suyas en su *Silvestre Bonnard*, el viejo académico que se pasaba las horas muertas sobre la Leyenda Dorada, arrullado por el ronroneo de Hamilcar, su gato, cuya natural sabiduría habíase refinado y enriquecido al contacto de los libros. Desde Aristóteles, padre de los enciclopedistas, pasando por la biblioteca de Alejandría, hasta llegar a Montaigne, que en sus Ensayos nos habla de sus achaques de lector con un encanto y sencillez maravillosos; desde los Enciclopedistas franceses hasta los escritores y poetas del siglo XIX que exaltan o viven del libro, es indudable que éste vivifica, y seguirá por siempre vivificando, a los hombres y dando un sentido a la presencia de éstos en la tierra. El libro es gozo y es dolor para los hombres, más bien —por fortuna— lo uno que lo otro. Gozo porque nos traslada a todos los siglos y nos hace conversar, como dice Descartes, con las personas discretas de todos los tiempos. Dolor porque a veces —y éste el caso de Balzac— el libro ha hecho fracasar a más de un hombre; tal vez sea éste un aspecto que no debería tocarse en estas circunstancias; pero la verdad es que el genial novelista francés se metió a editor, quiso editar lujosamente a Molière y a Lafontaine, y de estas andanzas como editor le vino la mala suerte. Después, se comprometió con los libreros y sudó sangre sobre las cuartillas. De ahí ese esfuerzo, a veces perceptible en muchas páginas suyas, por hincharlas, a fin de que la obra ya impresa fuera voluminosa y, por ende, el editor pudiera vender mejor la mercancía y el escritor aliviar

un poco su aflictiva situación económica. Balzac hizo libros ajenos primero y luego legó a la humanidad los suyos. En su novela *Las Ilusiones Perdidas* asistimos al drama de los escritores a vueltas con sus problemas. Mas su caso es excepcional como todo lo suyo, por lo que podemos retornar a nuestro optimismo y cantar una loa más al libro. Los libros no hacen daño a nadie; "yo sólo he dejado de leer dormido", enseña Sanín Cano, y larga fue su vida de humanista y amigo de libros. Las pasiones humanas como que se suavizan al ser unguadas por el óleo de los libros. Ellos establecen entre la realidad y nosotros una invisible separación que a veces, si estamos dispuestos o preparados, nos vuelve invulnerables contra las bajas pasiones, contra el vicio entristecedor. Mallarmé sentíase desencantado por haber conocido todos los libros, pero también dijo que la carne es triste. La hartura nunca fue medida racional ni aun en la esfera del intelecto y del arte. Hoy, a Dios gracias, y creo que desde que trabajan las imprentas, es imposible conocerlos todos. ¡Qué más dal dirá el escéptico, ya que lo importante es conocer los mejores; pero, como bien lo sabemos, ni para estos últimos queda tiempo ya. Entonces no hay sino ir a los libros, como opina Paul Valéry, con un problema dado; o, como quería cierto Abate francés, tras una implacable escogitación, en la que sólo cabían los grandes pensadores y los grandes creadores. Es también cuestión de formación, temperamento, gusto, azar. Los libros llegan a nuestras manos muchas veces sin quererlo, como le pasó a Gavidia, que nunca supo quién había puesto en sus manos *Las Contemplaciones* de Víctor Hugo. Nos referimos, claro es, a los libros que escogemos por placer no por necesidad, a los que volvemos una y otra vez para nutrir el espíritu y confortar el alma, no para arrebatarnos conocimiento. En buena hora que el mundo se pueble de más libros. Que las bibliotecas florezcan por todas partes como bosques encantados donde canten a coro todas las lenguas. Será el triunfo del espíritu del hombre, tras de haber reflexionado que sólo el conocimiento y la técnica no bastan, puesto que engendran el grave pecado de la soberbia; que es preciso oponer a las fuerzas terribles que encierra la materia susceptible de desintegrarse, la paz de la sabiduría, bajo las hojas murmurantes del bosque de los libros, donde, si existe el mal, si existen las pasiones han sido por fortuna rescatados, sublimados por el impulso creador.

#### NOTAS:

1—Domingo Buonocore, "Fuentes de información bibliográfica", *Revista Interamericana de bibliografía*, junio, 1958, Washington, D. C. Nº 2.

2—Enrique Menéndez Pelayo, "Remotos orígenes de la biblioteca Menéndez Pelayo", *La Montaña*, revista de la Asociación montañesa de México, S. C., número extraordinario, año X, agosto de 1956, Nº 20.



# Washington Irving, el Primer Clásico Norteamericano

Por ERNESTO DE LA TORRE

Apenas asegurada por la Revolución Norteamericana, la independencia política de las antiguas trece colonias británicas, que cercenaban así los lazos políticos con el Viejo Mundo, las mismas, que ahora forman parte de los Estados Unidos, clamaron por una literatura independiente.

Washington Irving, que murió hace 100 años, el 28 de noviembre de 1859, fue el primer escritor norteamericano que alcanzó fama literaria a ambos lados del Atlántico. Ha sido llamado "el primer escritor clásico de los Estados Unidos" y no cabe duda que fue uno de los principales escritores que han señalado normas a la literatura norteamericana. Fue uno de los primeros cuentistas notables del país, su primer elegante ensayista, su primer humorista reconocido, casi su primer biógrafo e historiador. Sus libros no sólo eran admirados en su época, sino que aún hoy mismo tienen miles de lectores que gozan de una inagotable belleza.

Washington Irving era el hijo menor y el más brillante de una familia numerosa de la clase media de Nueva York, cuyos padres habían emigrado de Escocia. Nació en 1783, el año en que el Tratado de París puso fin a la revolución norteamericana. Se le bautizó con el nombre de Washington en honor al gran general. Abandonó la escuela a los 16 años con bastante conocimiento de Cicerón y Livio. Era alegre, de mediana estatura, pelo castaño y ojos azules, y era la cordialidad personificada. Entró a trabajar en un despacho de abogados pero no tomó sus tareas muy en serio. Prefería escribir crónicas de carácter

humorístico para los diarios y mostró una temprana afición al teatro. Nueva York, en aquel entonces, era una población predominantemente holandesa, con aproximadamente 23,000 habitantes.

Irving tenía apenas 21 años cuando se creyó que estaba amenazado de tuberculosis. Fue a Europa donde pasó 18 meses en un viaje de placer por Francia, Italia, Holanda e Inglaterra. Durante el viaje escribió un diario de todo lo que veía. En enero de 1806, regresó ya completamente restablecido a Nueva York y reanudó sus estudios de leyes y su interés por los asuntos teatrales. Recibió su título de abogado y también colaboró en "Salmagundi", revista intelectual, con una serie de ensayos satíricos. Eran ensayos finos y agudos, y representaban bastante bien la moda y la comidilla social de Nueva York.

En 1809 publicó su primer libro, una sátira ingeniosa y aguda sobre los holandeses y sus costumbres, y al mismo tiempo un relato muy bien documentado sobre Nueva York que había sido fundada con el nombre de Nueva Amsterdam. "Una historia de Nueva York desde el comienzo del mundo hasta el fin de la Dinastía Holandesa", obra maestra de engaño, se supone fuera escrita por Diedrich Knickerbocker, un erudito holandés-norteamericano, "un caballero viejo pequeñito no del todo en sus cabales". Pero la verdadera identidad de Knickerbocker no tardó en ser conocida por el público, y el libro deliciosamente caprichoso atrajo la atención en los Estados Unidos y en el extranjero. Este libro pronto convirtió a Irving en destacado escritor, de gran atractivo por su humor burlesco y por su habilidad en traer a América la bruma romántica del pasado, hasta entonces sólo asociada a la cultura inglesa y continental. Se dice que Lord Byron quedó encantado con el libro. Walter Scott, que después fue gran amigo de Irving pasó varias tardes leyendo en alta voz el libro a sus familiares.

En 1815 Washington Irving fue nuevamente a Europa con un vago interés en los negocios de ferretería de su familia y se radicó en Inglaterra. Quizás debido a la muerte de su novia Matilda Hoffman, no escribió nada durante diez años enteros. Permaneció en el extranjero durante 17 años y fue en Europa donde escribió la mayoría de los libros que le dieron fama. El primero de estos fue "The Sketch Book" (1819-20), colección de ensayos, estudios de caracteres y cuentos cortos. Muchos de ellos expresaban con encanto y ensoñación las observaciones de un visitante norteamericano en Inglaterra. Cinco de los cuentos tratan de los Estados Unidos y despliegan verdadera pasión por lo sobrenatural en la novela. Entre los cuentos más extraordinarios figuran "Rip van Winkle" y "The Legend of Sleepy Hollow", ambas sugeridas por leyendas del folklore alemán.

En "Rip van Winkle" cuenta la historia de un colono holandés de Nueva York en los días anteriores a la revolución. Un día encuentra un hombre extraño en las Montañas Catskill, del estado de Nueva York. Le ayuda a trasladar una cuba de licor; prueba un sorbo y cae profundamente dormido. Al despertar se da cuenta que ya es viejo; ha muerto su esposa y nadie en el pueblo lo reco-



WASHINGTON IRVING



noche, hasta que encuentra a su hija, que ya está casada. Entonces comprende que su sueño ha durado veinte años. "Rip van Winkle" es quizás el primer cuento corto norteamericano escrito en estilo moderno.

"The Legend of Sleepy Hollow" relata la historia del largirucho Ichabod Crane, supersticioso maestro de escuela de Sleepy Hollow, un pueblecito de la ribera del río Hudson, que está fuera de sí de terror con la leyenda de un jinete descabezado, el fantasma de un soldado mercenario del ejército británico durante la Revolución Norteamericana, que se dice ronda el valle. Después que Ichabod se encuentra con él una noche, nunca más se le volvió a ver en el vecindario, y la hermosa y rica Katrina van Tassel se casa con su rival, Brom Bones, que siempre estaba "listo para una riña o una jarana" y de quien se dijo además en años posteriores que "cada vez que se mencionaba la historia de Ichabod parecía saber mucho más de la cuenta".

Varios de los ensayos del "Sketch Book" fueron escritos en defensa del indio norteamericano. Esto coincidía con la romántica actitud general hacia los pueblos primitivos en la época de Irving, pero estos ensayos tenían además una inconfundible sinceridad.

Ya entonces Irving había decidido enriquecer a su país con "el colorido del romance y la tradición" que él había encontrado en los países europeos. Estos cuentos le permitían además "evadir la vulgaridad de la realidad presente" y para adornar el familiar paisaje de los valles del río Hudson con seductoras leyendas. "The Sketch Book" no tiene tema central, pero la suave cordialidad de sus relatos tenía un encanto universal y reveló claramente el talento de Irving para la cuidadosa descripción, el humor refinado y para el drama sutil, características literarias sin precedentes en los Estados Unidos hasta entonces. Durante casi un siglo "The Sketch Book" fue utilizado como libro de lectura para los estudiantes de inglés de todo el mundo.

Durante los 17 años que Washington Irving vivió en Europa como soltero inveterado, llevó una vida semi-nómada. Viajó por Alemania, Francia, Inglaterra y España, como una especie de embajador errante entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Dondequiera que iba su comprensión de Europa y su apreciación de la leyenda norteamericana le ganaron siempre calurosa acogida. Conoció a la mayoría de los famosos escritores de su época y escribió en París con el actor norteamericano John Howard Payne dos obras dramáticas históricas que tuvieron algún éxito en Inglaterra. En 1822 apareció "Bracebridge Hall", un segundo libro de bosquejos y cuentos cortos, y dos años después "Tales of a Traveller". En España quedó fascinado con Cristóbal Colón y comenzó a escribir una biografía del famoso explorador. "History of the Life and Voyages of Columbus", que fue publicada en cuatro volúmenes en 1828. Aun cuando el autor fundamentó su libro en fuentes secundarias de información y sólo en parte en el estudio de los archivos mismos en Madrid, el libro de Irving sobre Colón (y posteriormente otro libro sobre sus compañeros), dio al lector norteamericano por primera vez una historia de fácil lectura de los viajes del hombre que sentó

las bases del imperio español. En 1828 Irving comenzó en Sevilla y Cádiz una “Crónica de la Conquista de Granada”. Se suponía que era la obra de un viejo monje, Fray Antonio Agapida, con gran respeto por la historia, pero era en realidad una colección de cuentos románticos, en bello lenguaje y estilo fácil y elegante.

Su obra más significativa en España fue, sin embargo, “The Alhambra” (1832). Esto era una especie de “Sketch Book”, una colección de cuentos de la España medioeval, intercalada con bellas descripciones de monumentos arquitectónicos y paisajes. Muchas de las historias trataban de moros fantasmas y fragorosas cimitarras, y misteriosas cavernas donde había entierros de oro. Siempre los hechos estaban adornados de sentimientos. Irving escribió el libro mientras vivía en realidad en la Alhambra. El viejo palacio árabe no había sido aún reparado y las malezas y enredaderas crecían en profusión en las terrazas y portales. El gobernador de la Alhambra había puesto a disposición del norteamericano su propio departamento allí, de modo que Irving estaba en completa libertad para trabajar y soñar a su regalado gusto.

En 1829 Irving aceptó el puesto de Secretario de la Legación de los Estados Unidos en Londres, pero regresó tres años después a su patria, donde pasó los diez años siguientes. Su rompimiento con la vida y el pensamiento europeos fue de gran importancia. Se dio cuenta del interés de Norte América para extender su horizonte hacia el oeste y emprendió un peregrinaje a Oklahoma y otras tierras fronterizas. En su próximo libro elogia y celebra las exploraciones hacia el oeste. El libro “A Tour on the Prairies” apareció en 1835 y un año después apareció “Astoria”. John Jacob Astor, el gran comerciante en pieles, le había pedido a Irving que escribiera la historia de su empresa y el establecimiento de Astoria en el estado de Oregón. Cuando apareció “Astoria”, la publicación londinense “Spectator” dijo que era “la narración más acabada de este tipo de aventuras jamás escrita” y la consideró la obra más importante de Irving. Un tercer libro, “The Adventures of Captain Bonneville, USA” fue publicado en 1837. Bonneville era un oficial del ejército de los Estados Unidos que tuvo muchas experiencias con los tramperos, cazadores y los indios de la región de las Montañas Rocosas. Estos libros habían de constituir un documento permanente de dramáticos episodios de la historia del oeste norteamericano. No eran en realidad historia, tampoco fantasía o sueños. Estos relatos sólo reflejaban al cuentista nato romántico que utilizaba a su manera el material que correspondía a los historiadores.

En aquel entonces Irving se había convertido en árbitro de las letras norteamericanas, un símbolo de la cultura literaria de los Estados Unidos, y se le consideraba “el orgullo de la literatura de los Estados Unidos”. Muchos autores ingleses y franceses se deleitaban en sus obras, y Goethe y Heinrich Heine tenían de él un alto concepto. Vivía ahora en una cómoda casa de campo, “Sunnyside”, en Tarrytown-on-the-Hudson, en la ribera del hermoso río, don-

de vivió los años siguientes escribiendo ensayos y artículos para el magazine "Knickerbocker".

En 1842 fue nombrado inesperadamente embajador en España. Estuvo más de 4 años en Madrid. Después de regresar a "Sunnyside" comenzó una biografía monumental en cinco volúmenes, "Life of Washington" (1855-1859). El primer escritor norteamericano expatriado por su propia voluntad, había regresado al terruño y lo había encontrado bien.

La biografía de Jorge Washington ha sido elogiada como la obra más notable de Irving, aun cuando algunos críticos consideraron que carecía de la frescura y brillo de sus obras anteriores. Otros comentaron que era obra de solidez, pero que el idealismo artístico del personaje no se ajustaba del todo a los hechos.

Cuando se supo la muerte de Washington Irving, Nueva York se vistió de duelo y se pusieron las banderas a media asta. El narrador, ensayista, poeta, abogado, hombre de negocios y diplomático fue enterrado en el cementerio cerca de Tarrytown, en el valle "encantado" que él había amado y celebrado en "Rip van Winkle", "The Legend of Sleepy Hollow", y en muchos otros cuentos deliciosos.

Irving tiene una sólida posición en la literatura. Depende en parte de su calidad precursora, pero también reside en el hecho que era un maestro de la expresión literaria. Edgar Allan Poe llamó "inimitable" a su estilo cuidadosamente modulado. No tiene sucesor como intérprete poético de leyendas locales y europeas. Sus temas fueron casi exclusivamente del pasado, pero su forma de expresión fue aquella de los escritores clásicos del siglo 18. Se ha dicho que hay poca hondura en la obra de Irving y poca energía directa. Pero sus libros son una expresión completa y auténtica de un hombre soñador de corazón y artista consciente, sensible y generoso, siempre sincero, un hombre interesado en una multitud de cosas. En síntesis, gracias a Washington Irving nació en Estados Unidos la literatura como arte.

#### LEYENDA

Washington Irving, nacido en 1783, en Nueva York, autor de "A History of New York", "The Sketch Book", "A Chronicle of the Conquest of Granada", y "The Alhambra", fue el primer escritor norteamericano que alcanzó fama en ambos lados del Atlántico.

# “La Tierra de Alvargonzález”

ESTUDIO COMPARATIVO DE DOS TEXTOS DE ANTONIO MACHADO

Por JUAN ANTONIO AYALA

Recientemente, la Editorial Losada, S. A., de Buenos Aires, ha publicado en su colección “Contemporánea” un nuevo volumen de las obras del escritor español Antonio Machado<sup>1</sup>. “*Los Complementarios*”, título que Antonio Machado había destinado para unos Cuadernos literarios en proyecto<sup>2</sup>, recoge el material disperso que ya se había publicado en diferentes revistas literarias y periódicos y, también, abundantes escritos inéditos. El compilador de este volumen, Guillermo de Torre, en el prólogo pone de relieve la importancia extraordinaria de las nueve cartas que A. M. dirigió, entre los años 1913(?) y 1929, a Don Miguel de Unamuno<sup>3</sup>; material valiosísimo para poder conocer más íntimamente al poeta de Castilla, principalmente desde el punto de vista religioso y de la política española. Sin embargo, considero importantísima la publicación, incluida en este volumen, de un texto en prosa del romance “La tierra de Alvargonzález”, anterior en su redacción y publicación a la versión en verso incluida

en “Campos de Castilla” (1907-1917)<sup>4</sup>. Creo que es un caso excepcional en la historia literaria encontrar dos versiones, una en prosa y otra en verso, de un mismo tema, realizadas ambas por la misma mano; es una excelente base para un estudio comparativo para llegar a la interpretación de una factura poética que, como la de A. M., tiene perfiles tan personales e intransferibles, hasta el punto de no haber dejado tras de sí imitadores, discípulos ni escuela, pero sí numerosos admiradores.

\* \* \*

Dentro de la producción total de A. M., “La tierra de Alvargonzález” representa el único caso de desvío de su línea lírica, intimista y subjetiva; cabría suponer, de antemano, que el procedimiento de elaboración estilística, en este caso, tuvo determinantes esenciales completamente distintos del resto de su obra. Aquí pararían las conjeturas, si no hubiera llegado hasta nosotros la versión en prosa



de "La tierra de Alvargonzález" y si, además, no fuera ésta la primera y esencial base para la elaboración de la redacción métrica.

Sin embargo, si se considera "La tierra de Alvargonzález", no separada del resto de la obra de A. M., sino integrada dentro de toda ella, como el resultado de su filiación generacional, podrá entenderse e interpretarse dentro de las claves de su poesía, las cuales, hasta el presente, no han sido desentrañadas con más exactitud y justeza que la de Segundo Serrano Poncela en su obra "*Antonio Machado, su tiempo y su obra*"<sup>6</sup>. Las dos claves fundamentales de la lírica de nuestro poeta, son a su juicio, "una poética temporal" y "un devenir existencial". Sobre este sistema de dos coordenadas se desarrolla una de las poéticas más personales y, al mismo tiempo, más altas de toda la literatura española. Sólo en función de esa poética temporal y de la vía existencial puede entenderse a A. M. Quien lea atentamente "La tierra de Alvargonzález" podrá ver que no se aparta en lo más mínimo de estas directrices y que el aspecto generacional está latente en cada una de sus partes, armoniosamente articuladas. No vamos a detenernos en ampliar este aspecto de "La tierra de Alvargonzález" ya que no cae dentro de los límites de nuestro estudio. Como complemento de las ideas que hemos expuesto permítasenos transcribir el siguiente párrafo de S. Serrano Poncela: "Un esfuerzo de mayor envergadura donde trata de conjugar en síntesis armoniosa la preocupación crítica por lo español, la creación poética pura y las formas tradicionales de expresión es el largo romance *La Tierra de Alvar González* (sic en el original). Machado nos cuenta en verso octosílabo asonantado la historia de una rancia familia labriega. Discrepando también del punto de vista general considero que se dan en esta obra una serie de elementos no poéticos y sí expresivos de una "circunstancia" generacional. Ahí están, junto al amor por los clásicos primitivos y el Romancero, la larga narración popular tradicional de conseja y sucedido, el tono moralista y

gnómico de buena parte de la vieja poesía, elementos novelescos y dramáticos interpolados entre fragmentos líricos.<sup>6</sup> Está todo, menos Machado, en tan bello "pastiche" que recuerda un sector de la pintura de Zuloaga y algo de los romances de ciegos; exquisitamente manufacturado en efecto, pero no lejos del espíritu que, desde una perspectiva más irónica, va a dar en Baroja y su *Horroroso crimen de Peñaranda del Campo* y en Valle-Inclán alguno de sus esperpentos".<sup>7</sup> Aunque no podemos suscribir la totalidad de las afirmaciones trascritas, sin embargo, hemos aducido este testimonio, para insistir en el aspecto generacional de esta composición machadiana y que es como una prolongación de esas "Dos Españas" de las que nos hablan constantemente los exegetas del 98.

\* \* \*

No pretendemos, en estos breves apuntes, agotar todo el tema a que se presta la comparación de las dos versiones de "*La tierra de Alvargonzález*". Señalaremos solamente las más importantes zonas de contacto entre ambas.

#### 1.—Desarrollo del tema en las dos versiones:

La versión en prosa es más reducida y más esquemática respecto a la versión en versión, principalmente a partir de la muerte de Alvargonzález, donde sólo se van señalando los momentos principales de la acción posterior. Hay que tener en cuenta que A. M. heredó de su padre una tendencia especial a la recolección folklórica, para apreciar en su pleno sentido la introducción con que comienza su versión en prosa. Cuenta A. M. un viaje que en cierta ocasión hizo por la alta Castilla para visitar la fuente del Duero; durante el trayecto conoce a un campesino quien es el narrador de la leyenda que por aquellas tierras corre en torno a Alvargonzález. Es precisamente en esta breve introducción donde aparecen ciertos rasgos líricos que van a ser apro-

vechados para la versión en verso. “Tomamos —dice— la ancha carretera de Burgos, dejando a nuestra izquierda el camino de Osma, bordeado de chopos que el otoño comenzaba a dorar. Soria quedaba a nuestra espalda entre grises colinas y cerros pelados. Soria mística y guerrera, guardaba antaño la puerta de Castilla, como una barbacana hacia los reinos moros que cruzó el Cid en su destierro (8). El Duero, en torno a Soriano forma una curva de ballesta. Nosotros llevábamos la dirección del venablo” (9). “Alvargonzález —me respondió— fue un rico labrador; mas nadie lleva ese nombre por estos contornos. La aldea donde vivió se llama como él se llamaba: Alvargonzález, y tierras de Alvargonzález a los páramos que la rodean. Tomando esta vereda llegaríamos allá antes que a Vinuesa por este camino. Los lobos, en invierno, cuando el hambre les echa de los bosques, cruzan esa aldea y se les oye aullar al pasar por las majadas que fueron de Alvargonzález, hoy vacías y arruinadas”. Casi todos estos motivos sugeridos en esta breve introducción se hallan desarrollados ampliamente en la versión en verso. El tema del paisaje castellano, los lobos como símbolo, juegan un papel importante en la última parte del romance; “Dos lobos se asomaron a verles, huyeron espantados”, dice ya al acabar la versión en prosa; y en forma romanceada:

*“Páramo que cruza el lobo  
aullando a la luna clara  
de bosque a bosque...”*<sup>10</sup>

.....

*“Un lobo surgió, sus ojos  
lucían como dos ascuas”*<sup>11</sup>

Esta breve narración que sitúa la leyenda de la casa y tierras de Alvargonzález no tiene lugar en la versión en verso; en ésta la entrada es directa, como lo es la forma romance adoptada por el poeta; romance es este que podríamos clasificar dentro de la categoría de romances cultopopulares, o más bien, de ciego; el mismo Machado nos lo dice en su versión en prosa:

“Siendo niño, oí contar a un pastor la historia de Alvargonzález, y sé que anda inscrita en papeles y que los ciegos la cantan por tierras de Berlanga”.<sup>12</sup>

Dejando de lado este preámbulo —sobre el cual volveremos más tarde para señalar ciertas referencias importantes— nos interesa señalar ahora, en forma esquemática, el desarrollo de ambas versiones:

*Versión en verso:* en el texto están señaladas las partes de que consta este romance-leyenda:

- I La tierra de Alvargonzález
- II El sueño
- III Aquella tarde...
- IV Otros días
- V Castigo
- VI El viaje
- VII El indiano
- VIII La casa
- IX La tierra
- X Los asesinos.

*Versión en prosa:* La narración está hecha en forma continuada, sin que en ella se marquen claramente las divisiones sobre las cuales está estructurada la versión romanceada; con leves transiciones, apenas insinuadas, pasa A.M. de una parte a otra, siguiendo, en las primeras partes, un plan de desarrollo detallista, que se vuelve más esquemático en las etapas finales de la narración; es precisamente en éstas donde ha sido ampliada la redacción métrica y en la que ha logrado mayores alturas el estilo de nuestro poeta. En lo que se refiere a esta segunda parte; hay una variante notable en lo que se refiere al fin de Miguel el hermano menor de los hijos de Alvargonzález; en la versión en prosa, éste muere asesinado por sus hermanos:

“Los mayores volvieron a sentir en sus venas la sangre de Caín, y el recuerdo del crimen les azuzaba al crimen.

Decidieron matar a su hermano, y así lo hicieron.

Ahogáronle en la presa del molino, y una mañana apareció flotando sobre el agua.”<sup>13</sup>

Sin embargo, nada se dice del asesinato de Miguel en el romance incluido en "Campos de Castilla"; la última referencia que aparece a propósito de su persona es la siguiente:

*"En la tierra en que ha nacido  
supo afincar el indiano;  
por mujer una doncella  
rica y hermosa ha tomado.*

*La hacienda de Alvargonzález  
ya es suya, que sus hermanos  
todo le vendieron: casa,  
huerto, colmenar y campo."*<sup>14</sup>

Esta variante, que no está ni siquiera insinuada en el plan primitivo, de la redacción en prosa, introduce en el romance un elemento dramático compensador de la serie de acontecimientos trágicos que se han producido a lo largo de toda la historia de la familia y tierras del viejo Alvargonzález. Se rompe, con ella, la repetición de un hecho —el asesinato— que ya está poéticamente realizado con la muerte del padre; inclusive responde más al carácter nómico y moral, clásico en el romance español.

### LAS NOCHES

Otra de las variantes notables en la versión romanceada, respecto a la versión en prosa, es la diversificación en distintas noches de los acontecimientos relativos al retorno del hermano, las apariciones del fantasma de Alvargonzález, el viaje de los hermanos y la noche de su suicidio. La segunda versión es más completa, más rica en elementos novelescos e imaginativos.

#### VERSION EN PROSA:

*1ª noche:* Es la noche en que retorna Miguel, que años antes había partido para las Indias:

"Una noche de invierno, ambos hermanos y sus mujeres rodeaban el hogar, donde ardía un fuego mezquino que se iba extinguiendo poco a poco. No tenían

leña, ni podían buscarla a aquellas horas. Un viento helado penetraba por las rendijas del postigo, y se le oía bramar en la chimenea. Fuera, caía la nieve en torbellinos. Todos miraban silenciosos las ascuas mortecinas, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién será a estas horas?—dijo el mayor—. Abre tú.

Todos permanecieron inmóviles sin atreverse a abrir.

Sonó otro golpe en la puerta y una voz que decía:

—Abrid, hermanos.

—¡Es Miguel! Abrámosle!"<sup>15</sup>.

Esta es la misma noche en que el fantasma de Alvargonzález llega hasta la puerta de la casa de sus hijos a dejar un haz de leña para el fuego invernal que se está extinguiendo.<sup>16</sup>

*2ª noche:* La noche en que los hermanos retornan borrachos a la aldea y ven el fantasma del padre, otra vez, trabajando en las tierras de su hermano Miguel:

"Una noche volvían borrachos a su aldea, porque habían pasado el día bebiendo y festejando en una feria cercana. Llevaba el mayor el ceño fruncido y un pensamiento feroz bajo la frente.

—¿Cómo te explicas tú la suerte de Miguel?—dijo a su hermano.

"La tierra le colma de riquezas, y a nosotros nos niega un pedazo de pan".

—Brujería y artes de Satanás— contestó el segundo.

Pasaban cerca de la huerta, y se les ocurrió asomarse a la tapia. La huerta estaba cuajada de frutos. Bajo los árboles, y entre los rosales, divisaron un hombre encorvado hacia la tierra.

—Mírale—dijo el mayor—. Hasta de noche trabaja.

—¡Eh! Miguel—le gritaron.

Pero el hombre aquel no volvía la cara. Seguía trabajando en la tierra, cortando ramas o arrancando hierbas... Aquel hombre tenía el rostro del viejo labrador. ¡De la laguna sin fondo había salido Alvargonzález para labrar el huerto de Miguel!"<sup>17</sup>

*3ª noche:* Suicidio, en la laguna Negra,

de los dos hijos asesinos de Alvargonzález:

“Cuando caía la tarde, cruzaban por entre las hayas y los pinos.

Dos lobos se asomaron a verles, huyeron espantados.

¡Padre!, gritaron, y cuando en los huacos de las rocas el eco repetía: ¡padre! ¡padre! ¡padre!, ya se los había tragado el agua de la laguna sin fondo”.<sup>18</sup>

#### VERSION EN VERSO:

*1ª noche:* Noche de reflexiones en el hogar de los hijos asesinos de Alvargonzález. Por no estar muy clara la ilación o la transición del episodio siguiente, puede muy bien confundirse con la noche en que llega el hijo de Alvargonzález, primera de la versión en prosa. Yo las separo, ya que considero un elemento del romance popular el introducir cierta clase de reflexiones dramáticas que acentúan el carácter popular y narrativo de este género.

*“Es una noche de invierno.  
Cae la nieve en remolinos.  
Los Alvargonzález velan  
un fuego casi extinguido.  
El pensamiento amarrado  
tienen a un recuerdo mismo,  
y en las ascuas mortecinas  
del hogar los ojos fijos.  
No tienen leña ni sueño.  
Larga es la noche y el frío  
arrecia. Un candil humea  
en el muro ennegrecido.  
El aire agita la llama,  
que pone un fulgor rojizo  
sobre las dos pensativas  
testas de los asesinos.  
El mayor de Alvargonzález,  
rompe el silencio, exclamando:  
—Hermano, ¡qué mal hicimos!  
El viento la puerta bate,  
hace temblar el postigo,  
y suena en la chimenea  
con hueco y largo bramido.  
Después el silencio vuelve,  
y a intervalos el pabito  
del candil chisporrotea  
en el aire atarecido.*

*el segundón dijo: —¡Hermano,  
demos lo viejo al olvido!”<sup>19</sup>*

*2ª noche:* La llegada de Miguel y primera aparición del fantasma de Alvargonzález:

*“Es una noche de invierno.  
Azota el viento las ramas  
de los álamos. La nieve  
ha puesto la tierra blanca.  
Bajo la nevada, un hombre  
por el camino cabalga;  
va cubierto hasta los ojos,  
embozado en negra capa.”*

.....  
*“...Un hombre,  
milagrosamente, ha abierto  
la gruesa puerta cerrada  
por doble barra de hierro.  
El hombre que ha entrado tiene  
el rostro del padre muerto.  
Un halo de Luz dorada  
orla sus blancos cabellos.”<sup>20</sup>*

*3ª noche:* La noche en que uno de los hermanos —eran los dos en la versión en prosa— ve al padre trabajando en la huerta de Miguel:

*“Anoche cuando volvía  
a casa —Juan a su hermano  
dijo— a la luz de la luna  
era la huerta un milagro.  
Lejos, entre los rosales  
divisé un hombre inclinado  
hacia la tierra; brillaba  
una hoz de plata en su mano.  
Después irguióse y, volviendo  
el rostro, dio algunos pasos  
por el huerto, sin mirarme,  
y a poco lo vi encorvado  
otra vez sobre la tierra.  
Tenía el cabello blanco.  
La luna llena brillaba,  
y era la huerta un milagro.”<sup>21</sup>*

*4ª noche:* Suicidio de los dos asesinos:

*“Cuando la tarde caía,  
entre las vetustas hayas  
y los pinos centenarios,  
un rojo sol se filtraba.*

.....

*Era la noche, una noche*  
— *húmeda, oscura y cerrada.*”<sup>22</sup>

En resumen: Machado ha desdoblado la noche inicial de la versión en prosa, en dos noches en la nueva redacción en verso, lo cual supone una elaboración poética mayor y una intencionalidad que se articula con todo el desenvolvimiento del o de los motivos poéticos del romance.

El paisaje castellano en ambas versiones.

“Hay en Machado, como en todos los componentes de la generación del 98, una preocupación por el paisaje, no sólo de índole estética sino también historicista. Quiero decir con esto que Machado y sus coetáneos generacionales descubren en el paisaje una posibilidad de comunicación directa con el ser de España. Doy por supuesto, al hablar de paisaje, que se entiende por tal la totalidad envolvente del hombre: el mundo de la naturaleza y la presencia inanimada pero afectiva de la historia, en forma de arquitectura o vestigio arqueológico... Así los chopos del camino soriano, el naranjo andaluz o la ermita de la Virgen en Baeza son paisaje para Machado”.<sup>23</sup> El paisaje castellano juega un papel importantísimo en “La tierra de Alvargonzález”, tanto en la primera versión como en la segunda; es más, hay momentos en que Antonio Machado sacrifica el sentido narrativo del romance para intercalar personales afecciones hacia el paisaje; el paisaje concebido con un sentido generacional operante, tal como lo ha señalado Serrano Poncela en el párrafo transcrito más arriba. A este respecto todavía podemos añadir un testimonio más de Pedro Laín Entralgo: “¿Qué elementos pueden distinguirse en la visión machadiana del campo de Castilla? Está, por una parte, la realidad misma de la tierra. El color y la figura del campo contemplado incitan los ojos y el alma del poeta y promueven las pinceladas de sensorialidad impresionista que acá y allá decoran la superficie visible del verso: “grises” alcornoques, álamos “dorados”, “plomizos” peñascales, montes de “violeta”. Todas estas

notas elementales se ordenan dentro del mundo interior del artista en metáforas y adjetivaciones puramente líricas, edificadas, en último extremo, sobre el mundo de los recuerdos comunes a todos los hombres capaces del sacramento poético: “agria melancolía” de las ciudades viejas y decrepitas, “turbante de nieve y de tormenta” sobre las sierras, “olifante del sol”, inevitable “temblor del alma” ante los hayedos y pinares... Al lado de la elemental sensación de la tierra, directa o metafóricamente expresada, hállase la emoción que esa tierra tiene para la personal intimidad del poeta”.<sup>24</sup>

En Am, como en todos los integrantes del grupo del 98, el paisaje castellano tiene un sentido trascendente, de proyección, de interpretación, de patrón y medida que responde a un estado anímico o a un deseo de reconstruir, sobre ese esquema, una nueva historia de España o interpretar los hechos del pasado. Guillermo Díaz-Plaja ha asignado, certeramente, este trascendentalismo a la generación 98, mientras que para él, el paisaje en los modernistas es algo inmanente. “a) La tristeza del Noventa y Ocho es trascendente. Es una tristeza motivada por razones perfectamente distintas y superiores a la realidad objetiva. La tristeza del Noventa y Ocho se llama pesimismo. Indica una actitud reflexiva y desesperanzada acerca de un porvenir. Se es pesimista acerca de *algo*. Este algo es la Patria. En general, la visión del paisaje de Castilla, de las viejas y pequeñas ciudades castellanas, incluye un sentimiento de tristeza que, trascendido a lo colectivo, integra un pesimismo. Son todos los del Noventa y Ocho los que aman a España “porque no les gusta”, y en la tarea de soñar una España mejor a mucha distancia de la España que describen, se pone su nobilísima tarea. Pero esta distancia entre la realidad y el sueño es, justamente, la dimensión de su pesimismo”.<sup>25</sup>

Veamos cómo se ajusta “La tierra de Alvargonzález” a esta trascendencia del paisaje castellano y cómo opera en ambas versiones.

En la introducción narrativa de la versión en prosa aparece una referencia metafórica a Soria, que va a ser en lo sucesivo reelaborada por A.M. en diferentes partes de su obra poética; referencia que, de acuerdo con su trascendentalismo, es una proyección histórica interpretativa del poeta de Castilla.

“Soria quedaba a nuestra espalda entre

grises colinas y cerros pelados. Soria mística y guerrera, guardaba antaño la puerta de Castilla, *como una barba cana* hacia los reinos moros que cruzó el Cid en su destierro. El Duero, *en torno a Soria*, forma *una curva de ballesta*. Nosotros llevábamos la dirección del venablo”.<sup>26</sup>

Compárese este texto con los siguientes:

“Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra  
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,  
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
para formar la corva ballesta de un arquero  
en torno a Soria. Soria es una barbacana,  
hacia Aragón, que tiene la torre castellana”<sup>27</sup>

“Allá, en las tierras altas,  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plumizos cerros  
y manchas de raidos encinares,  
mi corazón está vagando, en sueños...”<sup>28</sup>

“¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roqueadas  
por donde traba el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria...”<sup>29</sup>

.....  
“He vuelto a ver los álamos dorados,  
álamos del camino en la ribera  
del Duero, entre San Polo y San Satuario,  
tras las murallas viejas  
de Soria— barbacana  
hacia Aragón, en castellana tierra—.”<sup>30</sup>

Faltan más testimonios en la versión en prosa que nos pongan en contacto con un sentido interpretativo del paisaje trascendental de Castilla; sin embargo, la versión romanceada es rica en estos detalles, que, además, se encuentran dispersos en otras partes de su obra, reelaborados o sencillamente incluidos sin que presenten variantes notables.

“La hermosa tierra de España  
adusta, fina y guerrera  
Castilla, de largos ríos,  
tiene un puñado de sierras  
entre Soria y Burgos como  
reductos de fortaleza,  
como yelmos crestados,  
y Urbión es una cimera”<sup>31</sup>

forma poética que ha sido casi incorporada, en los siguientes versos:

.....  
“¡Hermosa tierra de España!”<sup>32</sup>

“¡Castilla varonil, adusta tierra,  
Castilla del desdén contra la suerte,  
Castilla del dolor y de la guerra,  
tierra inmortal, Castilla de la muerte”<sup>33</sup>

#### Otros elementos poéticos asimilados

Alvargonzález, en su sueño, ve un hacha y en ella un presentimiento de su muerte. Su largo sueño —más amplio en la versión prosificada que en la roman- ceada— está dominado por este senti- miento. La primera versión presenta las siguientes alusiones:

“En la pared ahumada, colgaba el ha- cha reluciente, con que el viejo hacía leña de las ramas de roble”.<sup>34</sup>

“En la pared colgaba de una escarpia el hacha bruñida y reluciente”.<sup>35</sup>

“Y es otra vez el hogar, el hogar apa- gado y desierto, y en el muro colgaba el hacha reluciente”.<sup>36</sup>

“A la luz del candil brilla el hacha en el muro, y esta vez parece que gotea sangre”.<sup>37</sup>

“Los hermanos, pálidos como la muerte, se alejan por los rincones del sueño. En la diestra del mayor brillá el hacha de hierro”.<sup>38</sup>

“Un hachazo en el cuello y cuatro pu- ñaladas en el pecho pusieron fin al sueño de Alvargonzález. El hacha que tenían de sus abuelos y que tanta leña cortó para el hogar, tajó el robusto cuello... ”<sup>39</sup>

En la versión en verso, aparecen las si- guientes referencias, calcadas en las an- teriores o con pequeñas variantes:

“Los dos mayores se alejan  
por los rincones del sueño.  
Entre los dos fugitivos  
reluce un hacha de hierro.”<sup>40</sup>

“Tiene el padre entre las cejas  
un ceño que le aborrasca  
el rostro, un tachón sombrío  
como la huella de un hacha”.<sup>41</sup>

“Tiene cuatro puñaladas  
entre el costado y el pecho,  
por donde la sangre brota,  
más un hachazo en el cuello”.<sup>42</sup>

“El hombre que ha entrado tiene  
el rostro del padre muerto.  
Un halo de luz dorada  
orla sus blancos cabellos.  
Lleva un haz de leña al hombro  
y empuña un hacha de hierro”.<sup>43</sup>

El tema general del asesinato del pa- dre, con un hacha, se halla elaborado, con variantes, en otro lugar de la obra de Antonio Machado. En el fondo, es el mismo tema poético, que ha sido apro- vechado desglosándolo del romance o a la inversa, ha sido incorporado a éste. Es el siguiente:

“En sueños vio a sus padres —labradores  
de mediano caudal— iluminados  
del hogar por los rojos resplandores,  
los campesinos rostros atezados.

Quiso heredar. ¡Oh, guindos y nogales  
del huerto familiar, verde y sombrío,  
y doradas espigas candeales  
que colmarán los trojes del estío!

Y se acordó del hacha que pendía  
en el muro, luciente y afilada,  
el hacha fuerte que la leña hacía  
de la rama de roble cercenada”<sup>44</sup>

Dejamos para una segunda parte de este estudio, el estudio de las coinciden- cias verbales y de la reelaboración de las formas poéticas en su transición de la versión en prosa a la romançada.

## NOTAS

- 1—Antonio Machado, *Los Complementarios* (Nota preliminar de Guillermo de Torre), Editorial Losada, S. A. (Colección "Contemporánea"), Buenos Aires, 1957, 248 páginas.
  - 2—"Hemos elegido como título general del presente conjunto el de *Los Complementarios* no por estimar que la parte así rotulada sea la más significativa, sino porque ése es precisamente el mismo título del libro que Antonio Machado atribuye a su "poeta apócrifo" Abel Martín, conteniendo primitivas redacciones y variaciones —deshechadas, rehechas u olvidadas— más con la primera intención de formar efectivamente un volumen. Ese texto se hallaba contenido en tres cuadernos; del primero se han dado a conocer algunas páginas (insertas originalmente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, números 11, 12, 20, 22 y 24, años 1949 y 1950) y en *Clavileño* (número 33, 1955); los dos restantes parecen haberse extraviado definitivamente, con una valija que guardaba los manuscritos de Antonio Machado, al pasar éste la frontera, durante los trágicos días de la salida de España, antes de llegar a Colllonrs, el pueblecito francés donde el poeta murió pocos días después, el 22 de febrero de 1939". (Guillermo de Torre, *Nota Preliminar de Los Complementarios*", pp. 7 y 8).
  - 3—Estas cartas fueron publicadas originalmente en *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, número 2 y 3-4, abril y julio-octubre de 1956. Proceden del archivo de don Miguel de Unamuno y fueron dadas a conocer por Manuel García Blanco.
  - 4—En el volumen *Los Complementarios*, publicado por Losada, S. A., se afirma que la versión en prosa de "La tierra de Alvargonzález" fue publicada originalmente en la revista *Mundial*, de París, Núm. 9, enero de 1912. Segundo Serrano Poncela da la siguiente nota bibliográfica, en su obra "*Antonio Machado, su tiempo y su obra*". "*La tierra de Alvargonzález*. Muu., 1910 (Reproducido en Esp., agosto de 1949). Cuento-leyenda, que contiene el tema de su romance del mismo título, compuesto años después. No está incluido en *Obras Completas*". ¿Cuál de las dos fechas —1910 ó 1912— es la verdadera? "La versión en verso de "*La tierra de Alvargonzález*", apareció por vez primera en la edición de *Campos de Castilla*, Madrid, Renacimiento, 1912 y comprende la obra poética desde 1907 hasta ese año. Posteriormente se amplió hasta 1917, tal como se deduce de la edición de *Poesías Completas*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1917. Nos inclinamos a creer que la fecha exacta de la publicación de la redacción en prosa es la de 1910. Sobre su redacción no tenemos datos concretos para aventurar una conjetura.
  - 5—Segundo Serrano Poncela, *Antonio Machado, su tiempo y su obra*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1954, 226 páginas.
  - 6—El autor se refiere exclusivamente a la versión en verso; los fragmentos líricos, a los cuales hace alusión, apenas si aparecen en la primitiva versión en prosa como motivos poéticos que serán desarrollados más tarde. Sin embargo, ya en la versión en prosa se encuentran insinuados ciertos temas líricos, que son estudiados más adelante.
  - 7—Segundo Serrano Poncela, *op. cit.*, pp. 174-175.
  - 8—Indudablemente, Machado se refiere al siguiente pasaje del *Poema de Mío Cid*:  

"Otro día mañana —pienso de cavalgar,  
 Isiendos va de tierra— el Campeador leal,  
 de siniestro San Estevan, —un buena ciudad,  
 pasó por Alcobiello— que de Castilla fin es ya;  
 la calçada de Quinea —iva la traspasar,  
 sobre Navas de Palos— le Duero co pasar,  
 a la Figueruela—mío Cid iva posar".
- Cito del texto del Poema preparado por Ramón Menéndez Pidal, según aparece en la edición hecha por Alfonso Reyes (Anónimo, *Poema del Cid*, decimoctava edición, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, vol. 5, 1956).
- 9—*Los Complementarios* ("La tierra de Alvargonzález") p. 87 y 89.
  - 10—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (Al poeta Juan Ramón Jiménez), A. M. *Poesías Completas*, Espasa-Calpe, S. A., sexta Edición, Madrid, 1946.
  - 11—Id.
  - 12—*Los Complementarios*, ed. cit., (II, Fabulaciones), p. 89.
  - 13—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), p. 100.
  - 14—*Campos de Castilla*, CXIV (La Tierra de Alvargonzález) (La tierra, IV) AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 15—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), p. 97.
  - 16—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), p. 98—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (El viajero, V), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 17—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), pp. 99 y 100.
  - 18—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), pp. 100 y 101.
  - 19—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (Castigo, III), AM. *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 20—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (El viajero, I y V), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 21—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (Los asesinos, II), AM. *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 22—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (Los asesinos, IV y V), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 23—Segundo Serrano Poncela, *op. cit.*, pp. 175 y 176.
  - 24—Pedro Laín Entralgo, *La generación del Noventa y Ocho* (Colección Austral, 784), Espasa-Calpe, Argentina, S. A., Buenos Aires—México, 1947, p. 24.
  - 25—Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (Una introducción a la Literatura española del siglo XX), Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1951, p. 226.
  - 26—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), p. 87.
  - 27—*Campos de Castilla*, XCVIII (A orillas del Duero), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 28—*Campos de Castilla*, CXXI, AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 29—*Campos de Castilla*, CXIII (Campos de Soria), VII, AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 30—*Ibidem*, VIII.
  - 31—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (Otros días, II), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 32—*Soledades*, IX (Orillas del Duero), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 33—*Campos de Castilla*, CII (Orillas del Duero), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 34—*Los Complementarios*, ed. cit. (II, Fabulaciones), p. 92.
  - 35—*Ibidem*, p. 93.
  - 36—*Ibidem*, p. 93.
  - 37—*Ibidem*, p. 93.
  - 38—*Ibidem*, p. 94.
  - 39—*Ibidem*, p. 94.
  - 40—*Campos de Castilla*, CXIV (La tierra de Alvargonzález) (El sueño, IV), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.
  - 41—*Ibidem*, (Aquella tarde..., II).
  - 42—*Ibidem*, (Aquella tarde..., III).
  - 43—*Ibidem*, (El viajero, V).
  - 44—*Campos de Castilla*, LXVIII (Un criminal), AM., *Poesías Completas*, ed. cit.



# PROTESTA SIN ACRITUD

Por HUGO LINDO

Es un axioma que entre nosotros no existe una crítica literaria, al menos madura. Los estudios histórico-críticos sobre nuestras letras, son cosa de última hora. No tendrán más de unos veinte años. Que de atrás, sólo nos llegaron los almibarados conceptos que don Román Mayorga Rivas vertía para presentar a cada poeta —a veces auténtico, muy frecuentemente retoricón y vacío— en su ya clásica obra, y un articulito de don Juan Ramón Uriarte dando cuenta de la producción de algunos vates, sin proporcionar mayores datos biográficos ni bibliográficos.

También resulta axiomático que, en el amplísimo predio de la crítica literaria, la de poesía es la que suele presentar dificultades más graves, por cuanto sus elementos de juicio no están limitados por los requerimientos de la lógica, y su ejercicio presupone una calidad intuitiva, un conocimiento del autor, una modalidad del gusto y algunos otros factores, que no pueden ser definidos con precisión.

Partiendo de estos dos postulados, no resulta extraño que nuestros incipientes críticos de poesía caigan en alguno de los frecuentes vicios o “muletillas” del oficio: la simple búsqueda de influencias, el análisis de los recursos formales realizado desde un punto de vista gramatical o discursivo, o la disección maliciosa de las metáforas para demostrar que el poema tratado es “un disparate”, como si la poesía fuese fundamentalmente un conjunto de valores lógicos, retóricos, sintácticos y necesariamente originales.

Mas fuera de lo anterior, que es bien notorio por frecuente, hay otro aspecto que conviene señalar. El crítico nuestro, aun en los casos de mayor sinceridad y buen propósito, pareciera considerar al poeta como a un sér estático, cuajado, petrificado en una sola actitud. Con lo cual olvida una de las más importantes y sustanciales características de la creación en el arte: su movilidad. El artista siempre está y debe estar en plan de renovación. Y no por “pose”, sino porque está viviendo, y mientras

se halle viviendo, se hallará sufriendo, gozando, logrando experiencias nuevas, o más hondas, o más refinadas. Y aun los mismos objetos e idénticos acontecimientos, son vistos por él con diferentes ojos a medida que los años transcurren.-

Así que un verdadero juicio poético no es una instantánea fotográfica, por muy fiel, por excelente que sea. Es más bien, como un corte geológico o el plano de una carretera. Juan Guzmán Cruchaga no es sólo su delicadísima *Canción*: ahí está el resto, copioso, de su obra, para formarse una imagen móvil. Rubén Darío no es *La marcha triunfal*, ni *Lo fatal*. Casos hay, sí, en la historia, en que un poeta puede confundirse con un poema. Son la excepción. Quizá porque se trató de poetas de producción mínima, o porque el resto de la suya anduvo muy por debajo del logro consagratorio. Pero Gutierre de Cetina y algún otro, andan muy solos por las rutas del parnaso.

Desde hace largo tiempo —y en este párrafo se encontrará la razón del título— me encuentro con artículos, referencias, citas, de mi propia labor poética. Algunas veces, esto viene notoriamente escrito con malquerencia o antipatía ideológica. Algunas otras, con intención cordial. Pero en ambos casos yo resulto ser “El poeta eucarístico”. Vale decir, de 1943 para acá, nada significan ni las transformaciones interiores, ni el testimonio externo de las obras.

No es que yo repudie ni acepte, que tenga en alta valía o menosprecie mi *Poema eucarístico* de aquel año. Lo creo, sí, tan legítimo como la mayoría de mi labor, porque corresponde, con un alto grado de sinceridad, a un momento vital. Pero no es, ni ha sido, ni puede ser el único momento vital de mi existencia, que ya no es la de un mozalbete. Por lo contrario. Los años corridos de 1943 al 59 en que escribo estas líneas, son los más llenos de peripecia externa, de cavilación, de aventura interior. Y han determinado una mundividencia que, si bien continúa siendo metafísica, no autoriza mi inclusión en una casilla determinada.

Si mis amables críticos —y los menos amables, por descontento— se abocan al total de mi labor poética, se hallarán con que el *Poema eucarístico* es uno entre quinientos o mil. Para algunos, será superior a otros de mis poemas. También habrá pareceres contrarios, y todos me merecen el mismo respeto. Mas el hecho es que nadie puede ser juzgado por la milésima parte de su tarea realizada. ¿Sigue, siquiera en el orden formal, *Libro de horas*, o *Sinfonía del límite*, o *Trece instantes*, o mi poema inédito *Los siete sentidos*, o la abundante producción dispersa en periódicos y revistas, pulsando la misma cuerda de aquel poema de 1943?...

No es que en lo personal me moleste esa actitud crítica. Por eso esta protesta resulta sin acritud, como el título expresa. La formulo, simplemente, porque me parece una actitud errónea y hasta injusta, quienquiera que sea el autor enfocado. Tan injusta como publicar en una crónica social, con motivo de la muerte de un octogenario, su retrato de mocedad...

Injusta, sobre todo, porque falta a uno de los más importantes postulados de la filosofía del arte, de la Estética misma. Porque confunde la Estética con la estática. Una cosa es hablar de un poema, y otra, de un poeta. Cuando se habla de un poeta, hay que tomarlo en su totalidad, enfocarlo en toda su trayectoria, con las altas y bajas que ella implica. Lo que no significa que no pueda categorizársele. Darle un epíteto, un cognomento. Caracterizarlo por una de sus notas más constantes, o por lo que pudiéramos llamar, metafóricamente, el “común denominador de su poesía”. Mas ese común denominador ha de extraerse del análisis y de la comprensión de toda su obra, o, al menos, de gran parte de ella, porque sólo allí, al través de las estaciones hechas, de las jornadas recorridas, puede hallarse la tónica humana que informa una realidad integral.

Y en mi caso personal —perdónese la primera persona que, aunque sin acrimo-

nia, esto es una protesta— estoy cierto de que si en 1943 se me pudo llamar “poeta eucarístico”, en 1959 el común denominador de lo que he podido, modestamente, realizar, no es, no tiene por qué ser ése. No soy un río congelado, ni un viento detenido, ni una estatua de sal. Ni un poeta eucarístico.

Bogotá, Octubre de 1959.

## LA UNA A. M.

*¡Brotar!*

*La débil llama gira en el aire denso.  
¡Ya soy! ¡Ya grito! Ahora surge mi llanto inmenso  
desbordando la alcoba, trizando tus oídos  
con su cristal, que tiene los bordes ateridos.*

*¡Ya soy entre tus manos!*

*Girón ayer inerte,  
soy un fruto pendiente del árbol de la muerte,  
sujeto a vendavales y escarchas...*

*Madre mía:  
tú que me das enteros los ámbitos del día,  
tú que creas la luz y alzas en las esferas  
un portentoso Fiat de verbos y quimeras,  
tú que del mar oculto mi propia esencia tomas,  
hecha rosa y cal, de lodos y de aromas,  
has de romper el nácar de tus jóvenes manos  
abriendo los caminos y haciéndome los llanos;  
toda tú, contra el áspero fragor de los ciclones,  
defenderás la atmósfera donde estén mis canciones,  
y mi nombre mezquino de sílabas vanales,  
te dejará en la boca regusto de panales...*

*¿Quién soy?*

*Tu sangre misma.*

*Tu carne.*

*Tu locura.*

*El amor, que desciende del cielo a tu cintura  
y hace nido en tu suave regazo.*

*La esperanza  
que desde nunca y siempre bajo el pecho te danza.  
El juguete indefenso, claro, dulce, pequeño,  
que vegetó en la tibia comarca de tu sueño.*

*¡Héme aquí, diminuto!*

*Apenas esbozado  
con imprecisas líneas de virtud y pecado.  
¡Hoy sí que ya mis ojos preguntan! Que ya quieren  
determinar los límites en que las cosas mueren,*

saber en donde empieza la ecuación de la vida  
y qué cuchillos cortan su piel indefinida!

¡Hoy sí que ya mi oído, caracol de tu arrullo,  
se encuentra para el trueno y el trino y el murmullo!  
¡Hoy sí que mi garganta, gruta de voz y llanto,  
nace al clarín del grito y al órgano del canto!

¡Ya soy!

Esta palabra corta, pequeña, dura,  
crece infinitamente para hacer mi figura,  
crece infinitamente...

Su sonido reseco  
rebota en los pulmones fantásticos del eco:  
¡Ya soy!... ¡Ya soy!... ¡Ya soy!...

Y bajo tu mirada  
soy pétalo, soy brizna, soy burbuja de nada...  
¡Apenas soy la pulpa fragante de ternura  
que aún tiene la corteza con rocíos de altura!...

¡Ah!... Sin embargo, madre, ¡qué tremendo destino  
éste de hallarse enfrente la arena de un camino!  
¡Qué gravedad encorva las espaldas del hombre  
cuando se echa sobre ellas el mundo de su nombre!  
Por eso fue que apenas caí del infinito,  
saludé tu presencia con el llanto y el grito.

¡Ya soy!... ¡Ya soy!...

Estatua de nieve en la llanura,  
tengo el destino exacto de tornarme agua pura.  
Cada día, a la hora del esfuerzo cumplido,  
un girón de mi nieve quedará derretido,  
y un día, quizá tarde...

¡Pero no madre mía!  
¡Recoge tu cosecha de amor y de alegría!  
Aquí estoy, diminuto, semidormido, suave  
como tus manos mismas o las plumas de un ave,  
tenue, frágil, labrado con la plata del sueño  
para que te solaces en mi brote pequeño...

Gózame por encima, mírame solamente  
las manos, las mejillas, el cabello, la frente...  
No bajes al abismo de mis ojos abiertos,  
que los recién nacidos somos los recién muertos,  
y en la oquedad profunda de nuestras uvas tiernas,  
¡hallarías la imagen de las cuencas eternas!...

(Del Libro de horas, Guatemala, 1948).

?

"...El sér en el mundo".  
HEIDECER.

*Aquí termino yo. Junto a la exacta  
y la posible luz. Aquí termino,  
donde el ojo me indica  
forma y color, origen y suplicio.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Donde la voz, que discurrió en el éter  
se allega hasta mi oído,  
y me reduce la celeste escala  
a diminuto ritmo.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Aquí donde mi piel me determina.  
Más allá no soy yo. Sólo el abismo.  
El yo no soy inmenso  
y aterido.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Donde mi voz dice palabras dulces  
—amor, candor, afán, lágrima, niño—  
y el fruto de mis árboles se viste  
con esta costra del hallazgo mínimo.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Donde el ayer me taja las distancias  
ya entecas de vejez, sucias de olvido,  
y me borra las márgenes cruzadas  
con esponja de alivio.*

*Donde el hoy se me quiebra  
y se torna pretérito infinito.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Donde el posible sueño de mañana  
es un sueño dormido,  
y los augurios lanzan a la sombra  
inútilmente un hilo.*

*Aquí donde mi hoguera  
tiene un sitio.*

*Aquí donde los límites aprietan  
mi luz, mi voz, mi oído.*

*Aquí. Aquí termino.*

*Donde la muerte viene navegando  
por burbujas de sangre, a mi exterminio.*

*Más allá no soy yo. Sólo en el aire  
mi estupor encendido:  
la ortográfica sierpe de mi asombro  
con un punto arrancado de su sitio:  
la inextensión perfecta  
goteando de lo extenso de mi grito.*

*¿Aquí? . . .*

*¿Aquí termino?*

(De *Sinfonía del límite*, San Salvador, 1953).

## LIMONERO

*Hoy el inaugurado limonero  
me refrescó en aromas preteridos  
y devolvió a mi luz tonos perdidos,  
voces de mejorana y de romero.*

*Si en fuerza de un volar de extraño agüero  
olvidé las campánulas, los nidos,  
y esa lejana placidez sin ruidos,  
madre del canto y su fulgor primero,*

*si en fuerza de guerrear contra la altura,  
de escudriñar el fruto y la semilla,  
se fue llenando la emoción de oscura*

*continencia, de bruma los cantares,  
¡hoy se aquieta en mi rada la sencilla  
navegación de un barco de azahares!*

(De *Trece instantes*, Montevideo, 1959).

## AMANECER

*Está la gota de rocío  
soñando tan sin motivo.*

*¡Ojo-luz de la mañana,  
ojo del aire, ojo vivo!  
Un aluvión de colores  
se ha despeñado en su recinto,  
y eso lo saben las abejas  
y lo comprenden bien los niños.*

*Un ángel de terciopelo  
duerme en el pétalo clarísimo  
y los mil duendes de la infancia  
doran la cumbre de un pistilo.  
¡Ah, magia blanca ya olvidada  
en dulces tiempos fugitivos!*

*El ojo-luz ve mariposas  
también de luz, y ve el camino,  
y ve los árboles que empiezan  
a bostezar, y el caserío  
que despereza, soñoliento,  
puertas, carretas, gallos, linos . . .*

(De *Trece instantes*, Montevideo, 1959).

## GUAYABAS

*Un sol de azúcar se hace verde  
en la piel de la fruta.  
¿Quién de los dos, pájaro o niño,  
ganará el premio de la gula?*

*¿Quién trajo al mundo del aroma  
un sabor casi música?  
¿Quién, confundiendo los sentidos,  
hizo melódica la pulpa?*

*La finca es toda de los vientos  
que la envuelven y surcan;  
pero los niños y los pájaros,  
¿no son del aire, por ventura?*

*Por este rumbo se va al llano:  
en alambre de púas  
se rasga el ala o la camisa  
irresponsable, suelta, sucia . . .*

*Y hay un aroma haciendo nido,  
agazapado en cada curva:  
son estaciones del olfato  
junto a las charcas de la lluvia.*

*Y hay un guardián espanta-niños,  
bigotes fuertes, risa oculta,  
que no custodia más que el miedo  
como ingrediente de aventura.*

*Desde el follaje estalla un grito  
como una roja flor que triunfa,  
y sobre el césped asombrado  
caen planetas de miel pura.*

(Del libro inédito *Los siete sentidos*, Santiago, Chile, 1955).

Guadarrama literario.

## Tránsito Serrano y Aventura del Arcipreste

(Turismo medioeval de Hita a Segovia)

Por JOSE SANZ y DIAZ

Presta actualidad al tema el hecho de que varias asociaciones culturales y montañeras hicieron recientemente una evocación viajera del Arcipreste de Hita en plena Sierra de Guadarrama, precisamente junto al monumento que en 1930, por iniciativa de D. Ramón Menéndez Pidal se le dedicó en una roca para perpetuar su recuerdo. La lápida pétrea dice así: "Caminante de este puerto una mañana de marzo de 1329". Y debajo continúa: "1330-1930. Al Arcipreste de Hita, cantor desde Sierra do gustó las aguas del río de Buen Amor".

El soberbio hito se alza milenario antes de llegar al Alto de los Leones y en su base hay labrado un poyo, en cuyo respaldo, empotrada en la risca, hay una arqueta sin cerradura alguna y dentro un ejemplar del "Libro de Buen Amor", brindando su sabrosa lectura al caminante. Es fácil dar con él, pues en la penúltima vuelta de la carretera un poste indicador os orienta: "A la Peña del Arcipreste de Hita y a la Venta del Cornejo", que es un ostal, hoy en ruinas, donde se albergó Juan Ruiz.

El famoso Arcipreste de Hita nos dice por qué hizo su viaje a través del Guadarrama, que fue ni más ni menos por:

"Probar todas las cosas el Apóstol lo manda: Fuy yo a provar la ssyerra e fiz loca demanda". Y tan loca, pues a quién se le ocurre en pleno invierno dejar las abrigadas villas de su natal Guadalajara y partir hacia una aventura montañera tremenda, pues fácil es imaginar lo que supondría atravesar solo los intrincados bosques, las sendas intransitables y los nevados puertos de la Sierra de Guadarrama en pleno siglo XIV. Todo ello porque sí, sin razón de más peso, puro capricho de alpinista y poeta. A seis siglos y pico, camino de los siete, aún asombra su gesta a los poetas. Así el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez dirá en su *Canto al Arcipreste de Hita*, admirado de su proeza:



*“Saliste en una mula de tu villa natal  
—ni Quijano sabría montar otra igual—  
y atronaste el silencio del sopor medioeval  
con tus pasos finchados y tu fabla tumbal.”*

Efectivamente, partió de Hita en un día del mes de Febrero de 1329, villa de la que Juan Ruiz era Arcipreste y Cura párroco en la iglesia de Santa María y San Pedro, de la que hoy sólo quedan ruinas a la falda de un cerro. Debió nacer hacia 1283, según los cálculos más aproximados, y al emprender su ruta por la Sierra de Guadarrama llevaba muchos años desempeñando su arciprestazgo. Le querían en Hita y saldrían a despedirle, una vez oficiada la misa, todos sus feligreses. Le vemos avanzar hacia la casa arciprestal, recio y alegre. Mientras le aparejan la mula y le disponen la bien nutrida alforja y las mantas para la expedición, Juan Ruiz se sienta a la mesa y engulle un buen plato de huevos fritos, empedrados de torreznos de jamón, alternando con rebanadas de hogaza y claro vino alcarreño. Baja luego las escaleras terciándose los manteos, embutido en su traje talar, y con apariencia de labriego letrado, que es lo que es, sube de un salto desde el apoyo a la mula, despidiéndose de todos, risueño y sentencioso, guiñando el ojo a los amigos y a las mozas, hasta perderse en un recodo de la senda como pájaro en libertad.

Así lo vemos nosotros partir de Hita más que mediado el invierno de 1329, camino de una aventura descomunal.

Pronto divisaría los macizos nevados del Pico Ocejón y las moles soberbias de la Maliciosa, poniendo rumbo a Torrelaguna por Uceda. Andará, según el poema, más de veinte leguas por caminos imposibles, solo, sin agüía, a merced de los elementos, de las fieras y de las malas gentes. En la primera jornada debió cambiar los manteos, impropios para viaje semejante, por un traje civil, pues las gentes que topa en adelante lo toman por paisano y no clérigo, según hemos de ver. “Salido de Hita —dice Bernaldo de Quirós—, Juan Ruiz ha llegado al Valle del Lozoya, por el partichuelo de Canencia probablemente, por un rincón de naturaleza alpina (2.000 m.) entonces casi enteramente virgen”. Debió subir desde Torrelaguna a La Hiruela, entre las hoy provincias de Guadalajara y Madrid hacia la de Segovia. El nombre de Peñalara no se empleaba aún en aquellos remotos tiempos, por ser de data mucho más reciente, nacido en la laguna de igual nombre.

Juan Ruiz sufre un grave incidente, pierde su mula y cuanto en ella llevaba, tal vez durante la noche a manos de bandidos moriscos de los que sabemos estaba infectada la comarca. El nos lo cuenta sobriamente:

*“Luego perdí la mula, non fallaba vianda,  
quien más de pan de trigo busca, sin de seso anda.”*

Es decir, que quien en tales circunstancias no se conforma con pan, está mal de la cabeza.

El valle de Lozoya, atravesado de sur a norte por el río, lo forman las sierras de Morcuera, Reventón y Navarra, selvas entonces de chaparros, robles, fresnos y álamos.

A primeros de marzo llega el Arcipreste al pie de la sierra:

*“El mes era de marzo, día de Sant Meder,  
pasando el puerto de Lozoya fui camino prender,  
de nieve e de granizo non hobe do me ascender.”*

Ya tenemos a nuestro caminante, el día 3, pasando el puerto de Lozoya o Nava-

fría, entre ambas Castillas, perteneciente hoy al partido judicial de Sepúlveda (Segovia). Allí tiene el primer encuentro humano, una serrana de armas tomar, chata y bigotuda que pretende cobrarle el peaje del puerto, con estas palabras de la versión moderna de María Brey Mariño:

*“En la cima del puerto tuve sorpresa ingrata,  
encontré una vaquera al lado de una mata.  
Preguntele quien era; respondiome: —¡La chata!  
Yo soy la chata recia, la que a los hombres ata.”*

El aterido caminante se vuelve zalamero y le promete, si le ayuda, pagarle bien a la vuelta.

La vaquera accede. Entonces:

*“Echóme a su poecuezo por las buenas respuestas,  
e a mi non me pesó, porque me llevó a cuestras”.*

Retrocede, tal vez aconsejado por la chata, por el puerto de Malagosto y sacudido por la vestica se encamina al pueblecillo de Sotos Albos, al lado de allá de un arroyo que descende del puerto. La serrana de Malagosto, previa promesa de pago al retorno, le llevó a su choza, según cuenta en su cantiga Juan Ruiz, dándole un buen yantar:

*“Mucho conejo de soto,  
buenas perdices asadas,  
hogazas mal amasadas  
e buena carne de choto;  
e de buen vino un cuartero,  
manteca de vaca mucha,  
mucho queso assadero,  
leche, natas, una trucha;  
e dixo: —¡Hadeduro!  
Comamos deste pan duro;  
después faremos la lucha”.*

La lucha debe referirse a un combate amoroso. No hay duda que la vaquera supo ser generosa.

Por fin llega a la ciudad de Segovia y en ella gasta los cuartos que le quedan en su menguada bolsa:

*“Después desta aventura fuime para Segovia,  
non a comprar las joyas para la chata novia...”*, dice jocundo el alegre Arcipreste, añadiendo:

*“Estude en esa cibdat e espendí mi cabdal,  
non fallé pozo dulce nin fuente perenal”.*

Ya sin blanca decide volver a Hota al tercer día; pero no por Lozoya, Navafría y Malagosto, por no llevar los regalos ofrecidos a las serranas:

*“Volví para mi tierra de allí al tercer día,  
sin pasar por Lozoya, pues joyas no traía;  
Pensé tomar el puerto que llaman la Fuenfría  
y equivoqué el camino, como quien no sabía”.*

Juan Ruiz se extravió en los espesos pinares de Valsain y no pudo pasar el puerto, que está a 1.800 metros de altitud, precisamente donde se forma el macizo de la Mujer Muerta. Errando perdido, topó en la montaña con la serrana Algueva o Fadea de Riofrío, que de ambas formas la llaman, al caer la noche. Al gastarle un cumplido para que le mostrara el buen camino, le soltó al poeta un estacazo con un cayado, derribándolo sobre un ribazo. Luego, apiadada, se lo llevó a su choza para que se calentara, cenara, jugara y le hiciera el amor, siempre que en la cabaña no estuviera un tal Ferruso. Después ella quiso retenerlo, porque:

*“Es mala de apagar la estopa cuando arde”.*

Pero se excusó y Algueva le mostró el camino de Ferreros, en la falda septentrional de la Sierra de Guadarrama, que es hoy la aldea de Otero Herreros (Segovia), entre El Espinar y La Losa. Por todo ello, el Arcipreste hizo después esta cantiga en son de burla:

*“Siempre me vendrá a la mente  
esta serran avaliente,  
Gadea de Riofrío...”*

El lunes siguiente, antes del alba, fue la salida de Ferreros y por la garganta o barranco del Espinar, rumbeando hacia el sur y el este, debió pasar por el collado de la Marichiva (1.750 m.), pues por allí anduvo Tablada, hoy Tabladilla, lugar de otra de sus aventuras, en la que tuvo que darle palabra de casamiento a la dama.

Pero no adelantemos los acontecimientos ni el camino. Cerca de la Venta del Cornejo encuentra otra serrana, la boba Menga Lloriente, que tomándole por pastor quería casarse con él y Juan Ruiz *le lleva el apunte*, que dicen los argentinos. Le promete cuanto quiere y se aleja riendo el poeta, a quien el episodio le sirve para otra cantiga, en la que empieza así:

*“Por la Venta del Cornejo,  
primer día de semana,  
a la mitad del vallejo,  
encontreme una serrana  
vestida de buen bermejo  
y buen ceñidor de lana”.*

¿Cómo era la Venta del Cornejo? Gonzalo Menéndez Pidal nos lo dice en *Los caminos en la Historia de España*, al afirmar que el lugar todavía sigue siendo llamado El Cornejo y la venta perdura en ruinas: “El edificio fue un caserón con tejado a dos aguas, que tendría una gran canaliza; su traza es idéntica a la de las ventas que figuran en *Hispaniae Urbes*. El emplazamiento de la venta estaba muy bien elegido en la confluencia del río Moros y del arroyo de Blascomalo, allí convergían el camino que venía de Otero y el que bajaba por el arroyo; ya unidos, subían por la Campanilla, para pasar la sierra, un poco más al este del puerto del León. Desde allí, el Arcipreste bajó por la Tablada; hacía viento helado, que le obligaba a comer, y entonces es cuando encuentra a la cuarta serrana, a la que pide alojamiento”. Era la hembra más horrible y descomunal que Juan Ruiz encontró en su viaje por la Sierra de Guadarrama, que su ingenio zumbón caricaturiza así:

*“Nunca desde que nascí, pasé tan grande periglio  
de frío: al pie del puerto falleme con vestigio,*

*lo más grand fantasma que vi en este siglo.*

.....  
*Sus miembros e su fabla no son para callar;  
cabien creed que era grand yegya caballar.*

.....  
*Su boca de alana, e los labios muy gordos,  
sientes anchos e luengos, asnudos e muy mordos,  
mayores que las mías, tiene sus prietas barbas...*

Y así sigue describiendo el monstruoso engendro que es la serrana Aldara cuyas:

*“Costillas muy marcadas en su negro costado,  
tres veces las conté, mirando acobardado.”*

Así fué como:

*“Cerca de Tablada,  
la sierra pasada,  
(dice el Arcipreste)  
Me hallé con Aldara  
a la madrugada.”*

Tuvo que decirle que era “casado, allí cerca, en Herreros”, y siguió espantado su camino, riendo a carcajadas cuando perdió de vista tal *vestiglo*.

Barruntando su tierra, el Arcipreste de Hita acelera el paso y se olvida, tal vez con el recuerdo regocijante de la monstruosa Aldara, de ir narrando en su poema los pueblos y lugares por los que regresa. Nada importante debió acontecerle, pues de serlo lo hubiera anotado. Por eso escribe Bernaldo de Quirós que “el poeta ya no ha debido pasar más puertos, marchando a lo largo de la vertiente meridional de la rama oriental del Guadarrama; probablemente pasó por el valle de Samburiel, entre las aldeas de Matalpino y El Boalo, y ante el cerrito de La Berzosa, próximo a Robledillo de la Jara.” Y añade: “El itinerario del Arcipreste reaparece —y así es— doce leguas al nordeste, en la Ermita de Santa María del Vado, hoy abandonada, en la provincia de Guadalajara, donde termina”.

El Vado es un Ayuntamiento a orillas del río Jarama, con las aldeas de La Vereda y Matallana, no lejos de Tamajón, en el partido judicial de Cogollugo. Una de sus ermitas era la de Nuestra Señora del Vado o de las Angustias, a la que acudían en romería los pueblos de Campillo de Ranas, Tamajón, Valdesotos y Puebla de la Mujer Muerta. El caminante cayó de rodillas ante la imagen y oró fervorosamente por sus muchos pecados:

*“Cerca de aquesta sierra hay un lugar honrado,  
muy santo e muy devoto, Santa Maria del Vado;  
fui a tener vigilia, como es acostumbrado.”*

Nada más habla ya el Arcipreste de su viaje por la Sierra de Guadarrama en su *Libro de Buen Amor*; pero desde El Vado debió regresar a Hita por Alarilla o por Humanes, siendo este último camino el más probable.

Autores Teatrales Centroamericanos

## “Funeral Home” de Walter Béneke

Por ALFONSO ORANTES

Investigar qué es el teatro y cuál es su magia ha llevado a especular a filósofos, pensadores y artistas sobre su esencia, carácter, alcances y limitaciones. La indagación ha conducido en las últimas décadas —debido a la inspiración francesa—, explicar lo que constituye el Teatro, llegándose al extremo de integrar una disciplina que no es la creación, ni su historia o crítica, ni el aspecto que ofrecen los elementos que la conforman, sino lo que Gouhier ha llamado “filosofía del teatro”, porque, a su juicio, como el sentido común o la ciencia, supone una filosofía.

Todos sabemos que, para su existencia, el teatro necesita de un local que contenga la escena, los espectadores, actores, decorados, luces, maquinaria, directores y trabajadores especializados y que éstos actúan antes, durante y después de la representación. El autor citado dice que “quienes lo aman saben que el teatro es cosa grave, porque se trata de un misterio. Y lo es doblemente por la reacción del poeta que imagina y por la del actor que encarna”. El teatro es “metamorfosis universal que une todas las artes en una sinfonía viva, donde texto, representación, pintura, música, arquitectura y danza juegan armoniosamente una parte”.

Lo importante en el teatro es lo que acontece. El acontecer crea una situación y ésta, si concuerda con el tema y la expresividad de un lenguaje adecuado y exacto, culmina en una creación emotiva y fértil. Sartre habla del “teatro de

situaciones”, Valéry alude a la “comedia de las ideas” y otros autores claman por un teatro de tesis.

Gouhier dice que “El drama y la comedia están en el mundo, antes de estar en el teatro”. Quien lleva al teatro lo que está en el mundo tiene que imprimirle un sello característico, único. No crea el teatro categorías, las presenta. Ellas pueden ser cómicas o dramáticas, cualquiera de todas, si el autor las ofrece con su propio lenguaje, cobran rango y novedad porque en el teatro se suman realidad y sueño. Tal simbiosis hace del teatro un género distinto al de otras formas literarias para las que son suficientes ideas, emociones y fantasía. En la realidad o la ficción artísticas del teatro, espacio y tiempo constituyen su propio ambiente.

Es así como “La esencia del teatro es la exteriorización del acto voluntario” del creador. Por íntimo que sea el drama es representación, exteriorización, porque como afirma Anton Artaud: “El teatro a causa de su presencia física y porque exige la expresión en el espacio, de hecho la única real, permite que los medios mágicos del arte y la palabra ejerzan orgánicamente y en su totalidad, como exorcismo renovado”, y agrega: “No se darán al teatro sus poderes específicos de acción si, antes, no se le da un lenguaje apropiado”, un lenguaje objetivo y concreto “que se dirige a la sensibilidad para disponer órganos expresivos”.

Estos antecedentes y citas son indispensables porque fijan estadios desde los que debemos partir y tomar en cuenta al referirnos a la nueva obra de Walter Béneke: **FUNERAL HOME**, presentada al IV Certamen Nacional de Cultura y que obtuvo el Primer Premio “República de El Salvador”, compartido con otra: **LA IRA DEL CORDERO** —título sugerente que ojalá corresponda al tema—, de un nuevo actor teatral salvadoreño: Roberto Arturo Menéndez.

Por ahora, deseamos poner énfasis en lo excelente de esta obra de Béneke a quien ya me he referido cuando apareció **EL PARAISO DE LOS IMPRUDENTES** presentada hace poco por el Teatro Universitario que dirige el Profesor Moreau.

En **FUNERAL HOME** no sólo se supera el autor en cuanto a la técnica teatral, con la que ya se familiariza, sino que sorprende por su sencillez y originalidad al resolverla. Ha prescindido de la división en escenas para cada acto porque las mutaciones que se producen durante la acción, por sí mismas, las constituyen.

Característica del teatro moderno y de todo teatro de rango es la síntesis dramática. Como el teatro es ante todo representación, debe tipificarse por tres formas: acción, expresión y unidad. Todas ellas equilibradas armónicamente. En la pieza de Béneke eso está logrado. Es así como se advierten las posibilidades que como autor de teatro tiene el joven intelectual salvadoreño.

Charles Dillon dice muy certeramente: “se olvida con demasiada frecuencia que el teatro está hecho para el público” y que “hay que escribir para él”. Por eso, un autor moderno no puede desentenderse de ese aspecto y debe

ofrecer su obra no sólo para que se comprenda y sienta por el público, sino que cuando introduzca innovaciones en el teatro, deberá hacerlas tan simplemente y de modo tan sencillo que parezcan naturales.

“Para comprender bien una obra teatral —dice Jouvét— es preciso colocarle en su época, en su manera y en su moda”, y Gaston Baty al referirse al “teatro y el universo que ha de expresar”, advierte que, “todo lo que existe es materia drámatica”, “toda la vida cotidiana y su misterio”, porque “tras el hombre y su misterio interior, tras las cosas y su misterio, nos acercamos a misterios mucho mayores”. Con inventariar “toda esta riqueza que se ofrece al teatro” bastaría “para hacer evidente que no se sabría abordarlo únicamente por los procedimientos tradicionales”.

Al tratar los autores sobre el teatro, se han dividido las opiniones respecto a la importancia y significación que tiene el autor teatral y así, Raúl H. Castagnino, en su “Teoría del Teatro” dice que, modernamente pueden señalarse tres criterios al respecto: 1º) considerar al autor como punto de partida del hecho teatral en sí mismo y en toda la integralidad; 2º) suponerle motor de arranque ajeno al aparato teatral propiamente dicho, que sólo lo pone en marcha; y 3º) apreciar al autor simplemente, como un engranaje más en la relojería teatral. Por el primer aspecto se pronuncia Henri Gouhier en “La Esencia del Teatro”; por el segundo, Barrault en sus “Reflexiones sobre el Teatro y Anna Lindsay en “El Teatro” y, el último, lo define y explica Chpeck en “Tres profesiones al desnudo” y “G. Bragagila en “El nuevo teatro argentino”.

No haremos disquisiciones considerando estos puntos de vista tan diferentes. A nuestro juicio Gouhier, sin desconocer las razones y circunstancias de los otros, defiende el punto en forma exacta y sagaz.

Para el citado autor francés hay que distinguir entre el teatro íntegramente literario y un teatro donde predomine lo literario. “Una concepción exclusivamente literaria del drama —expresa— es el pecado contra el espíritu del teatro”. “El texto más completo es como una partitura”. “La obra está orientada hacia la representación”. Pero a un teatro completo nada puede añadir la representación, aunque ésta pueda revelarlo en toda su grandeza y humanidad. Al polemizar sobre este aspecto Jean Hytier declara que: “La obra que se ha representado primero en la mente del dramaturgo, acaba por representarse en la imaginación del espectador o del lector, teatro donde los actores no tienen faltas”, por eso “el destino de las obras maestras es llegar a ser irrepresentables, tarde o temprano. Sólo entonces se desembarazan de la impureza de los aplausos, para entrar en la memoria, menos profana, en definitiva, que las ceremonias del culto”.

Así pues, con Pero Grullo tenemos que admitir que sin autor no hay teatro, como no lo hay sin los demás elementos que lo constituyen en un sentido integral.

Lo anterior, indispensable para el deslinde que debe hacerse al hablar de

la obra de teatro, se reduce a restar la importancia del texto, sus deficiencias o excelencias y la trascendencia que una obra puede tener para el teatro mismo; a las posibilidades que al producirla encuentre un autor en lo futuro, especialmente si este autor es joven y la ofrece en un medio como el nuestro sin tradición ni historial teatral, descontado, desde luego, el teatro primitivo, el precolombino estereotipado en forma única: en el *Rabinal Achí* y el de autores centroamericanos como Carlos Solórzano y Béneke que ya tienen significación.

Ahora bien, si el autor tiene importancia, si su obra en sí misma y por sí misma nos dice de las calidades de su creador, entonces no puede sino hacerse notar su valor por quienes se interesan en tales aspectos.

Indudablemente “la ambición del teatro es la de crear personas”, pero el autor sólo crea personajes. Entre unos y otros hay diferencia: la persona es “un ser capaz de inventar”, el personaje es un ser inventado. Para muchos, el autor es también el primer comediante con facultad de crear sus personajes.

Béneke llama a su FUNERAL HOME, pieza en tres actos. Intervienen en ella ocho personajes y la acción es sucesiva, modalidad moderna que resuelve problemas teatrales.

El argumento es sencillo:

La Mujer vela la víspera de Navidad, en un *Funeral Home*, establecimiento que no existe en nuestros países, el cadáver de su marido, obrero víctima de un accidente de trabajo. Sus propietarios, los esposos Lowellyn, preocupados por que la viuda pase esa noche lo mejor posible le invitan a quedarse en casa, donde hay una habitación para huéspedes. Librándose de la nevada, el Desconocido entra a la sala fúnebre y entabla conversación con la Mujer. Llega al salón donde está el cadáver la Viejecita, quien tiene la chifladura de ir de establecimiento en establecimiento, recogiendo animales, “lo único que no se reparten los herederos”. La visitante ha confundido el *Funeral Home* y se marcha. El Desconocido, en una interrupción de la plática, elogia las excelencias de la instalación y pregunta al Encargado a cuánto asciende un servicio completo. El propietario le dice que vale \$ 550 en total. Cuando éste se retira, el Desconocido propone a la Mujer pasar con él la noche en su cuarto de hotel donde tiene vino italiano, galletas, etc., produciéndose una escena de gran tensión. Como el Encargado va a cerrar porque son las once de la noche, el Desconocido, después de insistir en su proposición sin obtener éxito, se despide. La Mujer reacciona en forma súbita y pide al Encargado corra a buscarle. Así termina el primer acto. El segundo iníciase inmediatamente cuando Nancy Lowellyn invita a la Mujer pasar al *living room*. Esta le cuenta lo ocurrido, cuando al escuchar sus gritos había acudido a verle. Le confía va a marcharse con el Desconocido. Entonces torna el diálogo a cobrar intensidad dramática en la confidencia mutua de intimidades que escandalizarán a personas muy metidas en los equívocos de los prejuicios moral y sociales. El Desconocido vuelve y se identifican ambos



como María y Bernardo. Vuelve el diálogo a cobrar animación. El Encargado torna a presentarse cuando ante la insistencia de que se vaya a pasar la noche con él, María lo llama. Bernardo se despide acompañado por Lowellyn quien va a dejarle al taxi de Percy. Se alude luego a los detalles del entierro al día siguiente. Percy entra y el acto termina con su información respecto a Bernardo. Se trata de: "El médico centroamericano que mató a su mujer hace cinco años, y a quien habían puesto en libertad el día anterior".

El tercer acto viene inmediatamente. Sábese entonces cómo se produjo la muerte de la esposa del médico y cinco minutos antes de la media noche éste vuelve, pero no quiere se enteren de su regreso los Lowellyn porque va en busca de María. Las campanas indican que ha llegado la Navidad. Insiste el médico en que aquélla le siga a sus "países de sol", "con playas inmensas y gente sufrida y humilde a la que se puede ayudar y servir". Ya en el secreto de su vida, María le increpa y en su exaltación le llama asesino. Bernardo sufre rudo golpe, porque creía ignoraba que ella sabía su pasado y se va. Hay otras variantes al aparecer lo hijos de Lowellyn, distribución de los regalos, etc. Percy, el dueño del taxi, que había principiado a contar la vida del médico la termina con mayores detalles y se retira. Nancy aconseja a María no dar mucha fe a su historia porque "sabe docenas y le fascina contarlas y añadirles". De pronto suena el teléfono. El Encargado responde. Solicitan los servicios de su *Funeral Home*. Son para el médico quien dejó los 550 dólares y una carta para la dirección del hotel diciendo quería lo atendieran en aquel establecimiento. María pregunta si no había otra carta. El Encargado responde negativamente. Nancy exclama entonces: "—No podemos hacer nada, María, es el destino". Esta responde: "—¿Qué tiene que ver mi indecisión con el destino?" e invitándole a pasar a la habitación que le prometieron, se dispone a descansar. Nancy dice: "—Esta noche sí, pero y ¿mañana?" "—Mañana —contesta María—, mañana yo tengo que enterrar a mi marido".

Desde que se inicia la obra, el diálogo tiene una concisión y expresividad nada comunes. Está cargado de importancia. El pensamiento anunciado es sobrio dentro de un laconismo singular y exacto. Lo mismo puede afirmarse de su trama que aparece llena de dramaticidad, así como el desarrollo pleno de acción, todo esto para mantener permanente interés hasta el final. Béneke se muestra en su nueva obra reflexivo, seguro, pujante. La pieza está bien elaborada, estudiadas las situaciones e incidencias. Es discreta en anécdotas, no hay largos parlamentos. Los cambios son rápidos y naturales. Su precisión le da gran fuerza a las escenas y el tema, en su aparente simpleza, tiene originalidad tanto por la forma de presentarlo y desenvolverlo como de llevarlo a su culminación en una creciente intensidad emotiva. La forma como se produce el desenlace, aunque se suponga al final de primer acto, tiene una solución inesperada acorde con el espíritu de la obra, el ambiente creado y las mismas situaciones provocadas.

Por todo esto, por las calidades que la obra presenta, no podemos regatear a Walter Béneke ningún elogio a su talento y sensibilidad, porque ha dado nuevamente muestras inequívocas de poseer ambas cualidades. Demuestra el joven autor salvadoreño lo que puede hacer la juventud que tiene capacidad, cómo puede ser usada, en el aspecto más duradero, más importante y trascendental para su país y para Centro América, la creación, el trabajo fecundo y la propia superación.

S. S. diciembre de 1958.

## Poemas de Braulio Arenas

### EL PUENTE

*Ese puente que hemos dejado atrás  
Todavía quiere detener al río  
Todavía se cree herido en un costado  
Y una alondra se posó en él por un momento.*

*Poderes de la sangre son poderes del alba  
Puñal tú fuiste herida fuiste cicatriz  
Fuiste herida antes de ser puñal  
Y fuiste amor antes de ser herida*

*Por ti el tiempo ha suspendido su discurso  
Amor y el tiempo se ha cicatrizado  
Dadme un puente y un río  
Una pastora y unos cuantos álamos  
Y el resto será mío*

### BIEN LUDICO

*El escrúpulo de la sombra  
Expresa la luz a su manera  
Sangre de antorchas mariposas  
Que viven sólo una noche*

*El jardín sube la escalera  
Con el periódico en la mano  
La ventana abre la puerta  
Ya vestida para el baile*

*El clavel veía el mar  
De un unánime color noticia  
Las estrellas veían la noche  
De un semejante color día*

*Del semejante color amor  
Yo te vi dormida en el lecho*

### **SAN JOSE DE MAIPO**

*El agua del río sin otra virtud que los sabios  
consejos de las mujeres  
Derrama la sombra de los sauces  
El busca la identificación de esas aves extrañas  
Que todavía permanecen en el aire  
Ninguna de ellas ha descendido sobre el río  
a contemplar su vuelo  
Ninguna de ellas se ha decidido a dejar de ser  
ave por su sombra  
Las jóvenes habían llegado al país donde se quemán  
los labios y los ojos  
Y gracias a sus miradas y a sus besos consiguieron  
alborotar todo el falansterio  
Y yo tenía una noción precisa de esas aves  
Y en vano trataba de comunicar mis ideas al río  
El cual cambiaba de piel cada siete ahogados.*

### **RAFAGAS BLANCAS**

*Ráfagas blancas de la sed  
Atraviesan la cerradura  
Calles desconocidas en las cuales  
Surtidores reemplazan a estatuas*

*Surtidores sin pies ni cabeza  
Devanan su propio enigma  
En plena calle estos surtidores  
Conservan su acento aldeano*

*—Vi un monte lleno de gnomos  
Un herrero grave y bullicioso  
Una gaviota malherida  
Cuántas cosas dice la joven  
Vi a través de esos surtidores*

*—Yo quiero ver ver para siempre*

## EL PATIO

*El patio sembrado de latas de galleta, patio sin una ventana, sin una puerta, y cuyas paredes están tapizadas de vidrio, en ese patio algunas mujeres toman el sol vestidas con delantales blancos.*

*Afuera un ómnibus rechina, el día está quieto.*

*Pero, ¿quién me ha informado tan mal?*

*Hay puertas, muchísimas puertas y ventanas. Las mujeres han limpiado el patio hasta de la última lata de galleta, y sacuden los naranjos llenos de hormigas. Por las puertas y ventanas entran muchísimos niños, como si regresaran de un colegio vecino; las mujeres los acogen con sus rostros radiantes.*

*Vuelve a oírse el ruido del ómnibus, la tarde declina.*

*Pero, ¿quién me ha informado tan mal?*

*Esas mujeres están muertas, definitivas, lejanamente muertas, sus hijos han crecido, han crecido tanto, que podrían ser tomados por cualquiera de nosotros.*

## LA VIDA

*La vida se apresta al viaje  
Y el cielo frunce el entrecejo  
Una mujer y un hombre unidos  
Como un diccionario bilingüe*

## EL AGUA

*Toda la noche más aquella noche  
Toda la espera más aquella espera  
Toda la aurora más aquella aurora,  
Toda la bienvenida más aquel adiós*

*Todas las palabras útiles del sueño  
Buscan su salida como el pájaro en la estancia  
cerrada*

*Todas las imágenes se escurren por la felpa  
gastada de esta noche*

*Somos la fuerza misma y vamos a hacer saltar  
la cerradura del secreto*

*Reprisaremos esta madrugada este río esta pas-  
tora dormida en nuestros brazos*

*Por nuestra voluntad tú serás la palabra en flor  
y la flor del pensamiento*

*Yo seré por tu amor lo que tú buenamente quieras  
que yo sea*

DICE LA PASTORA

*Quiero que seas lo que siempre has sido*

DICE EL AUTOR

*Tú serás el pensamiento en flor y la flor del  
pensamiento*

## LA GRAN VIDA

*Mujeres insomnes como el cielo  
Todo lo esperaban de la aurora  
Sus ojos todo lo esperaban del amor  
Más repentino que el verano*

*Toda la espera del mundo  
Cabía en un beso tuyo  
Para ti yo nada tenía  
Salvo el amor que tú me dabas*

*Yo borraba los caminos  
Tú borrabas los precipicios  
Pronto un beso nos mantuvo  
En el cielo de nuestra imagen.*

*La vida mostraba su amor  
Como la nieve su edelweiss  
Para ti yo nada tenía  
Salvo el amor que tú me dabas.*

# Poemas de Rafael Alfaro

## 1—CORAZON

*Ahora quiero escribir un poema titulado*

*CORAZON*

*COEUR*

*CUORE*

*CORACAO*

*HEART...*

*Y no encuentro palabras. Todas son viejas para decir lo que yo quisiera expresar.*

\* \* \*

*Las nubes vuelan desaladas*  
*—Que se llevan el secreto...*

*Los pájaros cantan zahareños*  
*—Que se saben el secreto...*

*Las flores invaden el aire*  
*—Que publican el secreto...*

*Los días se atropellan veloces*  
*—Que entierran el secreto...*

*¡Todas las cosas saben la palabra!...*

\* \* \*

*Yo echo a descansar mi frente sobre mis brazos.  
La sangre se me duerme... y sueño...:*

*¿Cómo se dice corazón?*

*¿Por qué te escondes si estás cerca o por qué te alejas si existes?...*

*¿Dónde se asienta tu alcázar de rubíes?*

*Todo huye hacia ti, palabra insatisfecha.*

*Todo te busca; di, ¿te encuentra todo?...*

\* \* \*

*Pronto regresarán las nubes, los pájaros, las flores y los días con sus bocas  
llenas de tu nombre.*

*A lo mejor ya sueñas en mí, lejano corazón, dormido sobre el brazo...*

*Tal vez buscas mi palabra, frente ancha como el cielo arañada de montes,  
de alas... y de olas...*

*¡Corazón lejano conmigo!...*

*Palabra no aprendida... Siempre dicha...*

## 2—CANSANCIO

*Estoy quemado como entonces...*

*De nuevo el sol ardió en mi carne*

*y me duelen los roces, las miradas, los besos...*

*El roce de tu ausencia me duele intensamente*

*porque tu cercanía*

*era lo único que me suavizaba*

*con sus ojos de aceite*

*y sus labios de azúcar...*

*Toda mi carne se bañaba en ti*

*y toda tú —mi carne en ti— olvidaba*

*el dolor... Y era yo que te tenía*

*toda dulzura, en mí, tu sin dolor...*

*Pero esta lejanía áspera roza*

*mi piel que surte llamas y deseos*

*como esas nubes de la tarde*

*—imposible saber si son llamas o sangre...—*

*...Y me duelen los pájaros,*

*los síes de sus alas*

*encienden más la lejanía ardiente...*

*...Y me duelen los montes*

*arañando los cielos de mi alma*

*y este mar que nos junta y nos separa*

*esta tierra y aquella*

*este cielo y aquel —uno— lo mío*

*con lo tuyo dolido en tanta ausencia...*



*Me exaspera la lucha del recuerdo  
por hacerte presente,  
más espiritual, madre, más honda,  
cuando la noche apaga estas dolientes  
lejías y tú vives mi sueño  
dolorido, quemado  
...ardiendo en ti...*

### 3—RELOJ

*Noche, estaba sonando,  
soñando,  
mi corazón como un reloj:  
Sonaba  
—soñaba—  
y lo apagué con sombra  
de noche en mi silencio  
de luces...  
Para no despertarme  
del sueño de la vida  
amordacémosle con sombra, noche,  
a este loco reloj despertador...  
...Que sueñe  
que no  
suene...*

### 4—OJOS

*Tus ojos negros son profundos:  
—oh pozo ascensional,  
si alguna vez me arrojó a ti  
tendrá que ser volando...—*

### 5—BARCAROLA

(Soñada)

*¡Qué bien se está en la playa, noche blanca  
lejos de mí y de tí... transfigurados...  
La sal húmeda orea nuestra calma...  
Echemos mar adentro  
el ancla de la luna...*

### 6—DOLOR LUMINOSO

*Noche, me duele el corazón  
—¿Te duelen las estrellas?...*

## 7—NIÑO

—A mi madre, en su lejana presencia—

*Noche materna, somos niños tuyos  
y a ti acudimos con el alma llena  
de hambre insaciable...*

*Lloramos y miramos a la luna  
que riega nuestros ojos*

*de raudales de leche luminosa  
y vemos tu camino  
de leche, polvoriento  
y... acudimos a ti, madre, llorando...*

*...Recuerdo aquellas noches  
—mi alcoba llena de silencio oscuro—  
Su aliento femenino me cercaba  
con el vaso de leche  
y una rosa —sus labios—  
me nacía en la frente...*

*Niños... ser niños, madre.  
Ansiar la rosa y el perfume  
de leche todavía,  
en la noche imposible  
de luna láctea y de caminos claros  
de leche luminosa...*

*Niños, madre... La rosa  
del recuerdo en la frente  
con nuevas primaveras de trasueños...  
Pero otra vez esta hambre  
me dice que soy hombre...  
—oh, deseo imposible...—*

*Madre noche, vocéame  
con la voz de tu luna.*

*Dime ¡Niño,*

*niño, niño...*

*No acabes...*

*Dimelo...*

## 8—DIA BREVE

*Noche, enciendo, en mi cuarto, la bombilla y parece que sientes vergüenza de estar a mi lado y me dejas a mi solo, conmigo...*

*El Cristo de enfrente despierta y las dormidas letras de los libros resucitan. Y como la tinta —alma de la noche— te llama a mi pluma!...*

*Ahora apago la luz y, otra vez, vienes a mí, a rodearme, a llenarme, a estar conmigo, nuevo yo femenino más espiritual, más entrañable...*

*Te toco y no sé si eres áspera o suave. Oigo tu voz perfumada de silencios...*

*Cierro los ojos y te veo como si los dejara abiertos...  
¡Oh toda, entera noche mía... —o yo...—*

## 9—DESVELO

*Perros tontos ¿por qué  
le ladráis a la luna?...  
...Sólo podéis morderle su silencio...*

## 10—LUZ

*Cedazo de la noche  
ciérneme tu luz pura, celestial,  
que mis ojos te ciernen tanta sombra  
mía, no tuya, noche alta y clara  
tan encendida de aquel lado, arriba...*

## 11—SUEÑO

(Sonetillo)

*Luna ¿es que te has caído  
al mar?... o ¿ha dado una  
suma total de luna  
el mar al cielo?  
Ha sido  
mi noche de aceituna  
un tesoro leído  
—fábula de fortuna—  
oro y mar, conseguido...  
El cuerpo es barco y cuna  
de un ruiseñor dormido.  
El mar mece y acuna  
con cantar repetido...  
Y el alma va en la luna...  
¿Cielo o mar?...  
¿Me he perdido?...*

## 12—GRILLO

*Noche monótona,  
el reloj  
como un grillo nos muerde el corazón...*

## 13—PESIMISMO

*¡Qué eufemismo decir: "El día tiene  
veinticuatro horas!..."*

*Inmensa noche triste, ¿qué dirían  
las gentes, si supieran  
que nuestra noche tiene veinticuatro  
horas? . . .*

#### 14—ECO

*Noche, grito hacia dentro  
de la voz de mi sueño.*

#### 15—JUEGO SERIO

*¡Qué afán de revolverte  
noche, el nombre y la esencia,  
en tu blanca presencia,  
en tu negra presencia  
del sueño o de la muerte! . . .*

*¡Qué afán de revolverme  
noche, el nombre y la esencia  
y dejarme la ausencia  
del alma . . . y la presencia  
del cuerpo oscuro, inerme . . .  
. . . Y hasta el aire se toma la licencia  
de decir ¿vive? . . . o ¿duerme? . . .*

#### 16—ARBOL

*¡Qué buena sombra la de tu árbol, noche!  
con tus frutos dorados, luminosos! . . .  
Y ¡qué tranquilidad bajo esa sombra  
mordiendo, en sueños, esos frutos de oro! . . .*

#### 17—NOVIOS

*¡Míralo . . .  
qué enredado en la luna  
se ha quedado el día  
para mirarte, noche, enamorado . . .  
¡Míralo! . . .*

#### 18—IN-VERSO

*Si mi alma fuera un pez  
y tú, noche, mi mar  
—oh los negros caminos  
para mi plata alta . . .—*

*Si tú fueras mi pez  
y yo, noche, tu mar . . .  
—oh caminos ocultos  
para tu plata baja . . .—*

## 19—NOTICIA

*Puerta cerrada. Espero  
una nerviosa voz y un prisionero  
aliento contenido  
y una loca alegría en estallido  
y un llamar, a mi puerta,  
nervioso*

*—Rafael, abre!*

*—Está abierta . . .*

*y abrir un abanico —la alegría—  
y tener junto a mí, sin verlo, al día  
en la noche tranquila . . .  
¡Puerta cerrada! —El corazón vigila—*

## 20—ANSIA PLASTICA

*Si floreciera en ti  
mi cantar como un niño  
en tus entrañas . . .*

*Si floreciera en mí  
tu silencio  
como una rosa en el azul . . .*

## 21—ESTATUA

*Lástima que resucite . . .*

*Quédese así, en el mejor  
modo de toda su vida:  
A esa risa sin esfuerzo  
—primavera de museo—  
no se le ponga su sol . . .*

*Si resucita, habrá noches  
y sombras . . . y desazón . . .*

*Quédate eterna, sonrisa,  
en paraíso de piedra . . .*

San Salvador, Octubre, 1958.

DEDICATORIA. "A mi buen amigo Ricardo Martell Caminos, Poeta cabal, en prueba de sincera amistad".

# PALENQUE

Por RAUL LEIVA

A la Revista *Cultura*, a través del amigo  
Ricardo Martel Caminos, cordialmente.

México, D. F. mayo 1959.

## I

*AQUI vivió el color, y la luz, y la sombra; hoy, la Muerte palpita entre tus muros.*

*Aquí los corazones se encendieron de embriaguez colectiva.  
Hoy, el tiempo, gotea, congelado.*

*Aquí estandartes y penachos flamearon y los cuerpos danzaron, conmovidos.*

*Aquí se alzaron vientos y banderas y el amor fue una fiesta de la sangre.*

*Aquí roncos tambores señalaron el nacimiento de la Primavera,  
La fiesta de la Vida y de la Muerte, unidas en mazorcas jubilosas.*

*Hoy, el silencio es vuelo detenido, palabra no expresada, ritmo puro.*

*En estas plataformas hubo danzas, y corazones hubo  
Extraídos de pechos de doncellas y a la Muerte donados.*

*Su derramada sangre iluminó un instante, memorable,  
Este cielo de azules derretidos, de blancos que dialogan con lo eterno.*

*Hoy, es la Muerte, seca, amurallada, la que colma tus ámbitos antiguos.*

*Aquí, el abuelo maya conversó con los Dioses, juzgándolos iguales a sí mismo.*

*Hoy, la escultura viva, la estatuaria, la anatómica magia de los cuerpos,  
El derramado ritmo con que estallan, es un sueño esculpido: derrota de la Muerte.*

## II

*RESBALARON mis pies en tu moho de siglos; ascendí escalinatas de piedra respirante.  
Galerías hundidas, comunicantes vasos donde el barroco mueve sus oleajes.  
Patios de los relieves delirantes donde postrados sacerdotes mayas  
Emergen embriagados de la línea con ondulantes ritmos donde alienta  
El inmortal espíritu del pueblo, detenido.*

*¡Qué lucidez geométrica, qué rasgos, qué mágica estructura de pirámides,  
De bóvedas en lóbulo, de grifos!*

*¡Qué suma de terrazas y de estelas con el bastón-serpiente de los jefes;  
Qué máscaras pulidas donde los jades unen matices constelados por lo verde!*

*Y los rostros sonrientes en su tallada piedra, donde sensuales labios perpetúan  
Un júbilo sensual, una caricia que venció a los siglos.*

*Otros muestran pavor, angustia, la zozobra del hombre que va a ser sacrificado.*

*¡Polvo rojo mortal el del zinabrio, dando atmósfera plena de la muerte!*

*Dolidos rostros graves, taciturnos, pero, ¡qué señorío, qué grandeza!*

*Las plataformas fluyen y de las cresterías escápase una técnica, una ciencia  
Que asombra con su ajuste, con su ensamble de pareja estructura.*

*Sentados sobre tronos, con penachos, los sacerdotes muestran la serena  
Mirada que los une con lo eterno.*

*En cada templo, en cada torre, en cada estructura de pátinas grisáceas  
Es lo solemne y puro lo que estalla con un quieto arrebató de paciencia.*

*Más que al amor fue al culto de la Muerte al que rindieron cara pleitesía  
Estos graves estetas talladores de sensuales, sagradas estatuarias.*

## III

*EN EL mundo sagrado de Palenque cada piedra está en pie,  
Cada pirámide, cada templo glorioso,  
Cada torre que al viento ha detenido en su marcha infinita.*

*Es lo sagrado brotando de las torres, es el culto encendido de la Muerte  
Donde Nueve Señores de la Noche estructuraron sueños colectivos.*

*Eran los mayas hombres que domaban los ríos, que dominaban a las selvas vírgenes  
Donde reptan voraces nahuyacas y el tigre enciende en oros la tiniebla.*

*Cuando la maravilla alada del quetzal volaba, taciturna,  
El henchido silencio era cortado por un rumor de abejas musicales.*

*El verde sol tostaba los maíces con que el pueblo nutría sus empeños.  
Porque este sol del trópico es muy verde: ha sido derrotado en su amarillo  
Por los andantes jades de los ríos, por los panianos de aguas esmeraldas  
Donde el caimán vigila al mediodía. ¡Oh, qué luz de obsidiana amurallada!*

*El sol aquí se suma con la selva, se introduce en los árboles, en lianas  
Que con furor se abrazan y devoran. ¡Aquí es el reino de la furia!*

*Y por eso su luz de húmeda leche es una miel muy verde, verde, verde,  
Que a todo ser, o cosa, a todo sueño, lo imanta de una atmósfera de pasmo.*

*Las mil máscaras de oro de Palenque son una suma oscura de lo verde.*

*Mis antepasados, Palenque, te erigieron con sueños y con fuego.  
Ese sueño inmortal vive en mi sangre y en esta voz antigua aquí se expresa.  
Hoy he vuelto al origen pisando tus umbrales, he respirado en tu ámbito desnudo,  
Meditado en tus fastos, en tu asombro, en el culto purísimo a la Muerte.*

*Llegar a ti es ascender, rescatarse, hundirse en una zona de milagro.  
Aquí vivió el color, y la luz, y la sombra; hoy, la Muerte palpita entre tus muros.*

**Palenque, Chiapas, 3 de mayo de 1959.**



Perfiles que se borran

# AGUILAR CHAVEZ, PERSONAJE DE SUS PROPIOS CUENTOS

Por RAMON HERNANDEZ QUINTANILLA

Según Manuel Andino la virtud principal de Manuel Aguilar Chávez consistía en una cordialidad permanente, mantenida contra viento y marea en un medio hostil y matrero, donde la sonrisa desfallece ante los rostros siempre adustos, serios, preocupados, de nuestros paisanos. El salvadoreño solamente se alegra con un par de copas y solamente así abre su corazón al prójimo. . .

Aguilar Chávez vivió optimista, con un gozo infantil que le salía como flor natural de su espíritu jovial, bromista, jocosos, y trataba de comunicar ese regocijo interior a todos sus semejantes, pese a las difíciles circunstancias que hubo de vencer desde niño hasta convertirse, entre quebranto y quebranto, entre penuria y penuria, en uno de los exponentes más destacados de su generación literaria.

La cordialidad fresca y pura de Aguilar Chávez era una especie de oasis espiritual donde siempre brotaba un manantial de alborozo —el chiste de actualidad y la ocurrencia oportuna— con que refrescaba, generoso, el alma reseca de sus semejantes. Hay más: su desprendimiento de las cosas materiales no conocía límites y en algunas ocasiones se quedó sin comer —en el sentido exacto de la palabra— por ayudar a sus amigos o desvalidos.

Otra característica de Aguilar Chávez era una fortaleza física a toda prueba, siendo su robustez, su vitalidad gozosa, algo sorprendente si recordamos los precarios días de su infancia. En cierta oportunidad un matoncito —niño con-

sentido y temido por su fuerza muscular, pistola y dinero— lo estuvo provocando con frases hirientes relativas a la desgracia de ser poeta. Tan insultantes y crueles fueron las palabras de aquel sujeto que por primera vez vimos que Aguilar Chávez perdió la paciencia y como resultado de tantos improperios el matoncito recibió una tremenda paliza. Y es que Aguilar Chávez poseía unas manos de hierro y unos reflejos de peleador que envidiaría Ray “Sugar” Robinson.

Sin embargo, Manolo fue un niño grande toda su vida. Como auténtico poeta permaneció hasta su muerte, con el asombro y la ingenuidad, propios de la infancia, y quizá en estas cualidades radicaba su cordialidad que tanto impresionó a un espíritu escéptico y desconfiado como el de Manuel Andino.

\* \* \*

Me tocó en suerte asistir a la iniciación literaria de Aguilar Chávez en “Diario de Occidente” de Santa Ana, donde empezó como reportero ágil y nervioso y con los años llegó a Director de la misma publicación. Junto con otros jóvenes pertenecientes a una vibrante juventud literaria, miembros todos ellos de una generación que se desorientó y naufragó en la niebla de la dictadura martinista, Aguilar Chávez tomó parte en las batallas que se libraron para elevar el nivel cultural del pueblo y para derribar al tirano de los trece años fatídicos. Envuelto en una pasión por la libertad y en amor por los oprimidos, pero sin tener una verdadera ideología social o política, pues era alérgico a las especulaciones de alto vuelo intelectual, Aguilar Chávez hubo de sufrir persecución, cárcel, destierro y estuvo a punto de perder la vida en la lucha final contra el sátrapa de las aguas azules.

En la redacción de “Diario de Occidente” Aguilar Chávez escribía sus notas periodísticas en largas e interminables tiras de papel, procedente de los rollos o bobinas que utilizaban los radiotelegrafistas para teclear los mensajes del extranjero y de esta manera, entre descripciones de robos, crímenes, asaltos y de toda esa información menuda de que se nutre el diario, de repente le bajaba la inspiración, y metía donde menos se pensaba las líneas de un poema, el principio de un cuento o un recado para la novia de turno, habiéndose publicado, por descuido del Jefe de Redacción —*mea culpa*—, esos desahogos del poeta metido a reportero.

Aguilar Chávez escribía con la mayor desidia gramatical y posiblemente jamás se interesó en descubrir los secretos de las conjugaciones o los preceptos de la retórica. Como niño grande que fue hasta el momento mismo de su muerte, jugaba con las metáforas o las paradojas, sin importarle un pito la ortografía y la sintaxis. Escribía velozmente, sin parar de teclear hasta que daba por terminada la faena, a veces a lo largo de dos o tres horas. Escribía con una pasmosa



MANUEL AGUILAR CHAVEZ



facilidad, pero eso sí, toda su producción se resintió por un tremendo desaliño literario, cuyos descuidos causaban la desesperación de Serafín Quiteño, quien por aquellas fechas dirigía “Diario de Occidente”, donde realizó una magnífica y memorable labor de crítica y saneamiento social, recordándose siempre, como un ejemplo de valentía y dignidad periodísticas la serie de artículos titulados “Pistoleros Consentidos”, los cuales fueron algo así como el termocauterio que se aplicó al rojo vivo sobre una pústula de la sociedad santaneca.

Aguilar Chávez amaba con pasión de enamorado ferviente a la ciudad de Santa Ana, pero era un santaneco adoptivo. Después de haber cursado sus estudios de secundaria en el Colegio San Luis en tiempos del querido padre Núñez, se arraigó por muchos años en el Barrio de Santa Lucía, en cuya estación de ferrocarril estuvo empleado junto con Tuno Alvarenga, el caricaturista de “La Prensa Gráfica”.

El autor de “Puros Cuentos” era popular en todos sectores sociales de Santa Ana, pero su campo de acción —*su habitat* natural, como dicen los biólogos—, eran el mercado, el taller o el mesón. En estos lugares el poeta se sentía a sus anchas, departiendo y bromeando con las vendedoras, los carretoneros, las costureras, los sastres, los zapateros, los policías, las pupuseras, los limpiabotas, los barrenderos y con todos los humildes miembros de nuestro conglomerado, con quienes cultivaba una amistad ingenua y sincera. Era un hombre del pueblo en el cabal sentido de la expresión, y como no abrigaba odios, ni resentimientos, ni envidias, encontraba las puertas abiertas donde quiera que llamaba su corazón generoso. Y por una de esas extrañas coincidencias que puedan dar motivo a creer en la fatalidad de los destinos humanos, el hombre que le dio muerte de un pistoletazo fue su vecino y amigo cuando el poeta residía en el Barrio Santa Bárbara de Santa Ana. Veinte años después, como en la novela de Dumas, estos dos hombres volvieron a ser vecinos, pero ya posiblemente sin la amistad de la juventud, en la Colonia Guadalupe, de Soyapango, donde ocurrió el trágico fallecimiento del escritor.

Por estar identificado con las esperanzas de su pueblo, por ser un producto neto de los estratos humildes de nuestra colectividad y por tener una sensibilidad abierta al sufrimiento de su prójimo, Aguilar Chávez tradujo en su obra literaria ciertos aspectos determinantes de nuestro panorama social, pero sin intención de crítica ni de censura. Como convivió en el mesón o en la plaza pública con los exponentes de la nacionalidad salvadoreña, los tipos que aparecen en sus narraciones están captados en su más íntima realidad. Es más, el autor habla y escribe con el mismo lenguaje de sus personajes, por ser él mismo un maravilloso y extraordinario tipo salvadoreño de cuentos y leyendas, como extraído de una novela que está aún por escribir. Porque Aguilar Chávez con su vida que emerge del mesón, con su esforzada carrera periodística que empieza de reportero y termina en Director de dos conocidos Diarios en El Salvador, con su abnegada y fervorosa adhesión a elementales principios democráti-

cos, con su jocunda actitud ante el mundo y los hombres, puede ser el personaje central de una novela que, parodiando el título de Pirandello, anda en busca de autor y anda loco de ensueños, como un Quijote tropical, por los fértiles campos de Cuscatlán.

Aguilar Chávez, en resumen, fue un espíritu jacarandoso y travieso que escribió más para jugar con las metáforas, que para alcanzar fama y gloria en la literatura salvadoreña.

San Salvador, enero de 1960.



## Alfredo Funes, su Taxí y el Estreno Agustino

(Cuento)

Por MANUEL AGUILAR CHAVEZ

Ilustración de RAUL ELAS REYES

—Cipote pelón, de manera que te llamas Alfredo...?

—Sí señor, Alfredo Funes, hijo de mi mamá la tortillera y de mi papá el mecánico...

Padezco de este mal. Todos los muchachos de la barriada tienen que confesarse conmigo. Siento placer cuando he de meterme, como astilla, en las cosas que poco importan a los demás.

*Chorreados* o no *chorreados*, descalzos o con "gallos" por chancletas, estos arcángeles del mesón, ya lo he dicho, tienen que confesarse conmigo.

Las cuestiones de escuela y de vagancia; de cipotes corriendo tras el cir-

quero, para lograr gratis la entrada a la función y que gozan cuando este o aquel "chocolate" les mienta la parentela porque le tocan la cola al mico acróbata; esta gran familia de hijos naturales, desarrapados, sucios de la cara, rotos del fondillo, con desconocido boleto de nacimiento; estos pequeños gorriones que amanecen en las puertas de los velorios o lloriquean un pedazo de pastel en la piñata del "beibi" acomodado; que van de taberna en taberna para recoger, mecapaleros de juguete, al tata grosero, ebrio de los sábados y reo de los lunes; estos "animalitos" duelen aquí, a media armazón del esqueleto, como una piedra hirviendo de

blasfemias, igual que una mohosa navaja llena de sangre negra...

—Alfredo, Alfredo Funes, ¿vas a la escuela...?

—Pues clarín de a medio, señor...

—Entonces, ¿qué haces, fuera de clases, a estas horas, diez de la mañana...?

—Es que llevo el reló de don Rafayel al montepiyo... Todos los meses hago el mismo viaje...

Don Rafayel es el maestro de segundo grado en la escuela oficial "Fulano de Mengano", un héroe nacional, de quien apenas sabe el pueblo que allá por los tiempos coloniales poseía el mayor número de esclavos y quien al borde de la "huesuda" no tuvo más remedio que exclamar:

*"Dono mi plata a mis hijos y mis esclavos al pueblo..."*

A don Rafayel le hormiguea una barba resentida y se le desflecan unos zapatos "cholos" por la suela.

Alfredo Funes es uno de esos "bichos" piojosos, a quienes yo interrogo a causa del antiguo vicio de creer que los niños de mi Patria tienen derecho al goce exacto de su nacionalidad. De su nacionalidad infantil.

Yo pienso en ellos y dejo que se me enrede una locura en la cabeza. Porque, después de todo, estas cosas no pueden existir más que en los celestes picachos del ensueño.

Cierro los ojos y miro a los niños de nuestra pobrería sobre una pantalla tan clara como el amor. Los miro reflejados, de cuerpo entero, mientras corren felices, conejillos en la primavera... Los siento agitarse sobre una planicie extensa, sobre un pequeño cuaderno de jiboa, rodeado de árboles que cantan al viento sus lentas aleluyas, que van a desembocar en los cercanos ríos, a los lagos, el flúido de una música, propicia solamente para quienes tienen el alma blanca, como una cuartilla...

Miro para ellos la iluminación de un edificio que los cobija y en donde hay buenos ciudadanos construyendo, con

lealtad, algo más digno que el rencor social.

Por ellos pienso yo que el pan es blando y vivificante. Que la leche viene de la milagrosa ubre para que la beban, ávidos, todos los niños, por igual ración cotidiana, pues la vida trajo en sus raíces NIÑOS con "ENE" bien marcada, NIÑOS sin "ERRE" de ricos, NIÑOS sin "PE" de pobres, niños, para que los grandes comprendan que en cada uno de esos corazones crece el futuro de una nación que ha de ser más poderosa, en razón de cultura, cuando más proteja a sus pequeñuelos...

Yo pienso que no es difícil, ni costoso, brindarles el derecho a una escuela más humana, más justa, una escuela de ventanas abiertas, con plenitud, a la esperanza. Una escuela que les enseñe la devoción por la Patria, arrancándolos de la miseria, para que en realidad, pueda comprenderse la democracia, mano a mano con el libro, con el paisaje, con su concepto menos hurraño de la letra. De la letra llevada a todos los rincones, para que abra surcos, rescucite muertos y torne blanda harina la dura piedra analfabeta. Una escuela con semillas para florecer más tarde en verdura de cabal conquista y dominio espiritual. Porque así la bestia retrocede y se escribe una nueva y más hermosa historia de la libertad... Yo pienso en una escuela, bajo la bandera nacional, sin maestros como don Rafayel, a quienes una herida de puñal económico tenga que obligar, cada mañana del fin de mes, a remitir su viejo chacalele, con el cipote más "zamarro" que por unos cuantos pesos lo deja en los caudales del agio público... Una escuela sin niños pálidos, desnutridos de civismo y de vitamina, libres del ropaje denigrante, hilandería mísera, que es su exclusiva coraza contra los inviernos...

Sin embargo pensemos sobre tierra firme, embadurnada de fango y dejemos en el cofre antiguo de la abuela, esas ilusiones...

Claro está que es bonito soñar, una



que otra vez, en la existencia social libre del ladrillo sobre la nuca...

\* \* \*

He visitado el mesón en donde Alfredo Funes agoniza antes de conocer la excelsitud de la vida. Hice espera, sobre un taburete, frente al "pollo" en donde su madre, la niña Lupe, fabrica sus tortillas.

Conocí a mozas bien formadas, de juventud salpicadora y sensual, de esas que por entre sus escotes pronunciados, despiertan en los ilustres violadores de doncellas, el bramido de una bestialidad. Mañana, como en el lindo poema, ha de venir, para estas chicas, el amor y les pondrá alas de palomas santificadas en el pecho.

Eso piensan ellas. Sin embargo, tal vez se anticipe un bandido de "convertible" y entonces las bautice para el burdel...

\* \* \*

En ese escenario, en donde los bacilos organizaron su conjunto, hablé la segunda vez con Alfredo.

—¿Podés leer...?

—De corrido y en "primera"...

Intervino la madre, "mi mamá la tortillera", para explicar:

—¡Ah! Viera qué cipote del demonio... Todo lo habla en carro...

—¿En carro...?

—Sí... Eso que ha oído usted de *en primera*, quiere decir que va cuesta arriba, pero con fuerza, con mucha fuerza... Quiere decir que las letras son para los doctores, los ministros y los pintores de panteón... Quiere decir que más estaría tranquilo si pudiera manejar un camión, un *picó*, de esos animales que tanta gente matan en los caminos... Pero, hombre, si hasta a las aceras se suben los malditos... Eso quiere ser este muchacho... Vea qué locura señor...

Una comadre, hija cada nueve meses, opinó, optimista y maliciosa:

—Déjelo con sus inclinaciones naturales, niña Lupe. Recuerde que también hay choferes pistudos...

Rieron todas. Unas desdentadas por los años. Otras, con los quince años mordiéndose sobre una dentadura alba de lobo tierno.

Alfredo Funes era el más "fregado" y vivaracho de la "camada". Ojos redondos de venado, fulgurantes, nerviosos. Vanguardista de los capeadores. Experto en mangos verdes y piscuchas. Tesorero de "levas" y botones de hueso. Ingeniero de "capiruchos". Líder de *Sandinistas* a la marcha sobre los cercos de concreto, cuando los cuadros extranjeros cobran miles de pesos por golear como capataces de hospiciano, a nuestros campeones de ocote...

—Alfredo, ¿te gustaría ser doctor...?

—Pero de esos que manejan...

—Si te portás bien... Si estudiás mucho, si jugás menos "yorta", es posible entonces que un día llegues a ser propietario de un lujoso automóvil... ¿Qué te parece...?

—Arrechito... Bien arrechito...

Y abrió tamaños ojos.

Estoy seguro de que Alfredo Funes soñaba. Todos hemos roto ese mismo cuadrante hacia la luna. Nada más que estos cipotes pretensiosos del 54, estos "chuñas" del presente atómico, han salido aventajados. Con el "vendaje" ultramoderno. Mientras nosotros apenas soñamos con un humilde carro de palo de esos que fabrican los rematados del penal, ellos que quieren un "daynaflo" y hasta llegan a superarse.

—Yo prefiero un "jaguar"... Sí señor... O nada...!

\* \* \*

No perdí de vista al futuro "piloto". Supe que llegó a mejorar en sus relaciones con la escuelita de edificio ajeno, de techos con gotera, de pupitres en el suelo.

Supe que Alfredo Funes, incluso, ya no hizo viajes con el viejo "chacalele" de don Rafayel, para dejarlo con los

metales del Monte de Piedad. Ustedes deben saber que el chico desaplicado es quien recibe estos encargos. El régimen del "coshco" ha cambiado.

—Cipote haragán... ¿No tenés vergüenza...? Vení, inútil... No servís más que para mandadero...

Y allí nace la confidencia:

—Anda, ligerito, al *Monte*... Procura que te den siquiera cinco pesos...

Pues bien... Alfredo Funes mejoró tanto, que los recados dramáticos al "monte" fueron grato menester para otros...

—Alfredo...

—Ya, mamá...

—Anda a la tienda por la manteca. Llévale, de paso las tortillas a la niña Chon.

—Vuelo...

Y en realidad volaba. Encendía el "motor". Tequeteque... Rurr... Tequeteque... Rurr... Motor de boca. Motor barato. Motor sin gasolina. Motor de ensueño. Y Alfredo salía de "virazón" hacia la calle.

—Tequeteque... Rurr... Tequeteque... Rurr... Pe... Pee... Pee...

Así lo miraban los asustados inquilinos...

—Vean qué cipote más carajo, cómo vuela...

Del mesón a la calle, con un giro en curva bien cerrada hacia la acera de la pulpería *La Libra Cabalita*, tres cuabras y media... Eran diez minutos exactos con tres de espera a causa de que la niña Chon cuenta las tortillas como si son billetes...

Volvía colorado de sol y con el motor encendido a lo máximo.

—Teque... Teque... Teque... Rurr...

Eso, la mamá, su mamá la tortillera.

—...Apúrate niño... Cipote este más repugnante...

—Ya voy mamá. No mira que estoy parqueando...?

Y antes de acercarse al "pollo" tortillero, daba vueltas por el centro del patio hasta "parquear" bajo el tihuilote

que abría su florón de perlas vegetales frente a los marchitos cuartos...

\* \* \*

Allí mismo, apretadas en un agujero enlaminado y húmedo, comerciaban ciertas hembras pintarrajeadas, clientes quincenales del ras "La Ganga de Oro", bien administrado por don Valentín, un ex-sacristán que con "limosnas hurtadas por desconocidos y sacrílegos diablos de iglesia", según versión de la prensa, dispuso cambiar los réquiems por el brillante negocio de la segunda. Como que el beato Valentín justificaba su sospechosa prosperidad con esta arcangélica sentencia:

—...Ya ven ustedes mialmas, hay que vestir al desnudo...

Allí donde vivían las muchachas olía a ruda. A tabaco mojado. A zumo de aguardiente.

Cuando las "lolas" tenían suerte y recibían visitas de abolengo, de esas que prefieren la cerveza fría "para comenzar" se escuchaban las pregonadas solicitudes:

—Niña Lupita, ¿me presta su *chofer*...?

—Desde luego, niña Nena, desde luego...

Y brotando del cenizo fogón, un grito de atropello, esta vez, sobre el mediodía.

—¡Alfredo, la niña Nena quiere taxi...!

—Si es para cerveza, mejor llevo el *picó*...

—Lo que sea, pero aligerate que hay buena propina... Tu estreno de Agosto baboso...

Y allá fue el *picó* con Alfredo Funes al timón.

—Tequeteque... Rurr... Tequeteque... Rurr...

Viéndolo correr, la señora Lupe, subía los ojos al cielo, clamando al Cristo amparador de mendigos que a todos nos consuela cuando estamos en crisis...

—Señor, dale su estreno de Agosto...

Mientras tanto, Alfredo Funes apenas era un viento suelto, perdido en el vertiginoso ajeteo de la sabatina calle.

Volvió a escucharse la apagada voz de la Nena:

—Qué le habrá pasado al chofer, niña Lupita... Ya se ha tardado más de quince minutos... Los amigos están enojados y usted sabe que nosotras perdemos...

Pero allá venía triunfal, penetrando por el destartelado zaguán, el choferín...

Habló la Nena:

—¿Y qué te pasó?... Ya sibán las visitas... Hoy tías portado mal... No hay propina...

—Es que se me reventó una llanta... Y como no tengo mica...

—Mica tu abuela...

¡Pobre Alfredo Funes! Una propina menos. Es decir que el estreno de Agosto tendrá que esperar hasta Diciembre...

\* \* \*

¿Y los accidentes...?

Ya estaba en costumbre la niña Lupe con estos sustos. Siempre terminaban en la misma "gracejada"...

—Niña Lupe, Alfredo chocó...

—¿De veras...? Que lo lleven al hospital...

Y lo llevaban al "hospital".

El "hospital" era un rincón en donde la "telenguería" había puesto, poco a poco, cierto sello de basurero mecánico que los cipotes aprovechaban para jugar a sus anchas, entre latas de sardina, pedazos de lámina, cadáveres de jarrillas.

Allí, los *practicantes* vendaban, con hojas de huerta, el cuerpo de Alfredo hasta que la niña Lupe le hacía saltar como muñeco de cuerda:

—...Dejáte de curaciones y andá a la tienda, lépero...

—...Y no está viendo que choqué, pué...

Pero salía el taxi, zumbando, dando tumbós, en "primera" hacia la calle.

Ya estaba en costumbre la niña Lupe. —Chocó Alfredo y se rompió la cabeza...

—Apues que se la corten y que le pongan una nueva, con sesos de verdá, para que no seya tan vago...

\* \* \*

—Niña Lupe, Alfredo se estrelló contra un poste...

—¡Ah!... Que lo entierren con todo y taxi...

Ya estaba en costumbre, la niña Lupe, con estas locuras...

\* \* \*

Hoy estuve por allá.

No parecían perlas vegetales, los frutos del tihuilote. Eran lagrimones de verdad. De cera, apretados en los chiriviscos.

También de mis ojos vertió agua salada como para curtir la nostalgia.

No diré con hipocresía que me habían puesto piel de cebollas en las pupilas o que había ahí cerca el humo de un cigarro, que sirve para disimular el llanto.

Yo sentí como si de la cumbre se desprendiera una tormenta de dolor.

Era que al preguntar por Alfredo Funes, el chofer del barrio, se miraban unas a otras las sencillas mujeres, sin atreverse, la primera, a informar.

—Hoy si fue de mera verdá, señor... Hace cinco diyas lo llevamos...

Y la Nena, frívola, pintarrajeada, pedadora de a dos y hedionda a "Paramí", ofreció una frase cruel y bella, la más bella expresión acaso, de esta historia vulgar:

—No se han marchitado todavía sus flores, señor...

\* \* \*

Fue así.

—Alfredo, levá las tortillas...

—Un momento que estoy reparando

el carburador... Que espere la niña Chon...

—Bueno... Apuráte...

\* \* \*

Olía a vacación húmeda de Agosto. Parecía la tarde como dibujada sobre uno de esos lienzos que venden por docenas los brochas gordas y que tanto gustan a los barberos, porque pintan árboles morados sobre crepúsculos chillantes...

—Mirá que si andás lerdo te vas a quedar sin el estreno de la Bajada...

Allá iba el trepidante "motor" de Alfredo Funes, abriéndose paso con la vibración ingenua:

—Tequeteque... Rurr... Teque...

Dicen que alcanzó sin dificultad el principio de la Cuesta Blanca, para cruzar en busca del arenal. Seguro de su experiencia, este "vehículo" humano, no pidió vía, de manera que cuando el camión frenó ya era tarde. Inútil esfuerzo que sólo sirve para poner en marco de espectación un callejero drama.

Apenas pudo exclamar aterrorizado el motorista camionero:

—...Muchacho, por ir corriendo enloquecido...

Allí quedó Alfredo, bajo las inmensas ruedas. Con la cara ensangrentada y el "taxi" invisible hecho asfalto.

Corrieron los muchachos hasta el mesón:

—Niña Lupe... ¡Alfredo se mordió la vida contra un camionote!

—¿Ah, sí...? Ya saben... que lo entierran parado...

Como metida en una sombra, dijo doña Lupe:

—Un día de éstos lo van a fregar de verdad...

Y cuando le llevaron a su Alfredo, "muerto de verdad", abiertos los ojos, destrozada la cabecita soñadora, la niña Lupe dejó caer, como pedrada esta queja:

—¡Válgame Dios, si es de verdál...

¡Muchacho del diablo, si es de verdál...!

Y lo apretaba contra su pecho. Lo tenía entre sus brazos párpados huecos, sin luz, boca como un muñeco ahumado, sin sonrisas...

Un agente policial sentenció:

—El niño fue culpable, señora, por ir corriendo...

\* \* \*

Si yo hubiera estado presente, ya deben ustedes imaginarse mi respuesta en defensa del amigo menudo:

—...No, señor tráfico... Alfredo no fue culpable. El tenía derecho a la vía... A la amplia vía del ensueño... Lo sacrificaron sus ilusiones... Cruzó la calle de la vida como un héroe embadurnado de ansias y de miserias... Ni usted, señor tráfico, ni nadie, puede comprender estas cosas... Alfredo Funes un glorioso muñeco que luchaba por una esperanza... Esa cosa terrenal que ha ocurrido cuando su cuerpo fue destrozado por una masa de hierros mecánicos sólo puede explicarse al decir que en la hora más urgente, cerca de su estreno agostino, le falló el "motor" al taxi que el travieso arcángel llevaba en su alma generosa y noble para soñar con una vida mejor...

\* \* \*

La niña Lupe, mujer salvadoreña, leal hasta con su dolor, besaba, por última vez, los apagados ojos de Alfredo Funes.

Ya en el portón, cuando la caja blanca salía, motor destrozado, hacia la calle, dijo afligida:

—A ver si ahora te reciben en el cielo, oloroso a gasolina como estás, muchachito loco...

\* \* \*

¡El cielo...! El cielo sin puertas y sin techo a donde van los niños prole-

tarios. El cielo para Alfredo Funes. El cielo sin mesonero. Sin tatas ebrios. El cielo lleno de dicha eterna como la rueda de caballitos agostinos.

\* \* \*

Relatan una historia en el barrio.

Angel de alas quebradas, atrevido y "mocos", Alfredo Funes hizo ruido con las aldabas que controla San Pedro:

—Tequeteque... Rurr... ¡Ápúrese señor...!

Y San Pedro, barbas sacras, barbas de algodón, abuelo buenote, apenas le contesta:

—Hace el favor muchachito... Lávate las alas y parquea en ese lucero...

Ese lucero es el que, a medio esqueleto, nos hace bramar, desde arriba, cuando lo apaga, en noches grises, el taimado temporal de Agosto...



## ERAN LOS RECUERDOS

(Cuento)

Por RICARDO MARTELL CAMINOS

Ilustración de CARLOS GONZALO CAÑAS

Cuando no estaba de turno, a Raúl Gómez le gustaba echarse a la calle después de cenar. Bajaba hasta “El Redondel”, entraba al parqucito, subía a la plataforma encementada y metiéndose entre las gentes del pueblo, se ponía a ver televisión en un aparato que el alcalde había mandado colocar dentro de una caseta de lata montada sobre cuatro patas de caños. Le gustaba el programa “Mesa Redonda”. También le era simpático el muchacho de Teleperiódico, por ocurrente e ingenioso. Su programa empezaba siempre con una música muy alegre que hacía: ¡ta ta ta taaa! y terminaba cuando el muchacho, apagando un ojo y señalando con el dedo, gritaba: “cho cuidado, ¿eh?”

Algunas veces, generalmente los días de pago, iban al “Roxi” con su mujer. Preferían este cine, pues por estar cerca del apartamento, podían ir y regresar a pie y ahorrarse los centavos del autobús. A Carmela le gustaban las películas mejicanas. A Raúl, no. Con raras excepciones, las encontraba tontas, falsas y

superficiales. Él era solamente un empleado de una de las líneas de buses urbanos; pero había logrado hacer su Plan Básico en escuelas nocturnas, y a un viejo maestro debía el amor por los libros: se los prestaba, se los explicaba, lo dirigía; mas, como la buena gente se va o se muere, el señor Rivera, el noble amigo, dispuso un día marcharse para siempre forrado en cuatro tablas de aguacate. Raúl fue acompañándolo hasta “La Bermeja”, y cuando le echó la última palada de tierra y le sembró la cruz de pino, tuvo una repentina sensación de angustia al comprender la enorme falta que le haría aquel hombre que había llegado a ser casi como un padre para él. Sintió deseos de llorar, y lloró. Las pocas gentes que habían venido hasta el cementerio se marchaban ya. Iba él también a retirarse, cuando a sus espaldas oyó que alguien le decía suavemente:

—Usted sin duda fue muy amigo de mi padre, ¿verdad?

Raúl se volvió rápidamente y se encontró junto a una muchacha, casi niña, en cuyo rostro moreno y ovalado había la impresión de una resignada tristeza.

—¿Su padre? —preguntó Raúl.

—Sí.

—Entonces, ¿es usted la hija de la que me hablaba el señor Rivera?

—Fui su hija única.

—¿La que estudia en el Central de Señoritas?

—La que estudiaba...

—Su madre, ¿no puede seguir ayudándola?

—Ella murió antes que él.

—Usted se llama...

—Carmen. El me llamaba Carmela.

De pronto, a Raúl le empezó a crecer en el pecho una desconocida alegría, y comprendió que su maestro seguía siendo bueno aun después de muerto. Sin saber exactamente por qué, presintió que de aquella tumba su sombra partiría unida para siempre a la sombra de aquella mujer, como en el poema de José Asunción Silva, que él guardaba en un cuaderno de literatura.

\* \* \*

—Raúl.

—¿Sí?

—¿Qué le pasa a usted, señor mío? ¿Qué le he hecho yo para que se esté ahí desde hace media hora sin hablarme y mirando el cielo por la ventana? Cualquiera pensaría que está usted enamorado...

—Solamente estaba pensando...

—¡Ah sí! ¿Y se puede saber en quién?

—En usted.

—¡Muchas gracias! —dijo Carmela, dando la vuelta y alejándose hacia la cocina; pero Raúl la alcanzó a media sala y tomándola por la cintura le dijo riendo y mordiéndole los cabellos de la frente:

—Mírame a los ojos y di si digo mentira.

Ella lo besó en la boca.

—Está bueno —le dijo—. Agradezca que hoy no deseo discutir porque quiero que me lleve a dar una vuelta.

—¿Al cine?

—No. Llévame a ver las vitrinas. Dicen que ya están muy lindas con tanto juguete.

—No me vas a decir que le pedirás una muñeca al Niño Dios.

—Pues... como el niño Raúl no me la quiere dar...

Cuando salieron a la calle, corría un vientecillo helado y Carmela dispuso subir al apartamento para traer su chalina. Mientras bajaba, Raúl fue a comprar unos cigarrillos a un puesto de la acera de enfrente. En la ciudad soplaba ya un aire de fiesta. Navidad estaba a las puertas y grupos de gentes iban de vitrina en vitrina viendo juguetes y otras mil cosas. En el Riviera, Raúl se encontró con uno de sus jefes, el doctor Castañeda, que estaba, en compañía de su esposa, admirando un maravilloso trencito eléctrico. “¿Por qué no se lo pides al Niño Dios, Jorgito?”, decía la señora al más chico de los niños. “Mami, dijo el más grande, yo les dije ya que le pediría la bicicleta roja que está en el Costa Azul”. Había también un militar con dos preciosas chiquillas, un ingeniero con su elegante esposa embarazada, unos policías de rostro serio y otras personas más. Poco a poco se fue deshaciendo el grupo y Raúl y su mujer quedaron solos frente al enorme escaparate. Solos no, porque también se había quedado un niño sucio y barrigón que contemplaba todo aquello con la boca abierta y la nariz aplastada contra el cristal.

—¡Hola, Manuel! —le dijo Raúl poniéndole la mano sobre la cabeza.

—¿Ah?

El muchacho lo volvió a ver con ojos sorprendidos y ausentes como si en ese instante regresara de un país de encanto y maravilla.

—¿Andas solo?

—No. Por ay anda viendo mi mama también.

—¿Ya escogiste el juguete que le vas a pedir al Niño Dios?

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué?

—El año pasado le pedí un rifle y no me lo trajo. Mi mama me compró una carreta de palo de esas que hacen los presos. El sólo les trae a *esos* —dijo señalando con un gesto a unos niños rubios y rollizos que pasaban parlotando, cogidos de las manos de una dama.

Después de tomar unos refrescos en el Cafecito España, dispusieron irse a acostar. Caminando por la sexta avenida, salieron a la Calle Delgado, doblaron hacia arriba hasta llegar a la parada del Almacén Boscaíno en donde subieron a una camioneta de la ruta a San Carlos, que los dejaba a pocas cuadras del apartamento.

\* \* \*

—Raúl, son las diez y cuarto, ¿por qué no te acuestas? —dijo Carmela, ya metiéndose bajo las frazadas.



—Dentro de unos minutos, sólo quiero terminarme este cigarrillo...

—Has vuelto a caer en ese silencio que me desespera, Raúl. ¿Qué tienes, por fin?

—No te preocupes, hija. No es nada grave. Son los recuerdos, únicamente...

—¿Los recuerdos?

—Sí. ¿Viste a Manuel, el hijo de la tortillera, con la carita pegada contra los vidrios del escaparate? Así anduve yo cuando chico. Y una vez tuve fe en el Niño Dios. Y le pedí con toda la fuerza de mi alma inocente una pistola de tubos y un carro de cuerda; pero no me trajo nada. Y, ¿qué me iba a traer si yo era hijo de una desgraciada vendedora ambulante que, tras de correr todo el día huyendo de los policías, regresaba a casa justamente con los centavos indispensables para darnos de comer a mi hermana y a mí? Pero a los hijos de míster Culler, el dueño de la venta de automóviles, sí les trajo rifles y bicicletas y pelotas. También a los hijos de los médicos y los abogados y los embajadores que vivían en la calle por donde algunas veces pasaba con mi madre hacia el mercado. Yo no entendía estas cosas. No sabía que Dios nada tiene que ver con esa patraña inventada por los fabricantes de juguetes y los comerciantes. Yo sólo sabía, porque así nos lo había dicho la monjita que nos daba la doctrina, que en Noche Buena el Niño Dios trae regalos a todos los niños que le piden con fe y se han portado bien durante el año. Y, he aquí la cuestión que yo no acababa de explicarme: ¿ser bueno significaba vivir en casas de ladrillos, pintadas, con perros enormes y con bellos jardines alrededor? Porque con excepción del Pushunga, el hijo de la dueña de la tiendita del lado de la calle, a quien le trajo una flecha y un antifaz de plástico, a los otros hijos del mesón no nos trajo nada. ¿Ser bueno significaba andar reventando focos, matando las golondrinas de los hilos del telégrafo, tocando timbres y orinándose en los cajones de la basura? ¡No! ¡Ellos eran los malos y más malo era el Niño Dios que así premiaba sus maldades!... Y así fui creciendo, con el corazón lleno de un odio negro hacia los ricos y hacia aquel Dios por todos conceptos injusto. Hasta que un día, tu padre se empeñó en sacarme de los oscuros pozos de la desesperación, y me abrió ventanas a la fe y a la esperanza, y allí, junto a su tumba, fresca aún, te conocí y supe lo que era el amor y la felicidad... Pero esta noche, ante la imagen de Manuel pegado a la vidriera, he revivido los días de mi infancia, y siento el pecho oprimido y la cabeza inflamada de pensamientos desagradables. Ya vez, Carmela, cómo la ausencia de un simple juguete de Navidad, puede arruinar para siempre la vida de un hombre. Muchos de los condenados a muerte y de los que se pudren en todas las cárceles del mundo hubieran podido salvarse de las garras del rencor si alguien, en el momento oportuno, hubiese puesto en sus manos un carrito de cuerda, una pistola de viento, un par de patines... ¡Estos recuerdos, Carmela! Quizá por eso las fiestas navideñas me fastidian. Claro, no faltará quien te hable de la poesía de los nacimientos, del pino simbólico cubierto de nieve artificial y focos de colores, en torno al cual la fami-

lia se abraza y bebe vino y come manzanas y baila el rock and roll. Sí. Claro. Esto es bello, dulce, encantador —como dirían los petimetres y las señoritas cursis— para los que tienen cómo darse estas satisfacciones; pero para los pobres, Carmela, estos días son tristísimos. ¡Te lo digo yo...! Pero, ¿qué te pasa? estás pálida, perdóname te lo ruégo, soy un desconsiderado, no tengo derecho a amargar tu vida con estas reflexiones estúpidas.

—Sí, Raúl. En parte, yo también estoy, de acuerdo contigo. Mi infancia fue dura, pero no me quejo. Además, ¿quién puede comprender las cosas de este mundo? Yo ni siquiera lo he intentado nunca porque me siento incapaz. Yo sólo te pido que tratemos de olvidar el pasado para que la vida se nos haga más fácil. En cuanto a mí, te tengo a ti y eso me basta. No, Raúl, tú no eres un amargado. Lo que pasa es que eres demasiado bondadoso.

Raúl, que ya se había desvestido, la besó y apagó la luz.

\* \* \*

Noche del 24 de diciembre. Aquí y allá, la gente corría llevando flores y paquetes. Raúl también llevaba el suyo envuelto en papel de Navidad y adornado con una rosa de listón rojo. En el Super Silva's compró una botella de Manzanilla, uvas, ciruelas y nueces. Carmela lo recibió en la puerta con un abrazo, y cuando hubo colocado los paquetes en la mesa, le dijo:

—Ahora, señor mío, siéntese y présteme su pañuelo.

—¡Mi pañuelo! ¿Y esto?

—No pregunte nada y déjese hacer. Le tengo una sorpresa. Es mi regalo de Navidad... Un momento. Voy a venderlo. Ya está. Ahora no se lo suelte sino cuando yo haya contado hasta tres. ¿Entendido?

—Pero...

—Ya le dije que no pregunte nada, curioso...

Hubo un momento de silencio. Se oyó un cuchicheo y Carmela empezó a contar: uno... dos... y... TRES!

Raúl se arrancó el pañuelo de los ojos y... se quedó boquiabierto. Ante él, luciendo una gran sonrisa, estaba Manuel, el hijo de la tortillera, con una gran caja en las manos.

—¡Manuel! ¡Muchacho barrigón! —gritó riendo y sacudiéndolo por los hombros— A ver, enseña qué te trajo el Niño Dios.

—Fue ella —dijo el niño señalando con un gesto a Carmela—. Es el tren que estaba en la vidriera.

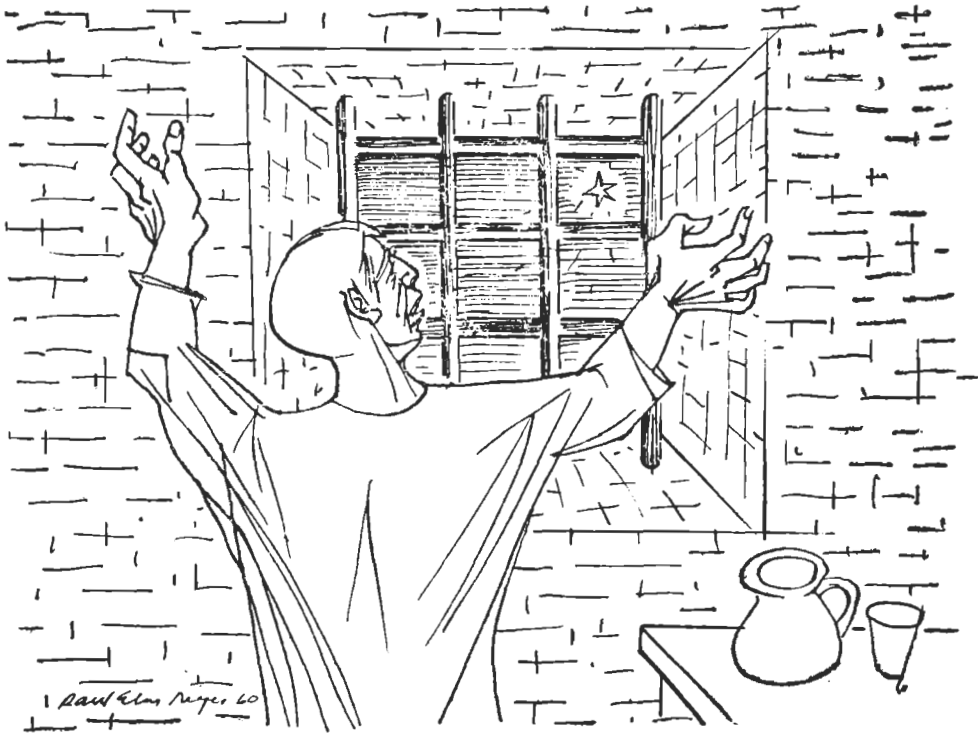
De pronto, se precipitó escaleras abajo. Corrieron hacia el balcón y alcanzaron a ver al pequeño que atravesaba la calle a toda carrera.

En la radio tocaban un bolero de moda.

—¿Bailamos, Carmela?

Ella se le echó en los brazos.

En la noche transparente, por todos los rumbos de la ciudad, subían cohetes de colores.



Cuentos sombríos

## CARTAS OLVIDADAS

Por ALFREDO HUERTAS

Ilustración de RAUL ELAS REYES

### I

Avanza con velocidad vertiginosa el tren expreso, despertando, por unos momentos, a la noche dormida y silente, con el jadeo de la locomotora y el ruido del choque de las ruedas con las juntas de los rieles; de vez en cuando es un silbido estridente y prolongado el que se deja oír en los ecos dilatadísimos. Va dejando atrás el convoy, en su marcha precipitada, campiñas fértiles y

vastas parameras, prados que la luz diurna esmalta de un verdor brillante que la noche atenúa, valles sinuosos, ríos de gran caudal cruzados por puentes de férrea estructura, pequeñas estaciones y apeaderos o empalmes de pueblos ignorados que se iluminan tenuemente con un fanal único de luz mortecina. Detiéndose unos minutos en otras de ciudades más importantes, y

continúa, en seguida, su enloquecida carrera hacia el final de la ruta, hacia la meta anhelada.

Todo duerme alrededor del tren y todo duerme en su interior. Los vagones están en sombras igual que los pueblos, y los valles, y los prados, y las estaciones... Tan sólo de uno de los coches surgen chorros de luz vivísima, dando fe de que existen gentes que velan mientras todo descansa: es el vagón ambulancia del servicio de Correos.

Los empleados postales no reposan. Los amplios almacenes del departamento son ocupados por pilas de sacas con franjas de vivos colores, y unos aros de hierro con etiquetas de tela, debidamente rotuladas, mantienen otros envases abiertos como fauces insaciables, devoradoras de correspondencia. Cartas, tarjetas, paquetes de periódicos y revistas, muestras comerciales, valores, bultos, todo es tragado incesantemente por estas bocas infatigables. En los testeros se hallan sendos anaqueles de distribución, casilleros barnizados con diversas denominaciones que parecerían cabalísticas a los profanos, pero que forman parte de la jerga del oficio: "limpio", "primeras", "ciego", "tránsito", "cambio", "extravagante"... Los funcionarios distribuyen con rapidez asombrosa montones de cartas que colocan en las distintas casillas; muévense sus dedos con destreza de prestímanos, y no hay errores: cada carta se une a otras destinadas a la misma población, adonde llegarán para repartir en gradación proporcional alegrías, dolores y ¡ay!, muchas veces también, indiferencias...

Cuando las casillas están repletas, los ambulantes atan las misivas con agilidad y arrojan el paquete a una de las sacas que esperan con las fauces abiertas. El trabajo se realiza con una precisión tal, que nunca o casi nunca se origina el menor contratiempo.

Sin embargo, en esta ocasión, una de las gavetas que contienen correo sin distribuir, se encuentra tan llena que, a causa de los violentos traqueteos del coche, unas cuantas cartas se deslizan, sin que los empleados se den cuenta de ello, por una de las rehendijas que separan la chapa del vagón de su revestimiento metálico... En ese vacío quedan como impelidas y ocultas por misteriosos duendes malévolos; allí permanecen escondidas, inactivas, inútiles, durante muchos días, muchos meses, muchos años.

.....

Pasan lustros. El vagón correo es retirado a los talleres de la compañía de ferrocarriles para su compostura y modernización. Y al arrancar la vieja armadura de los casilleros, aparecen seis cartas que allá estuvieron olvidadas, aletargadas, como muertas... Celosamente recogidas, estas cartas olvidadas, pasan a los archivos de la Dirección general del ramo, como correspondencia sobrante, donde son abiertas y leídas por el encargado de esta labor, antes de proceder a su destrucción: así lo ordenan los reglamentos.

Las seis cartas que el Destino, irónico o malvado, se ha complacido en ocultar, descubren sus secretos respectivos.

## II

Cuatro pasos en un sentido; tres, en otro... La celda es sombría como todas las celdas de todos los presidios de todo el orbe, y el condenado espera con ansia inexpresable que termine aquella noche infinita, última de su vida.

Es un empedernido criminal: sus

manos se han empapado muchas veces de sangre humana; pero, por una crudelísima ironía del azar, ha sido aprehendido, juzgado y condenado por un asesinato del que es inocente. Y cruza la celda una y otra vez, contando obsesionado: cuatro pasos en un sentido;

tres, en otro... De no haber sido por esta terrible jugarreta de la suerte, hubiera, seguramente, salvado la cabeza. Claro está que, habría pasado en un penal muchos, muchísimos años; pero, mientras hay vida existe la esperanza; él ya conoce bien el penal y sabe que del presidio se sale...

Cuatro pasos... tres pasos... Por el estrecho ventanillo de la celda, cruzado por férreos barrotes, pueden verse las estrellas lejanas, como prendidas en el velo oscuro de la noche. Poco a poco, los puntitos luminosos van desapareciendo y el azul va haciéndose más pálido. La puerta de la celda se abre; el carcelero acompaña a un sacerdote revestido con sobrepeliz que sostiene, cuidadosamente, en sus manos un crucifijo de marfil...

Pasan unos minutos... el reo queda solo, de nuevo, y vuelve a sus interminables paseos de fiera enjaulada. El clérigo le ha dado la seguridad de que ya no hay esperanza... Cuatro pasos... tres pasos... El cielo es una capa de blancura ilimitada... El preso piensa en un indulto imposible... Ahora llegan unos funcionarios que desean conocer la última voluntad del condenado... No contesta a sus preguntas, porque él no tiene última voluntad.

Amanece... Cuatro pasos... tres... Entran los ayudantes del verdugo. El preso se estremece, como si, únicamente en estos instantes, se diera cuenta de lo que le espera al otro lado de la puerta. Balbucea, pálido: "¡soy inocente!, ¡soy inocente!"... Los que lo escuchan se encogen de hombros; "eso dicen todos"... Lo llevan al patio en uno de cuyos rincones se alza la terrible armazón del cadalso... El garrote vil, con su corbatín metálico, asfixiante y helado...

En el frío de la amanecida unas figuras se agrupan en conjunto, mezcla de curiosidad y de horror. Son los representantes de la sociedad que acuden a dar fe de un asesinato legalizado.

Faltan veinte pasos... Y cada vez cuesta más trabajo avanzar hacia "aquello" que espera. "¡Soy inocente! ¡Piedad! ¡Perdón!"... Hay tres escalones y, al pie de ellos otra vez el sacerdote con su crucifijo... Arriba, aguardando inmóvil, como un coloso de piedra, el ejecutor de la justicia...

El público que observa a extramuros de la prisión nada ve, nada oye... Únicamente espera a que ondee la bandera negra... ¡Ahí está!... Se ha cumplido la sentencia...

\* \* \*

Párrafos de la primera de las cartas olvidadas, dirigida al abogado defensor del condenado, por un colega de un país vecino, pocos días antes de la ejecución:

"... Así pues, existe la evidencia plena y absoluta de que su defendido *no pudo ser el autor del asesinato*, ni se halla siquiera en condiciones de señalar al que lo ha cometido... Este, de manera irrefutable, y con las pruebas necesarias, ha declarado todas las circunstancias del crimen, señalando móviles, desarrollo y consecuencias, así como la forma en que desapareció del lugar de los hechos y consiguió encontrar el asilo seguro en que hoy se halla y desde donde, después de haber hecho todo lo posible por inculpar al reo, quisiera que éste no llegara al horrible final que no ha merecido... Sírvase proceder en consecuencia..."

### III

La solterona contempla a los niños. Son sus sobrinos; los hijos de su hermana que, más feliz que ella, ha podido

formar un hogar... Vive allá, con el matrimonio dichoso, junto a aquellos niños encantadores que la miman, la

llaman tía y la colman de atenciones. Ella adora a los niños, no sólo a los de su hermana, sino a todos... Por eso suspira tristemente, y llora a veces, en la habitación aislada, pensando que también hubiera podido ser esposa y madre. Sobre todo, después de la cena, cuando todos se reúnen hasta la hora de dormir, en el saloncillo, es cuando siente pesar más su desdicha. Mientras que sus manos se ocupan en interminables labores de ganchillo, sentada en un sillón apartado, contempla el agradable cuadro familiar. Puede ver a su hermana y a su cuñado enzarzados en una partida de naipes, que no se recatan para contemplarse con intenso afecto o acariciarse mutuamente las manos, en las pausas del juego que ellos mismos hacen para dar una válvula de escape a su pasión. Los muchachos se entregan a sus distracciones favoritas; los hay de todas las edades: un mozo, ya de pantalón largo, lee una novela, acomodado indolentemente en una de las butacas; otro coloca estampas en un álbum; un tercero se adormece sobre el sofá; dos niñas, casi iguales, disputan ruidosamente por la posesión de una muñeca de caucho y, junto a la tía, una chiquilla más, con espléndida cabellera rubia y uniforme de colegiala, borda en un bastidor. Todo rebosa bienestar en aquella casa, hasta el gato enovillado en un extremo del diván, y los pájaros que, en la dorada jaula pendiente junto al balcón, se esponjan y aguardan la hora del reposo... ¡Oh, el reposo, el hogar, el marido, los hijos...!

Ella está sola, siempre sola con sus pensamientos y con sus recuerdos. Es incapaz de sentir envidia de la hermana ni de nadie; pero tiene un corazón tierno y amante, a pesar de la edad que ha trocado en gris su antigua negrura de azabache y de las precoces arrugas que marchitaron su rostro, otrora tan lindo...

Hubiera podido ser feliz como lo era su hermana, como lo son tantos miles y millones de mujeres sobre la faz de

la tierra... En su lejana juventud, sólo había querido a un hombre, quien, a su vez, la adoraba... Cuando, tras una dulce temporada de galanteo, se decidió él a solicitarla en matrimonio, surgió un obstáculo: gentes envidiosas lanzaron a los cuatro vientos la especie de que ella quería casarse con el joven para conquistar su fortuna, ya que él era inmensamente rico. Para no dar razón a las habladurías, se negó a contraer matrimonio con el hombre amado. Insistió éste, con tenacidad, tratando de vencer los escrúpulos absurdos y la insensata resistencia, y amenazó con expatriarse lejos, lo más lejos posible y para siempre, si ella seguía obstinándose en su terca negativa...

Lo dejó marchar, cuando él cumplió su palabra. Lo vio partir, desesperada, derramando lágrimas amarguísimas... Pasaron horas terribles en que estuvo a punto de enloquecer, hasta que, al fin, Dios tuvo piedad de la enamorada y ésta se sintió iluminada por el esplendor de la razón... Escribió una carta, dirigida al hombre adorado, confesándole su cariño inmenso, aceptando ser su esposa y conminándole a que regresara lo antes posible... No hubo jamás respuesta alguna...

Esperó con ansiedad, durante muchos días, la llegada de su prometido o por lo menos la contestación a su amantísimo mensaje. Ni una cosa ni otra.

Entonces cayó enferma; debatióse en una fiebre cerebral que estuvo a punto de aniquilarla. Pasados algunos meses, recuperó la salud; pero ya nada quedaba de su belleza; había envejecido prematuramente, con rapidez asombrosa... Y por orgullo o por vergüenza, rehusó volver a escribir; ni siquiera conocía ya la dirección del amado, al que suponía en cualquier punto ignorado de otro continente.

Los años pasaron. Algunos hombres la solicitaron, de nuevo; ella se negó a aceptar ya homenajes masculinos. Vivió retirada de fiestas y de diversiones, y cuando su hermana y su cuñado la

propusieron que habitase con ellos, aceptó, más que por miedo a la soledad por la necesidad que sentía de estar junto a sus queridos sobrinitos.

Alguien díjole un día que el hombre que hubiera debido ser su marido, pereció en una ciudad australiana del interior, a consecuencia de un accidente.

Llevó luto desde entonces, y continuó allí, en la casa ajena, compartiendo la dicha de los demás, llorando, a menudo, acuciada por sus nostalgias inconcretas y por sus recuerdos dolorosos. Una pregunta se hacía con frecuencia, a la que nunca halló explicación: "¿Por qué no respondió a mi carta, siquiera con unas líneas de simple cortesía?"...

Hoy, la infeliz escucha a su alrededor el barullo infantil; contempla el

entusiasmo creador y estimulante de este matrimonio, la paz alegre de este nido, el barullo de los niños llenos de porvenir, y, sin poderse contener, estalla en sollozos como si acabara de rompersele el alma...

\* \* \*

La carta olvidada, que nunca llegó a su destino, decía en su parte esencial: "...vuelve, amado mío; algo se ha iluminado en mi corazón, y, de repente, he comprendido que estuve ciega y fui estúpida por dar oídos a murmuraciones odiosas que sólo tendían a separarnos... Te adoro... vuelve inmediatamente... Te espero con delirante impaciencia, para ser tuya siempre;... como dice el Libro Santo: Hasta que la muerte nos separe..."

#### IV

Hace muchos días que la compañía 210 se halla en primera línea y no pasa uno sin que se combata encarnizadamente. Son breves las horas de reposo y, durante ellas, las conversaciones giran constantemente sobre dos temas principales: el recuerdo de los lejanos días apacibles de aquel pasado quimérico y el de los camaradas que aún ayer estaban aquí y que hoy yacen con la boca llena de barro y el cuerpo contraído en inverosímil postura, sobre el campo de batalla, esperando ser enterrados, quizá por un proyectil que estalle sobre ellos y los sepulte de una vez... Dentro de poco, la "danza" comenzará de nuevo... ¿A quiénes les tocará hoy?

Durante los momentos febriles del descanso, los soldados se dedican, en el refugio de la trinchera, a comer, a recomponer la ropa, a escribir, a jugar a los dados, a conversar; otros meditan o duermen, simplemente. Nadie puede salir de los hoyos a pasear por el ramal para estirar las piernas. Está rigurosamente prohibido; los morterazos hacen

peligrosísima y casi imposible esta necesaria distracción. En ocasiones, los enterrados en vida tienen unos minutos de esperanza, de expectación, cuando llega el uvaguemaestre o cartero de la guarnición para distribuir las cartas... Los afortunados, cuyos nombres suenan claros en el silencio, lanzan alegres exclamaciones, mientras otros, los menos dichosos, maldicen del olvido ajeno...

Hay en aquel "hoyo" un sargento que casi nunca habla con sus compañeros, por lo que ha merecido el apodo de "Taciturno"; pero todos lo estiman por su rectitud, por su liberalidad, por su valor y sangre fría en el combate. Este luchador sólo se anima a la llegada del correo: es el primero en ponerse en pie, de un brinco, y en preguntar al distribuidor militar:

—¿Algo para mí, cartero?

La respuesta es invariable:

—Nada, sargento...

Entonces, vuelve a adquirir su aspecto huraño y tristón, y a tumbarse en su "cucheta", como embrutecido...

Una noche no puede más; su silencio

le mata y habla, habla, habla, sin cesar, al vecino que se halla a su lado, el cual lo escucha con asombro.

—¿Por qué no me escribe ella?... Es inconcebible este silencio... Apenas llevábamos seis meses de casados cuando empezó esta suciedad de guerra. Esperábamos un niño para finales de año... No sé qué pensar... ¿Qué habrá sucedido? ¿Me habrá olvidado?... ¿Estará con otro, mientras yo, aquí, me repudro...? ¿Por qué no escribe?

Su compañero, un campesino sin cultura ni refinamiento, habituado a contemplar únicamente el lado malo de las cosas, sólo sabe contestar:

—Las mujeres... ¡ah, las mujeres!

El sargento taciturno sólo vive ya para acechar por el ramalillo de enlace la llegada del cartero:

—¿Algo para mí?

—Nada...

Nada, nada, nada... Esta palabra odiosa clávase en su cerebro, lo destruye, lo enloquece. A la hora del combate cumple con su deber, por atavismo, sin

entusiasmo... Y, en una amanecida, tras una terrible noche insomne, gritando el vocablo maldito: "¡Nada!" "¡Nadal", salta la trinchera al campo abierto y dispara su fusil contra las líneas enemigas.

La ametralladora responde en el acto... Y un segundo, apenas, ha pasado, cuando el cuerpo queda acribillado, junto a las alambradas propias y para siempre en reposo, sin esperar misivas imposibles...

\* \* \*

Otra carta olvidada dice entre otras cosas:

"...He estado enferma, muy enferma y, por eso, no he podido escribir... El niño es un varoncito sano y robusto... Llegó con toda felicidad... Dicen que se parece a ti: yo no sé... Esperamos a tu primer permiso para bautizarlo... Te adoramos tu esposa y tu hijo..."

## V

Se acerca al edificio del Correo con mirada recelosa, atisbando a un lado y a otro, por el temor de que alguien siga sus pasos. Cuando se ha convencido de que nadie lo espía, penetra en la oficina y se dirige, siempre con iguales precauciones, hasta el lugar donde se encuentran los apartados particulares. Abre, con la llavecita correspondiente, una de las pequeñas cajas; la encuentra vacía, como de costumbre. Entonces, con la misma cautelosa marcha de allí; atraviesa unas tortuosas callejas poco transitadas, y se encierra en la habitación sórdida y equívoca de un hospital de mínima categoría. Hay que esperar otras veinticuatro horas.

Sus temores son infundados. Nadie sería capaz de reconocer, en este individuo de gafas negras, barba descuidada y ropas viejísimas, de aspecto enfermizo, mísero y degradado, al famoso

"rey del Cobre", el genial hombre de negocios, el multimillonario, el magnate ante quien inclináranse obsequiosos los soberanos y los jefes de estado, y cuya desaparición, tres meses antes, diera lugar a tan acaloradas discusiones y a tan apasionados artículos periodísticos.

La quiebra tomó proporciones colosales; fue un "crac" financiero en el que se habían hundido importantes empresas, desaparecido enormes fortunas y arruinado centenares de personas. Uno de los desastres económicos más resonantes del siglo. El audaz negociante había realizado todo su capital propio y el ajeno, del que era custodio, en una especulación arriesgadísima, en su anhelo de acaparar y poseer él solo la mayor parte de la producción mundial del cobre. Pero una imprevisible baja brusca deshizo en muy poco tiempo el castillo de naipes de aquella ope-



ración atrevida. Si hubiere triunfado, sería hoy el hombre más acaudalado del planeta; salió "la mala", en cambio, y todo se desplomó en un abrir y cerrar de ojos.

Huyó, abandonando sus fincas, sus valiosos muebles, sus fantásticos objetos de arte, sus lujosos automóviles, sus yates de recreo, a la jauría alharaquienta de los acreedores. A la ruina propia siguió la de muchísimas personas y entidades, cuyas fortunas administrara, y que, ahora, condenaba a la miseria. Apenas, cuando se ocultó para burlar la acción de la justicia en aquel hotelucho de arrabal, llevaba una cantidad de dinero suficiente para algunas semanas...

Necesitaba ganar tiempo, pues no quería darse por vencido. Era buen jugador y sabía perder, pero todavía estaba en condiciones de luchar. Si la suerte lo acompañaba, aún podría salir a flote, de nuevo. Amparado en su antiguo prestigio y en su reconocida capacidad como hombre de empresa, solicitó un préstamo a cierto consorcio de banqueros internacionales. Era muy posible que lo concediesen, a pesar de lo ocurrido, y en ese momento resurgiría potente y entraría en la palestra para combatir rudamente y reponer, con ventaja, todo lo perdido. Sentíase en condiciones de pelear y de vencer... Sabía que su demanda provocaría discusiones violentas; pero confiaba en la sagacidad de los grandes hacendistas, a quienes se había dirigido:

Mientras se estudiaba su petición, limitábase a leer, meditar, dormir y comer alguna cosa en aquel tugurio indeseable. Salía diariamente, bien disfrazado, pues si la policía le echaba el guante todo estaba perdido. Como dio la dirección de un apartado particular al consorcio, estaba obligado a ir cada día, con las debidas precauciones, a la oficina postal, de donde regresaba con las manos vacías.

El tiempo transcurría y, a pesar de sus cartas, insistiendo y apremiando sobre la necesidad de la resolución del asunto, no llegaba contestación alguna. Al principio, no dudó del éxito; después le pareció más difícil la concesión del préstamo. Demasiado ruido se había hecho sobre el asunto y demasiadas desgracias se habían acumulado, lo cual actuaba en contra de una consideración favorable...

Llegó a pensar, estoico, que, ahora sí, todo estaba perdido definitivamente y que no le quedaba otra salida que la que le ofrecía el cañón de la pistola oculta en el bolsillo de su pantalón.

Resuelto, pues, a emprender el viaje sin retorno, íbase, no obstante, dando plazos para ello. Aún conservaba algunas, muy vagas esperanzas. Convenía esperar: un día más; quizá mañana, hasta el sábado próximo, hasta fin de mes. Agotáronse las escasas reservas monetarias; el dueño del hotel le presentó la cuenta una y otra vez, y al fin, le conminó dándole una última fecha y amenazando con acudir a la policía... Resistió tres días sin probar bocado, hasta la noche señalada para el inevitable desahucio. Hizo la última visita a los apartados... ¡Tampoco esta vez! Bien... Se encerró, con llave, en el cuartucho, acomodóse en el camastro miserable y apretó el gatillo del arma...

• • •

Una de las cartas olvidadas en el vagón ambulancia y dirigida a un apartado particular de cierta población importante, contenía las siguientes líneas:

"... En sesión secreta celebrada en la mañana de hoy, el "Trust Bancario H", teniendo en cuenta sus antecedentes y la experiencia del solicitante, así como las circunstancias que concurrieron en el desastre financiero que lo afecta, y considerando que... la única manera de salvar las fortunas comprometidas es conceder el préstamo solicitado... acuerda, por unanimidad, otorgarlo inmediatamente..."

—El gerente lo espera en su despacho.

—¿A mí?

—Sí; a usted...

El ayudante de contabilidad deposita la pluma, cierra el libro cuidadosamente, arréglase la corbata con un gesto maquinal y se dirige hacia el lugar que los empleados de la casa denominan "el cubil del león".

—Con permiso...

Espera con respetuosa humillación a que el amo de la compañía se digne darse cuenta de su presencia y dirigirle la palabra. Al fin, la "fiera" levanta el rostro magro y contempla con sus ojos legañosos y aguados, tras los gruesos vidrios de los anteojos, al despreciable homúnculo que espera sus órdenes.

—Señor mío —ruge el "felino"—; me informan de nuevos importantes errores cometidos por usted en los libros a su cargo; me informan que se embriaga usted con harta frecuencia, lo que va en desmedro de la compañía que lo emplea a usted; me informan que pierde usted su tiempo miserablemente, entregándose a estúpidas divagaciones; me informan que escribe usted inmundas poesías en el reverso de los papeles de trabajo...

Abrumado por aquella cantidad abundante de "me informan", el pobre empleadillo se anonada, se achica, suda, la garganta se le hace un nudo, quisiera diluirse, esfumarse, desaparecer... Mas la voz continúa, inexorable...

—... En consecuencia, queda usted despedido. El cajero le pagará en seguida las dos quincenas que la ley le concede, e inmediatamente nos abandonará usted para siempre... Adiós.

Retírase, fulminado, el átomo oficinesco; recoge unos papeles de su mesa, se despiden por señas de un colega y va a la Caja. Poco después, se encuentra en la puerta, todavía estupefacto, con unos billetes en la mano.

Incapaz de sopórtar la violencia de

los rayos solares, el cesante refúgiase en un restaurante cercano. Pide cerveza y la lista. Mientras bebe, medita: "Pues, señor, el ogro tiene razón". Es cierto que se equivoca con estas odiosas cantidades de cinco y seis cifras; es verdad que se embriaga —no puede remediarlo—; que escribe versos y que se distrae, excesivamente. Todo es rigurosamente verídico... Merece, por lo tanto, la expulsión y no hay que perder el tiempo lamentándose de la suerte...

Más cerveza, mientras llega la hora de yantar. Pero ¿por qué cerveza? ¡Venga coñac "del bueno", que hoy podemos pagar! Por primera vez en su vida reúne dos pagas. Puede permitirse el lujo de autoobsequiarse con una botella de "Courvoisier"; quizá con dos... ¡Adelante! Y muestra al mozo el dinero que acaba de "ganar".

¡Qué será ese papelucho que duerme sobre la mesa? ¡Ah, es el "menú"! Veamos: "champignons à la crème", "choucroute garnie", "filet mignon", "bo-euf à la mode"; todo muy claro y muy interesante, sobre todo para quien conozca el francés... ¡Otra copita!

Da la vuelta a la lista y se embelesa con su albura virginal. Hay espacio para dos sonetos y, si aprieta un poco la letra, hasta puede agregarles sendos estrambotes... Se "atora" en la segunda cuarteta —¡otra copita!—; le falta un asonante, para el primer terceto —¡otra copita!— hay que pulir en el final un ripio escandaloso —¡dos copas más...!

—¡Mozo, más coñac!

Ya está en el punto de la borrachera en que se atisba el umbral de los paraísos artificiales, como Verlaine y como Rubén; vuelve a los meses atrás, cuando todavía era un joven lleno de ilusiones y de ansias de celebridad. Entonces no conocía el alcohol y sus maleficios, ni necesitaba estímulos de este tipo para componer sus poesías. Cuando, hace algún tiempo, envió su selección de poemas con el título de "Ver-

sos Dolientes”, al concurso abierto por la Academia para premiar —espléndidamente, por cierto— a los nuevos valores, ignoraba la existencia del “Courvoisier”; pero ¡qué magníficas imágenes, qué atrevidas metáforas, qué lindas rimas las del liróforo en agraz...!

Suenan, en la calle, las notas de un tango antañón:

*“Pasan los días; pasan los años...  
Y es fugaz la alegría.  
No “pensés” en dolor ni en virtud;  
“Vivi” tu juventud...”*

Naturalmente. ¡Qué filosofía existe en algunas de estas lucubraciones gau-chas! Y, sobre el mismo tema del tango, en dos tiempos y tres movimientos, queda el segundo soneto listo para la espuerta de la basura...

—¡Mozo, más coña!

Ha soñado que una vocecilla, surgi-da de no sabe dónde, le susurra al oído: “Tus “Versos Dolientes” han sido premiados. El asombro que su lectura ha producido a los académicos no puede describirse. Pensaron que han hallado

al poeta del siglo, al Vate, a secas, y con mayúscula...”

Si ese sueño hubiere llegado a concretarse ¡qué? No hubiese llenado de sonetos, líras, silvas y dísticos las tapas de los diarios y mayores, los “esquele-tos” de pólizas, los reversos de pagarés cancelados, quizá ni siquiera conocería las delicias del alcohol.

Otra copita más. El resto —¿para qué perder tiempo?—, directamente de la botella, como los “técnicos”... En el acto, rueda bajo la mesa, fulminado por un rayo justiciero... Sobre el mármol quedan unos billetes, varios envases vacíos y dos sonetos inéditos...

• • •

La quinta carta perdida dice así:

“El Jurado calificador del Gran Premio de Poesía de la Academia, constituido por los ilustres literatos, Fulano, Zutano y Perencejo, han acordado conceder el galardón al conjunto de poemas titulado: “Versos Dolientes”, cuyo autor es... Auguramos al nuevo e indiscutible valor de las letras patrias el más lisonjero de los éxitos...”

## VII

Eran supervivientes de la más desastrosa de las contiendas civiles en la historia de la Humanidad. Refugiados, al terminar la lucha heroica, en un país vecino, para evitar la sevicia salvaje de los “triunfadores”, fueron confinados, a culatazos amistosos de fusil, en uno de los llamados campos de concentración, impropios aun para las fieras más peligrosas. Allí permanecerían hasta que consintiesen en reintegrarse a la patria, donde esperaban los verdugos, o hasta que la desesperación, el hambre, los piojos o la bestialidad policíaca die-ran fin a sus tormentos... No había otro efugio. La muerte, después de horribles sufrimientos, tanto al otro lado de la frontera como en el asilo del estado más acogedor del mundo.

Felizmente, como Dios aprieta, pero no ahoga, un gran pueblo, situado al otro lado del mar, abría sus puertas sin restricciones a las víctimas de la cobardía internacional y los rescataba del infierno para devolverles su dignidad de hombres y de ciudadanos.

Periódicamente, llegaban trasatlánticos para recoger a los seleccionados. Como los refugiados sumaban cientos de miles y la navegación no era fácil en aquellos tiempos de conflagración mundial, los traslados se hacían muy lentamente y por orden riguroso de listas elaboradas con cuidado en la nación asilante.

Tres compañeros en exilio, huéspedes de uno de los terribles “campos-modelo”, habían conseguido, al cabo de tres

años de espera y de gestiones laboriosas, el anhelado pasaje en el "Magnolia", último de los barcos destinados al transporte. Y, llenos de júbilo, los que respondían a los nombres de X, Y y Z, esperaban en el puerto el momento del feliz embarque. Sobre la borda sacudirían, en seguida, sus simbólicas sandalias de peregrinos.

La algarabía era ensordecedora. La muchedumbre se apretujaba en el muelle para despedir a los afortunados emigrantes. Gritos, cánticos, sollozos, músicas, ruidos estridentes por doquier, que se unían a los requeridos por la maniobra del buque, componían un concierto apocalíptico.

Los tres amigos, con sus mezquinos equipajes al lado, esperaban desde muchas horas antes, que sus nombres respectivos fuesen llamados por el voceador que "cantaba" las listas de pasajeros. Decenas, centenares, miles de personas hallábanse ya a bordo. Apenas quedaban unos pocos rezagados. Los ruidos fueron atenuándose; las maniobras del aparejamiento iban a terminar. Pero nadie llamó a ninguno de los tres. Estupefactos, los olvidados solicitaron ver al capitán: mostráronle sendos telegramas en los que se les convocaba para el inmediato traslado. El jefe del navío, a su vez, mostróles las varias veces comprobadas listas del pasaje. Allí no figuraban ni X, ni Y, ni Z... Nada se podía hacer...

A pesar de sus protestas y de sus súplicas, fueron obligados a desembarcar. Mientras el barco zarpaba, los po-

licías que vigilaban en los muelles se apresuraron a echarles mano, para conducirlos, una vez más, a cualquiera de los famosos "campos-modelo".

Sin pensar en las consecuencias, enloquecidos por aquella trágica pirueta del azar, los tres refugiados opusieron seria resistencia a los gendarmes. Estos aprovecharon la grata oportunidad que se les deparaba y dispararon, una vez, y otra... Los tres emprendieron, por fin, el viaje; pero con rumbo al lugar donde nunca falla la lista de embarque, al lugar de donde no se vuelve...

\* \* \*

La última carta olvidada tenía carácter oficial; provenía de una embajada y rezaba de este modo:

"...Por error no han sido incluidos en la lista de pasajeros del vapor "Magnolia", que zarpará el día tal, los refugiados: X, Y y Z. Sírvase rectificar..."

\* \* \*

El funcionario del archivo postal ha terminado de leer aquellas seis cartas olvidadas tras un casillero. Han pasado lustros y ya no cabe reparación alguna a los males causados por su extravío. "Si hubieren llegado", piensa... o ¡quién sabe si fue mejor así!... Y, cumpliendo los reglamentos, quema, una por una, las viejas misivas que se convierten inmediatamente en ceniza de lágrimas que un día fueron solidificadas e ininflamables...

## NOTAS CULTURALES

### EXPOSICION DE NOE CANJURA EN PARIS

(*Galerie Saint Placide, 41, rue Saint  
Placide*)

CARREFOUR (del 8 de Julio de  
1959):

He aquí, es necesario redecirlo, un magnífico artista que ama el color y el orden, y cuyas telas ponen siempre en relieve una obra auténtica, sea por su carácter, sea por su poderosa luminosidad. Más que un paisaje de Canjura cada una de ellas es una fuerza rústica en donde se siente, además del alma, la presencia visual del pintor. Es la suya una pintura en profundidad que, sin embargo, no esconde nada de sus claras intenciones.

*G. J. Gros.*

L'INFORMATION ARTISTIQUE.  
(Nº 58, Junio, 1959):

Canjura ha proseguido el camino que

conduce al éxito y a la notoriedad. Se encuentran ya sus obras, bien situadas, en el *Salón des Indépendants*, en el de *Comparaisons*, en *L'Automne*, en el de *La Jeune Peinture*, lo mismo que en la *Galeria National*. El fue, además, uno de los invitados señalados especialmente para el premio Greenshields de la Bienal de Sao Paolo, así como para el de la que se ha celebrado recientemente en México.

El arte de Canjura es un arte excesivamente atractivo. Colorista, alcanza mediante la intensidad del tono esos sentidos del paisaje y del matiz que denuncian al pintor de nacimiento. Sus maneras de expresión consisten siempre en un modernismo sin exageraciones. Ama la forma, la describe con rara severidad, sabiendo que la suntuosidad de su paleta agregará los necesarios resaltos a la composición siempre estudiadísima. El ha sabido —y no es éste uno de sus méritos menores— congeniar el ímpetu nativo con la mesura latina. Sin lugar a dudas, es de este equilibrio que Canjura extrae la mejor parte de un

talento que se va afirmando continuamente.

JOURNAL DE L'AMATEUR D'ART. (25 de Junio, 1959):

Esta es —pensamos— la primer importante exposición de conjunto que realiza Canjura en París. Se sabe ya que este pintor americano se ha impuesto, poco a poco, en Francia, y nosotros nos sentimos muy orgullosos de haber sido de los primeros en celebrar su talento verdaderamente fuera de lo común.

La presente exposición confirma todas las esperanzas que habíamos fundado en él. Canjura ha conservado intacta su luminosa y potente personalidad, en las composiciones rutilantes de luces doradas y rojas. A pesar de estos inauditos juegos de claridad, Canjura no pierde nunca de vista la construcción externa e interna de los objetos ni, especialmente, se sale del dominio plástico integral, que es el verdadero fundamento de toda la pintura. Sólo él puede permitirse, además, algunos asombrosos atrevimientos, entre los cuales es necesario citar esa simple red con peces, acompañada de dos limones, que se yergue como una catedral en miniatura.

*Henry Heraut.*

LE PEINTRE. (1º de Julio, 1959):

Canjura ha sabido, de tela en tela, puntualizar una gramática plástica en donde cada palabra y cada signo coinciden con un "choc" visual. Si él enfrenta la naturaleza no se sitúa delante de ella como un adversario sino como un compañero: cambia apenas sus puntos de vista y sobre la tela éstos se traducen en puntos de contacto. En efecto, el autor parece corporizarse en sus motivos: desea que la superficie de la obra sea pintada bien, como el campesino que quiere que la superficie de sus tierras sea labrada perfectamente, con los surcos rectos. El color es llamado sin rodeos y, conservando su poder original, ayuda a la potencia y a la autenticidad del acto, refuerza el clima rústico —nunca palurdo— característico de este artista que

no se permite jamás el menor gesto fútil.  
¡Es una bella exposición!

*Jean Chabanon.*

ARTS, Lettres, Spectacles. (22 de Julio, 1959):

En la Galería Saint-Placide el importante conjunto presentado por Noé Canjura confirma el talento de este joven artista salvadoreño, cuya evolución hemos podido seguir en París durante algunos años. En los formatos más amplios él afirma desde ahora su maestría de colorista —con los tonos vibrantes y sordos al mismo tiempo, en donde resplandecen formas centellantes—, su don de la composición equilibrada —que le permite resumir la esencia de un paisaje— y la potencia de su diseño que da a las formas una dimensión espesa y robusta—.

En total, la visión de este artista nos ofrece un sentido nuevo y directo —carnal y violento— de la vida profunda de la naturaleza: lo que constituye el verdadero signo de un artista auténtico.

*R. Charmet.*

(Recopilación y traducciones de Waldo Chávez Velasco).

### TRES PINTORES HISPANOAMERICANOS

*Palabras de presentación del escritor Rogelio Sinán, primer Secretario de la Embajada de Panamá en México, en el acto de inauguración de la exposición de los pintores Melquiades Egido de la República de Bolivia, Alvaro Canales de la República de Honduras y Camilo Minero de la República de El Salvador, celebrado el 15 de mayo de 1959, en la Galería de Artes Plásticas de la ciudad de México, Altos de las Pérgolas de la Alameda Central.*

Señoras y señores:

Permítanme ante todo agradecer el alto honor con que se me ha distinguido al invitárseme a exponer mi palabra en este

artístico evento de confraternidad continental, grato motivo que enseguida aprovecho para dar fe y aplauso de la extensa labor de difusión plástica que con acierto notable viene desarrollando la Dirección General de Acción Social al digno cargo del Licenciado Dromundo.

Un buen ejemplo de tal actividad nos lo da el acto que inauguramos hoy en el que, a tono con su propio carácter, las Galerías de Artes Plásticas de la Ciudad de México presentan en sus salas las obras más recientes de tres pintores jóvenes latinoamericanos. Son ellos: Melquíades Egido, de Bolivia; Alvaro Canales, de Honduras; y Camilo Minero, de El Salvador. Pertenecen los tres a la avanzada de quienes se han lanzado a la aventura de descubrir la pura entraña de América en un viaje difícil, de meta fija, hacia el que avanzan sin escuchar el canto de las sirenas. No hallarían guías mejores, en la plástica, para tan ardua empresa, que los pintores mexicanos, pues el justo renombre de que gozan se debe sobre todo a la esencia genuinamente nacional de su arte, que emana de raíces profundamente hundidas en su tierra, en su pueblo y en las nutricias fuentes de su cultura milenaria. Esa autenticidad de una expresión plástica cuyas características la hacen que se destaque como fenómeno insular en el gran mapa de la pintura contemporánea es lo que buscan los jóvenes pintores que como Egido, Minero y Canales procuran darle impulso al movimiento pictórico de sus países respectivos.

Todo ello es una buena señal de que la América comienza a superar la imitación de los eternos modelos europeos definitivamente convencida de que el arte, como expresión social, está ligado a la propia evolución cultural de cada pueblo y se distingue por ciertas peculiaridades inconfundibles que perduran a través de los siglos. Basta hacer un ligero recorrido por alguna de las más conocidas Galerías europeas para verificar este aserto. La pintura Italiana, por ejemplo, vista a través de famosas Galerías como las de Pitti

o las de los Oficios, nos demuestra su unidad esencial desde las tablas de Cimabue, Giotto y Simone Martini hasta el realismo violento de Masaccio, Mantegna, Uccello, etc. Ese sello congénito, ese aire de familia, que momentáneamente logró borrar el futurismo, reaparece de nuevo, actualizado por el genial Giorgio de Chirico.

Sin embargo, no por afán de ser originales hemos de ver con menosprecio el buen ejemplo de los pintores europeos. La técnica, el oficio ha de buscarlos el aprendiz dondequiera que el arte haya logrado su madurez más acendrada y sublime. Las primeras creaciones de los pintores más geniales llevan siempre la huella de sus modelos. Diego, cuyos primeros murales dan buena fe de la influencia italiana, complementó más tarde su aprendizaje europeo con el estudio de la tradicional artesanía autóctona, técnica que, iniciada o continuada por otros, le dio carácter al muralismo mexicano.

Esa experiencia lograda por los pintores mexicanos, sobre todo en las investigaciones técnicas, es lo que Egido, Minero y Canales han aprendido a aprovechar. Lo que les interesa, esencialmente, de esta pintura es su realismo, su inconfundible peculiaridad y su sentido humanista. Los tres están de acuerdo con la expresión figurativa en el arte como elemento predominante con especial cuidado de los recursos plásticos y el contenido. Quieren lograr una pintura que refleje el sentido nacional de sus pueblos. Dicho en otras palabras, lo esencial para ellos es el hombre, la realidad, todo depende de la pupila del pintor y de su modo de interpretar las cosas. Es la razón que aducen los pintores abstractionistas quienes hablan de ahondar en la realidad del mundo y del hombre, asegurando que la verdad es única y que el pintor lo que hace es interpretarla a su manera. ¿Cuál ha de ser entonces la realidad o la ficción? lo que sucede es que vivimos en un mundo confuso, contradictorio, que unos enturbian más y otros procuran diafanizar, en el que el arte debe

optar o por volverse de espaldas a las cosas o enfrentarse a la vida de alma a alma. Se trata, pues, de dos posturas distintas equivalentes a dos modos dispares de ver la vida, la de aquellos que miran la existencia como problema que debe resolverse y la de aquellos que prefieren vivir sin compromisos, sin mortificaciones.

Estas dos posiciones son tan contradictorias y drásticas, que si quisiéramos simbolizarlas con colores opuestos no habría otra solución que decidirse por el blanco y el negro. Físicamente, al blanco nada le falta. Tiene toda la gama de los colores, pues basta que éstos giren en el famoso disco de Newton para que den la impresión de la luz blanca. Menos afortunado, el negro representa para los físicos la negación de todos los colores. Es huérfano de luz y de alegría. Todo lo trágico, lo siniestro, lo triste, lo melancólico, lo perverso, lo indigno se le ha achacado siempre al color negro, que desde luego no es responsable de lo que bien pudiéramos llamar su acromacia o pobreza de colores. En efecto, si nos sentimos tristes, decimos que tenemos el humor negro. Negro es también el diablo. Las tinieblas no anuncian nada bueno y asustan a los niños. Los nubarrones negros presagian el mal tiempo. Dante nos dice que el aire del infierno, mudo de luz, es negro como la pez. Al que es malo, por más blanco que sea, se le dice que tiene el alma negra.

Por lo contrario, el blanco siempre ha simbolizado la pureza, la bondad, la alegría, la limpieza, la castidad, etc. Los ángeles son blancos, blancas, también, las nubes de un día de primavera. Y el espíritu Santo. Y el Cordero Divino. Todo lo bueno es blanco. De tal manera que al hombre que hace el bien, aunque sea negro, siempre se dice que tiene el alma blanca.

Si reducimos la vida y aun la estética y el gusto modernos a esos dos símbolos cromáticos, nos hallaríamos claramente ante dos bandos opuestos, antagónicos: uno que juega al negro y otro al blanco. Los que juegan al blanco parece que lo

hicieran con su poquillo de malicia, pues, frenando el andar de la releta de Newton, nos dejan ver chispazos, fragmentos de colores, que nos distraen un rato y nos deslumbran, pero que nada nos definen. Los que juegan al negro, detienen la releta sin miramientos y dicen francamente: Yo juego al negro. Pero ese juego no les gusta a los blancos.

Dicho en otras palabras, la vida nos coloca en los escaques, negros o blancos, de un enorme ajedrez. Quienes juegan al negro no es que lo hagan porque sean enemigos de la luz y prefieren vivir en las tinieblas. Desean únicamente abrirse paso, salir de las tinieblas y llegar a la luz. Quien pinta la miseria de manera realista lo que hace es enfocar hacia ella su espectro de colores, iluminándola, cual nuevo Prometeo.

Eliminando símbolos, tenemos que aceptar que quienes juegan al negro, en el arte, son aquellos que se atreven a descubrir las sombras, alzando la cortina que nos oculta la verdad. Pero ocurre, como en los cuentos y en los mitos antiguos, que quienes alzan esa fatídica cortina se hacen mercedores del castigo divino.

Existen, pues, dos módulos en la pintura actual, uno realista, figurativo, que dice la verdad y por lo tanto se compromete; y otro que, barajando los colores, sólo distrae, juega al tío vivo y a nadie compromete. Quienes prefieren lo último, procuran alejarse de las exposiciones donde la luz ha eliminado las sobras, pues en ellas los temas esenciales son siempre los problemas del hombre con toda su miseria, con toda su terrible realidad social. A este orden último pertenece la exposición que hoy se inaugura con obras realizadas en México por tres pintores jóvenes de los que dicen la verdad en sus telas. Su pintura nos place, no por afán sectario, pues somos partidarios de la más absoluta libertad en el arte, sino porque creemos que el arte siempre debe expresar algún mensaje. Lo importante es la forma como se exprese tal mensaje. De nada sirve que



el artista descorra la cortina queriéndonos mostrar la realidad del hombre si al hacerlo nos ilumina a medias esa verdad. Solamente la luz del genio, que es la de Prometeo, le da a las cosas la lunosidad necesaria que es la del arte. Por eso, aunque tomemos partido por tal o cual tendencia, debemos insistir en que el artista debe sentirse libre sin cortapisas ni

fronteras. Personalmente preferimos toda expresión artística cuyo tema sea el hombre, bien convencidos como estamos de que lo único que perdura en el arte es la genuina creación que habiendo recibido su savia de la tierra resulta ser la auténtica expresión de la vida.

México, viernes 15 de mayo de 1959.

# BIBLIOGRAFIA

## ABSIDE

*Abside*.—Revista de Cultura Mexicana. Fundador y Director (enero de 1937 a diciembre de 1949): Dr. Gabriel Méndez Plancarte. Director (enero de 1950 a febrero de 1955): Dr. Alfonso Méndez Plancarte. Director actual Alfonso Junco. Nos ha llegado el número 4, correspondiente a octubre-diciembre de 1959. Este número trae el siguiente sumario: "Yucatán en la Literatura Mexicana" por Gabriel Méndez Plancarte, "Dos Sonetos Angélicos", "El Angel Mío" por Gloria Riestra y "Un Angel para Mí", por Joaquín Antonio Peñalosa, "La Jota de México" por Alfonso Junco, "Cantares nuevos" por Luis G. Arroyo Ruano, "Noche Buena" por Ana María de López Tena, "Villancicos en Nieve" por Esther M. Allison, "Los

Sermones del Duque Job" por Francisco González Guerrero, "El Poverello y sus Florecillas" por Eduardo Enrique Ríos, "Al filo de "Muerte sin fin", por Aurelio Espinosa Polit y Emma Godoy, "El Hallazgo de Jesús" (cuento) por Carlos Raynal, "Una Prosa de Genaro Estrada" por Antonio Castro Leal, "Escaramuzas" por Francisco Alday, "Se te está yendo la vida..." por Carlos Ramírez Sahagun, "Currículum vitae" por Roberto Cabral del Hoyo, "El Aviso" por Alfonso Junco, "La verdad de Agustín" por José María Pemán, "Libros Mexicanos", Índice de 1959, año XXIII de Abside.

## REVISTA BOLIVAR

*Revista Bolívar*.—Organo de la División de Extensión Cultural, Sección de

publicaciones, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, Colombia. Director Jorge Mario Eastman. Hemos recibido el número 51 correspondiente a los meses marzo-abril-mayo, 1959. Entre los interesantes trabajos de este número podemos citar: "Supuestos en la Filosofía de Husserl", por Danilo Cruz Vélez, "El Militarismo en la Epoca de la Independencia" por Gerardo Molina, "Algunos Problemas para Comprender el Arte" por Marta Traba, "Sobre el Greco" por Jorge Gaitán Durán, "Bolívar en París" por Uriel Ospina, "Epílogo a "La deshumanización del arte" por Alfredo Irriarte, "Efectividad de la Educación" por Omar Morales Benítez.

## 22 DE JUNIO

22 de Junio.—Revista Salvadoreña de Educación Primaria. Director: Alfredo Betancourt; Redactor: Profesor Elvidio Ortiz González. Hemos recibido los números 7—8—9, correspondientes a los meses enero-septiembre de 1959. Entre los interesantes trabajos de esta Revista podemos citar los siguientes: "Universalización de los servicios de Educación Elemental" por Mauricio Guzmán, "Maestro y Profesor como agentes culturales y otros factores que definen el fenómeno educativo" por Alfredo Betancourt, "Educación y carácter" por René Hubert, "El Régimen de la Educación en la Constitución de El Salvador" por Elvidio Ortiz González, "La formación del Maestro salvadoreño" por Luis Samuel Cáceres, "Las ideas pedagógicas de Platón en *las Leyes*" por René Vaquerano, "Educación Moral" por Mauricio Guzmán.

## REVISTA CALASANCIA

*Revista Calasancia*.—Páginas Hispano-americanas de Educación. Director P. Claudio Vilá, Sch. P. Hemos recibido el número 18 correspondiente a los meses abril-junio de 1959. El sumario está dividido en Estudios y Artículos, Notas, Textos y Documentos, Bibliografía, Libros e Información.

## REVISTA INTERAMERICANA DE EDUCACION

*Revista Interamericana de Educación*.—Órgano de la Confederación Interamericana de Educación Católica "CIEC". Fundador: Jesús María Fernández, S. J., Directores: J. Eustasio Pieschacón, S. J. y Daniel Alfredo Díaz. Hemos recibido el número 101 correspondiente a los meses julio-agosto 1959. En este número: "Presencia de la Enseñanza Católica en las realidades del Mundo Moderno" por P. Armel, Ministro de Justicia, de Bélgica, "La única reforma conveniente" por Eduardo Caballero Calderón, "Primera Exposición Nacional Británica de Educación y Profesiones en Londres", por Jaime Hoyos S. J. y otros interesantes trabajos.

## ANALES

*Anales*.—Órgano del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal Departamento Técnico de Montevideo, Uruguay. Corrector—Redactor: Fernando Amado. Hemos recibido los números 1-2-3 correspondientes a los meses de enero-marzo de 1959. Entre los interesantes trabajos de esta Revista podemos citar los siguientes: "El Edu-

cador ante el medio" por Jules Camus, "El aprendizaje de los adultos" por Roberto Peers, "Evolución de actitudes ante el Problema del Trabajo Escolar" por José Mallart, "Consideraciones acerca del Problema de Trabajo Escolar" por Emilio Mira y López, "Filosofía de las Vacaciones" por Constantino Láscaris Comneno, "La Universidad de los derechos humanos", por Carleton Washburne.

#### ECA

*Eca.*—Números 143, 144 correspondiente a los meses noviembre-diciembre de 1959. Revista de "Orientación y Cultura" dirigida por los padres Jesuitas de Centro América. Director: Santiago Garrido, S. J., Redactores: T. Aldaz, S. J., Rafael Burgos, S. J. Alfonso María Landarech, S. J., Sebastián Mantilla, S. J., Gustavo Oliva, S. J., Ladislao Segura, S. J.

#### REVISTA DE EDUCACION

*Revista de Educación.*—Es un Organó del Ministerio de Educación de La Plata, República Argentina. Fue fundada por Sarmiento en 1858. Nos ha llegado el número 2 (nueva serie), correspondiente al mes de febrero de 1959. El sumario está dividido en las siguientes secciones: ESTUDIOS Y TRADUCCIONES, ACTUALIDAD PEDAGOGICA, LECTURAS, LENGUAJE Y ESTILO, LIBROS Y REVISTAS, IDEAS CONTEMPORANEAS, CRONICA.

#### UNIVERSIDAD

*Universidad.*— Es una publicación de la Universidad Nacional del Litoral,

Santa Fe, República Argentina. Director: Domingo Buonocore; Secretario Eduardo Raúl Storni. Hemos recibido el número 40 correspondiente a los meses abril-junio de 1959, y entre otros trabajos muy interesantes, publica los siguientes: "El absurdo y la rebelión en Albert Camus" por Manuel Lamana, "Algunos Planteos de F. Kaufmann sobre Metodología Social y Jurídica" por José Juan Bruera, "Lo imaginario en Sartre" por Angel Jorge Casares "Pedagogía Universitaria y formación Pedagógica del Universitario" por Ricardo Nassif, "Definición de la Universidad Latinoamericana" por Aníbal Bascuñán Valdés, "Lo Sensorial en el "Llanto por Ignacio Sánchez Mejía" por Elena B. del Ponte, "El comienzo de la Filosofía Hegeliana y de la Filosofía tradicional" por Raúl Echauri, "Aproximación a Goethe", por Sonia Baraldi de Marsal, "La Lección de Moral Política" por Adolfo R. Rouzaut.

#### REVISTA BRASILEIRA DE ESTUDIOS PEDAGOGICOS

*Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos.*—Publicada por el Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos del Ministerio de Educación y Cultura, Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, Río de Janeiro-Brasil. Director: Anísio Spinola Teixeira. Hemos recibido el número 74, correspondiente a los meses abril-junio de 1959.

#### CATALOGO DA REVISTA BRASILEIRA DE ESTUDOS PEDAGOGICOS

Publicación del Instituto Nacional de

Estudios Pedagógicos, Río de Janeiro, Brasil.

#### LA NUEVA DEMOCRACIA

*La Nueva Democracia.*— Revista trimestral publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina. 156 Fifth Avenue, New York, 10, N. Y. Director: Alberto Rembao. Hemos recibido el número 4 correspondiente al mes de octubre 1958. Sumario: "Las Ideas Políticas de Juan de Mariana" por Enrique de Gandía, "El Robinson Absoluto" por Francisco Romero, "70 Años de Hazaña Modernista" por Luis Alberto Sánchez, "La Microbiología en la Calle (III)" por Arturo Capdevila, "Civilización y Cultura" por Alfonso Reyes, "El Marxismo no es Filosofía" por Michel Philibert, "El Humorismo de Galdós" por Federico de Onís, "Velásquez: Alta cima de la pintura" por Agustín Basave, "Lincoln, amigo de los hombres" por Emeterio S. Santovenia, "Martí en el Mural del Prado" por Andrés Iduarte, "Religión y Sociedad en

los Estados Unidos" por William Lee Miller.

#### REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*Revista de la Universidad de Buenos Aires.*—Publicación de la Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial. Director del Departamento y Director de la Revista: Marcos Victoria, Subdirector: Andrés Ramón Vázquez, Secretario: Juan Carlos Pellegrini, Redactores: Roberto Paine y Juan Cortés del Pino. Hemos recibido el número 2 correspondiente a abril-junio de 1959. Del Sumario: "Historia de la Medicina y Estudios Médicos" por F. Escardó, "Ideales y formas de vida señoriales en la alta Edad Media" por José Luis Romero, "Introducción a la Crítica de Bécker" por Rubén Benítez, "Dos desbandes de Basualdo y Toledo" por Beatriz Bosch, "Contribución a la bibliografía de la literatura argentina" por Horacio Jorge Becco.

